

DAD A

CIÓN G

HISTORIA
DEL
SANTUARIO
DE
POMPEYA

BX4634

.P7

L6

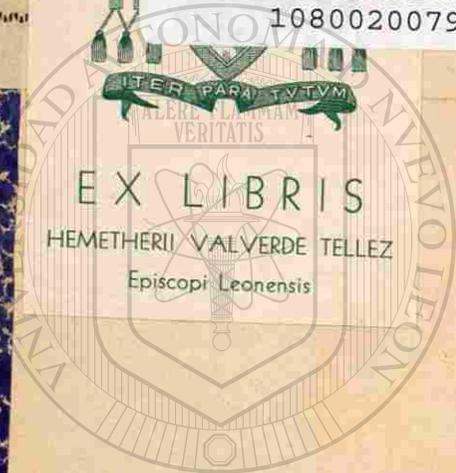
1900

c.1

006551



1080020079



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

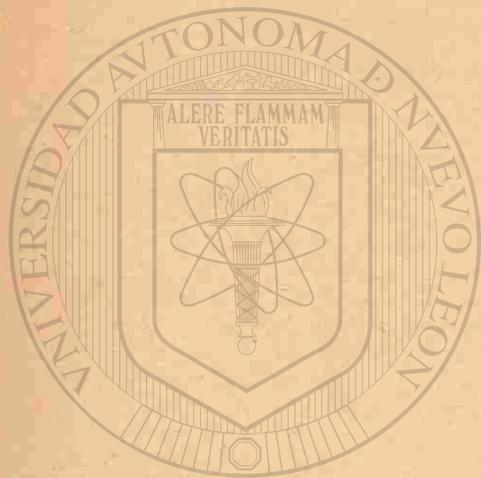
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DEL
SANTUARIO DE POMPEYA
DEDICADO
A la Santísima Virgen del Rosario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DEL
SANTUARIO DE POMPEYA
DEDICADO
A LA SANTÍSIMA VIRGEN DEL ROSARIO

POR
Don Bartolomé Longo

ABOGADO

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

M. M. B. D.

SEGUNDA EDICIÓN



Con licencia de la autoridad eclesiástica

Capilla Alfonsina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tollez

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS VALLADOLID:

Imp. y Lib. de J. Manuel de la Cuesta,

Macías Picavea, núms 38 y 40.

1900

43495

BX 4634



FORN. J. E. ESTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Reservados todos los derechos.

ARZOBISPADO
DE
VALLADOLID

En la instancia elevada por VV. á S. E. I. el Arzobispo, mi Señor, pidiendo su licencia para imprimir la traducción de la Historia del Santuario de Pompeya, ha decretado lo siguiente:

«Valladolid 2 de Julio de 1894. Vista la precedente censura, damos nuestra licencia á los Sres. Hijos de D. Juan de la Cuesta, para que puedan imprimir la traducción al castellano de la Historia del Santuario de Pompeya, escrita en italiano por D. Bartolomé Longo, y traducida por M. M. B. D., toda vez que no solamente no contiene nada contra la buena doctrina, sino que su lectura ha de ser de provecho espiritual para los fieles.—EL ARZOBISPO.»

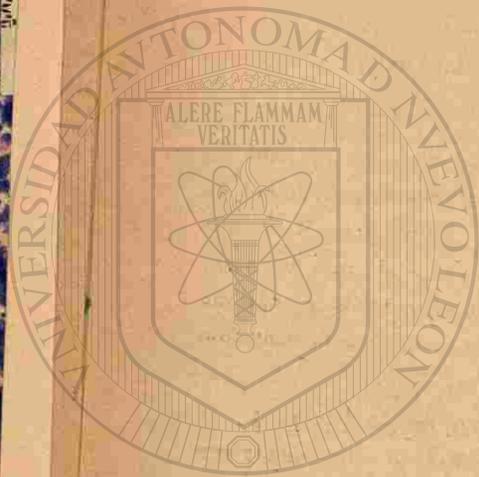
Lo que tengo el gusto de trasladar á VV. á los efectos consiguientes.

Dios guarde á VV. muchos años.—
Valladolid 4 de Julio de 1894.

Dr. José M. Blanc,
Pro-Secretario.

Sres. Hijos de D. Juan de la Cuesta.

006551



INTRODUCCION.

Habiendo recibido del cielo no una sino innumerables gracias, y últimamente la de la vida por la intercesion de nuestra gran Madre que veneramos en Pompeya bajo el título del Rosario, no pude menos de reconocer la grandísima deuda de agradecimiento que había contraido con Ella, y sentía mi corazon enardecido, inflamado de vehementísimos deseos de amar y alabar á María, y de procurar con todas veras fuese por todos amada y alabada.

Tan pronto, pues, como esa piadosa Madre se mostró tan bondadosa conmigo, me propuse consagrar toda mi vida á su servicio, y extender su culto, y en particular, el santo Rosario, que le es tan sumamente grato; y á este fin pensé gastar de mi bolsillo unas quinientas *lire* (1) al

(1) Es moneda italiana que equivale á nuestra peseta.

año, con objeto de erigirle un modesto altar en aquellas abandonadas tierras para reunir á su rededor á aquellos aldeanos y enseñarles el modo de rezar fructuosamente el santo Rosario.

Los acontecimientos han excedido con mucho á mis esperanzas, y ha sido tan copiosa la bendición que Dios ha derramado sobre mis humildes trabajos, que, en vez de una capilla, creí era mi deber levantarle un trono, que fuese tan hermoso y tan devoto, que llamase la atención de los fieles y los convidase á tributarle allí sus más rendidos homenajes de filial devoción.

No podía yo oponerme á los designios de Dios: sin saber cómo, me ví rodeado de tan singulares prodigios; recibía cada día consoladoras noticias y cartas, en que se me referían los señalados favores recibidos por la poderosa intercesion de Nuestra Señora de Pompeya; llegaban á mí personas graves y muy fidedignas atestigüándome, y aseverando con el más firme acento, haber recibido gracias extraordinarias y la misma salud, de las manos beneficinas de esta dulcísima Madre de Misericordia: en vista de tan inesperados sucesos, comprendí no me quedaba

otra vía que la de secundar lo que la Providencia obraba por sí misma. ¡Oh! y qué de cosas no ha hecho!

No hay más que venir al valle de Pompeya, para admirar las maravillas del Señor y los prodigios de su potente diestra; pero como quiera que los más no podrán llegar á este valle tan bendecido y favorecido del cielo, para que tambien esos se unan á nosotros, y todos unidos, y como formando un hermoso coro, glorifiquemos á nuestra divina Madre y la invoquemos con té viva y fervorosa confianza, he pensado hacer una detallada relacion de los hechos verificados aquí, hechos que, áun cuando al mundo parezcan de poca monta, han sido fecundos de acontecimientos verdaderamente extraordinarios. Una historia verídica, exacta y circunstanciada de estos acontecimientos para gloria de la que es toda nuestra esperanza, *Tota ratio spei mea*,[®] *Spes nostra salve* (1), y para edificación de los fieles devotos de María: he aquí el objeto de mi trabajo, y todo el contenido de este libro.

(1) S. Bernardus, Homil. II. super Missus: Eccl. in Liturg.

En su compilacion ha sido dirigida mi mano por la más concienzuda y escrupulosa exactitud: refiero los hechos que yo mismo he presenciado, y los que han presenciado otros, dignos de todo crédito, por ser superiores á toda excepcion. Los he estudiado á fondo, sabiendo bien que las obras de Dios, en su elocuente lenguaje, son sencillas, pero profundas. En este estudio, paréceme á mí haber descubierto en la íntima naturaleza de estos hechos un principio que los une, una íntima relacion que los enlaza con el órden sobrenatural, con el órden de la gracia; una dependencia directa del Dominador de la Creacion y de su soberano é infinito poder; un punto del que — como dice el *Alighieri*— «depende el cielo y toda la naturaleza».

He procurado infundir esta verdad en mis lectores: y me parece que una historia del Santuario de nuestra Señora de Pompeya, escrita con este criterio, corresponderá perfectamente á los deseos, tanto de los que la leyeren para alimentar su piedad y su filial devocion y ternura hácia esa dulcísima Madre de misericordia, admirando las obras de Dios, como de los que la

tomen en sus manos para conocer é informarse de la verdad de los hechos prodigiosos.

Por cierto, que considerando el incesante concurso de peregrinos, de viajeros de todas clases y condiciones sociales, de hombres ilustres, de Obispos y de altos dignatarios, así eclesiásticos como civiles, y de comunidades religiosas que de todas partes del orbe se dirigen á este obscurísimo valle hasta hace diez años enteramente desconocido, ó cuando más tenido por una temerosa guarida de ladrones y asesinos, y que ahora de repente vénele transformado en un hermoso Santuario, cuya fama vuela por todo el mundo cristiano, y vienen desde las más remotas y apartadas regiones del globo atraidos por esta fama y por las bendiciones y copia de gracias que la Llena de gracia, *Ave, gratia plena* (1), y la Bendita entre las mujeres, *benedicta in mulieribus*, derrama en él, á venerarla en este lugar que Ella ha escogido para que sea el trono augusto de sus inefables misericordias, *elegi et sanctificavi locum istum* (2), y rendidos

(1) S. Lucas, cap. 1, v. 28.

(2) Paralip. Lib. II. cap. VII, v. 16.

á postrarse ante su altar; considerando este tan repentino y extraño cambio de un lugar poco há osecurísimo, ignorado en la geografía, convertido en centro de numerosas y devotas peregrinaciones y en dulce imán de devotos corazones; al ver surgir majestuoso el templo que la fé y la piedad de las naciones levantan á su Soberana Emperatriz, monumento digno de los mejores tiempos del cristianismo, que no costará menos de dos millones, queda uno sorprendido, se llena de admiracion y de estupor, y vése como constreñido á indagar y á tomar en consideracion cuál pueda ser el origen de tan maravillosa transformacion, y cuál la causa de tan inusitados y extraordinarios sucesos; y entre maravillado y sorprendido, pregúntase á sí mismo: ¿qué significa todo esto? Y todos estos tan inusitados sucesos ¿á qué obedecen? ¿Es posible que en pleno siglo diecinueve, cuyo carácter distintivo no es ciertamente la religiosidad ni el fervor de la fé, veamos un conjunto de hechos tan prodigiosos?

Para responder á esta pregunta no he tenido la menor necesidad de dejarme guiar por los

impulsos de un celo indiscreto, y mucho menos por ninguna especie de fanatismo religioso, de que generalmente suelen ser por los enemigos de nuestra religion sacrosanta achacados los escritores católicos. He referido los hechos llana y sencillamente, con el criterio seguro que he podido formar despues de un detenido estudio de ellos, y con la evidencia que su propia naturaleza y las augustas é infalibles enseñanzas de nuestra santa Fé derraman sobre esos mismos hechos. Cuantos no quieran cerrar voluntariamente sus ojos á la luz de la verdad que tan clara, tan esplendorosa se muestra aquí, no podrán menos de aceptar sin la menor vacilacion cuanto digo, pues mi narracion es tan verídica, y tan exacta aún en sus más pequeños detalles, que no contiene nada que no esté conforme con la verdad histórica.

Decía el duque de Saint-Simon, que cerraba su puerta á los hombres cuando escribía y contaba una historia que debía legarse á los siglos.

Yo he escrito estas páginas en mi pequeño gabinete de estudio, que se halla en la primera

pieza contigua al Santuario de nuestra augusta y amadísima Madre de Pompeya, teniendo siempre á mi vista la cúspide del monte Gauro, célebre por la aparición del Príncipe de las milicias angélicas, el glorioso Defensor de la Iglesia, San Miguel Arcángel á San Catelio, Obispo de Castelamare. Al contemplar la quietud, el profundo y no interrumpido silencio que reinan aquí en el invierno, muchas veces me ha parecido hallarme solo en el mundo. Y debajo de un cielo de un azul encantador, y á la vista de ese monte que incesantemente me recuerda al celeste Mensajero, su soberana visita y su celeste coloquio, estoy por decir que casi, casi me parecía hallarme en la soberanamente dichosa compañía de los bienaventurados moradores de la celeste Sion, más que entre los afligidos de este mísero y triste destierro, á quienes dirijo este escrito, esta ingénua narración que sin otra cosa mando á la imprenta. El que ama sinceramente la verdad, quedará plenamente convencido de ella.

He citado nombres, domicilios, testigos para que puedan ser preguntados, pues viven todavía

y pueden dar testimonio á la verdad; y de este modo, persuadido el lector de la exactitud de cuanto refiero, podrá también rendir su pleito homenaje á la misma verdad.

A pesar de todo—estoy seguro—habrá todavía quien prefiera las tinieblas á la luz; y así, no dudo que la Historia de Pompeya levantará dos clases de contradictores.

La primera la de escépticos, racionalistas ó libre-pensadores, todos incrédulos de profesión; éstos, así que oigan el nombre de una historia tejida toda de prodigios y de hechos sobrenaturales, levantarán los hombros, y guiñando el ojo no se reirán poco de nuestra credulidad, que ellos, en su particular jerga, la llaman superstición. Como se vé, es un método fácil en extremo, y muy cómodo para librarnos de todo lo que nos molesta.

No escribimos para esos señores, pues su porfiado empeño en negar todo lo que no dependa de las causas naturales, dando por supuesto y teniendo por un axioma de la ciencia el principio de que lo sobrenatural es de todo punto imposible, los coloca fuera de la liza; pero

sí los convidamos á que vengan acá, al Valle de Pompeya, y verán con sus propios ojos, y creerán siquiera al testimonio de sus propios sentidos, como han creído los de esa misma escuela que han tenido la dicha de ver la nueva Pompeya: llegaron acá inerédulos, la vieron admirados, y han vuelto confesando altamente una Providencia soberana que obra aquí sin sujeción á las leyes de la naturaleza.

La otra clase es la de creyentes, ó mejor dicho, la de falsos creyentes: éstos se complacen en contradecir, á veces por ligereza, á veces por no saber enfrenar el mal gusto de la maledicencia, y olvidados de aquella terrible sentencia del Salvador que dice: *no queráis juzgar si no quereis ser juzgados*, profieren juicios infundados que, no pocas veces causan, daños tan grandes, que sus propios autores nunca pudieron imaginar todo su alcance. Y como quiera que aparentan amor á la verdad, son ciertamente los más temibles. De éstos últimos, los hay algunos que critican é impugnan la obra de Dios de buena fé, por que no la conocen y por que vén que otros de su confianza la impugnan; y sin

otro criterio, y sin que se tomen el trabajo de examinar los hechos, siguen el ejemplo de las estúpidas ovejas de las cuales dijo el Poeta:

lo que hace la una, hacen las otras.

Para éstos servirá de alguna utilidad esta historia, pues por lo menos les servirá para que puedan formar un juicio más cabal y más exacto sobre el particular, y llamando su atención, los moverá á que tomen en consideracion lo que vamos relatando en estas páginas.

Los que proceden de mala fé, son del reprobado número de los Iscariotes, y de aquellos sacerdotes de la antigua ley que condenaron al Justo por excelencia, creyendo temerariamente hacer, con tamaña injusticia, un obsequio á Dios.

Para iluminar á éstos disipando sus tinieblas, tanto más funestas cuanto tienen de voluntarias, y convertirlos ablandando la dureza y la obstinacion de sus corazones para que se adhieran á la verdad que los ha de salvar, *veritas liberabit vos* (1), no hay otro medio que la inagotable

(1) S. Joan. Evang. cap. VIII, v. 32.

misericordia de María, la mirada compasiva de la que llevó en su inmaculado seno á la misma Misericordia encarnada para remedio de los pecadores. Y nosotros la suplicaremos vuelva sobre ellos sus misericordiosos ojos.



LIBRO PRIMERO

EL ANTIGUO VALLE DE POMPEYA

CAPÍTULO I

POMPEYA ANTIGUA Y POMPEYA MODERNA.

El viajero que en pocas horas quiere visitar el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario, que se levanta majestuoso hácia la celeste Jerusalem en este *pedazo de cielo lanzado á la tierra*, al decir de los poetas que con este elogio celebraron la zona perivesubiana, se presenta en la estacion de Nápoles y pide billete de ida y vuelta para *Valle di Pompei*, que es la estacion inmediata á la de Pompeya: todo el itinerario se hace en 65 minutos.

El viaje no puede ser más delicioso: ni por un solo momento pierde de vista el viajero el bellissimo espectáculo que á su derecha presenta la mar con las múltiples ondulaciones de sus cristalinas aguas de un hermoso azul celeste. Ya ha llegado á la despejada y abierta playa. Ván

misericordia de María, la mirada compasiva de la que llevó en su inmaculado seno á la misma Misericordia encarnada para remedio de los pecadores. Y nosotros la suplicaremos vuelva sobre ellos sus misericordiosos ojos.



LIBRO PRIMERO

EL ANTIGUO VALLE DE POMPEYA

CAPÍTULO I

POMPEYA ANTIGUA Y POMPEYA MODERNA.

El viajero que en pocas horas quiere visitar el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario, que se levanta majestuoso hácia la celeste Jerusalem en este *pedazo de cielo lanzado á la tierra*, al decir de los poetas que con este elogio celebraron la zona perivesubiana, se presenta en la estacion de Nápoles y pide billete de ida y vuelta para *Valle di Pompei*, que es la estacion inmediata á la de Pompeya: todo el itinerario se hace en 65 minutos.

El viaje no puede ser más delicioso: ni por un solo momento pierde de vista el viajero el bellissimo espectáculo que á su derecha presenta la mar con las múltiples ondulaciones de sus cristalinas aguas de un hermoso azul celeste. Ya ha llegado á la despejada y abierta playa. Ván

pasando á su izquierda la risueña Portici y Resina, antiguamente *Herculano* y *Oplonto*, hermanas en su desgracia de *Stabia* y *Pompeya*, sobre las cuales se levanta aterrador el Vesubio, eructando en altísimos espirales densa columna de humo.

A su derecha se extiende con gusto la vista sobre el vasto golfo, y se fija en el fondo de las montañas de Castelmare; volviendo luego la mirada hácia las poéticas costas de Sorrento, recuerda la gloriosa cuna del piadoso Cantor de Gofredo en la punta de Minerva, que se pierde allá en lontananza entre el azul de las ondas y el celeste del horizonte.

En esto ya avanza veloz la locomotora, dejando á la izquierda á Torre del Greco, la ciudad del Coral, reedificada nada menos que por doce veces por sus habitantes que, con invencible constancia, volvían á reparar los destrozos y las ruinas que en ella causara la inmundada lava del Vesubio, enemigo obstinado de unos ánimos aún más obstinados en el amor á su pátria. Más adelante se encuentra Torre Annunziata, con sus industrias y comercio florecientes. Y he aquí que hemos llegado ya á la estacion de Pompeya la vieja, pero todavía no estamos en el deseado término de nuestro viaje, en el valle del Santuario.

Y aunque desee ardientemente el piadoso viajero postrarse cuanto antes ante el altar de la divina Madre en su nuevo y monumental templo, al oír las voces del conductor que grita: *Pompei! Pompei!*, asómase como instintivamente á la puertezuela del coche, y ante aquel acervo de ruinas, agólpanse en confuso tropel á su imaginacion mil ideas de antigüedad, de historia, de paganismo, de catástrofes y de la caducidad de las cosas humanas. Pompeya! nombre histórico de fama mundanal, fascinador, que se atrae las miradas de todos los doctos. Pompeya, la más espléndida entre las ciudades etruscas que se gloriaban de tener por su metrópoli á Cápua. Séneca y Tácito, Floro y Tito Livio la llamaron bella y floreciente por los encantos de su cielo, por la actividad de su comercio y por la importancia de sus comunicaciones. Sentada sobre unos suaves declivios, descansaba su cabeza sobre las faldas de un monte de fuego, su seno era refrigerado por las cristalinas aguas que fluían del Sarno, y regadas por éste mismo rio —que entónces era navegable— extendíanse á sus piés praderas siempre risueñas y amenísimos jardines. Ese monte de fuego vomitó llamas devastadoras sobre aquella desventurada ciudad; torrentes de inmundada lava sepultaron toda su belleza; y la ceniza, cual

manto fúnebre, extendióse sobre ella para cubrir aquella inmensa hecatombe.

El pasajero no ve ahora más que una montaña de lava y de ceniza que sepultaron viva á una generacion entera; y sin parar mientras en la marcha del tren, absorbo en las más tristes reflexiones, contempla sobre aquella desastrada montaña una hilera de vetustas murallas, de casas derruidas, de columnas despedazadas, unas en pié, otras por el suelo, bóvedas en ruínas, residuos de paredes con mil variedades de pinturas, y más allá el anfiteatro, testigo un dia de humanas hecatombes: todo esto lo deja atrás con la velocidad del tren. A vista de tan luctuosos recuerdos, cierra inconscientemente los ojos, y triste y meditabundo su espíritu, se representa la vida y las costumbres de un pueblo que de la noche á la mañana desapareció para siempre. Allá en su imaginacion, exaltada con lo que acaba de presenciar, sueña ver larvas de romanos que vagan erráticas por aquellas cimas; más abajo aquellas solitarias piedras todavía en pié despues de dieciocho siglos, aquellas calles desiertas, y aquel laberinto de caminos que cruzan en todas direcciones, largos, estrechos, adustos, melancólicos; el suelo entapizado con las materias arrojadas por el Vesubio, en forma de trapecio; sus aceras soladas, impresas

todavía sobre sus piedras las señales de los vehículos; y las casas, las tiendas, los palacios, y los magníficos templos ¡qué conjunto tan lastimero! que parecen aguardar silenciosos á sus antiguos moradores. Las fuentes, las palestras para la juventud de ilustre nacimiento, las estatuas, las pinturas, las tumbas, los pórticos, los mosaicos, los teatros y el anfiteatro, recuerdan todo el boato y toda la grandeza romana.

Pero toda esa grandeza pagana desvaneciése en un instante como una sombra vana, como un sueño, una ilusion, y juntamente con ella duermen el sueño de muerte sus autores y admiradores. Toda aquella grandeza, como que nada entendía de la vida ultramundana ni de los inmortales destinos del hombre, concluyó para siempre debajo de una fria y pesada lápida sepulcral. El foro, los caños públicos, el templo de Apolo, el Panteon, el templo de Augusto, el vasto anfiteatro, los dos teatros, están mudos, como esqueletos de gigantes exhumados: ¡pesa sobre ellos el silencio sepulcral de dieciocho siglos!

Han pasado apenas cinco minutos, cuando el sonoro silbido de la locomotra despierta al ensimismado viajero, y le avisa que deja ya la estacion de la muerta Pompeya, y se acerca la

de Pompeya rediviva. Una vez aquí, cambia como por encanto la escena. Véase á cierta distancia una esbelta y elegante cúpula, reverberante de luz que refleja sobre su superficie de azulejos blancos y negros. Descúbrese inmediatamente al lado del Santuario un vasto edificio; síguenle á éste otros de modestas proporciones delante del Santuario; más abajo se presenta una anchurosa calle, hermosea con cuatro hileras de plátanos y de eucaliptus, y una *columna miliaria* con la inscripción *Via sacra* por corona, y finalmente la estación del *Valle de Pompei*.

Apenas uno se apea, cuando se deja oír alegre y festivo el sonido de una campana. Aquellos sonoros tañidos, resonando por todo el Valle, hacen penetrar sus armoniosas ondas hasta en lo más interior de las desiertas calles de la silenciosa ciudad. Son tan extraordinarias, tan insólitas las impresiones que el corazón cristiano experimenta cuando llega á este punto, que le cuesta trabajo reprimir la vehemencia de sus fuertes latidos.

Junto á la tierra sobre la que cayera el anatema del cielo y toda la ira de las divinas venganzas, junto á una tierra de muerte, se le presenta de repente la tierra de bendición y de vida; frente á frente del derrocado anfiteatro

enrojecido con la sangre humana, se presenta erguido un templo vivo de fé y de amor, un templo consagrado al purísimo culto de la más pura y excelesa de las criaturas, la Madre bendita de Dios; y á una ciudad anegada en el piélago de sus inmundicias, sucede una ciudad de costumbres puras y de vida que se alimenta en la *nueva civilización*; en la civilización que trajo consigo el cristianismo, una ciudad que se inspira en el Evangelio, y vive de la savia vital del Evangelio: frente á la Pompeya pagana, la Pompeya cristiana. El silencio de dieciocho siglos es finalmente interrumpido por el festivo clamoreo del litúrgico bronce; y el tierno y angélico canto de unas niñas — *Huerfanitas del Rosario* — que en el recinto del Arca Santa alaban al Señor, alegran la secular tristeza de estos lugares. Es la nueva civilización que al lado de la antigua se muestra radiante de celestial belleza, el arte cristiano junto al arte pagano: el cristianismo, rico venero de vida, frente al paganismo ya muerto.

Pero este hermoso contraste de vida y de muerte preséntase todavía más grandioso, así que pasando los umbrales del naciente Santuario se penetra en él. Aquí resplandecen, con todos sus fulgores, la pintura y la escultura

modernas, cristianas é italianas. Aquellos mármoles de diversos colores, labrados con exquisito gusto artístico y de una lucidez incomparable, aquellas pinturas de la cúpula, del ábside y de la bóveda principal, con el bellissimo grupo de ángeles que corona toda la parte superior de la iglesia, aquellas estatuas de bronce y de mármol primorosamente ejecutadas; toda aquella riqueza de oro que con tanta profusion brilla en todo el rededor del inmenso edificio en aquellas deslumbradoras taráceas; aquella suavidad de colores y la maestría y la perfeccion que se admiran en todos los detalles del arte cristiano en magnífico estilo toscano; son voces que con irresistible elocuencia hablan así al corazon del peregrino, como al de otro cualquiera que ama y comprende la religion y el arte.

Aquí el arte nuevo sucede al antiguo; la civilizacion hija del Evangelio, sobrepuja la civilizacion pagana; el cristianismo triunfa gloriosamente del paganismo.

¡Quién dijera que todo este movimiento de arte y de vida, de civilizacion y de religion; todo esto que se presenta á los ojos del visitador cual una vision paradisiaca despues de las tristes y oscuras imágenes de las ruinas y de la muerte, apenas cuenta un lustro!

Y aquí deseará conocer el visitante cómo en tan corto espacio de tiempo háse verificado tan grande transformacion, que á los que no la han visto pareceles una exageracion, bien así como á los que la vén un sueño.

Para satisfacer su piadoso deseo, me será preciso retroceder algún tanto, hasta dar con los primeros principios de tan extraordinario fenómeno.

Mas antes de dar principio á nuestra narracion, no será inútil consignar algunas verdades, cuyo conocimiento ha de derramar mucha luz sobre esta historia.

1.º *La obra de Pompeya es eminentemente obra de Dios.* La Virgen Santísima la dirige para su mayor gloria. El medio de que se vale para su dilatacion, son los *prodigios*.

Ocúltase en esta obra un misterioso y arcano designio de Dios sobre los hijos de los hombres. Y cuando es *consejo del Atisimo*, no hay fuerza humana que pueda impedir su pleno cumplimiento: *Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum* (1). Lo que si podemos asegurar sin peligro de equivocarnos, es que toda esta obra la rige y la endereza uno de esos misericordiosos designios de

(1) Proverb. cap. 21. v. 3º.

Dios, rico en misericordia, que en las épocas más desastrosas para la Iglesia hace gala de sus inefables misericordias para con los hombres.

Y sobre este particular debemos confesar aquí que nosotros mismos, por no conocer esos amorosos y soberanos designios de Dios en pró del género humano, hemos quedado muy sorprendidos. Creíamos en un principio que esos espléndidos rasgos de la divina clemencia en una época de tantas humanas aberraciones, tuviesen por mira tan sólo á los pobres y sencillos campesinos de este Valle, y en esta persuasión, siguiendo fielmente los impulsos que sentíamos en nuestro interior, nos limitábamos á educar é instruir á esta pobre gente. Pero multiplicándose cada vez más y más en número y grandeza los prodigios de la divina Madre de Misericordia con el trascurso de los años; la innumerable muchedumbre de cartas que todos los dias y de las más remotas regiones del globo llegaban á mis manos, unas dando gracias á la soberana Bienhechora por los beneficios recibidos de su maternal largueza, y otras implorando de su poderoso Patrocinio nuevos favores; aumentando cada vez más el concurso de los forasteros, y entre éstos personajes ilustres del clero y del laicato, Autoridades del Estado y más todavía de la Iglesia, hasta el punto de vernos no pocas

veces en la imposibilidad de poder atender á tantos y tan graves cuidados como todo esto nos ofrece (y sin embargo vamos siempre adelante), no hemos podido menos de exclamar: *Digitus Dei hic*. Es obra de Dios (1) que se manifiesta tanto más misericordioso con los hombres cuanto éstos viven más olvidados de Él; es amoroso designio de Dios que quiere glorificar en éste hasta hace muy poco oscurísimo lugar á su benditísima Madre, abriendo una vez más los riquísimos é inagotables tesoros de sus inefables misericordias, y haciendo verter su ancho raudal por manos de la más bondadosa de las manos sobre todos los que, deseando aprovecharse de ellas, acuden confiados á su omnipotente mediación; es designio de misericordia de Dios, sí, pero en favor de todos los hombres.

2.º Si la Obra de Pompeya es obra exclusivamente de Dios, necesariamente ha de ser contrariada por los hombres, porque el signo característico y distintivo propio de las obras de Dios, es ser hostilizadas por el mundo.

Nos consuela el Evangelio cuando nos presenta á nuestro Salvador y nuestro soberano Capitan hecho el blanco de las iras y contradicciones del mundo: *Ecce positus est hic... in*

(1) Exod. c. VIII, v. 19.

signum cui contradicetur (1): todas sus obras llevan este sello divino, que las distingue perfectamente bien de todas las demás y las pone á salvo de toda falsedad y superchería. *La señal más segura*—nos decía nuestro soberano Pontífice Leon XIII—*de que vuestra obra es obra de Dios, es que sufrís contradicciones; pero la Virgen Santísima hará que triunfe su obra.*

Y efectivamente, se podrá ver en esta historia como no ha habido ningún triunfo del Santuario sin rudísimo combate, ni gloria que no haya sido precedida de muchas humillaciones.

Verán, pues, los que leyeren esta historia, cómo á nuestros mayores consuelos y á los días de nuestras alegrías más puras, han sucedido siempre grandes amarguras y tristes días de prueba: el día de placer ha sido siempre víspera del pesar: *Extrema gaudii luctus occupat* (2). Pero en todas nuestras amarguras y en las más duras pruebas á que hemos sido sometidos, nos ha sostenido y alentado la benéfica al par que poderosa mano de la excelsa Reina y Señora de este Valle, que se intitula Reina de las Victorias.

(1) Luc. c. II. v. 34.

(2) Parab. Salom. cap. XIV. v. XIII.

3.º En esta obra de Pompeya, manifiéstase palpablemente una soberana *Providencia*, con tan arrogante y único desearo negada y blasfemada en nuestros días por los que se atribuyen á sí propios el título honorífico de sábios.

Sin bienes propios, sin ningun capital asignado, sin ninguna clase de rentas fijas, sin sobrante alguno en los pagos, sin la más insignificante ayuda pecuniaria de parte del Ayuntamiento ni de Ministerio alguno, inviértense semanalmente de cuatro á cinco mil *lire*, y se mantienen diariamente doscientas cincuenta familias, obreros, niños y huérfanas. El sábado por la noche queda el erario exhausto, no se deja en él un cuarto; y á pesar de ello, el sábado siguiente se halla siempre con suficiente dinero para satisfacer todos los gastos de la semana. Este hecho constante data desde hace doce años; y con tan inverosímil sistema, hemos llegado ya á gastar la respetable suma de *un millon y más de lire*. ¿Existe ó no *Providencia*?

4.º De cuanto voy á decir respecto de los hechos que á mí mismo me han sucedido, y de los que yo mismo he sido y soy testigo ocular al presente, fácilmente podrá persuadirse cada cual de que no puede haber *ningun pecador tan perdido*, ni alma tan esclavizada por el desapiadado enemigo del hombre, Satanás; *que no*

pueda salvarse por virtud y eficacia admirables del santísimo Rosario de María, asiéndose de esa cadena misteriosa que del cielo nos tiende la Reina misericordiosísima de las místicas rosas para salvar á los tristes náufragos de este borrascosísimo mar del mundo.

5.º Para lleva felizmente á cabo las obras más grandiosas y las más árduas y difíciles empresas iniciadas para honra y gloria de Dios, ninguna falta hacen ni las *riquezas*, ni el *poder*, ni la *ciencia*: cuando se obra con debida subordinación y sinceridad, basta una cosa, y es la *rectitud de intención*; ésta es la que atrae sobre el hombre las miradas del Todopoderoso, le colma de sus soberanas bendiciones, y le reviste de maravilloso y sobrehumano poder.

CAPÍTULO II.

EL VALLE INEXPLORADO.

§ I.—Los Monumentos.

Pero antes de dar principio á su descripción, no será del todo fuera de propósito consignar aquí algunos detalles acerca del lugar, que es

venturoso teatro de los acontecimientos que forman el objeto de esta historia.

Si la construcción de una nueva ciudad y de un templo suntuoso, monumental, que tan poderosamente llama la atención de propios y extraños, en poquísimos tiempo levantado en un terreno hasta há poco desconocido y abandonado, es un hecho extraordinario, importa conocer la historia antigua de ese lugar que la Providencia ha destinado para teatro de sus portentos en nuestro descreído siglo, que de Providencia entiende muy poco, y lo que es al presente ese dichoso sitio que la soberana Reina de los Angeles se ha escogido para colocar en él el trono augusto de las magnificencias de su maternal bondad, y de su dulcísima é inagotable misericordia en favor de la infeliz descendencia de Eva.

El viajero que del Anfiteatro de Pompeya se dirige á Scafati, y fija su mirada en la dilatada campiña que le rodea, disfruta el magnífico panorama de una amenísima vega que, situada en la parte meridional del Vesubio, regada á derecha é izquierda por el *Sarno* y el *Canal del Sarno*, y fertilizada por las mansas corrientes de estos dos rios, se extiende feraz y risueña varios kilómetros alrededor de las solitarias ruinas.

pueda salvarse por virtud y eficacia admirables del santísimo Rosario de María, asiéndose de esa cadena misteriosa que del cielo nos tiende la Reina misericordiosísima de las místicas rosas para salvar á los tristes náufragos de este borrascosísimo mar del mundo.

5.º Para lleva felizmente á cabo las obras más grandiosas y las más árduas y difíciles empresas iniciadas para honra y gloria de Dios, ninguna falta hacen ni las *riquezas*, ni el *poder*, ni la *ciencia*: cuando se obra con debida subordinación y sinceridad, basta una cosa, y es la *rectitud de intención*; ésta es la que atrae sobre el hombre las miradas del Todopoderoso, le colma de sus soberanas bendiciones, y le reviste de maravilloso y sobrehumano poder.

CAPÍTULO II.

EL VALLE INEXPLORADO.

§ I.—Los Monumentos.

Pero antes de dar principio á su descripción, no será del todo fuera de propósito consignar aquí algunos detalles acerca del lugar, que es

venturoso teatro de los acontecimientos que forman el objeto de esta historia.

Si la construcción de una nueva ciudad y de un templo suntuoso, monumental, que tan poderosamente llama la atención de propios y extraños, en poquísimos tiempo levantado en un terreno hasta há poco desconocido y abandonado, es un hecho extraordinario, importa conocer la historia antigua de ese lugar que la Providencia ha destinado para teatro de sus portentos en nuestro descreído siglo, que de Providencia entiende muy poco, y lo que es al presente ese dichoso sitio que la soberana Reina de los Angeles se ha escogido para colocar en él el trono augusto de las magnificencias de su maternal bondad, y de su dulcísima é inagotable misericordia en favor de la infeliz descendencia de Eva.

El viajero que del Anfiteatro de Pompeya se dirige á Scafati, y fija su mirada en la dilatada campiña que le rodea, disfruta el magnífico panorama de una amenísima vega que, situada en la parte meridional del Vesubio, regada á derecha é izquierda por el *Sarno* y el *Canal del Sarno*, y fertilizada por las mansas corrientes de estos dos rios, se extiende feraz y risueña varios kilómetros alrededor de las solitarias ruinas.

Una prolongada cadena de montañas (que son un apéndice del Apenino) la ciñe de Oriente á Mediodía con dilatado y espacioso cerco: son precisamente las que circuyendo el valle del Sarno se extienden hácia Amalfi, y formando como una corona, dominan á Castelamare di Stabia en su parte meridional, y alargándose de allí en forma de una espuela, van á perderse en la mar en la punta del Sorrento ó de la Campanela.

Coronada de sus montes, en su mayor parte siempre verdes por la exuberante vegetacion de sus olivos y castaños que, á guisa de una hermosa y espesa cabellera, cubren sus cimas; llenos de vida por las alegres y deliciosas aldeas que albergan en sus amenas faldas y sus pintorescos vértices; ricos de veneros de aguas potables; relucientes á los reverberos del sol sus más levantadas crestas engalanadas con la cándida capa de nieve que las cubre, ó bien con la albicante mole de sus rocas, yace esta vega orgullosa entre dos montes más próximos, que le dán celebridad en la historia, es decir: el *Vesubio* por el Septentrion, que majestuoso la domina y muéstrasele imponente, revestido con la áspera y dura escoria que su cráter vomita, y el *Gauvo* por el Sud, que desde sus tres puntos culminantes, cubiertos de fructíferas selvas, cual vigilante centinela la ampara y la defiende.

Sembrada al presente de casitas de campo y de viviendas de labradores, que cada dia ván agrupándose más y más al redor del Santuario de la excelsa Reina del Rosario, contaba apenas esta risueña vega unos cuantos vecinos al principio de este siglo, que á su muerte — gracias al movimiento y á la vida que el templo monumental y nuestras instituciones han traído consigo — le lega un pueblo de más de tres mil almas.

Este valle ha conquistado en nuestros dias una celebridad universal, haciéndose famoso en todo el mundo, no ya por las antigüedades de la destruida ciudad pagana, ni por los extranjeros que llegan acá ávidos de conocer y admirar sus sepultadas magnificencias, sino por las maravillas que la Madre de las divinas misericordias obra aquí en su nuevo templo, dedicado á su Santísimo Rosario, y por el incesante concurso de innumerables devotos que vienen á venerar á su divina Madre, que ha establecido aquí su trono de gracia y de misericordia, y á postrarse ante su altar.

Y este lugar, que hoy tan dulce y poderosamente llama y atrae los corazones y los afectos de tantos centenares de millares de fieles de muy apartadas regiones, ¿qué era en otro tiempo? ¿Con qué nombre era conocido en la antigüedad? ¿Qué representaba «al tiempo de los

dioses falsos y mentirosos?» Desde el año 79 de la era cristiana, época de la destrucción de Pompeya, hasta hoy, lo que llamamos el *Valle de Pompeya* era desconocido; ni en los estudios de los doctos se pensaba en explorarlo. Aun ahora, si alguno de mis lectores preguntase á los doctos: ¿qué es lo que acaeció en las tierras puestas al Oriente y Mediodía de la antigua Pompeya despues de esa aciaga fecha del año 79? ¿Dónde se establecieron y á dónde fueron á parar los pompeyanos despues de la horrible catástrofe de su amada ciudad? Responderán contestes: es muy oscura su historia.

Verdaderamente, nadie podría pensar que este valle oscuro, desconocido é ignorado hubiese tenido esta denominacion desde su más remota antigüedad, y que el nombre que lleva hoy de *Valle de Pompeya* le fuese debido con todo el rigor de la verdad histórica.

¿Quién jamás creyera que este abandonado lugar, escogido en el siglo del más escueto naturalismo, el siglo diecinueve, por la dulcísima Madre de Misericordia para centro de sus prodigios, hubiese tenido tanta importancia histórica cuanta tuvo no solo en la época en que la antigua Pompeya se veía en el apogeo de su grandeza, sino aún en la edad media, es decir, en el siglo once y sucesivos?

Hemos sido, pues, doblemente afortunados: con el hermoso santuario que hemos dedicado á la soberana Reina del Rosario, hemos creado un nuevo pueblo que tal vez podrá ser la *Nueva Pompeya*, y á la vez hemos hallado la clave que nos franquea la puerta para entrar en el conocimiento de la importancia histórica de este predilecto valle de María.

El cómo llegamos á este descubrimiento, fué muy sencillo. Era el año de 1887, cuando nos preparábamos para celebrar el glorioso triunfo que la Bendita entre las mujeres había reportado en este valle el día 8 de Mayo, día faustísimo, memorable, de cara y perdurable memoria, día en que la Madre bendita de Jesus iba á tomar posesion del glorioso trono de sus inefables misericordias en este ignorado valle de Pompeya. Para solemnizar, pues, condignamente tan venturoso acontecimiento y para mayor comodidad de los devotos que desearan tributar á su divina Madre los más rendidos homenajes de su filial ternura en su nuevo Santuario, asentamos en los terrenos de nuestra propiedad una pequeña estacion, con la denominacion de *Valle di Pompei*, que acogiese y fuese como un refugio á los nuevos peregrinos. Con el mismo intento de facilitar á los devotos siervos de nuestra soberana Reina el acceso cómodo á su nuevo

Santuario, abrimos desde la mencionada estacion, á través de los campos propiedad de la familia De Fusco, al Santuario, una anchurosa calle con el nombre de *Via Sacra*. Finalmente, hicimos á nuestro coste una plaza, en fondo á la cual echamos los fundamentos de una casa de moderna construccion para los obreros. Sucedió pues, que estando cavando para echar los cimientos, se descubrieron algunos trozos de vetustos muros, ruinas de viejos edificios, cuyo hallazgo, llamando la atencion de los operarios, hizo que éstos, siguiendo las huellas descubiertas, procediesen con algun cuidado en sus escavaciones, dando por resultado encontrarnos nada menos que con los monumentos de la antigua Pompeya.

Examinados detenidamente estos monumentos por el sábio arqueólogo D. Luis Pepe, en vista de la indiscutible importancia que revelaban, creyó este sábio, y con mucha razon, prestaría no pequeño servicio á la arqueología escribiendo, como lo hizo, una monografia histórica de este desastroso lugar, rica de datos y documentos originales que ha encontrado en los viejos y polvorosos pergaminos de los archivos diocesanos, notarías municipales y bibliotecas. Gracias, pues, á los estudios de este erudito, ya tenemos una historia completa de este valle, desde el

primer siglo de la Era cristiana hasta nuestros dias (1).

Ateniéndonos, pues, á cuanto nos revelan los monumentos descubiertos por nosotros mismos, y á las luminosas disquisiciones hechas con tanto acierto por el eximio arqueólogo, tenemos el gusto de presentar á los lectores de la historia del Santuario de Pompeya, un breve epiflogo de cuanto ha sucedido en la larga série de diez y ocho siglos en este lugar de las divinas venganzas, despues de aquella ingente calamidad sepultado hasta nuestros dias en el olvido, y últimamente, escogido por la Providencia para ser ahora, como antes había sido de las divinas venganzas, testigo de las divinas misericordias y de las magnificencias de la piadosa Reina del Rosario en pro del ingrato género humano, y de un glorioso renacimiento moral y social de un pueblo extinguido, y para la exaltacion é incremento de la fé católica, tan combatida hoy en el mundo.

(1) Véanse *Memorie storiche dell'antica Valle di Pompey* per Ludovica Pepe. Valle di Pompey. Senola, Tipografica Editrice Bartolo Longo.

§ II.—El Valle de Pompeya
desde el primer siglo hasta el noveno.

¿Qué era el Valle de Pompeya cuando esta ciudad se hallaba en el zenit de la grandeza y civilización paganas?

El sitio que hoy se llama *Valle di Pompei* llamábase á la sazón *Campo pompeyano*, y estaba surcado de caminos para *Stabia*, *Nocera* y otros pueblos importantes de la feraz vega del *Sarno*.

Así que juntamente con la agricultura, bien pudieron aquí prosperar el comercio y la industria. Amenísimo todo él, por su lozana y exuberante vegetación, amenizábanle aún más las quintas, granjas, fábricas, talleres y almacenes de que estaba enriquecido.

Pero ¿qué suerte le cupo después de aquella aciaga noche en que el Vesubio, cual si se hallara envidioso de sus bellezas, arrojó sobre él su inmundada lava y le sepultó bajo sus encendidas cenizas?

La desolación y la tristeza se apoderaron de todo el llamado Campo pompeyano; el luto y el duelo tendieron allí su negro pabellón; todo quedó durmiendo el sueño de la muerte. En medio de todo aquel silencio sepulcral, solo

un ténue rayo de vitalidad apareció allá en el punto más próximo al Anfiteatro, centro de nuestras excavaciones, que está situado por el lado occidental de la grandiosa plaza de la *Nueva Pompei*, construida recientemente por nosotros.

Sobre los monumentos antiguos, hánse encontrado en ese lugar los sepuleros de los que ciertamente debieron habitar después del gran desastre en la arruinada ciudad, como quiera que se ven las tumbas abiertas en la ceniza y sobrepuestas á la capa de lapilo vomitado por el Vesubio el año 79. Son muy pobres, hechas sin ningún esmero, y de gente que se contenta con poco; son tumbas paganas. Están provistas de perfumatorios y de lucernas á los pies de los cadáveres, perfumatorios y lucernas que conservamos como muestras de la cultura pagana en aquella sazón.

Las construcciones que se han descubierto apoyadas á las antiguas, prueban que aquéllas pertenecieron á los sobrevivientes y á los habitantes posteriores á la catástrofe.

Si se quiere una prueba más evidente todavía, la tenemos en una moneda de cobre del emperador Diocleciano, que hallamos en un aposento cuyas paredes se apoyaban sobre otras mucho más antiguas y muy anteriores á la época de la

formidable erupcion. Diocleciano reinó en el siglo III, y puesto que tambien se encuentran monumentos del siglo IV, se colige que estuvo habitada aquella casa al menos hasta el siglo IV, y que aun despues de la destruccion de Pompeya, estuvo habitado el Campo pompeyano.

Con este mismo nombre encontramos designado este valle en el siglo IX por el cronista Martin Mónaco, quien en la historia de la *Traslacion del cuerpo de S. Bartolomé* de Lipari á Benevento, refiere — lo trae Borgia — que Sicardo, Príncipe de Benevento, temiendo alguna correría de los sarracenos, acampó con su ejército — año de 838 — en un lugar llamado Campo Pompeyano, por razon de una ciudad de Campania que tenía el nombre de Pompeya, y que ahora está desierta y abandonada; *in Pompeyo Campo, qui a Pompeya, urbe Campanice, nunc deserta, nomen accepit.*

El Campo Pompeyano fué, pues, llamado en el siglo IX con el nombre de infausta memoria de la destruida ciudad de Pompeya en Campania, y como quiera que sea, *Valle ó Campo*, no es conocido con otro epíteto que con el de Pompeya.

Y muy probablemente de aquí debió tomar el anciano párroco del *Valle D. Juan Cirillo*, que murió el año pasado, la inscripcion que grabó

en el sello parroquial, que dice así: *Parroquia del Santísimo Salvador en la antigua Tierra del Valle de Pompeya*, como diremos despues.

§ III. - El Valle sagrado.

Los primeros cristianos de Pompeya.

Quizá deseen saber nuestros lectores si entre los primeros habitantes del valle pompeyano hubo ó no cristianos.

Les satisfaremos diciendo, que entre las ruinas de la destruida ciudad, no se ha hallado el menor vestigio del cristianismo. Por lo que podemos afirmar que este valle, poblado por los gentiles fugitivos de su desventurada ciudad de Pompeya, quedó como sepultado en la oscuridad del paganismo.

El faro luminoso de la nueva civilizacion, regada con la sangre de los mártires, que con la predicacion del Evangelio alumbraba ya á Roma, á Nápoles y á casi toda la Italia, tardó mucho ántes de irradiar á los descendientes de aquella infeliz ciudad, tan famosa por los refinamientos de su molicie y voluptuosidades genfílicas, cuyas ruinas están ahí para prueba de su libertinaje y disolucion: no aparecen entre sus monumentos señales del cristianismo hasta el siglo IV.

Verdad es que en las excavaciones que se han hecho, se ha descubierto una lámpara que lleva impresa la señal de la cruz, pero también es verdad que el eruditísimo arqueólogo P. Rafael Garruci de la C. de J.— en las *Questioni Pompeiane*— ha reconocido que la susodicha señal de la cruz tiene carácter del siglo IV, es decir, de los habitantes que Fiorelli y todos reconocen ser del siglo III y IV. Iban éstos á la derruida ciudad por la codicia de sus sepultadas riquezas. Para apoderarse de ellas, taladraban en su parte superior las casas, á fin de franquearse la entrada, y una vez dentro, ya tenían allí la codiciada mina, y hacían su agosto apropiándose de cuanto encontrasen de más precioso.

Pero por lo visto, no todos debieron ser muy afortunados en sus hallazgos, por cuanto á más de uno hubo de suceder que, en vez de tesoros que soñaban, encontrasen allí la muerte, quedándose sepultados entre escombros de ceniza y lapilo, que se habían desprendido. Y de este modo explican el hallazgo de la lámpara cristiana del IV siglo.

Tampoco nosotros hemos hallado ningún monumento cristiano en el vastísimo edificio que hemos descubierto en *fullonica*.

Es cierto, empero, que esos mismos cristianos del siglo IV fueron los progenitores y los

ascendientes de los que despues fabricaron á la orilla del Sarno, á un kilómetro de la desenterrada *fullonica*, la Iglesia dedicada al Salvador. Hallamos por vez primera mencionada esta Iglesia por los escritores del siglo XI.

Por lo tanto, puede afirmarse con certeza que despues de la destruccion de Pompeya, en la planicie que al pié de aquella se extiende á la orilla del Sarno, que entónces era navegable, fué edificada una aldea que, por razon del sitio, se llamó Valle. Aquí se construyó en honor del Salvador una iglesia, y los desparramados vecinos de todos aquellos contornos, agrupándose en rededor de esta iglesia, formaron la nueva ciudad.

En conformidad con los principios de la filosofía de la historia sobre el flujo y reflujo de las generaciones y de las diversas épocas, establecidos por Vico, haremos notar al lector que, así como entónces se comenzó á formar una ciudad, edificando antes una iglesia á cuya benéfica sombra acogieron los primeros habitantes de estos lugares, así ahora los actuales moradores esparcidos por estos campos, reúnen-se en torno del suntuoso templo dedicado al Santísimo Rosario de María, y á su benéfica sombra forman la nueva Pompeya.

Y si aun bajo el punto de vista civil es de mucha importancia este Santuario, no fué menor

la importancia de la iglesia de los primeros cristianos.

La cual importancia —argumenta el antes citado arqueólogo— tambien se echa de ver en que ya en 1093 la antigua iglesia de San Salvador, (que el Obispo de Nola, Sassone, la había donado á Ugo, Abad de los monjes benedictinos de Anversa) fué sustituida con una Abadía (1).

Despues, en el año 1215, la hallamos mencionada en una Bula que comienza *In eminenti Apostolicæ Sedis*, y es del Soberano Pontífice Inocencio III. Del texto de esta Bula aparece que la jurisdiccion de aquella insigne Abadía se extendía desde la mar hasta el Vesubio, y por la parte oriental hasta el Sarno (2).

El estado floreciente de esta riquísima Abadía duró todavía un siglo entero, hasta el año 1337, que es cuando decayó de su antiguo esplendor, á consecuencia de haber sido por los susodichos monjes entregada en concepto de permuta la

(1) Vease el importante diploma de la primera mitad del siglo XIV, hallado por Pepe en el grande Archivo de Nápoles. Reg. 195, Robertus, 1310. C. Fol. 257. t.

(2) Esta Bula, expedida en Roma en el Palacio de Letraa el 18 de Marzo del año 1215 y XIX de su pontificado, contiene la demarcacion de la diócesis de Nola, teniendo presente la ya hecha por los soberanos Pontífices Alejandro III (1150-1158) y Celestino I (1191-1198).

insigne iglesia abacial con la aldea y todos sus bienes á D. Bernardo Caracciolo, pasando desde entónces á ser el señorío de la noble familia Caracciolo, de Nápoles.

Esta familia disfrutó de todos los bienes, y la iglesia abacial, despojada de sus beneficios, no solo llegó á ser pobre, hasta el punto de que los vecinos de la *Municipalidad del Valle*, en siglo XVI, hubieron de dotarla, sino que desde aquella fecha perdió su autonomía, y fué sometida á la jurisdiccion del Obispo de Nola, quedando los vecinos del valle desde aquella época (1511) y en virtud de la dotacion que hicieron, con el *jus patronatus*, es decir, el derecho de presentar al Ordinario de Nola el candidato para regentar su parroquia. Y por esto aun en el día de hoy la parroquia del Santísimo Salvador del valle de Pompeya, es una de las dieciocho iglesias parroquiales que en Italia conservan todavía (como un precioso recuerdo de la antigüedad) el derecho de elegir *á voz del pueblo* su propio párroco. ¡Qué valle tan singular!

Estando, pues, los pompeyanos en la posesion de este derecho desde el año 1511, para erudicion histórica, tan solo puede ser provechosa una sería disquisicion sobre la autenticidad de la Bula pontificia de Julio II, en la que éste concedía á los pompeyanos el consabido privilegio.

Apoyado en buenas razones el erudito arqueólogo Pepe, pone en duda su autenticidad. Opina ser apócrifa, por cuanto no se halla en el Bulario romano ni en los archivos de la Eterna Ciudad. Además la encuentra perfectamente igual á la expedida en favor de los boloneses. Como quiera, y sea lo que fuere de ello, la autoridad diocesana, que es la que vela por la integridad de los derechos eclesiásticos, se cuidará de apurar la verdad sobre este importante particular.

§ IV.—El valle de Pompeya teatro de la guerra en la Edad Media.

No solo por su iglesia —como hemos visto ya— sino tambien por el castillo, por el feudo y por la villa con su Municipalidad ó Universidad y sus alcaldes, se habla de este valle en los escritos de la edad media.

Consta, en efecto, en los documentos existentes en el Gran Archivo de Nápoles, en su Biblioteca Nacional y en el importante Archivo de la Curia episcopal de Nola —donde aún se conservan los atestados de los párrocos relativos á las santas visitas de aquel tiempo— que la aldea del valle estaba además muy poblada y fortalecida con un castillo, que tenía enfrente

del de Scafati; y con motivo de la famosa *conspiracion de los Barones*, llevada á efecto por el Príncipe de Trento contra D. Fernando I de Aragon, adquirió una celebridad y una importancia históricas no vulgares.

A muy corta distancia de aquí, en las cercanías de la ciudad de Sarno, trabó Fernando la batalla con las tropas de Anjou, que reforzadas con las de los Barones conjurados, le derrotaron á aquél y obtuvieron la célebre victoria del Sarno.

Al apuntar el día —como refiere la historia— las tropas de Anjou dirigiéronse á Castelamare di Stabia, pasando por estas llanuras del valle (1).

Sucedió por este tiempo —1459— que el gran feudatario de estos lugares, Luis Caracciolo, hizo tambien causa comun con los Barones, tomando parte en la ya mencionada conspiracion contra D. Fernando de Aragon. Pero éste, aunque vencido en Sarno, protegido despues por el Papa Pio II (Piccolomini) y con la ayuda de su sobrino Antonio Piccolomini, desbarató al ejército de los Barones, é hizo prisionero al rebelde Luis Caracciolo, á quien, en verdad, perdonó la

(1) Véanse los documentos copiados de los Ms. segn. IXC. XXIII, fol. 209 de Biblioteca Nazionale de Nápoles, por el diligente y erudito Pepe.

vida, pero en cambio se apoderó de su feudo y se lo dió á su fidelísimo Nicolás Toraldo.

Los Toraldo se lo vendieron en 1550 á Jacobo de Buechis, y de éste pasó á Alfonso Piccolomini, descendiente del guerrero Antonio.

En 1593 Alfonso Piccolomini compró el feudo entero, es decir, *el castillo, las casas, el palacio del Ayuntamiento, y los vasallos con todos los derechos feudatarios*, por cuya razon tomó despues el título de Príncipe del Valle. Pasando por todas estas vicisitudes el campo pompeyano, fué finalmente el año de 1647 ennoblecido con el honroso título de *principado* (2).

§ V.—La destruccion de la antigua poblacion del valle en el siglo XVII.

Pero ¿cómo y euándo fué destruida la antigua poblacion del Valle pompeyano?

El Príncipe del Valle, Alfonso Piccolomini, queriendo llevar las aguas del Sarno á sus molinos de Scafati y Torre, hizo construir grandes empalizadas y diques de inmensa longitud, que bien pronto produjeron el desbordamiento del

(2) Los Piccolomini han poseído este feudo hasta 1813, que es cuando extinguida aquella nobilísima familia, pasó á la De Fusco.

rio. De modo que no solo fué impedida la navegacion, si que tambien, estancándose las aguas fuera de su cáuce, contagiaron con sus pestíferas exhalaciones palúdicas la atmósfera, haciéndola irrespirable y mortífera en todas las poblaciones próximas de Sarno, Nocera, Scafati, Striano, S. Pietro, S. Valentino, etc. La más descomunal, al par que perjudicial á la higiene, era la valla que se había construido junto á la iglesia del Smo. Salvador; era un dique de 950 palmos, que, por razon del sitio que ocupaba, denominábase *del Salvatore*.

Iba, pues, desde entónces disminuyéndose notablemente la poblacion, parte por causa de la gran mortalidad que se había desarrollado, y parte por la emigracion de los naturales, que huían de aquel lugar de muerte. En vano reclamaron los pueblos perjudicados, y en vano tambien fallaron en favor de éstos los tribunales, porque los Príncipes del Valle se consideraban, con su habitual prepotencia, superiores á la ley.

La mortandad y la emigracion, cada vez mayores, continuaron diezmando las familias, hasta que la pavorosa peste del 1659 acabó con todas, á excepcion de solas tres, que aún sobreviven en sus descendientes, quedando la poblacion por completo abandonada, y convertida, por consiguiente, en un lúgubre páramo tres años

despues (1). En vista de tan triste soledad y la total desercion de los habitantes, la antigua iglesia fué por el Sr. Obispo, en ocasion de la santa visita que practicó en 1662, reducida á beneficio simple, añadiendo empero al decreto de supresion, como presintiendo el porvenir tan venturoso que en la altísima providencia de Dios le estaba depurado á este lugar, y quizá inspirado del cielo, este notabilísimo párrafo: *Que la iglesia será reintegrada en su primitiva dignidad de iglesia parroquial y derechos anejos, siempre que los vecinos del valle llegasen al número de quince.* La cual cláusula, al parecer tan insignificante, contenía, sin embargo, como en embrion la vida y la resurreccion de una ciudad extinguida.

CAPÍTULO III.

EL VALLE DESPUES DE LA DESTRUCCION.

§ I.—Su desmembracion.

Los que no sucumbieron, pues, al deletéreo y funestísimo influjo de los miasmas palúdicos que á causa del estancamiento de las aguas del Sarno, salidas de su cáuce, se desprendían de la

(1) Véase el *Processo* dell'Archivo di No'a, vol. II. Docum. 1755, en el ya tantas veces citado Pepe.

hermosa vega por la accion del sol; los que no sucumbieron á las fiebres y á la peste, se alejaron de un sitio que parecía albergue de la muerte.

Muchas familias se desparramaron por la moderna campiña del valle, y se establecieron en las nuevas casas que, léjos del rio y á lo largo de las carreteras de Ottajano y de Nápoles, fabricaron, aprovechando al efecto el material de las demoliciones de la antigua aldea.

Otras se mezclaron con las poblaciones más próximas de Torre Annunziata y de Boscoreale, en la provincia de Nápoles, y de Scafati que pertenece á la de Salerno; pero en medio de todas estas vicisitudes en lo civil y terreno, quedó siempre inmutable en lo religioso y espiritual, perteneciendo la jurisdiccion eclesiástica, desde la fundacion de la iglesia del Smo. Salvador del Valle, al Ordinario de Nola.

Es digno de observacion que en los cinco siglos que median desde el XI hasta el XVI, en los que con harta frecuencia se hace mencion de la *Tierra del Valle*, ni una sola vez se habla de la aldea en los documentos de ese tiempo; sino con el nombre de Valle, sin otro aditamento.

Lo cual tiene su razon de ser en la historia, puesto que el *Valle* era una poblacion autónoma, con su feudo, castillo, Ayuntamiento, Alcaldes y

despues (1). En vista de tan triste soledad y la total desercion de los habitantes, la antigua iglesia fué por el Sr. Obispo, en ocasion de la santa visita que practicó en 1662, reducida á beneficio simple, añadiendo empero al decreto de supresion, como presintiendo el porvenir tan venturoso que en la altísima providencia de Dios le estaba depurado á este lugar, y quizá inspirado del cielo, este notabilísimo párrafo: *Que la iglesia será reintegrada en su primitiva dignidad de iglesia parroquial y derechos anejos, siempre que los vecinos del valle llegasen al número de quince.* La cual cláusula, al parecer tan insignificante, contenía, sin embargo, como en embrion la vida y la resurreccion de una ciudad extinguida.

CAPÍTULO III.

EL VALLE DESPUES DE LA DESTRUCCION.

§ I.—Su desmembracion.

Los que no sucumbieron, pues, al deletéreo y funestísimo influjo de los miasmas palúdicos que á causa del estancamiento de las aguas del Sarno, salidas de su cáuce, se desprendían de la

(1) Véase el *Processo* dell'Archivo di No'a, vol. II. Docum. 1755, en el ya tantas veces citado Pepe.

hermosa vega por la accion del sol; los que no sucumbieron á las fiebres y á la peste, se alejaron de un sitio que parecía albergue de la muerte.

Muchas familias se desparramaron por la moderna campiña del valle, y se establecieron en las nuevas casas que, léjos del rio y á lo largo de las carreteras de Ottajano y de Nápoles, fabricaron, aprovechando al efecto el material de las demoliciones de la antigua aldea.

Otras se mezclaron con las poblaciones más próximas de Torre Annunziata y de Boscoreale, en la provincia de Nápoles, y de Scafati que pertenece á la de Salerno; pero en medio de todas estas vicisitudes en lo civil y terreno, quedó siempre inmutable en lo religioso y espiritual, perteneciendo la jurisdiccion eclesiástica, desde la fundacion de la iglesia del Smo. Salvador del Valle, al Ordinario de Nola.

Es digno de observacion que en los cinco siglos que median desde el XI hasta el XVI, en los que con harta frecuencia se hace mencion de la *Tierra del Valle*, ni una sola vez se habla de la aldea en los documentos de ese tiempo; sino con el nombre de Valle, sin otro aditamento.

Lo cual tiene su razon de ser en la historia, puesto que el *Valle* era una poblacion autónoma, con su feudo, castillo, Ayuntamiento, Alcaldes y

Curas párrocos, antes que TorreAnnunziata, Boscoreal y aun antes que Scafati fuesen fundados.

La Aldea del Valle—dice el historiógrafo Giustiniani—estaba muy poblada y tenía su propia entidad, no siendo inferior el territorio en que ejercía la jurisdicción su iglesia, al de las parroquias de TorreAnnunziata y de Boscoreale, hace poco establecidas.

No puede dudarse, por lo tanto, que, cuando hacia la segunda mitad del siglo XVII el contagiado ambiente y el aire malsano desolaron la población, fué adjudicada una parte de su territorio á la provincia de Salerno, y quedó la otra perteneciendo, como antes, á la de Nápoles.

En el trascurso de los años—cuya devastadora acción nada respeta—destruida la primitiva parroquia del Smo. Salvador del Valle cerca del Sarno, los pocos habitantes de la *Nuova Valle* con su párroco y el Obispo de Nola, autorizado al efecto por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, volvieron en 1740 á edificar la nueva *Iglesia del Santísimo Salvador del Valle* en el distrito de Boscoreale, provincia de Nápoles, en el rádio denominado *Fossa di Valle*, que hoy en día pertenece al territorio de Torre Annunziata. Y desde esa fecha amanece una nueva época para nuestra historia, la época de la Nueva Pompeya.

§ IV.—La nueva denominacion del Valle.

Aclaradas ya suficientemente la distincion y la independenciam de la municipalidad del feudo del Valle de los demás pueblos circunvecinos, y demostrada la autonomia de la parroquia del mismo lugar, que ha sido reedificada en el territorio perteneciente á la provincia de Nápoles, tocaremos, siquiera someramente, el punto de cuán convenientemente se denomina Pompeya la planicie circunstante á las antiguas ruinas.

Según refiere el antes citado cronista Martin Mónico, escritor del siglo IX, en los tiempos más próximos á la gran catástrofe, cuando todavía no se habían borrado de la memoria de los hombres las noticias relativas al nombre y al sitio de la infeliz ciudad, la hermosa vega que á su rededor se extiende no era conocida sino con el nombre de *Campo pompeyano*. Y no podía ser de otra manera: era el famoso nombre de Pompeyo Magno que al campo circunstante le daba el renombre de *pompeyano*, y no había otro lugar habitado que pudiera usurparle tan honorífico distintivo.

Entre el siglo IX y X piérdese en la oscuridad, propia de la época, hasta la noticia del sitio que presencié tamaño desastre, y nadie se

acuerda de la voluptuosa Pompeya. Así es que cuando en el siglo XI fué aquí edificada una Iglesia dedicada al Santísimo Salvador, y á la sombra de ella formóse una aldea, fué ésta apellidada el *Valle* por razon del sitio en que se hallaba, que era una dilatada vega á las orillas del Sarno, y de este modo fué el histórico renombre de *Pompeya* sustituido con el de *Valle*.

Pero ¿y qué necesidad había de añadir á este nuevo nombre ningun otro epíteto?

Ciertamente, no era menester en sus principios para distinguir este Valle de otros ponerle ningun aditamento, pues la poblacion era importante de por sí, tenía su propia entidad y su autonomía, y aún no existían Scafati, Torre Annunziata y Boscoreale; no había, por consiguiente, ninguna necesidad de otros distintivos. Mas dado el caso de que los primeros vecinos hubiesen visto la congruencia de concretar mejor el nombre de su poblacion, dándole un distintivo, no puede dudarse que, á tener noticia de las ruinas que pisaban y de la ciudad que yacía sepultada bajo sus plantas, hubiesen determinado á llamarla *Valle de Pompeya*. «Es evidente» — dice á este propósito el tantas veces citado Pepe — «es evidente que á no ignorar los hombres el sitio de la antigua Pompeya, hubiesen

apellidado la aldea que estaba á sus piés y confinaba con ella, con el atributo de tan celebrada ciudad, llamando á aquella *Valle de Pompeya*, como hemos visto es el propio lugar, en el primer tercio del siglo IX, *Campo pompeyano*».

Pero el distintivo propio, natural y exclusivamente designativo de este lugar nos le ofrecen la historia, la iglesia allí levantada y los documentos públicos que hablan sobre este particular. En efecto, suprimida la cura de ánimas, ó sea el beneficio parroquial en la antigua iglesia del Smo. Salvador del Valle, situada junto al actual Polvorin, quedó todavía aquella en pie hasta el 1740, en que fué demolido el vetusto y ruinoso templo y reemplazado con otro que se construyó á un kilómetro distante, enfrente de la antigua *Taberna del Principe del Valle*, hoy propiedad del conde de Fusco, en el punto precisamente denominado *Fossa di Valle*, perteneciente á la provincia de Nápoles, y es el linde que separa á las dos provincias; porque la *Taberna di Valle*, del señor conde de Fusco, está en el territorio de Scafati, provincia de Salerno; y la parroquia del Santísimo Salvador del Valle, situada frente á frente del susodicho lugar, en el de Torre Annunziata, provincia de Nápoles.

Por estos motivos, el primer párroco del moderno Valle, D. Juan Cirillo, que estaba informado de la historia antigua de su iglesia y había leído documentos importantes é inscripciones antiguas relativas á este punto, — como he indicado antes — se servía para todos los documentos oficiales de un sello que tenía esta inscripción: *Parroquia del Smo. Salvador de la antigua tierra del Valle de Pompeya*. Y de estos documentos así sellados, se hallan aquí por todas partes, teniéndoles los vecinos de esta, bien sea como partidas de bautismo y de matrimonio, bien como papeletas de defunción de alguno de su familia, y cosas por el estilo.

Ahora, dos largos siglos despues de la destrucción de la aldea y parroquia del Valle, vuelven, gracias al cielo, á la vida, más bellas y rozagantes, la parroquia y la aldea. La parroquia, que ya existía desde hace medio siglo, es decir, desde el año 1840, resumía su primitivo título del Smo. Salvador del Valle, á la vez que recobraba una parte de su antiguo territorio, que se habían dividido entre sí tres provincias.

Y la destruida población que el ocho de Mayo de mil ochocientos ochenta y siete, de faustísima é imperecedera memoria, día de la coronación de la Soberana Reina del Rosario, renacía de entre el acervo de sus viejas ruinas, y renacía

lozana con su santuario magnífico y de fama universal, sus talleres, sus institutos de beneficencia, asilos para la infancia, su horfanotrofo, la posta, el telégrafo, escuelas, casas de labor, estación de ferrocarril, llamada del *Valle di Pompei*, ¿no será justo que también recupere en este histórico lugar su primera denominación? Al emprender nuestra histórica narración de un lugar tan famoso por su terrible catástrofe, ¿con qué otro nombre que mejor le cuadrase podríamos designar una parroquia que se restablece y un pueblo que renace? ¿Cómo los llamaría el lector?

Para distinguirlo, pues, de otros pueblos y de otras ciudades de Italia que también tienen nombre de Valle, hémole añadido un epíteto muy histórico, y que le viene perfectamente bien por ser exclusivamente su designativo. Está situado entre Scafati y Torre Annunziata, y muy cerca de las tristemente famosas ruinas de Pompeya, no más desconocidas é ignoradas, sino descubiertas y reconocidas.

¿Quién, por lo tanto, podrá menos de poner el renombre de *Pompeya* á este nombre *Valle*? Aquí estaba el antiguo *Campo pompeyano*; debe llamarse, pues, este valle, *Valle de Pompeya*. Y si la vieja Pompeya le está encima y háñse descubierto aquí junto al santuario sus

monumentos, las tumbas de sus ciudadanos, sus calles, sus talleres y oficinas, ¿con qué otro nombre más adecuado pudiera designarse este valle sino con el de *Valle de Pompeya*?

Queda, pues, establecida con toda la propiedad y congruencia la denominacion de *Valle de Pompeya*.

El Cura párroco D. Juan Cirillo, que falleció en 1887 (q. D. l. h. e. g.) empezó por llamar su parroquia con el renombre de *Valle de Pompeya*: al edificar, pues, nosotros el célebre Santuario de la Reina del Rosario, — á cuya salvifica sombra acógese una nueva generacion — lo hemos honrado con el histórico nombre, llamándole del *Valle de Pompeya*. Despues así le han llamado el Gobierno, la Administracion de Correos y Telégrafos, la Compañía de ferrocarriles, la Direccion General de Excavaciones del reino, la Academia de *Linceos*, el Catastro *Fonliario* de Scafati, los Notarios de Nápoles, de Castelamare, de Boscoreale y de Scafati en sus actos oficiales, el Ilmo. Obispo de Nola en sus memoriales que ha dirigido á la Santa Sede á fin de impetrar de su benignidad Apostólica algunas gracias especiales para este Santuario, Su Santidad en sus Breves y Rescriptos en pró del Santuario, los doctos y preclaros miembros de la Sociedad Meteorológica Italiana y Extranjera

al distinguir el Observatorio meteórico-geodinámico-volcanológico del *Valle de Pompeya* de los de otros puntos, y finalmente todo el mundo creyente que, lleno de fé al par que de admiracion y asombro, dirigiendo acá dulcemente su mirada, no lo llama con otro nombre que con el de *Valle de Pompeya*.

§ III. — La Parroquia y la Taberna del Valle.

Y una vez llevados á este punto por el mismo nexo histórico de los hechos de que nos hemos ocupado, debemos por un instante detenernos ante la *Parroquia* y la Taberna llamadas del *Valle*, porque esta reducida zona de tierra es la escogida por la Providencia para ser teatro de todos los extraordinarios sucesos que vamos á referir como objeto principal de estas pocas páginas.

Destruidas la antigua aldea y su iglesia, la parroquia del Santísimo Salvador del Valle, á la orilla del Sarno, con el material del demolido templo y con el valor de una campana de su torre, que se vendió en Boscoreale por 150 ducados, fué edificada á un kilómetro de distancia, en el sitio conocido bajo el nombre de *Fossa di*

Valle, enfrente de la renombrada *Taberna di Valle*, una nueva iglesia parroquial.

Más despues, en la primera mitad de este mismo siglo, ó sea en 1840, habiéndose aumentado el número de sus vecinos hasta unos trescientos, el Ilmo. Sr. Pasca, Obispo entónces de Nola, creyó había llegado el caso de dar el debido cumplimiento á la cláusula del antes citado decreto de su antecesor el Ilmo. Conzaga, la cual cláusula, como recordará el lector, era del tenor siguiente: *que había de restablecerse la iglesia del Valle en la posesion de sus antiguos derechos, es decir, con cura de almas, siempre que sus feligreses llegasen á ser quince.*

Apresuróse el Ilmo. Pasca á ejecutar esta cláusula así que supo que se daba el caso, en extremo deplorable, de morir más de un infeliz sin el auxilio de los últimos Sacramentos de la Iglesia, obteniendo al efecto en el mismo año el deseado real decreto que confería á la susodicha iglesia el beneficio parroquial.

Restablecida ya la iglesia parroquial en la posesion de sus antiguos derechos, fué nombrado dos años despues, es decir, en 1842, á viva voz del pueblo—*voce populi*—en conformidad con el privilegio de sus mayores, y con 161 votos favorables, el que la había de regentar, en la persona del ya muchas veces mencionado

sacerdote de Bóscoreale, Rdo. D. Juan Cirillo, á quien le cupo la suerte de ser el primer párroco del *Moderno Valle de Pompeya*, y en este concepto, la de representar en estas páginas el papel de protagonista.

Pasemos ahora á dar una rápida mirada á la tan famosa *Taberna del Valle*, que ha sido como una causa ocasional de los acontecimientos que sucesivamente ván desarrollándose en torno de este santuario.

Situada la *Taberna* en la carretera que de Nápoles conduce á Salerno, y precisamente en el punto en que se cruzan la de Nápoles-Salerno y la de Valle-Ottayano, en el feudo del *Valle*, propiedad del príncipe que lleva este título, al confin de la provincia de Salerno y enfrente de la nueva parroquia del Santísimo Salvador del Valle, era un humilde albergue del fatigado viajero. Por vez primera hállase escrito su nombre en los documentos pertinentes al año de 1695 (1).

Por acta del 19 de Febrero 1815 ante el escribano Tomás Marra de Nápoles, esta venta fué cedida al príncipe del Valle, Francisco Pignatelli.

(1) Grande Archivio, Processo núm. 1051 Piccolomini e Valle Patrimonio.

Éste la vendió el 23 de Noviembre del mismo año á un señor napolitano, D. Gabriel Prete.

Este á su vez, el 23 de Noviembre de 1827 y ante el escribano de Nápoles D. Luis Mazzola, se la vendió al conde D. Francisco de Fusco de *Lettere*.

El señor conde añadió en 1844 á los cinco cuartos que tenía la venta otro piso más y una hacienda de moggio 54 (1) que lindaba con aquella, y la había comprado á D. Diego Genoio de Nápoles, Conde Palatino.

El heredero del señor conde de Fusco, su hijo D. Albenzio, compró otros terrenos limítrofes, y á su muerte — que aconteció en 1864 — dejó todo en herencia á su mujer la Sra. Condesa Mariana Farnararo de Fusco, natural de Monopoli, en la provincia de Bari, hoy nuestra esposa y al mismo tiempo nuestra coadjutora en la realizacion de la grandiosa obra que la Providencia ha tenido á bien confiarnos.

Despues de estos breves detalles que resumen la historia de dieciocho siglos de este valle hasta hace poco ignorado y ahora celebrado en todo el mundo creyente, por los prodigios con que la augusta Reina de las Victorias lo enaltece y

(1) Esta palabra «moggio» significa una especie de medida de que se valían en el reino de Nápoles para medir los campos.

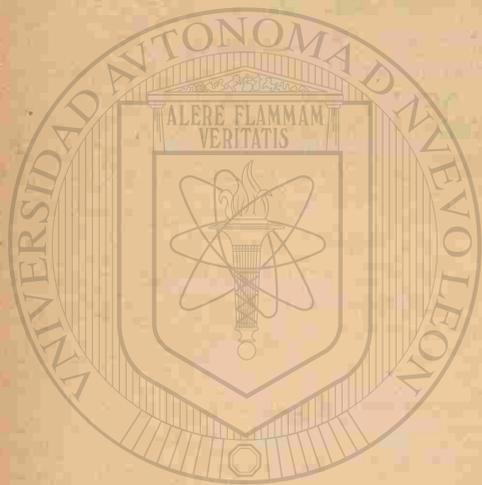
glorifica, pasamos á describir esos prodigios, y á relatar la historia de este suntuoso santuario, en que en riquísimo trono coronado se halla

El pulcro záfiro con cuya belleza

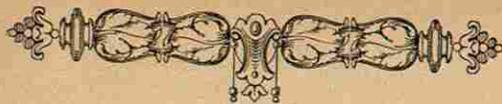
El más fúlgido cielo se embellece:

«il bel zaffiro

Del quale il ciel più chiaro s'inzaffira.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



LIBRO SEGUNDO

EL NUEVO VALLE DE POMPEYA

CAPÍTULO I.

EL VALLE ELEGIDO POR MARÍA PARA
TRONO DE SUS GRACIAS.

§ I.—Desórdenes territoriales.

Como queda dicho, el nuevo valle tiene por su centro la parroquia del SS. Salvador y la ya mencionada *Venta di Valle*. Esta pequeña zona es el venturoso lugar destinado por el cielo para presenciar los extraordinarios acontecimientos que vamos á narrar. Por consiguiente es preciso se detenga aquí la atención del piadoso lector.

Es muy difícil de explicar el deplorable abandono en que no más que quince años atrás vivían los pobres vecinos de este valle; con todo nos esforzaremos á dar alguna idea presentando á los ojos del lector siquiera un ligero esbozo.

A este intento, séame permitido referir unos cuantos hechos que recuerdo y que servirán para muestra del estado sobre todo encarecimiento aflictivo bajo todos conceptos en que se hallaban estos pobres aldeanos.

Conocimos en 1874 á un pobre anciano que, no pudiendo ya dedicarse á las labores campes- tres por su avanzada edad, hubo de experimen- tar todos los rigores de la miseria. Refugiábase de noche en algun horno (1) de las eras, ó bien en algun pesebre que por ventura encontrase. Para hacer entrar en calor sus ateridos miem- bros, recostábase sobre un monton de estiércol, y una noche que se recogió en un pajar, tuvo la mala suerte de que prendiese fuego el pajar, y el infeliz amaneció carbonizado entre el hu- meante acervo de pajas.

Ninguno tomó el menor cuidado de aquel desventurado, ni por aquel entónces existían carabineros en Pompeya.

En ésta visitamos tambien á una pobre vieja, casi octogenaria, tendida en un mísero lecho y destituida de todo consuelo y asistencia de los suyos, porque éstos, á fin de proveerse de lo más indispensable para su subsistencia, veíanse

(1) Por estas tierras las eras están provistas de horno, donde los pobres trabajadores preparan su frugalísima comida.

en la dura necesidad de tener que acudir á las laboriosas tareas del campo. A la cabecera de su pobre cama no se veía ninguna imágen, ni siquiera la del mejor Amigo de los pobres y so- berano Consolador del atribulado, el Crucifijo. Muchas veces al atender á sus necesidades, y á la vez que proporcionábamosle el sustento para su desfallecido cuerpo, procurábamos tambien con- fortar su espíritu; pero ¡oh, qué sentimiento para mí no podíamos entendernos, porque ni ella entendía mi lenguaje, extraño para ella, ni yo su ininteligible jerigonza. En tan compasivo estado la veíamos acercarse á paso de jigante á la eternidad, cuando hé aquí que un día la hallamos muerta. Y nadie se acordó de aquella infelicísima mujer.

¿Y qué diremos de aquellas otras familias que habitan unas pobres y desvencijadas cho- zas, y viven junto á la vaca, al asno y al cerdo, y duermen en tan inmundo local y en un mismo lecho el padre, la madre, hermanos y hermanas, todos á guisa de animales en sus guaridas, en confuso monton?

A vista de tanta miseria, no era menor la de no poder acudir para su remedio á nin- guna autoridad pública ó alguna congrega- cion de beneficencia, porque no se tenía aquí la menor idea de las autoridades, y mucho

menos se conocían las congregaciones de caridad.

Pero aun dado que se hubiesen conocido, ¿á qué autoridad ó á cuál instituto benéfico hubiera sido fácil acudir, si esta poblacion está desmembrada en tantas municipalidades y provincias, y sus vecinos cada año con cambiar de domicilio y de sus lares, cambian de pátria, de cielo, de municipalidad, de provincia, de alcalde, Pretor y tribunales? ¿Y por qué estos infelices viven en tan lamentable situacion y en tan grande abandono?

Despues de reflexionar sobre estos dolorosos hechos, parécenos haber descubierto la verdadera causa de tan triste y lastimera situacion. La verdadera causa está en la irregularísima circunscripcion territorial. Y figúrese el lector si será ésta irregularísima cuando un pueblo tan pequeño pertenece á tres distintas municipalidades; á saber, la de Scafati, Torre Annunziata y Boscoreale; y lo que todavía es más extraño é inverosímil, á otras tantas provincias, porque en lo civil pertenece á Nápoles y á Salerno, y en lo religioso depende del Ordinario de Nola, provincia de Caserta. De ahí que estuviese abandonado por las autoridades municipales y provinciales; como quiera que estando el valle tan desmembrado, á ninguna de aquellas

pertenecía totalmente, ni ellas le tenían por suyo, ó si le tenían, les pasaría lo que á la casa donde hay muchas criadas, que pensando cada una barrería la casa la otra, por fin todas, la una por la otra, dejan sin barrer la casa.

Aun ahora, en pleno 1890, son muchos y no de poca monta los inconvenientes que de tan extravagante demarcacion y deslinde resultan, y de cuyos graves perjuicios se resiente la poblacion toda.

Así, por ejemplo, no solamente el agua del Sarno que surte para el riego, sino tambien las avenidas pluviales y toda la masa de lodo que baja del Vesubio y de Boscoreale, se echan sobre la carretera comunal, como si viviésemos en los tiempos antdiluvianos. Y esa carretera, que es el único tránsito para los géneros que de esta poblacion se llevan al mercado de Castelamare, pertenece no menos que á tres municipios, al de Boscoreale, Scafati y Torreannunziata.

Y esta importante carretera no pocas veces es intransitable por la gran masa de agua que con irresistible ímpetu y arrollando cuanto encuentra á su paso, descendiendo de los susodichos puntos, produciendo fosas y hundimientos, y estropeando de tal manera el camino, que su tránsito se hace peligroso para los carruajes. Lo cual, con ser tan deplorable, no es el mayor

de los males de que nos quejamos; mayor, pero mucho mayor es que por causa de inundaciones y frecuentes avenidas de aguas, ni aun el santo Viático puede llevarseles á los moribundos.

Aun hay más: el derecho, la justicia, el órden público y la misma seguridad personal chocan en su ejecución y práctica con mil embarazos. Estos pobres aldeanos, si mudan — aunque no sea más que á uno ó dos metros de distancia — el arriendo de una finca, no saben á qué funcionario público deben recurrir para legalizar sus contratos y llenar los demás requisitos que en estos asuntos prescribe la ley, como quiera que á distancia de dos ó tres metros no más, cambian de municipalidad y aún de provincia. Ayer, por ejemplo, para un pleito, para un permiso, para un arrendamiento, hubieron de recurrir al Magistrado de Torreannunziata, al tribunal de Nápoles; pues bien, hoy que han alquilado una casita enfrente ó al lado de su antigua morada, como quien ha cambiado de patria; deben acudir á los tribunales de Salerno, á la Pretoría de Angri, al municipio de Scafati.

Lo propio sucede tratándose de evitar los abusos de cualquier linaje, los robos y otros atentados contra las leyes y contra el órden público que pudieran tener lugar en las vías públicas, en la estación del ferrocarril, en la

plaza del Santuario ó en otra cualquiera parte de la población; porque los agentes del órden público, los carabineros más próximos á la estación del *Valle di Pompei*, á las fábricas, á la fonda *del Sole* y á la *Via Sacra*, no se pueden personar en el lugar del delito ni ejercer sus atribuciones. Para cualquier acto de ese linaje, es preciso recurrir al Procurador real de Palermo, á la Pretura de Angri, á los carabineros de Scafati. Pero sucede que éstos, hallándose distantes del centro de esta población, no se dejan ver ó muy raras veces por estas tierras. Y aun cuando están por aquí, no pueden ejercer su autoridad y su vigilancia ni sobre el Santuario, ni en los asilos, ni en el horfanotrofio, ni sobre el taller de encuadernadores, tipografía, casas de campo de los señores que vienen acá á pasar alguna temporada, porque todos estos edificios se hallan á la derecha de la carretera provincial que pertenece á la provincia de Nápoles (1).

(1) De modo que un forastero que tiene algun perance en esos lugares con algun cochero ú otro mal intencionado, no sabe á quien dirigirse para la defensa de sus derechos. Menos mal que finalmente hemos podido conseguir así del Gobernador de Salerno como del de Nápoles la autorizacion para poder tener á nuestra disposicion y para tutela del Santuario y la seguridad de los forasteros que llegan á esta estación una pareja de guardias particulares con atribuciones de los de órden público.

No terminan aquí los inconvenientes. Cuando los vecinos de esta desean contraer el matrimonio, ó necesitan algun atestado de su estado, de su pobreza, ó la partida del bautismo, etc. deben recurrir á una tercera provincia — *Terra di Lavoro*, — á Nola.

¡Oh y cuántas veces esta pobre gente se ve en una verdadera imposibilidad de llenar tantos requisitos!

En efecto, hace unos diez años á fin de ahorrarse la incomodidad de un largo viaje y los gastos y los fastidios que ocasionan las formalidades de la ley civil en materia de matrimonio, algunos de los aldeanos se contentaron con celebrar su enlace ante su cura, segun el rito de la Iglesia, sin darse el menor cuidado de las consecuencias á que se exponían con hacer caso omiso de las formalidades de la ley civil.

Nosotros mismos fuimos testigos de un percance desagradable que le ocurrió á un mozo de 19 años considerado por los funcionarios del gobierno como refractario y rebelde á la ley de quintas en Boscoreale, y puesto en prisi6n por ese supuesto delito; porque el tal mozo no era rebelde ni refractario á la conscripci6n militar, sino que su nombre no habfa sido escrito en los registros municipales, porque sus padres (que eran nuestros antiguos colonos) nunca se habfan

cuidado de cumplir con la ley civil en asuntos matrimoniales.

Aún no hace muchos años, en 1888, una doncella que debfa casarse, tampoco se encontró su nombre en los registros del estado civil.

Por estos motivos vi6se obligado el Pretor de Angri á nombrar una comisi6n para que ésta se encargase de hacer cumplir en esta poblaci6n, á los que todavfa no habfan cumplido, las disposiciones de la ley civil acerca de los efectos civiles del matrimonio. Y para facilitar más y más su cumplimiento condon6 todas las expensas que ocasiona el cumplimiento de los requisitos de la ley civil sobre ese particular.

Me parece que bastarfan estos hechos para demostrar el verdadero motivo del abandono total en que vive esta pobre gente. Pero tenemos la confianza de que la Consoladora de los afligidos, la benignísima Virgen María dulcificará bien pronto sus amarguras.

§ II.—De las brujerías en el Valle.

¿Y qué religion profesaba esta n6mada tribu del nuevo Valle? Habfan mezclado estos habitantes á la religion la más grosera superstici6n; las preocupaciones vanas y frívolas, y unas

creencias erróneas se tenían como máximas del Evangelio.

Sin ningún miramiento acudían al supuesto poder de los mágicos, teniendo una fé ciega y una confianza loca en sus hechicherías y encantamientos.

Fué el año 1878, cuando un dia deseaba ver un becerro que criaba uno de nuestros colonos.

—Quiero ver, le dije, tu becerro.— El miró entónces á todos lados, y luego temblando y balbuceando las palabras me contesta: *Señor no puedo hacerte ver fuera de la cuadra.*— ¿Y porqué eso?— *Por el mal de Ojo!... Si le saco de la cuadra y viéndole los otros colonos dicen: ¡Qué hermoso becerro!... me han arruinado!*

—Ea, no seas tonto, le dije yo; y enséname el becerro.

—Pues entónces me veo obligado á hacer contra-maleficio-*contro-iettatura*.

Y al decir estas palabras tomó un puñado de tierra y la arrojó primeramente sobre la grupa, y despues sobre el cuello del becerro. Cogió luego el anillo del uso de su vieja madre y la rosquilla de hueso que suelen llevar los niños de teta, y ensartólos inmediatamente en las astas del animal: despues de tantas y tan supersticiosas precauciones determinóse finalmente á hacerme ver su becerro fuera de su cuadra.

No pude, por mucho que hice, disipar de su mente tan ridículas y groseras supersticiones.

Si alguien sentía algun dolor, ó bien había tenido la desgracia de fracturarse algun hueso, enseguida se llamaba á la *curandera* quien, mientras murmuraba algunas palabras ininteligibles y misteriosas, hacía sobre la parte dolorida ó sobre el vientre unas cuantas cruces. Y lo más extraño del caso era que confiasen en la divina virtud dellábaro santo de nuestra redencion, pues es cierto que á aquél desde que quedó teñido en la sangre del mismo Dios, le sobra virtud para curar nuestros males físicos y morales, sino que creyesen que sin la mágica fórmula de la *gran Sacerdotisa de Delfos*, no hubiese posible curacion.

No se necesitaban médicos ni medicinas. En las enfermedades que inspiraban algun temor, acudían á su párroco —que para ellos era tambien médico de sus cuerpos— quien para todo género de males poseía una verdadera panacea universal é infalible: cuatro, ocho, diez sanguijuelas que forzosamente habían de acabar con la enfermedad ó con el enfermo.

Para las ligeras indisposiciones tenían otra panacea: iban á pié hasta Torre Annunziata, y allí á la orilla de la mar engullían una buena racion del salado elemento.

¿Deseaba alguien vengarse de alguna ofensa recibida ó de algun daño, pongo por ejemplo, el arriendo de una finca que le hayan quitado? Pues no había sino irse á *Cava dei Tirreni* á la casa de una famosa que hacía profesion de mágica. Con cinco *lire* — pesetas — en mano, ya estaba hecho el maleficio y vengado el enemigo.

Señor — me dijo un día uno de nuestros capataces de hacienda — he estado á las puertas de la muerte por causa de un mal misterioso de cabeza. Era un maleficio que me había procurado otro colono mi rival que deseaba tomar en arriendo la finca que yo poseo; y sino salió con su malvado intento (pues mi vida iba consumiéndose lentamente) debo á bruja de *Cava dei Tirreni*, que, despues de tomar á las cinco *lire*, me aseguró había dado con el sortilegio que era un ovillo clavado de muchos alfileres; y me lo entregó en el acto. El ovillo representaba mi cabeza, y los alfileres los atroces dolores que me daban muerte (!).

Se creía que el raquitismo de los niños era debido á los maleficios de las supuestas mágicas. Se acudía también á éstas cuando se trataba de descubrir algun ladrón.

Aun ahora se tiene la extravagante y supersticiosa creencia de que quien nace en la

venturosa noche, noche de eterna claridad, que vió nacer entre los hombres, hecho hombre al Eterno, la noche de Navidad, habrá de ser brujo ó licántropo (1).

Dejo de referir otros hechos por no pasar plaza de embustero, segun la sabia sentencia del divino poeta:

«Sempre a quel ver che ha faccia di menzogna
De l' nom chiuder le labra quanto puote,
Peró che senza colpa fa vergogna (2),
que traducida á la lengua de Cervantes por el ilustre literato D. Manuel Aranda Sanjuan, dice así: «El hombre debe, siempre que pueda, cerrar sus lábios antes de decir una verdad que tenga visos de mentira; porque se expone á avergonzarse sin tener culpa.»

§ III.—El Valle y los salteadores.

Para complemento de tanta desolacion llegó por último á ser este paraje la guarida de

(1) Puede sobre este particular consultarse la *Statistica del Municipio de Scalfati presentata alla Prefettura di Salerno*. Año II. 1863, pag. 50.

(2) Dante el *Inferno*, canto XVI. Advierte aquí el poeta, que no se deben narrar las cosas increíbles, aunque sean verdaderas; porque la verdad que tiene visos de mentira avergüenza al narrador, haciéndole pasar por mentiroso sin culpa suya. El antes citado Aranda en la traduccion de la *Divina Comedia*.

facinerosos y salteadores. Bien fresca dura todavía la memoria de la partida de ladrones, capitaneada por el tristemente famoso y no menos temido facineroso Pilone (1) que con sus correrías por los campos de Pompeya traía en continuo sobresalto á la gente, máxime á los viajeros quienes, si mal de su grado veíanse constreñidos á pasar por aquí, lo hacían temblorosos y con la vida pendiente de un hilo (2).

Otra clase de pillaje hacía todavía más temible este lugar: los malandrines y ladrones que, para hacer más segura su presa, poníanse de acecho en los escondites y lugares muy á propósito que se habían formado por las excavaciones de lapilo practicadas en el anfiteatro, cerca de la carretera provincial, no lejos de la parroquia del Valle.

Bien se recuerdan todavía del atrevido secuestro que hicieron del marqués Avitábile, Director General del Banco de Nápoles, y del no menos

(1) Se puede ver en la Revista *Il Rosario e la Nuova Pompei* del mes de Febrero de 1883, la hermosísima relación escrita por el Sr. Comandante, conde Ghirelli quien reprimió y acabó felizmente con la gente capitaneada por el temido malandrín Pilone.

(2) Era este tan osado, tan audaz que no temía pasar de día las calles de Nápoles. Pero este su grande arrojo le costó caro; pues un día pasando por la *via Foria* cerca del *Orto Botánico*, después de sostener una terrible lucha con los agentes de orden público, fué muerto por éstos.

atrevido despojo del Gobernador, señor Procaccio, que á la luz del día fué robado de todo, y del horroroso asesinato cometido en la persona del desgraciado jóven carretero Tortosa, cuyo nombre tendremos ocasion de mencionar en el curso de esta historia.

Siguió luego la época de represión del pillaje: y la ejemplar justicia que ejecutaron hasta con los sospechosos de salteamiento, puso en mayor consternación á la gente, así que apenas había quien se atreviese á pasar por aquí. Y por cierto que nadie atravesaba este valle sin verse sobrecogido de temor: el pobre viajero le consideraba como un lugar del que había de huir cuanto más lejos le fuese posible.

En la historia intitulada *Annali del Regno di Nápoli*, á la palabra *Valle de Pompei* se lee esta magnífica descripción: *lugar muy peligroso por los infames ladrones que le infestan.*

En resumen: el moderno Valle de Pompeya, tan triste, tan solitario, tan temido y huido de las gentes civilizadas, bien merecía se llamase, como le hemos llamado antes, el *Valle de desconsuelo.*

CAPÍTULO II.

EL PRIMER DIA.

Cual acabamos de describir era la situacion de Pompeya hasta la época en que comienza nuestra narracion historica.

¡El pensar que la locomotora había de atravesar estas llanuras, el pensar que aquí habían de establecerse las oficinas del correo y telégrafos y hasta una estacion del tren (tan concurrida al presente) hubiera sido un desatino, una verdadera locura!

¡Oh! Quien hubiera podido decir, ni siquiera soñar, ha solamente quince años: este valle dentro de solos tres lustros será testigo de grandes é inusitados prodigios! ¡Este valle será el escogido, el predilecto lugar de la soberana Reina del cielo, para en él exhibir al siglo de la incredulidad y del más escueto naturalismo, los portentos de su maternal piedad! ¡Este siglo, este nuestro siglo tan mofador de las obras de Dios, verá con asombro acercarse á este *valle de desolacion* por diferentes caminos muchedumbres de creyentes de las más apartadas regiones del globo en alas de su fervor, ansiosos de venerar

la taumaturga efigie de su divina Madre y á postrarse ante su altar levantado aquí majestuosos y como un propiciatorio diario. ¡Oh! El temerario que se hubiese atrevido á hacer estos vaticinios, se hubiera expuesto á las risotadas de las gentes que le habrían tomado por un grandísimo mentecato.

¡Y, sin embargo, todo esto ha sucedido!

Recuerdo perfectamente el dia en que por vez primera puse mis piés en esta tierra de desolacion.

Era uno de los primeros de Octubre de 1872.

Venía con objeto de renovar el arriendo del gran cortijo de la famosa *Taberna del Valle*; porque mi mujer, la condesa de Fusco, casi nunca iba á ver sus tierras.

En aquella época todavía no se había establecido aquí el cuerpo de los llamados Reales Carabineros; y por lo tanto se corría siempre peligro de caer en manos de ladrones y de facinerosos.

Tan pronto, pues, como llegué á la estacion de Pompeya, me encontré con dos de mis colonos, armados de fusiles para servirme de escolta.

Despues de tantos y tan extraordinarios sucesos, muy grato me es y siento indecible contento en recordar los humildes principios de cosas tan grandes, como luego hánse verificado

aquí. ¿Cómo en efecto, podría no serme deleitoso el recordar el origen de las obras de Dios, cuando, precisamente en evocar ciertas fechas y ciertos particulares datos para enlazarlos con los sucesos posteriores para poner así más de relieve las obras de Dios, es lo que nos proporciona al par que especial deleites provecho?

Recuerdo, pues, el diálogo que tuve con aquellos dos hombres que en aquella ocasión fueron mi salvaguardia.

Caminando, pues, por la carretera, hacía la conocida venta del Valle, me dirigí con cierta indiferencia, y por decir algo, á mi defensa armada, y principiamos el siguiente diálogo que, hecho entre muchos puntos suspensivos por motivo de que poco pudimos entendernos, refero literalmente, y el cual me hizo conocer suficientemente el estado y la situación de aquella aldea y de sus vecinos.

—¿Qué hay? —les dije— ¿ni aun yendo por el camino real tenemos bastante seguridad?

—¡Oh! Yendo en nuestra compañía —me respondió el uno haciéndose de muy valiente— no tiene usted por qué temer.

—¿Pero qué? Por ventura ¿hay por aquí ladrones?

—¡Oh! bandoleros!... Há poco tiempo que hase disuelto la cuadrilla por la ausencia de Pilone.

—¿Ausencia? es decir la muerte—le repuse.

—¿Ha muerto Pilone? —me contesta él, haciendo el tonto — ca! Es que no se hace ver. Dicen por ahí que ha muerto; pero ¿qué se había de morir? se ha escondido, en las selvas y bosques de las montañas de Amalfi y de Agerola.

Yo le miré entre maravillado y compasivo por la nimia credulidad de estas gentes.

—Y dado aun caso que el temeroso bandido no haya muerto sino solo alejado; si ya no se deja ver por aquí ¿por qué tomáis esas precauciones? por qué os armáis?

—¡Eh! —me replicó guiñando el ojo— por los *malandrines*.

—¡Pero posible! Malandrines y gente de mal vivir —le respondí arqueando mis cejas— hasta en el mismo camino real! ¿Y los Reales Carabineros?

—No hay cuartel de Carabineros. Y tocando con la mano derecha el fusil que llevaba sobre el hombro izquierdo, continuó diciendo con énfasis:—Nosotros mismos debemos defender nuestros derechos.

Entre tanto llegamos alegres cerca del Anfiteatro, y precisamente al paraje en donde los dos lados del camino forman como un parapeto, por estar aquel abierto en una alturita, llena

de lapilo y de rudezas. Al llegar, pues, á este punto, dijo el segundo de los que me acompañaban:

—Ya estamos en el sitio apodado *passo di Valle*.— Muy alerta es preciso estar aquí, porque son muy frecuentes en este lugar los robos y los acometimientos de bandidos y de gente facinerosa que le han convertido en campo de agramante — es decir— de foragidos y salteadores. Y aquí comenzó á narrarme los percances y tristes episodios que allí habían presenciado, á la luz del día y con la mayor desfachatez é insolencia de los bandidos, que sin temor de ser molestados de nadie, daban el asalto, y se arrojaban sobre la presa.

En esto llegamos cerca de la ya tantas veces mencionada venta del valle y cerca de la antigua parroquia del Santísimo Salvador, y mostrándome con el dedo una casa situada detrás de la iglesia y no muy distante de ella, me dice:

—Allí una noche la tropa hizo nutrido tiroteo contra los bandidos que se habían atrincherado en la casa. ¡Qué noche más espantosa aquella! Todos los elementos parecían haber perdido su natural equilibrio; estaban en completa revolución: las nubes arrojaban un diluvio de agua, los vientos tan huracanados é impetuosos, que llevaban consigo por doquiera el terror y

espanto. Los silbidos del mortífero plomo confundíanse con los del viento, y todos juntos esparcían por estos campos un indescriptible pánico. ¡Oh! cuánta sangre se derramó aquella noche de tristes y dolorosos recuerdos!

La narracion de una tragedia sucedida en nuestros mismos días, á poca distancia de un anfiteatro que viera en otros tiempos verter á raudales sobre su arena la sangre humana, para solaz de otros hombres, evocó en mi mente el recuerdo de aquellos tenebrosos tiempos y de unos espectáculos que eran el oprobio de la humanidad, y ese recuerdo inundó mi corazón de tristeza y acibaró el gozo y la dulce alegría que había experimentado mi alma al apearme en la estación de Pompeya.

CAPÍTULO III.

LA ÚNICA IGLESIA.

Llegamos por fin á Pompeya. El primero que nos dió la bienvenida así que pusimos nuestros piés en el histórico Valle, fué el padre y el pastor de estos pobres agricultores, el reverendo párroco. Era éste un venerable anciano, enjuto de carnes, pero fuerte y robusto: vestía una sotana corta y desteñida que bien á las claras decía había dejado atras algunos lustros.

de lapilo y de rudezas. Al llegar, pues, á este punto, dijo el segundo de los que me acompañaban:

—Ya estamos en el sitio apodado *passo di Valle*.— Muy alerta es preciso estar aquí, porque son muy frecuentes en este lugar los robos y los acometimientos de bandidos y de gente facinerosa que le han convertido en campo de agramante — es decir— de foragidos y salteadores. Y aquí comenzó á narrarme los percances y tristes episodios que allí habían presenciado, á la luz del día y con la mayor desfachatez é insolencia de los bandidos, que sin temor de ser molestados de nadie, daban el asalto, y se arrojaban sobre la presa.

En esto llegamos cerca de la ya tantas veces mencionada venta del valle y cerca de la antigua parroquia del Santísimo Salvador, y mostrándome con el dedo una casa situada detrás de la iglesia y no muy distante de ella, me dice:

—Allí una noche la tropa hizo nutrido tiroteo contra los bandidos que se habían atrincherado en la casa. ¡Qué noche más espantosa aquella! Todos los elementos parecían haber perdido su natural equilibrio; estaban en completa revolución: las nubes arrojaban un diluvio de agua, los vientos tan huracanados é impetuosos, que llevaban consigo por doquiera el terror y

espanto. Los silbidos del mortífero plomo confundíanse con los del viento, y todos juntos esparcían por estos campos un indescriptible pánico. ¡Oh! cuánta sangre se derramó aquella noche de tristes y dolorosos recuerdos!

La narracion de una tragedia sucedida en nuestros mismos días, á poca distancia de un anfiteatro que viera en otros tiempos verter á raudales sobre su arena la sangre humana, para solaz de otros hombres, evocó en mi mente el recuerdo de aquellos tenebrosos tiempos y de unos espectáculos que eran el oprobio de la humanidad, y ese recuerdo inundó mi corazón de tristeza y acibaró el gozo y la dulce alegría que había experimentado mi alma al apearme en la estación de Pompeya.

CAPÍTULO III.

LA ÚNICA IGLESIA.

Llegamos por fin á Pompeya. El primero que nos dió la bienvenida así que pusimos nuestros piés en el histórico Valle, fué el padre y el pastor de estos pobres agricultores, el reverendo párroco. Era éste un venerable anciano, enjuto de carnes, pero fuerte y robusto: vestía una sotana corta y desteñida que bien á las claras decía había dejado atrás algunos lustros.

Con este buen señor tuve la satisfacción de hablar en lengua inteligible, pues hasta entonces, hasta que nos saludó el reverendo párroco, no me entendía bien con estos aldeanos que hablan el dialecto napolitano muy abierto, y yo, por el contrario, me expresaba con el acento muy cerrado de los de Lecce; así que mal podíamos entendernos. Fué él quien me dijo llamarse este Valle, *Valle de Pompeya*, según había podido colegir de los manuscritos y demás vetustos monumentos que antes hemos mencionado. Bajamos en su compañía á visitar su pequeña iglesia. Al pisar por vez primera sus umbrales, un frío glacial circuló por mis venas ¡Qué miseria, Dios mío, qué miseria! Un pobrísimo edificio construido con el precio de una campana vendida —según digimos antes— en cumplimiento de la cláusula —de que también hemos hablado— del decreto de supresión del Ilmo. y Rmo. Monseñor Conzaga, servía á estos campesinos de lugar de oración y de templo donde rendir sus homenajes de culto y de adoración al Altísimo. Era éste tan pobre, tan angosto y tan mezquino y estaba tan mal cuidado, que el celoso Obispo de Nola, Monseñor Formisano, desde los comienzos de su episcopal ministerio, obligó al párroco á vender una parte de los terrenos pertenecientes á la parroquia,

para hacerla más espaciosa y más amplia. A pesar de ello era aun insuficiente para la población que había aumentado notablemente y crecía más y más cada día; pues mientras en la primera mitad del siglo apenas había en todo el moderno valle trescientas personas, ascendían estas, treinta años después, á más de mil doscientas, y en la desmantelada iglesia, á duras penas, podrían caber cien personas. Además, no había sacristía ni un sacristan para cuidar del aseo y de la limpieza de la casa de Dios. No había ni una modesta habitación para morada del Párroco; así que este vivía en una casita suya que poseía á dos kilómetros de allí. Y como por falta de aseo y por su mala construcción amenazara ruina la pobre iglesia, á fin de evitar una catástrofe por orden del Sr. Alcalde de Torre Annunziata, que á la sazón era el Car. *Ciro Iardi*, fué totalmente destruida en 1880.

La iglesia no tenía más que el altar mayor, lo indispensable para el reservado. Era de viejas y carcomidas tablas, y por consiguiente, muy á propósito para anidarse entre sus desvencijadas piezas los ratones, lagartijas y demás vichos que convirtieron el altar en su pacífico domicilio. «*Los vecinos de esta parroquia*—escribía el párroco á la Curia episcopal de Nola—*son todos,*

salvo unas pocas familias, labradores, gente pobre en su casi totalidad».

No había escuelas que desterrasen de las toscas é ineultas mentes de estos rústicos, las tinieblas de la más crasa ignorancia. No había un templo donde reunirlos á todos é instruirlos en las máximas salvadoras de nuestra santa Religión. ¡Ah! ni siquiera había un altar dedicado á la bendita Madre del Dios de las misericordias, Madre dulcísima de los desdichados hijos de Eva, soberana consoladora de los afligidos, la que compasiva enjuga las lágrimas de los miseros mortales; ni siquiera un altar en donde Ella pudiese recoger las lágrimas y los suspiros de estos infelices, donde Ella pudiese mostrarse á estos, en medio de toda su rudeza sencillos creyentes. Madre de gracia y de misericordia, cobijándolos debajo de la benéfica sombra de su maternal y celestial manto!

Es verdad que el Ilmo. y Rmo. Formisano, inspirándose en el más puro y acendrado celo por la salvacion de las almas, había intentado muchas veces levantar allí un nuevo templo, más capaz, más espacioso; pero por sí solo no podía llevar á efecto, debiendo atender á las necesidades de más de setecientas iglesias confiadas á su pastoral vigilancia, de las cuales ochenta y cinco eran parroquias, en su mayor

parte pobres y algunas en construccion. Muchas en tan dilatada diócesis, que cuenta más de doscientas mil almas, desparramadas por valles y montes de cuatro distintas provincias, eran obra suya. Aguardaba, pues, confiado, para emprender esta otra, á que el cielo acogiese propicio sus fervorosas y reiteradas peticiones.

En tan lastimero estado se encontraba la única iglesia que á la sazón tenían estos pobres campesinos.

Y por grandes esfuerzos que hiciera el celo pastoral del Sr. Obispo para proveer á sus necesidades espirituales, no pudo impedir que muchos de ellos dejasen de cumplir sus deberes religiosos, porque el templo era insuficiente para contener la muchedumbre de los fieles. De aquí resultaba, que estos dejando de asistir á la Misa parroquial y á las instrucciones catequístico-evangélicas de su pastor y maestro, viviesen sumidos en la más crasa ignorancia de las máximas y principios de nuestra sacrosanta Religión.

Pero sobre todo, lo que más contristaba á nuestro corazon, era la pública profanacion de los santos dias del Señor. Era en verdad doloroso, al par que digno de compasion, el ver jóvenes de ambos sexos ó trabajando, esclavos de la gleba en los dias festivos, como si tal cosa, como si no

conociesen ni hubiese para ellos distincion de dias, ni existiese el tercer precepto del Decálogo, *Memento ut diem sabbati santifices*, Acuérdate de santificar las fiestas (1), ó bien pasando el santo dia del Señor en ócio, manantial fecundo, de vicios; y los niños, la clase más necesitada de ser cuidada con la mayor posible diligencia, los que mañana han de formar la sociedad, de cuyas filas saldrán un dia ú honestos y laboriosos ciudadanos ó delinuentes y temidos foragidos, abandonados á sí propios crecer sin ninguna cultura religiosa y cual plantas que el jardinero deja crecer á merced de su lujuriente vegetacion.

¿Pero cómo se encontró en Pompeya la venerable y taumaturga efigie de la celestial Reina del Smo. Rosario, que con sus maravillas y portentos llama tan poderosamente la atencion del mundo creyente y descreido, y como perenne monumento de esas maravillas se levanta aquí majestuoso tan suntuoso y magnífico templo? ¿Pero cómo y por qué medios háse hallado en medio de tan maravillosos, de tan inusitados sucesos que la Providencia, para cumplimiento de sus altísimos y misericordiosos designios, tenía dispuestos un extraño, un forastero en estas tierras como yo?

(1) Exod. cap. 20, v. 8.

Lo diré ingénuamente confiando que, una narracion sincera de la verdad, hecha con la más recta intencion, será de algun provecho para mi prójimo.

CAPÍTULO IV

LA RESPUESTA.

Amigo lector; ¿háste encontrado alguna vez con la mente agobiada de los más tristes y desconsoladores pensamientos, con la imaginacion hondamente turbada por los más negros y aterradores fantasmas que impresionan profundamente, que abaten el espíritu y llenándole de desolacion, de oscuridad, de melancolía, de tristeza y de un pesar indefinible le atormentan cruelmente? Pues bien, tú solo puedes comprenderme.

Há poco que había salido de la oscura, de la tenebrosa selva de errores, en la que, alejado de los hermosos senderos de la verdad, me había perdido miserablemente como secuaz que era de las impías y funestas teorías del magnetismo y espiritismo, y mi corazon latía agitadísimo: yo no tenía la suspirada paz.

A los treinta y tres años de mi vida, como otro Saulo en el camino de Damasco, víme prostrado en tierra y como constreñido por una lucha incesante, tenaz, desapiadada con Satanás,

que furioso contra mí, excitaba grandes tempestades á morder aquel mismo lodo, en el cual, zambulléndome á guisa de inmundos séres, levantaba, ¡temerario! mi orgullosa cerviz desafiando al Omnipotente.

Y cuando yo, en un acceso de frenesí me rebelaba más airado contra Él, entónces Él, siempre misericordioso y benigno, haciendo gala de sus inagotables bondades, me esperaba misericordioso para hacer triunfar en mí su soberana clemencia, para que ésta, venciendo mi loco orgullo, allí donde abundó la iniquidad, sobreabundase la misericordia. *Abyssus abyssum invocat*: un abismo llama á otro abismo.

Dios es muy paciente y benigno, porque es fuerte: siendo Todopoderoso no se indigna, no se enoja ni se venga como los impotentes hijos de los hombres, porque todo está sometido á su omnipotente y soberana voluntad. Es dulce, benigno, manso de corazón; es de suyo toda bondad, toda clemencia, toda piedad; es infinitamente bueno — es decir — difusivo de sus riquezas, pero también es justo en castigar nuestras culpas, bien que — al decir de los SS. Padres (1) —

(1) «*Deus quidem bonus est per ipsum, iustus autem consequenter propter ea, quae nostra sunt...* Dios es bueno de suyo, más es justo á consecuencia de lo que es nuestro». Clemente Alejandr. Paedag. I, c. 8, p. 127.

no hace uso de este atributo sino provocado por nuestros pecados. Sufrir al pecador para que se convierta; le convida con inefable benignidad á la penitencia; pero si éste se obstina en el mal y abusa de la divina clemencia ¡ah! entónces le condena inexorable.

¿Y quién ¡oh Dios mio! quién sino vuestra propia é inefable bondad pudo moveros á esperarme con tanta longaminidad cuando yo vivía tan alejado de Vos? Vuestra esencial é infinita bondad tan solo, podía sufrirme por tanto tiempo: Vuestra incomprensible bondad, Soberano Señor, os ha inclinado á usar conmigo tanta misericordia; sí; pues — como cantó el coronado Profeta — «*todos los caminos del Señor son misericordia y verdad: Universae viae Domini misericordia et veritas*» (1).

Vuestra infinita paciencia ha triunfado de mi loca rebeldía; vuestra dulcísima benignidad de mi alejamiento de la casa paterna; y los tiernos latidos de vuestro Corazón amoroso, paterno, generoso, de las continuas ofensas que con mis locos desvaríos irrogaba á vuestra soberana Majestad.

Vos ¡oh Padre de las misericordias! cuando yo ¡ay infeliz de mí! yacía en el insondable abismo

(1) Ps. XXIV.

de mis culpas, me tendísteis piadoso vuestra poderosa diestra, y me levantasteis de aquella profunda y horrorosa sima. Mirasteis compasivo la humillacion, las penas y el lastimoso estado de mi pobre alma, y vuestra grande misericordia, con uno de esos rasgos incomprensibles á nuestro limitadísimo entendimiento, triunfó gloriosamente de mi negra ingratitud; pues en las humillaciones es cuando levantaís más altas las montañas de vuestra gracia.

Y el primer fruto de esta, fué inspirarme un deseo ardentísimo, ilimitado, insaciable de Vos, verdad, luz, vida, guía, alimento y paz del hombre, hechura de vuestras manos: *Ego sum lux mundi: Ego sum via, veritas et vita* (1). Con increíble ardor, pues, buscaba yo á mi Dios. Como el ciervo herido desea con vehementísimo anhelo la fuente de cristalinas aguas para extinguir su sed ardorosa, así deseaba mi alma á Vos, Dios mio: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus meus.* (2) Solo Dios, como verdad infinita y único centro del entendimiento creado, podía alumbrar las densas tinieblas en que estaba envuelta mi mente; sólo Él podía sacarla de

(1) Evang. S. Joan c. VIII, v. 12; c. XIV, v. 6.

(2) Ps. XLII.

la selva oscura de errores en que andaba perdida, y del piélago profundo de incertidumbres en que fluctuaba; sólo Dios podía satisfacer plena y cumplidamente las ansias ardorosas de un corazon desgarrado por la violencia de tantas y tan feroces pasiones.

Era por el mes de Octubre de 1872 cuando, de un modo extraordinario, se levantó furiosa la tempestad en el agitado mar de mi corazon. Sus peligrosos oleajes dieron contra mí con todo su ímpetu y fuerzas, que me hicieron zozobrar. Las hinchadas olas de profunda tristeza que vinieron á caer sobre mi atribulado corazon, estuvieron á punto de sumergirme en el báratro de la desesperacion. Con el corazon así acongojado, con la imaginacion turbada, con la mente agitada de los más tristes pensamientos, y tan aflictivas ideas que me parecían rayanas en la desesperacion, salí de la casa De Fúseo, y sin rumbo cierto echéme á correr á la aventura, y llegué hasta el punto más retirado y salvaje de estos campos, que los aldeanos le apellidan *Arpaja*, como lugar más á propósito para morada de harpías. Reinaba un silencio profundo: dirigí mi vista por todo mi rededor, y no se veía alma viva en todo aquel paraje.

Entónces me detuve de repente: y era tan vehemente, tan agitada la palpitation de mi

angustiado corazón, que me parecía quería salir este de los estrechos límites de mi pecho. En medio de tan indecible aflicción de mi espíritu, creí escuchar aquellas consoladoras palabras que yo mismo había leído más de una vez, y que no cesaba de recordarme mi querido y santo amigo, que ya goza de Dios: *Si quieres salvarte, propaga la devoción del santo Rosario: es promesa de María.*

¡No puede perecer el que propaga una devoción que es tan grata á todo el cielo! Palabras fueron estas que vertieron sobre mi atribulado corazón el más dulce bálsamo de consuelo, que mitigó todos sus padecimientos, convirtió todas sus amarguras en la más suave alegría, endulzó todas sus tristezas; fueron, en fin, como una placida aura que, calmando las hinchadas olas del revuelto mar de mi interior, restituyeron á mi azorado corazón la serenidad, la paz y la tranquilidad. ¡Qué mutación tan maravillosa se verificó en mí al eco suavísimo de tan consoladoras palabras!

¡No puede perecer el que propaga la predilecta devoción de la bendita Madre de Dios! Fué este celestial pensamiento como un vivísimo rayo de luz que ahuyentó y disipó las densas tinieblas de aquella tenebrosa noche en que vivía, ó más bien estaba sepultada mi pobre

alma. El homicida del género humano, que me tenía esclavizado bajo su tiránico poder, previó sin duda su derrota, si yo secundaba fervoroso y con verdadero celo la divina idea: y temeroso de soltar la presa, me estrechaba más y más, y como haciendo sus últimos esfuerzos, entre los pavorosos anillos y espantosas espiras de sus infernales cadenas. Era la última lucha, lucha terrible, decisiva.

Á punto de perecer en aquella tremenda decisiva lucha vencido por el enemigo, levanté mis ojos llorosos y mis manos suplicantes al cielo, y dirigiéndome hácia la soberana y piadosísima Consoladora de los afligidos, dijele con la energía y ardor que inspiran el peligro y la desesperación:

Si es verdad que habeis prometido á vuestro gran siervo Santo Domingo que se salvará el que propague el santo Rosario, yo me salvaré ciertamente, porque no abandonaré este lugar sin haber propagado antes esta saludabilísima devoción.

Nadie respondió á mis acentos de desesperación; un silencio sepulcral me rodeaba por todas partes; pero por la apacible calma que sucedió al singular combate que el enemigo trabara conmigo haciendo entónces sus últimos esfuerzos para asegurarse la victoria, entendí que aquel

grito de indefinible angustia había subido hasta el excelso trono de María. Oí en esto resonar pausadamente en lontananza el eco de una campana; tocaban á las *Ave-Marías*, á las doce del día. Me postré, y uní mi plegaria á las que en aquella hora dirigía á María la multitud de fieles de diversas lenguas y diferentes países.

Cuando me levanté, pude observar que habíase asomado furtivamente una lágrima al borde de mis ojos. La respuesta del cielo no se hizo esperar.

Y estas páginas, querido lector, te lo explicarán en seguida. Léelas, pues, y júzgalas despues.

CAPÍTULO V.

EL PRIMER ENSAYO.

Entónces fué cuando yo tomé la irrevocable determinacion de promover con todo el ardor de mi corazon y con todas las fuerzas de mi alma por todo este valle de desolacion, á donde una especial providencia de Dios dirigiera mis pasos, la salvadora y tan encarecidamente por la Iglesia recomendada devocion del Santo Rosario de María. Pero ¿cómo podía yo llevar á cabo mi santa resolucion? ¿Cómo realizar mi designio? ¿Cómo llegar á enseñar el santo Rosario á gentes que vivían diseminadas en cabañas y miserables viviendas desparramadas por los campos, y

sin haber un lugar á propósito donde reunir las por algunas horas, siquiera los Domingos?

No me quedaba otro medio que el de ir casa por casa distribuyendo medallas y rosarios. El regalo era bien justo, y hasta deseado con avidez, porque siendo de metal las medallas, parecían por su brillo ser de algun valor. Pero ¿qué resultado podía yo esperar de la gratuita distribucion de estos piadosos objetos entre gentes que eran muy contadas las personas que supiesen rezar el Ave María?

Me ocurrió, pues, otra idea: advertí que estos pobres y rústicos habitantes profesaban, en medio de toda su rusticidad é ignorancia, un culto especial y unos sentimientos de la más acendrada piedad y del más profundo respeto hácia los difuntos. Quejábanse, en efecto, amargamente de que los cadáveres de sus queridos finados fuesen conducidos á su última morada como si fuesen unos despojos de animales que hubiesen muerto en el camino, sin el acompañamiento de alguna piadosa asociacion que rezara las preces fúnebres en sufragio del difunto, como habían visto, con edificacion suya, se hacía en otras partes: lamentábanse de que no se dedicase á sus difuntos siquiera un recuerdo aniversario, que perpetuase en los nietos la memoria de sus antepasados.

grito de indefinible angustia había subido hasta el excelso trono de María. Oí en esto resonar pausadamente en lontananza el eco de una campana; tocaban á las *Ave-Marías*, á las doce del día. Me postré, y uní mi plegaria á las que en aquella hora dirigía á María la multitud de fieles de diversas lenguas y diferentes países.

Cuando me levanté, pude observar que habíase asomado furtivamente una lágrima al borde de mis ojos. La respuesta del cielo no se hizo esperar.

Y estas páginas, querido lector, te lo explicarán en seguida. Léelas, pues, y júzgalas despues.

CAPÍTULO V.

EL PRIMER ENSAYO.

Entónces fué cuando yo tomé la irrevocable determinacion de promover con todo el ardor de mi corazon y con todas las fuerzas de mi alma por todo este valle de desolacion, á donde una especial providencia de Dios dirigiera mis pasos, la salvadora y tan encarecidamente por la Iglesia recomendada devocion del Santo Rosario de María. Pero ¿cómo podía yo llevar á cabo mi santa resolucion? ¿Cómo realizar mi designio? ¿Cómo llegar á enseñar el santo Rosario á gentes que vivían diseminadas en cabañas y miserables viviendas desparramadas por los campos, y

sin haber un lugar á propósito donde reunir las por algunas horas, siquiera los Domingos?

No me quedaba otro medio que el de ir casa por casa distribuyendo medallas y rosarios. El regalo era bien justo, y hasta deseado con avidez, porque siendo de metal las medallas, parecían por su brillo ser de algun valor. Pero ¿qué resultado podía yo esperar de la gratuita distribucion de estos piadosos objetos entre gentes que eran muy contadas las personas que supiesen rezar el Ave María?

Me ocurrió, pues, otra idea: advertí que estos pobres y rústicos habitantes profesaban, en medio de toda su rusticidad é ignorancia, un culto especial y unos sentimientos de la más acendrada piedad y del más profundo respeto hácia los difuntos. Quejábanse, en efecto, amargamente de que los cadáveres de sus queridos finados fuesen conducidos á su última morada como si fuesen unos despojos de animales que hubiesen muerto en el camino, sin el acompañamiento de alguna piadosa asociación que rezara las preces fúnebres en sufragio del difunto, como habían visto, con edificacion suya, se hacía en otras partes: lamentábanse de que no se dedicase á sus difuntos siquiera un recuerdo aniversario, que perpetuase en los nietos la memoria de sus antepasados.

Ante una piedad tan acendrada, tan cordial en obsequio de los difuntos, ocurrióme, pues, que podría valerme, con grande provecho para mi propaganda, de tan noble y religioso sentimiento.

Hé aquí, dije para mí, hé aquí el sentimiento innato, grabado hasta en los corazones más rudos, de la inmortalidad del alma. El hombre no puede resignarse á la fatal suerte de su eterno aniquilamiento.

La piedad para con los difuntos, la memoria que de ellos se quiere perpetuar en sus descendientes, las preces y sufragios por ellos, son ciertamente hermosas é indiscutibles manifestaciones del sentimiento de inmortalidad, grabado hasta en los corazones de los más zafios é ignorantes por la diestra del Eterno, que crió al hombre á su imágen y semejanza.

Me esperancé entónces, pensando que me sería más fácil reunir á los desparramados habitantes de esta vega por un objeto hácia el que se sentían ellos tan propensos, por ser muy conforme con su innata piedad y con sus costumbres.

Pensé, por lo tanto, que el camino más breve para salir con la mía, sería cautivarlos los ánimos y los corazones de todos instituyendo entre ellos una pía Cofradía, cuyo principal objeto fuese acompañar con edificante religiosidad los cadáveres de sus vecinos difuntos á su última

morada, darles cristiana sepultura y sufragar sus ánimas con el rezo frecuente del santo Rosario. Hasta ahora todo vá bien; mas hé aquí que nos sale al encuentro la constante dificultad, que no sabía yo como vencerla, la falta de un local á propósito: no había donde pudiera establecerse la susodicha hermandad.

Uno de los más bellos y deliciosos dias de la segunda mitad del apacible Octubre, convidaba á respirar las templadas brisas del campo; y yo, encontrándome solo, y á fin de librarme del consiguiente aburrimiento y disfrutar de tan delicioso tiempo, tomé mi escopeta y salí de caza.

Debajo de aquellos frondosos y erguidos chopos cuya prolongada y vistosa hilera guarnece, por la parte del polvorin de Scafati, el rio Sarno, encontré á un jóven cazador, cuya simpática figura y afabilidad fueron parte de la sincera amistad que despues nos unió constantemente.

Alegréme sobremanera al saber que era sacerdote; y en la amistosa conversacion que trabamos, descubrí en él no tan solo á un hombre de superior talento, sino tambien, lo que me llamó más la atencion, á un hombre tan franco, que sin conocerme y sin tener más antecedentes de mis propósitos, se mostraba, sin el menor recelo ni desconfianza, muy propenso y dispuesto á secundarme, con todo su valer, para llevarlos á

efecto. Fué muy providencial este feliz encuentro. Y es que, cuando el hombre procede en sus empresas con recta intencion, sin otras miras que las de dar gloria á Dios, promoviendo eficazmente la santificacion de nuestra propia alma y de las de nuestros prójimos, le asiste propicia —aun por medios extraordinarios— su especial y amorosa providencia. Así únicamente puede explicarse el que tan inesperadamente, y en un lugar en que ni en sueños podía parar mientes, me hallase con un sacerdote que había de ser mi más constante amigo y fiel compañero en la ejecucion de la grandiosa obra que Dios, en sus inescrutables designios, destinara se llevase aquí á efecto para glorificar más y más á su Santísima Madre. Era natural del Valle el sacerdote, y llamábase Jenaro Federico.

Un lazo de verdadera amistad nos unió felizmente á entrambos desde aquel venturoso instante.

Marchando juntos conversando con la mayor cordialidad, le manifesté mi proyecto de establecer en esta abandonada aldea y entre estos rústicos campesinos, la Cofradía de nuestra Señora del Rosario, para que uniendo á todos el vínculo de cristiana fraternidad, tan encomendado por el gran Apóstol de las gentes, é inspirándose todos en unos mismos sentimientos,

conocieran la excelencia y el mérito incomparables de la devocion del santo Rosario, su maravillosa eficacia para la reforma de las costumbres, su soberana virtud para enfervorizar los espíritus tibios y para mantener en la sociedad el espíritu cristiano y una vez conocida esta soberana excelencia del Rosario, se aficionasen á él, lo estimasen, lo apreciaran, lo considerasen celestial, acepto á Dios, gratísimo á la Madre de misericordia, y penetrados de estos sentimientos sus corazones, se diesen á rezarlo con fervor; para que mutuamente se asistiesen y se auxiliasen en sus enfermedades y demás necesidades corporales, para que procurasen facilitar los casamientos de las doncellas pobres, y por último, para que acompañasen á los cadáveres de los cofrades difuntos á su última morada, y les diesen cristiana sepultura.

—*Es muy difícil, me respondió, porque estos campesinos ya no tienen confianza en esas prácticas.*

No me desanimó tan desconsoladora respuesta; antes bien, quise preguntarle sobre sus usos y costumbres. Me hizo la más amplia y minuciosa relacion de todas; me informó, en especial, de sus fiestas populares, de sus bacanales, de sus juegos y diversiones, y de su particular aficion á las rifas, á las cuales acudían todas las mujeres

de todos estos contornos, deseosas de que les cupiese en suerte algun anillo de oro ó bien algun par de pendientes.

Me alegré grandemente de esta última noticia, y congratulándome conmigo mismo por haber dado con el resorte que, con facilidad suma, atraería á todas estas gentes y las reuniría en el punto que yo designase, dije para mí: He aquí mi primer expediente: Haré una gran *tómbola*, y por premio distribuiré rosarios, medallas, imágenes y estampas de la Virgen. De este modo muy en breve cada cual tendrá su rosario, y todas las casas podrán ostentar en lugar preeminente la devota y venerable efigie de nuestra Señora del Rosario.

Con esta persuasion, y ante tan risueña perspectiva que yo me figuraba, preparé una modesta lotería para la festividad del Smo. Rosario, que en el mes de Octubre del año siguiente deseaba yo se celebrara aquí con cierta pompa exterior, que cautivase dulcemente los corazones de estos pobres labradores. Pensaba, en efecto, sería muy á propósito, siquiera para grabar en sus rústicos corazones poco dispuestos aún para cosas más espirituales el nombre del *Rosario*, el título de la *Virgen del Rosario*, y unir á las funciones religiosas, al panegírico y demás actos religiosos, los fuegos artificiales, las diversiones

populares y loterías, y por estos medios, á los que eran de suyo aficionados, acostumarlos á la práctica de la religion, y hacerles gustar sus inefables dulzuras. Al efecto, propuse solemnizar por vez primera en el Valle de Pompeya, la festividad de la Virgen del Rosario el año siguiente de 1873.

§ I.—En Octubre de 1873, se solemniza, por vez primera en Pompeya, la fiesta del Santísimo Rosario.

He aquí los primeros preparativos.

Cuando volví á Nápoles, comencé á mendigar de algunas piadosas señoras conocidas mías, medallas, rosarios, imágenes y estampas de Santos, escapularios, etc. Secundando generosamente mis deseos, proveyéronme con largueza las señoras, Baronesa de Castro de Rosa, la Duquesa de Traetto, Doña Catalina Volpicelli y Doña Rafaela Piria. Al generoso regalo de estas piadosas señoras, añadí los que yo mismo había comprado, y con tan rica provision de preciosos talismanes, me dirigí en el Octubre siguiente, que fué el de 1873, á mi nueva tierra.

Otras dos ideas brillaron en mi mente, mientras estaba yo ocupado en mis preparativos, que me parecieron dignas de atencion. Había podido observar, durante mi excursion por

estas tierras, con gran sentimiento de mi corazón, que eran muy pocas las familias que tuviesen en su pobre alcoba la efigie de nuestro soberano Salvador, Jesus crucificado, como quiera que solo con motivo de sus bodas, tenfan por costumbre hacerse con el divino retrato. Salvo un caso tan solemne, nadie se cuidaba de colocar á la cabecera de su pobre lecho la imágen, tan consoladora para un corazón cristiano, de nuestro misericordiosísimo Salvador, Jesus crucificado. ¿Pero qué digo el retrato de Aquél que es todo nuestro bien, de quien únicamente nos es dado esperar nuestra eterna salvacion? ni siquiera la más tosca señal del lábaro santo de nuestra redencion se echaba de ver en sus musgosas cabañas. ¡Tan grande era el olvido en que vivían de la práctica de la religion!

Para que desapareciese, pues, del hogar cristiano tan perniciosa costumbre, ó mejor dicho, tan funesto descuido, compré unos cuantos centenares de crucifijos para ponerlos en la cabecera de sus lechos.

Era la otra, que la fiesta en proyecto no fuese á manera de los fuegos artificiales, que brillan en un momento para deleite de los sentidos, y luego dejan de ser.

Una parte principal de la fiesta había de consistir en una lotería en la que pudiesen tomar

parte, por solos cinco céntimos, los aldeanos. Los cinco primeros premios habfan de ser en objetos de oro napolitano, es decir, muy vistosos, de mucho brillo y apariéncia, pero de poco valor: v. g. un anillo, un par de pendientes, un alfiler, etc., etc. Otros ochocientos premios quise fuesen en crucifijos, rosarios y cuadritos de la Santísima Virgen del Rosario. Dispuse, además, para mayor pompa exterior y para que la fiesta religiosa tuviese más atractivos respecto de este pueblo, fuegos artificiales y otras diversiones populares; y para dar á éstas mayor solemnidad, hice venir la música de Paganí.

En cuanto á la funcion religiosa, consistió en una Misa cantada por el Rdo. párroco D. Juan Cirillo —q. D. h.— y un hermoso sermón, adaptado al objeto que yo me había propuesto, es decir, sobre las excelencias del santo Rosario, predicado por mi amigo y confesor el Rmo. P. Maestro Radante, á quien expresamente para esta primera funcion que se trataba de celebrar en la Pompeya cristiana, había invitado.

No había efigie que representase sensiblemente á los ojos de estos rústicos el objeto de nuestros cultos, y á falta de otra mejor, tomé la que tenía yo mismo en el testero de mi alcoba, y la expuse á la veneracion de los fieles. Con tales

preparativos, esperé ansioso los primeros albosres de la tercera Dominica de Octubre.

Gozoso estaba yo viendo llegar el venturoso momento en que la Madre de misericordia había de volver sus compasivos ojos, llenos de dulzura y benignidad, hácia esta inculta tierra; pero no había de tardar en surgir algun percance ó contratiempo que acabase de acibarar todo mi gozo, como efectivamente sucedió. Un temporal huracanado dió al traste con todas nuestras esperanzas. Lluvias torrenciales, con espantosos truenos y frecuentes descargas eléctricas, impidieron que acudiesen el pueblo y la banda de música á la parroquia, y á los que acudieron antes, como los sacerdotes y algunos amigos particulares, los obligaron, mal de su grado, á permanecer en la pobre y desmantelada iglesia.

Contrariado yo en mis designios por este infortunio, y algo desazonado al ver tan deslucida la fiesta ¡mal empezamos! dije; no son muy prósperos, que se diga, los principios; no parece sino que la Virgen no acepta lo que hago por la exaltacion de su nombre. Pero despues me tranquilicé, pensando que yo ya había hecho todo lo posible por la propagacion de la tan recomendada práctica de rezar el santo Rosario, segun mis fuerzas alcanzaban. Yo no debo hacer otra cosa, me dije, que propagar la devocion al santo Rosario,

veremos si la Reina del Empíreo cumple su promesa hecha al primer apóstol de esta hermosa devocion, al ínclito y glorioso Santo Domingo de Guzman: que se hace acreedor á la eterna bienaventuranza quien promueve una devocion inspirada por el mismo Cielo para la salvacion del individuo y de la sociedad.

Mayor aún fué mi desconsuelo cuando, al oir el bellissimo y elocuente sermon que predicó el antes mencionado religioso, advertí que este rústico auditorio, que, por el mal tiempo, era poco numeroso, acostumbrado solemnemente á su peculiar dialecto, en el que le oían predicar á su cura, muy poco pudo entender al nuevo orador. Así que me pareció había trabajado en vano: todo me pareció perdido.

§ II.—El mismo mes
del año siguiente 1874, se solemniza
otra vez en Pompeya la fiesta
del Rosario.

Para que los que dejasen de asistir á las funciones por causa del mal tiempo, como el año anterior sucedió, no quedasen sin algun recuerdo de la fiesta, me precaví esta vez, aleccionado por la experiencia, contra tan temible adversario, dejando á cada familia un devoto y caro

recuerdo, que consistió en un hermoso rosario y un bonito cuadro de la Virgen.

Y como iba ya acercándose el mes de Octubre, preparé otra lotería.

Cuando se quería convocar el pueblo para algun acto extraordinario, acostumbrábase por aquí hacer esta convocatoria por medio del pregon. Pero lo singular de esta costumbre consistía no en que se promulgasen los sucesos extraordinarios por este medio, sino en que fuese una mujer, de sonora y poderosa voz, la que había de pregonar por todos estos campos.

Ocho días antes de la fiesta mandé á esta mujer pregonera para que publicase la próxima fiesta del Rosario: y yo mismo fuí por todas las viviendas y cabañas, reuniendo limosnas de lo que más abundaba en la tierra, en cualquiera cantidad que fuese, es decir, en maiz y algodón, para festejar con la mayor solemnidad y pompa posibles el Santísimo Rosario de María. Iba de casa en casa convidando á todos á acudir solícitos ese día á la parroquia, y á tomar parte en los espectáculos que, con motivo de la fiesta, se darían, máxime en la gran lotería.

Con la venta del maiz y algodón, pensaba sacar dos ventajas: primeramente, aumentar el pequeño presupuesto que de mi peculio había

destinado para festejar tan grata solemnidad; y la otra, que era la principal y como el blanco al que iban dirigidos todos mis cuidados y desvelos, y que, por cierto, tuvo un éxito maravilloso, animar eficazmente á que, como interesados por el respectivo óbolo con que habían contribuido á la fiesta, tomasen parte con verdadero celo en ella. El resultado fué, que apenas faltó ni siquiera uno solo, y que la fiesta nos salió á las mil maravillas y lucidísima, quedando á la vez muy bien impresionados los campesinos, en especial por los sacrificios pecuniarios que yo hacía por segunda vez en provecho exclusivamente suyo.

Lo mismo que en el anterior, también este año me encontraba sin una efigie que dignamente representase á los fieles el objeto de sus más rendidos cultos. Procuré, pues, una litografiada, que representaba en su periferia bien dibujados los quince misterios del Rosario, y la coloqué bajo un dosel, contentándose también por esta vez nuestra divina Madre y soberana Reina del Rosario con recibir los humildes homenajes de amor, de respeto, de veneración y confianza filiales de sus devotos, por medio de tan mezquino cuadro de papel, el cual, en memoria de la hermosa fiesta celebrada, lo dejé en la pobrísima y ruinosa iglesia.

En esto iba pensando en que para suministrar el alimento espiritual proporcionado al grosero paladar de estos fieles, y para evitar, en lo posible, aquello del affligido profeta Jeremías: *parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis*; pidieron pan los párvulos, y no había quien pudiese dárselo desmenuzado; nadie sería más idóneo que su propio párroco, y le encargué á este predicase á sus feligreses un tríduo de sermones, esperando de su predicacion más copioso fruto que en la ocasion pasada.

Mas tampoco esta vez quedé del todo satisfecho, pues mi principal intento era inspirar á estos campesinos una entrañable y cordial devocion hácia el santo Rosario; y el orador, en vez de tomar por tema de sus sermones el santo Rosario, como primario y principal objeto que era de la fiesta, y predicar sobre sus excelencias, para, conocidas éstas, excitar en los corazones de sus oyentes amor y devocion hácia un objeto tan excelente y digno, siendo natural en el hombre el amar lo que se estima y aprecia, mucho más cuando se conocen la hermosura, la dignidad y la excelencia intrínsecas del objeto, les predicó sobre la tierna y afectuosa oracion de la Salve Regina.

Por lo demás, todo esta vez salió en grande: la rifa, los fuegos artificiales, las corridas, los

juegos, la salva de morteretes, en fin, todo estuvo á mi satisfacion, y colmó de júbilo á mi nuevo pueblo; el cual por cierto, como sucede siempre, se mostró en un principio algo desconfiado conmigo, temiendo tal vez no fuese uno de tantos como le explotan abusando grandemente de su ignorancia y buena fé; mas á vista de estas fiestas, que pudieron convencerle de que no solo no buscaba yo mi propio interés á costa suya, sino que sacrificaba mi peculio exclusivamente en su provecho, concluyó en fin por serme amigo sincero y afectuoso, y profesarme su amor y su cariño.

Todos estos festejos, empero, pasaban como pasa una gran avenida, sin fecundizar el terreno inundado: no se aprendía, con todas estas fiestas, á rezar el santo Rosario, y mucho menos era comprendida por este pueblo su soberana virtud santificativa.

Lo cual mucho me desconsoló, pero no me desalentó. El fin que yo me había propuesto, era propagar la devocion al santo Rosario; no podía, pues, contentarme con el resultado obtenido. ®

Despues de repartir los objetos de devocion que más se relacionaban con el fin que yo me propusiera, y siendo ya este gran pecador, para este pueblo objeto de su mayor confianza y respeto es decir, habiéndome ya granjeado las

simpatías de mi amado pueblo, consulté á los sacerdotes de toda mi confianza acerca del mediõ más á propósito para establecer y afirmar más y más, y de un modo duradero y con cierto carácter de perpetuidad, la devocion al santo Rosario, con tan felices principios inaugurada.

Todos unánimes reconocieron que para la consecucion del fin propuesto, ningun medio ofrecía tantas garantías como la institucion de una Cofradía que, además de promover la devocion del santo Rosario, atendiese á todas las necesidades de este pueblo naciente. Hermosa idea; pero ¿cómo realizarla? ¿Cómo reunir á un pueblo tan desparramado por estos dilatados campos? ¿Cómo persuadirles á unirse y hermanarse á los que vivían tan apartados entre sí y hasta recelosos los unos de los otros? *Hoc opus, hic labor*. Se discutió largamente, hiciéronse las reflexiones que el asunto requería, y, por fin, todos de acuerdo, como inspirados por el mismo espíritu divino, juzgaron era preciso dar unas misiones, para despertar de su letargo á este pueblo que vivía alejado de la religion, más bien por su ignorancia y natural rusticidad, que por su impiedad; para levantar sus corazones siempre vueltos hácia la tierra, como si ésta fuese su centro y pudiese llenar sus inmensos senos; para levantarlos, digo, del polvo en que estaban

sepultados, hácia el cielo que es nuestra venturosa pátria, hácia esa soberana region de la bienaventuranza eterna de los Santos, hácia Dios, en una palabra; pues solo Él puede hacer feliz al hombre, solo en Él, que es el Sumo Bien, puede hallar el corazon humano la plena y adecuada satisfaccion de sus deseos. Señor — le decía San Agustin á Dios — Señor, nos creásteis para Vos, y por esto es que nuestro corazon no halla reposo hasta que torne á Vos: *Fecisti nos, Domine, ad te, et ideo inquietum est cor nostrum donec quiescat in te* (1). ¡Oh, qué despreciable cosa es el hombre! exclamaban hasta los filósofos paganos, quienes destituidos como estaban de los divinos fulgores de la fé, no podían tener clara noticia de los bienes que por los méritos de la sangre de Jesu-Cristo nos están reservados en el cielo, y sin embargo conocieron que el hombre no había sido creado para la tierra, y así exclamaban: ¡Qué despreciable cosa es el hombre cuando en vez de desplegar las alas de su espíritu y volar á las serenas regiones etéreas, se arrastra sobre la tierra! *O quam contempta res est homo, nisi supra humana se erexerit* (2). Fué, pues, acertadísima la

(1) S. Augustinus, Hb. I, c. I, confs.

(2) Seneca, Natural. qq. Præfat.

deliberacion de hacer predicar unas santas misiones á este pueblo para, con la consideracion de las grandes verdades del Evangelio, avivar su espíritu amortiguado, en fervorizar sus corazones más que lánguidos, muertos en el amor de Dios y de los bienes espirituales, que son infinitamente superiores á los bienes de este bajo y mísero mundo, excitando á la vez en ellos sentimientos verdaderamente cristianos, máxime los de un sincero y doloroso arrepentimiento, con la esperanza de alcanzar el perdon mediante la devocion á la que es la esperanza y el refugio del pecador, y muy en especial á su santo Rosario.

Fué en la estacion de Pórtici que me encontré un dia con un sacerdote que me pareció, al par que celoso, muy docto. Era éste un fervoroso Misionero, llamado de los SS. Corazones, que era una Congregacion instituida por el venerable siervo de Dios Enrique de Secondiyliano, y manifestéle mis deseos de hacer venir acá algunos misioneros para que cultivasen este suelo agreste. El susodicho sacerdote era de la familia Genovese de Pagani, y hermano de Sor Filomena Genovese, terciaria de las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo, que acabó felizmente su carrera dejando grande opinion de santidad: él me animó mucho, ofrecióseme para dar la Mision, y desde este feliz encuentro nos

unió mutuamente el nudo de la amistad más afectuosa y sincera. Andaba yo algo pensativo y discurriendo cómo realizar mi mayor y más ardiente deseo que, ignorante cual era entonces de los asuntos eclesiásticos, y por añadidura un seglar y forastero en este pueblo, desconocido del Obispo de Nola y del Eminentísimo de Nápoles, que era entonces D. Xisto Riario Sforza, y sin valimiento ni proteccion de parte de los Prelados de las vecinas diócesis, se me presentaba como un nudo gordiano, cuya solucion, para hacerse todavía más dificultosa, hubo de encontrarse además con la envidia de aquel maligno y terrible enemigo de todo lo bueno, «*que fué el primero en desobedecer á su Creador*».

CAPÍTULO VI.

SUENA FINALMENTE LA HORA DE LA MISERICORDIA.

Estuve así por algun tiempo, pensativo y meditando, como he dicho antes, y sin saber á qué atenerme á fin de llevar á cabo mi plan y realizar mis más ardientes deseos, cuando en medio de mi incertidumbre y oscuridad, cual ténue rayo de luz que fugitiva se desprende á veces de entre negros nubarrones, se me ocurrió que

deliberacion de hacer predicar unas santas misiones á este pueblo para, con la consideracion de las grandes verdades del Evangelio, avivar su espíritu amortiguado, en fervorizar sus corazones más que lánguidos, muertos en el amor de Dios y de los bienes espirituales, que son infinitamente superiores á los bienes de este bajo y mísero mundo, excitando á la vez en ellos sentimientos verdaderamente cristianos, máxime los de un sincero y doloroso arrepentimiento, con la esperanza de alcanzar el perdon mediante la devocion á la que es la esperanza y el refugio del pecador, y muy en especial á su santo Rosario.

Fué en la estacion de Pórtici que me encontré un dia con un sacerdote que me pareció, al par que celoso, muy docto. Era éste un fervoroso Misionero, llamado de los SS. Corazones, que era una Congregacion instituida por el venerable siervo de Dios Enrique de Secundiylano, y manifestéle mis deseos de hacer venir acá algunos misioneros para que cultivasen este suelo agreste. El susodicho sacerdote era de la familia Genovese de Pagani, y hermano de Sor Filomena Genovese, terciaria de las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo, que acabó felizmente su carrera dejando grande opinion de santidad: él me animó mucho, ofrecióseme para dar la Mision, y desde este feliz encuentro nos

unió mutuamente el nudo de la amistad más afectuosa y sincera. Andaba yo algo pensativo y discurriendo cómo realizar mi mayor y más ardiente deseo que, ignorante cual era entonces de los asuntos eclesiásticos, y por añadidura un seglar y forastero en este pueblo, desconocido del Obispo de Nola y del Eminentísimo de Nápoles, que era entonces D. Xisto Riario Sforza, y sin valimiento ni proteccion de parte de los Prelados de las vecinas diócesis, se me presentaba como un nudo gordiano, cuya solucion, para hacerse todavía más dificultosa, hubo de encontrarse además con la envidia de aquel maligno y terrible enemigo de todo lo bueno, «*que fué el primero en desobedecer á su Creador*».

CAPÍTULO VI.

SUENA FINALMENTE LA HORA DE LA MISERICORDIA.

Estuve así por algun tiempo, pensativo y meditando, como he dicho antes, y sin saber á qué atenerme á fin de llevar á cabo mi plan y realizar mis más ardientes deseos, cuando en medio de mi incertidumbre y oscuridad, cual ténue rayo de luz que fugitiva se desprende á veces de entre negros nubarrones, se me ocurrió que

podría, quizá con mucha ventaja, ensayar otro expediente. Era este el de acudir — como lo hice sin demora — á nombre de la señora Condesa de Fusco, contando por supuesto con su aquiescencia, á la piedad de las fervorosas señoritas Doña Rafaela Piria y Doña Catalina Volpicelli, quienes ya en ese intervalo, con el ardor y actividad que su celo por los intereses de Dios les suministraba, habían sustituido en la angosta y ruinosa parroquia el viejo y carcomido altar de tablas, con otro nuevo de mármol. Vino también á animarme á proseguir mis propósitos, que habían de resultar tan provechosos para este entónces inculto campo de la viña del gran Padre de familia, el muy ilustre canónigo de la metropolitana de Nápoles, D. Luis Caruso, quien deseando ayudarme con todas veras en la prosecucion de mi empresa, dirigióse al Ilmo. Señor Obispo de Castellamare di Stabia, Mons. Pedagna, como amigo particular que era suyo, pidiéndole designase á un sacerdote para predicar la santa mision en esta parroquia. Pero á pesar de todo, debieron trascurrir todavía unos tres años antes de poder disponer de tres ministros de Dios para tan santa obra, por causa de mi inesperecia en esta clase de asuntos.

Mas cuando suena la hora de la divina Providencia, cuando ésta quiere ya ejecutar los

decretos de sus eternos é inescrutables designios, nada valen ni pueden, ni la inexperiencia, ni las otras dificultades que tal vez puedan surgir ó por la ignorancia de los hombres, ó por la malicia del infierno, á fin de impedir su realizacion. ¡Ah! No hay obstáculos posibles para el Omnipotente.

Llega en esto el Octubre de 1875. A impulsos del veheméntísimo deseo que me devoraba de propagar la devocion á la Soberana Reina del santo Rosario — título que le es sobremanera grato — para su mayor incremento y para inspirar á estos rústicos labriegos sentimientos de filial devocion, en mis propias manos, y acompañado en mi viaje por el dignísimo sacerdote de Nápoles D. Carlos Pellegrino Schipani, de la noble familia de los Barones de ese nombre, traje de aquella ciudad una pequeña estatua de la divina Madre del místico Rosal, y la coloqué en la vieja parroquia, debajo de un bonito dosel.

Los festejos celebrados en su honor fueron aún más lucidos esta vez que en los años anteriores; celebró el clero una Misa solemne por la mañana, y por la tarde cantaron con la misma solemnidad las vísperas.

Hubo además la salva de morteretes, fuegos artificiales y una estrepitosa rifa. Fuí de vivienda en vivienda, de choza en choza invitando á

todos á que asistiesen á las fiestas que se trataban de celebrar en honra de su divina Madre, su más seguro refugio en sus necesidades y su consuelo en sus tribulaciones, animándoles á la vez á formar, para mútua ayuda, la Cofradía del santísimo Rosario.

Dispuestas de este modo las cosas, pensé despues en limpiar y asear un poco la pobre iglesia, blanqueándola para cubrir las grandes manchas que la humedad produjera en sus paredes, pintando éstas de diferentes colores, y rellenando las grietas que se habían abierto y que servían de pacífica morada á los ratones, lagartos, sabandijas y otros vichos.

Para esta obra de tan humilde restauracion, llamé á un jóven del pueblo, hijo del más antiguo de mis colonos, llamado Pascual Matrone; le entregué todo lo necesario para la obra: cinco kilogramos de tierra amarilla, diez de tierra roja, y una gran cantidad de cal blanca y negra; y con esta bien surtida provision, puso nuestro laborioso jóven las manos á la obra y pintó —figúrese el lector cómo la pintaría— la vieja y polvorienta iglesia parroquial.

Amaneció, por fin, para la Nueva Pompeya el día de las divinas misericordias. El Ilmo. Señor Obispo de Nola —para mi mayor dicha y sin que yo pensara en ello, antes contra toda mi

esperanza— autorizó á tres celosos sacerdotes para que predicasen en este á la sazón desolado valle, la tan deseada mision. Fué el 2 de Noviembre de 1875, que yo mismo salí para Castelmare de Stavia á recibir á los tres venturosos enviados del cielo para alumbrar á los que yacían sumidos en las tinieblas y sombras de la muerte. Sus nombres están grabados con caractéres del más profundo reconocimiento, no solo en nuestra memoria, sino tambien —que es lo que más importa— en el afectuoso y materno Corazon de María.

Eran el Sr. Santarpía de Léttere, Canónigo —ya pasado á mejor vida, r. i. p.— el Sr. D. José Rossi de Castelmare de Stavia, tambien Canónigo, y el Sr. D. Miguel Gentile de Gragnano, Misionero Apostólico, adscrito hoy al santuario de la Virgen del Rosario en esta.

Tuvimos á grande honra el poder hospedarlos en nuestra casita de campo —en el famoso sitio de la *antigua venta del Valle*— y servirles con nuestras propias manos. Ni ellos —como humildes siervos que eran de Jesu-Cristo— desdeñaron hospedarse en uno de los cuartos recién construidos.

¡Qué bello, qué tierno, qué conmovedor era el espectáculo que entónces ofrecía á los hombres, y aún á los ángeles, la Nueva Pompeya! Venían

á oír á los que anunciaban la buena nueva, hasta los ancianos y niños, no sólo de este valle, sino tambien de todos los demás lugares limítrofes. Era imposible que tanta muchedumbre cupiese dentro de la pequeña iglesia parroquial; así que fué preciso misionarles á campo abierto, expuestos todos á la intemperie del mes de Noviembre. El fervor religioso que se había apoderado de sus corazones, templaba, sin duda, el rigor de la estación. ¡Qué edificante, al par que conmovedor en extremo, era el oír resonar en estos campos, antes tan tristes y silenciosos, cuando, despues de oír el sermón, y ya de noche, volvían los campesinos, más que alegres, entusiasmados, los cánticos de alabanza y la salutación angélica que entonaban á la bendita Madre de Dios, y el ver que rebesando sus pechos un indecible placer y una alegría espiritual que nunca hasta entónces experimentaran, dirigíanse á sus pobres tugurios contentísimos de su suerte, y ávidos de tornar al día siguiente á escuchar á los mensajeros del Maestro divino sus palabras de vida eterna!

Fué tan extraordinariamente copioso el fruto de la santa mision, que bien á las claras se echó de ver cuán grandes eran el poder y la eficacia del santo Rosario, bien así como la soberana complacencia de la divina Madre. Todos se

reconciliaron con Dios, compusieron sus desavenencias y litigios, se pidieron mutuamente perdón de los agravios y ofensas que se habían hecho, y solicitaron ser admitidos en la Cofradía del Santísimo Rosario de María.

El mismo celosísimo Obispo de Nola, Padre y Pastor de estos fieles, quiso poner su sello á los maravillosos frutos que produjo la santa Mision. Era el 12 del susodicho mes de Noviembre, cuando el Ilmo. Sr. Obispo se dignaba visitar personalmente á esta porcion de la grey de Jesu-Cristo confiada á sus desvelos, con motivo de administrar, al fin de la santa Mision, el santo Sacramento de la Confirmacion á los niños de estos pobres campesinos. En esa ocasion tuve por vez primera la honra y la dicha de conocer y de tratar muy de cerca al venerable Prelado de la diócesis. Entónces le manifesté mis deseos y el proyecto que há tres años concibiera de costear aquí en la parroquia de Pompeya un hermoso altar dedicado á nuestra Señora del Rosario, para por este medio mantener en el pueblo, juntamente con el fruto de la santa Mision, la práctica constante y fervorosa de una devocion la más autorizada en la Iglesia, la más encarecidamente recomendada por nuestro soberano Pontífice, la más útil para avivar el espíritu cristiano y la piedad adormecida, la más

poderosa para promover eficazmente la santificación de las almas, y finalmente, la más cara y acepta á nuestra divina Madre María, la devoción á su santo Rosario.

Al conocer el santo Prelado mis deseos, é informado además por los venerables misioneros del estado deplorabilísimo, en lo moral y religioso, de esta población naciente, penetrado su corazón de padre del más vivo sentimiento de dolor y de la más tierna conmiseración, y con los ojos humedecidos en lágrimas, que el venerable Prelado esforzabase por reprimir, y dirigiéndose á mí y á la Condesa de Fusco, pronunció estas memorables palabras, que fueron como el origen y la semilla de la magnífica y grandiosa obra de Dios en este lugar á la sazón tan agreste y olvidado:

Creo es mi deber edificar aquí una iglesia, donde toda esta pobre gente pueda reunirse para asistir á los divinos oficios. Hace años que tengo este pensamiento, y buscaba para su ejecución una persona que me ayudara eficazmente, pues es el pueblo más remoto y más apartado de mi diócesis: y ahora que V. se me ofrece, deseo de dedicar aquí un altar á la dulcísima Madre de los míseros mortales y á su santo Rosario, yo á mi vez propongo que edifiquemos no ya un altar, sino un templo. Forme V. una asociación cuyos

miembros contribuyan para esta obra con cinco céntimos mensuales: V. de su parte recaudará estas pequeñas cuotas, y yo á mi vez contribuiré con el subsidio de 500 francos.

Esta propuesta, en sí tan excelente, pero hecha á mi pequeñez que era tan grande que en el largo espacio de tres años no había logrado construir un altar, ni siquiera formar una asociación, por grandes esfuerzos que al efecto había hecho, pues todos se estrellaban ántes de la extremada pobreza de esta gente, como las hinchadas olas del Océano ante la inmóvil roca, parecióme tan extraña y tan superior á mis fuerzas, que pensé si sería tal vez un ardid del enemigo.

Y temeroso de que mi acariciada idea, cuando yo la veía á punto de realizarse tropezara con esta nueva é inesperada dificultad, le dije al Sr. Canónigo D. José Rossi:— recelo mucho que el plan del Ilmo. Prelado sea una bien disfrazada artimaña de Satanás, que trate de impedir un pequeño bien positivo so pretexto de otro mayor, pero muy hipotético: pienso, en efecto, que so pretexto de edificar la iglesia que es obra quién sabe de cuántos años, y de más dineros que años, trata de estorbar la erección canónica de la tan deseada Cofradía del santo Rosario, en el momento en que todo está ya dispuesto para su establecimiento.

A lo cual contestó, tan prudente como sábiamente, el santo ministro del Señor:

—El consejo de los superiores es la voz de Dios. Los deseos de V. le son ciertamente aceptos; pero ahora debe V. ejecutar los consejos de los superiores.

Dos días despues volvió otra vez á esta parroquia el venerable Prelado, siendo hospedado de nuevo en nuestra casita de campo, que tan gloriosamente honrada se consideraba albergando á tan santo é ilustre personaje, quien asomado á la ventana que miraba hácia la parroquia del Santísimo Salvador, y mostrando con la mano el campo que la rodeaba, dijo en tono profético:

—*Aquel es lugar donde debe edificarse el nuevo templo de Pompeya.*

El venerable Prelado, fué verdaderamente un profeta; pero él no conoció todo el alcance de su vaticinio. Catorce años despues surge en aquel mismo lugar un magnífico templo que, aun antes de terminarse, conquista una celebridad universal. Más; todavía; ese templo, comenzado á construirse con el óbolo de los pobres campesinos, era, quince años despues, puesto bajo la égida del Jefe Supremo de la cristiandad. ¡A tan alta honra se dignó elevarlo el grande y sapientísimo Leon XIII! La condesa de Fusco rehusó, por su parte, el encargo, alegando el

duelo que la afligía por la reciente muerte de un hijo suyo, y los cuidados que la imponía su familia. Pero yo, que tenía puesta mi atencion en el blanco á donde dirigía el génio avieso del mal toda su batería, sin reparar en las consecuencias de la árdua empresa, le digo: Acepta tú ahora la honrosa comision que el Señor Obispo se digna confiarnos, que por lo demás yo me esforzaré á trabajar en la santa empresa por los dos. Dáme tu firma y pónme en relacion con tus conocidos y personas de tu confianza, que todo lo demás corre á cargo de la que es, al decir de los santos Padres, casi la misma Omnipotencia, la Virgen todopoderosa, *Virgo potens*. El sábio Prelado, como hombre muy versado en las cosas de Dios, conocía perfectamente que el carácter propio y distintivo de las obras del cielo, es siempre una tenaz contradiccion y una guerra á muerte que suele declararles el mundo, inspirado por su príncipe y jefe Luzbel, enemigo irreconciliable de todo lo bueno, máxime de la edificacion de templos, en donde los fieles rinden á la soberana majestad de Dios los homenajes de adoracion que el soberbio querría inicuamente para sí; y dirigiéndonos su autorizada palabra, añadió:

En verdad deseais edificar una Iglesia. Pero ¿os sentís dispuestos á sufrir los dicitérios

del mundo, á arrostrar con paciencia que os llamen ladrones, gente de mal vivir, y os arrastren por las calles de Nápoles como si fuerais unos facinerosos é insignes malhechores? Pues si os sentís dispuestos para tanto, yo os prometo que llevaréis felizmente á cabo la obra de Dios, porque Él bendecirá vuestros esfuerzos; pero sin esa disposicion de ánimo, todo será en vano, nada de bueno podreis hacer en efecto.

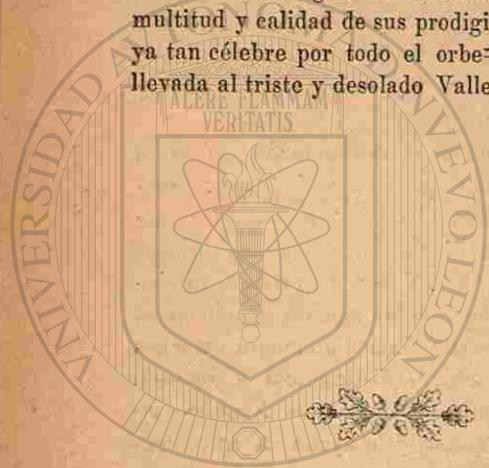
Tan autorizadas y solemnes palabras del Ungido del Señor, del Maestro y Pastor de esta diócesis, todavía pareceme resuenan en nuestros oídos, siendo ellas las que nos reaniman y nos fortalecen en medio de todas las contradicciones de que hemos sido objeto. Y el santo Prelado siempre que venía á ésta, tenía por costumbre repetírnoslas para nuestro consuelo. ¡Así es que, á pesar de todo el infierno y de todas sus máquinas, vemos con indecible contento de nuestros corazones triunfar gloriosamente la obra de Pompeya, como obra que es no de los hombres, sino sólo de Dios. En efecto, lo confesamos altamente, nunca hubiéramos sido capaces de tanta presuncion como la de emprender por nuestra iniciativa, nada menos que la edificacion de un magnífico y grandioso templo en un sitio como este, entónces olvidado y desierto, á no ser por el poderoso impulso que imprimieran

en mí las tan autorizadas palabras del señor Obispo que, présago de la oposicion que había de encontrar la obra, nos disponía para la pugna, y por la celeste y especialísima proteccion que nos ha dispensado la Madre de misericordia, que vela incesantemente por su obra y fortalece y sostiene á nuestra pequeñez y flaqueza.

Apoyado, pues, en la autoridad de tan santo é ilustre Prelado — que en aquella ocasion especialmente parecióme hablaba por superior inspiracion — emprendí sin demora y con brio la ejecucion de la obra. Y por de pronto, valiéndome del nombre y de las muchas relaciones de la condesa, escribí inmediatamente muchas cartas para sus amigas, distinguidas y piadosas señoras de la religiosa ciudad de Nápoles, pidiéndoles su concurso y su ayuda de cinco céntimos mensuales, para la santa obra de edificar un nuevo templo á la majestad y gloria del Dios vivo, en la tierra de los dioses falsos y fermentidos.

Y hé aquí cómo el Señor se vale de los ardidés de Satanás que maquinaba la ruina del hombre, para desplegar en favor de éste las magnificencias de su misericordia, levantando del polvo al pobre y desvalido, y enalteciendo de su abyeccion y oscuridad al mendigo: *Suscitans a terra inopem, et de stercore erigens pauperem*

Pero ya es tiempo de que conozca el devoto lector el hallazgo de la taumaturga imagen de la Santísima Virgen del Rosario, —que por la multitud y calidad de sus prodigios se ha hecho ya tan célebre por todo el orbe— y cómo fué llevada al triste y desolado Valle de Pompeya.



LIBRO TERCERO

LA IMÁGEN PRODIGIOSA.

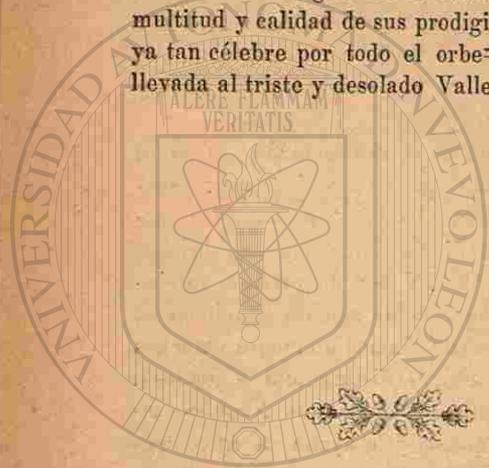
CAPÍTULO I

SU PRIMERA ENTRADA EN EL VALLE DE POMPEYA.

Los tres misioneros —y especialmente don Miguel Gentile, quien tomó á su cargo el predicar sobre el santo Rosario— inculcaren con mucho encarecimiento y ardor á los fieles la saludable y por tantos títulos á la Virgen gratísima práctica de rezar todos los dias el santo Rosario. ®

Al terminar, pues, la santa Mision, ya consideraba yo cumplidos, tan felizmente todos mis ardientes deseos, y daba por ellos las más rendidas gracias al Altísimo.

Pero ya es tiempo de que conozca el devoto lector el hallazgo de la taumaturga imagen de la Santísima Virgen del Rosario, —que por la multitud y calidad de sus prodigios se ha hecho ya tan célebre por todo el orbe— y cómo fué llevada al triste y desolado Valle de Pompeya.



LIBRO TERCERO

LA IMAGEN PRODIGIOSA.

CAPÍTULO I

SU PRIMERA ENTRADA EN EL VALLE DE POMPEYA.

Los tres misioneros —y especialmente don Miguel Gentile, quien tomó á su cargo el predicar sobre el santo Rosario— inculcaren con mucho encarecimiento y ardor á los fieles la saludable y por tantos títulos á la Virgen gratísima práctica de rezar todos los dias el santo Rosario. ®

Al terminar, pues, la santa Mision, ya consideraba yo cumplidos, tan felizmente todos mis ardientes deseos, y daba por ellos las más rendidas gracias al Altísimo.

Y para que el fruto de la santa Misión no fuese fugaz como los fulgores del rayo, sino duradero, permanente como los del astro del día; quiero decir, que para establecer con arraigo la costumbre tan hermosa, tan edificante de rezar en comun el santo Rosario, y para poder lucrar las muchas indulgencias concedidas por la Iglesia á la Cofradía del mismo nombre, me pareció era indispensable exponer á la pública veneración un cuadro cualquiera que representase á nuestra soberana Reina del Místico Rosal, ante el cual pudiese todas las noches reunirse este pueblo á rezar el salterio de su divina Madre y magnificar sus excelsas prerrogativas.

No había en la iglesia otro cuadro que exhibiese á la devota mirada del pueblo el objeto de su religiosa piedad, que el que le dejé al Párroco como recuerdo de la primera fiesta celebrada aquí á la Virgen del Rosario, el cual no servía ya para mi intento, estando ya establecido por la iglesia, como *conditio sine qua non*, como un requisito necesario, al efecto de lucrar las santas indulgencias concedidas á la Cofradía del santo Rosario, que el cuadro que lo representase, fuera de lienzo pintado al óleo. Además era mi mayor anhelo que fuese expuesta la efigie antes que se finalizara la santa misión; deseaba yo que la expusiesen los venerables misioneros,

como recuerdo de la santa misión que con tanto celo y fervor habían predicado, y para que sirviese de memoria al pueblo, como diciéndole que ante aquella efigie debía todas las noches postrarse á rendirle el homenaje de su filial devoción, rezando en comun el santo Rosario, lo que constituía la dichosa meta de todas mis aspiraciones y de mis más vehementes deseos. Fué, de consiguiente, preciso que yo me dirigiese con premura á Nápoles para proveerme, lo más antes posible, de una pintura alusiva á mi objeto. Llegué, pues, á la ciudad el día 14 de Noviembre del tan memorable año de 1875.

Y pensando conmigo mismo dónde pudiera hallar semejante cuadro, recordé que pasando por la calle de Toledo, había visto en las cercanías de la plaza del Espíritu Santo una tienda de imágenes y cuadros, entre los cuales parecíame haber divisado alguno tal como le deseaba. Era el estudio de un pintor que, como por antonomasia, y quizá por ser natural de Foggia, le llamaban «el Foggiano». Determiné, pues, irme á esta tienda; pero después, reflexionando sobre mi inexperiencia en materias de compras y ventas á la usanza de los napolitanos, y por lo tanto temiendo verme muy embarazado, desistí exclamando ¡Oh! si pudiese traer conmigo al Padre Radente! ¡Aquél si que se arreglaría en grande

y como buen napolitano! ¿Pero dónde hallar ahora á mi buen amigo? No ignoraba yo que éste, desde la inícuca expulsion de los RR. Padres Dominicos de su convento de Santo Domingo el Mayor, vivía juntamente con otros dos Padres de su Orden en una casita que habían tomado en alquiler, y tenía por costumbre decir la misa todos los dias en la iglesia del Rosario en la Puerta Mediana.

Está bien, dije yo en mi interior, iré, pues, por la calle de Toledo: si Dios es servido, le hallaré, y sino lo hallo, haré por vencer mis temores y mi pusilanimidad, y compraré yo mismo el cuadro.

Mas la Providencia que suave, pero eficazmente, conducía todo al cumplimiento de sus soberanos designios, dispuso que al llegar á Largo dello Espíritu-Santo, me encontrase con mi venerado Padre y querido amigo.

Quando yo en medio de los azares de mi borrascosa vida véiame tan descaminado y perdido, me envió el cielo á este buen religioso para que fuese mi padre, mi maestro y mi guía. Siquiera por deber de gratitud, diré en otro lugar algo de sus virtudes y cómo llegué á conocerle. Ahora digo tan sólo, que nos unieron en el destierro de esta vida los suaves vínculos del amor y de la amistad en 1865, y veinte años

despues nos separaba la muerte cruel. Diez años antes de esta final separacion para no volvernos á ver sino en la mansion de la eternidad, en 1875, sucedió lo que ahora voy á referir.

Ya tengo dicho que mi propia inexperiencia en materia de compras y ventas, y por ende el temor de verme abochornado, me retraían de hacer la compra del cuadro por mí mismo; pues bien, en este estado de vacilacion, la sincera amistad, la intimidad más bien con que me distinguía el P. Radente, me hizo pensar en él, como más entendido y práctico en el asunto. Así que al encontrarme con él en el sitio antes mencionado, exclamé lleno de alborozo— ¡Oh Padre! qué dicha la mia en encontrarme con V. R. ahora que tan necesaria me es su compañía!

Referíle cuanto aquellos mismos dias estaba pasando en Pompeya, el éxito maravilloso de la santa Mision, la venida del Ilmo. Sr. Obispo de Nola, sus deseos de edificar allí un nuevo templo, mi compromiso de secundar con todas veras tan loable propósito del Señor Obispo, y por de pronto, nuestro proyecto de establecer canónicamente la Cofradía del santo Rosario; y como para esto necesitaba un cuadro alusivo al misterio, había venido á la ciudad con objeto de adquirirlo lo más pronto posible.

—Pues aquí muy cerca tenemos el taller del Foggiano, me dice mi buen amigo; vámonos allá.

Entramos en la tienda y vimos un lienzo que representaba á la Virgen del Rosario, pero sin misterios al rededor, cuyo tamaño sería tal vez de un metro.

—¿Cuánto quiere V. por ese cuadro, le dice el Padre?

—Cuatrocientas liras.

—Es demasiado, le replica el Padre. Quizá yo me hubiese resignado á comprarlo al precio que quería el pintor; mas mi buen amigo, sin insistir más sobre el precio ni contender con su dueño,

—Salgamos, me dice. Y una vez fuera de la tienda, prosiguió diciéndome:

—¿Por qué quiere V. gastar cuatrocientas liras por un cuadro de tan pequeñas dimensiones, cuando trata de costear nada menos que un templo? ¿Sabe V. lo que me ha ocurrido mientras estábamos en el estudio del Foggiano? Mire, yo le regalé á Sor María Concepcion de Litala, en el Conservatorio del Rosario en la Puerta Medina, un cuadro viejo que se lo compré á un anticuario, por una cosa de nada, por una bagatela de tres pesetas y 40 céntimos. Véalo, pues, y si le parece bueno para su objeto, tan deteriorado como está, no tiene más que ir al Conservatorio y pedírselo á ella, que de seguro se lo

dará contenta, porque al fin y á la postre ya será bueno para que los pompeyanos puedan ante él rezar su Rosario.

Fuí en seguida al susodicho Conservatorio, pregunté por Sor María Concepcion de Litala, é hice que la llamaran al locutorio. No se hizo esperar mucho la Madre, que para mi mayor dicha, yo la conocía de mucho tiempo.

—De parte del Rvmo. P. Maestro Radente he venido la dije, á pedirla el viejo cuadro de la Virgen del Rosario que recibió V. del mismo Padre y lo tiene V. en su poder: mire V., Madre, que los habitantes de la Nueva Pompeya dejan de rezar el santo Rosario porque aún no tienen la imágen: es indispensable que la lleve hoy mismo, pues ya me están esperando los PP. Misioneros, quienes antes de dejar á los pompeyanos, quieren exhibírsela por sí mismos, y colocarla en el altar en que ha de recibir la soberana Reina los homenajes de sus devotos siervos.

La fervorosa Terciaria—que es una santa y vive todavía—me contestó:

—Mucho me alegro que el vetusto y polvoriento cuadro sirva para tan solemne ocasion: voy por él.

Pocos minutos despues baja mi santa mujer con su cuadro en las manos ¡Ay! qué impresion tan desagradable me causó así que lo ví! ¡Qué

desilusion para mí que me figuraba otra cosa! Era un lienzo, no solo viejo y deteriorado en extremo, sino que tenía la cara de la imágen tan mal pintada, que en vez de representar á las devotas miradas de los fieles una faz toda llena de gracia, segun aquello del salmo, *Diffusa est gratia in labiis tuis*, toda llena de dulzura, de benignidad y de misericordia, cual hubo de ser la faz de la divina Madre, más bien parecía la de una mujerona vulgar y sin gracia.

—Pero ¡oh cielos! ¿quién ha sido el bárbaro que ha pintoreado ese lienzo? exclamé entre estupefacto y indignado ante aquel cuadro que tan afeada y maltratada me presentaba la imágen de la más bella y hermosa entre todas las mujeres. ¡Cómo es posible que mis pompeyanos se muevan á devocion á vista de un cuadro que bien pudiera llamarse cuadro de la fealdad—decía yo dentro de mi corazon angustiado!

Y como si esta fealdad de la cara fuese poca cosa, para hacer el cuadro aún más repulsivo, faltaba un pedazo de lienzo—como de un palmo—sobre la cabeza de la imágen; veíase, además, su manto resquebrajado y roido por el tiempo, desconchada la pintura, y otros defectos muy visibles por cierto, que le hacían no solo antipático, sino tambien repugnante á la vista.

¡Y no se diga nada de la fealdad de los demás personajes que representaba el desdichado lienzo! El gran Patriarca Santo Domingo de Guzman, más que un santo, parecía un idiota trivial; Santa Rosa de Lima, que estaba á la izquierda del inclito Guzman, con una cara de toscas y vulgarísimas facciones, parecía una rústica aldeana coronada de rosas. Ésta fué despues, por mi encargo, sustituida con Santa Catalina de Sena, por el pintor Sr. D. Federico Maldarelli, preclaro artista, condecorado con una honorífica oncomienda; con esta sustitucion se venera hoy el taumaturgo cuadro.

Hasta el concepto histórico estaba equivocando en este cuadro: la soberana Reina del místico rosal estaba sentada—pero sin la diadema de gloria en la cabeza—en actitud de presentar el místico emblema no ya al glorioso é inclito Guzman—como está comprobado por la historia,—sino á Santa Rosa de Lima: en vez de la Santísima Virgen, es el divino Infante quien le dá el rosario al santo Patriarca.

Estuve vacilante si llevaría ó no el cuadro tan desfigurado como estaba. Me apenaba mucho el pensamiento de que la santa mision estaba para terminarse, y de que les había asegurado á los RR. Misioneros y á mi pueblo de Pompeya, que aquella misma tarde tendrían en su

poder el tan deseado cuadro del Rosario: y nadie ignoraba cómo exprofeso, y con el exclusivo objeto de proveerme de él, había ido á Nápoles, y aguardaban ansiosos mi llegada á Pompeya. ¡Qué conflicto! ¡Qué angustiosa perplejidad! no sabía qué hacerme. Por una parte no podía faltar á mi palabra sopena de pasar por liviano é informal, y por otra, era para mí gran vergüenza presentarme con semejante cuadro. Advirtió la virtuosa Terciaria mis vacilaciones, y en tono de una suave amonestacion me dice:

No piense V. tanto, ni se fije en esos pormenores: llévese V. el cuadro, que siempre será bueno para que se diga delante de él un Ave-María.

Hube de hacer de necesidad virtud, y así—bien que no de grado—consentí en ello. Pero hé me aquí, que deseando evitar un escollo, me encuentro con otro, y apartándome de escila caigo en caribdis. No sabía como llevármelo á Pompeya, por cuanto su tamaño de un metro, y 40 centímetros de largo por uno de ancho, excedía el espacio concedidos en los trenes de viajeros, ni podía demorar en hacerle caja para embalarlo, porque apremiábase el tiempo, pues aquel mismo día era preciso llegase á la parroquia del Valle de Pompeya.

—Ea: lléveselo V.—decía é insistía importunándome santamente la devota terciaria—¿Qué

importa que para eso tenga V. que estar en pié en el vagon? Llévese V. la imágen.

Pero para satisfacer los ruegos de la fervorosa Madre, hubiera sido preciso resignarme no solo á ir en pié todo el trayecto en el tren, sino tambien, lo que me era muy bochornoso, irme en la 4.ª clase, entre los trastos viejos, lo cual me se hacía un poco cuesta arriba. Llega en esto á la portería la señora Condesa de Fusco, y la santa terciaria, como si hablase inspirada, dícele con un acento de gran firmeza:

—Señora, en este mismo momento ha de llevar V. consigo este cuadro.

La señora, viendo á la fervorosa Madre tan empeñada en que se llevase el tan desagradable lienzo, por contentarla, hizo lo envolviesen en una sábana, y así envuelto nos lo llevamos á nuestra casa sita á la sazón en la «vía Salvator Rosa», n.º 290.

Y estando pensativo de qué medio valerme para que pudiese llegar aquella misma tarde á su destino, acordéme afortunadamente del entonces único carromatero de Nápoles á Pompeya, el jóven Angel Tortora, que ese día debía salir para el Valle de Pompeya. Limpiaba este jóven las cuadras de los señores de Nápoles, y vendía el estiércol para abonar los campos.

Le mandé un recado para que viniera á verme. Había ya cargado su carro y disponíase para marchar á Pompeya. Luego que recibió mi recado, vino á toda prisa á mi casa.

Angel—le dije—me harás el favor de llevar hoy mismo á la parroquia de Pompeya este cuadro: tan pronto como llegues, se lo entregarás á los PP. Misioneros.

Fué este jóven uno de los que más me ayudaron en mis primeros trabajos. Era uno de los más ricos capataces de los colonos del Valle, jóven de elevada y gallarda estatura, de vigorosa complexion y bien desarrollados miembros, y dotado de robusta y sonora voz, por lo que me valía de él para sortear la lotería, cumpliendo él por su parte á las mil maravillas mi encargo. Me acompañaba tambien en mis excursiones por estos campos y valles, cuando de vivienda en vivienda iba recaudando los géneros antes mencionados, con motivo de mis rifas y loterías. Como estaba, pues, acostumbrado á secundar mis deseos, no se hizo repetir dos veces mi orden. Acudió, pues, al instante á mi aviso, y dispuesto siempre á complacerme:

—Está bien, me responde: toma su cuadro, lo coloca sobre su carro, y ¡andando! para el Valle de Pompeya. Mientras el cuadro iba sobre el

carro de mi laborioso Angel Tortora por la carretera provincial, yo me dirigía á la estacion del ferro-carril para tomar el tren y cogerles la delantera.

Llegado á Pompeya, cuando ví que la imágen venía puesta sobre el monton de basura, no puede figurarse el lector la tristeza y la aficcion que se apoderaron de mí. Nuestro buen hombre, con tal de servirnos, no reparó en la indecencia del sitio en que pusiera la imágen de la excelsa Reina del Empíreo. Muy satisfecho nuestro Tortora de la buena obra que acababa de hacer, á pesar de la manera inconveniente con que la ejecutara —de la que no se hizo cargo—, cuando le llamé para compensarle su trabajo, dióse por bien pagado con solo el haber traído la pintura, diciéndome: *me basta el haber conducido la imágen de nuestra Señora.*

¡Pobrecito! Nunca hubiera podido creer que su nombre un dia había de verse estampado en una historia que durará cuanto el santuario de nuestra Señora de Pompeya.

La Madre de misericordia le habrá remunerado largamente lo que trabajara para su templo. ¡Oh! ¡Y quién creyera que aquel polvoriento, y pintorreado lienzo, comprado en la calle por el vil precio de tres liras, que hace ahora su primera entrada en la Nueva Pompeya, no

ya sobre una carroza triunfal, ni siquiera en un coche, sino en un carro de... estiércol, había de ser, en los altísimos y adorables designios de Dios un medio eficaz de salvacion para innumerables pecadores! ¡Que un objeto de suyo tan vulgar, tan despreciable, había de llegar á ser tan precioso y á verse esmaltado de los más fulgentes y hermosos brillantes y como tachonado de las más exquisitas y preciadas joyas, colocado sobre un riquísimo trono levantado en un grandioso y magnífico templo por la piedad y filial devocion de los creyentes, edificado exclusivamente para él! ¡Quién jamás hubiera podido pensar que aquella vieja y roida tela había de atraer á postrarse ante su altar no ya tan solo á los pobres labriegos de este valle, sino á innumerables muchedumbres de devotos fieles de las más remotas y apartadas regiones del globo que, sin que les arredren las dificultades de tan largo viaje, vienen acá en devotas peregrinaciones, transformando este hasta hace muy poco oscurísimo valle en centro de religion, de civilizacion y de gloria, y que se había de merecer el amor, el cariño del mismo Vicario de Jesu-Cristo, hasta el punto de dignarse acoger su santuario bajo la égida de la tierra pontificia!

¡Oh! si hubiésemos podido penetrar las arcanas disposiciones del cielo sobre ese oscuro

lienzo! ¡Oh! si hubiesen podido conocer el porvenir que le estaba reservado á tan despreciada pintura los que hoy acuden llenos de fé y de la más acendrada piedad á su santuario desde los cuatro puntos cardinales de ambos mundos, desde el imperio celeste hasta Madrid, y desde el Norte de América hasta los infelices descendientes de Cam á tributar á su divina Madre, á su dulce Esperanza, al par que el óbolo de su piedad filial, los más rendidos homenajes de su tierna devocion! ¡Oh! Si hubiésemos podido, repito, leer en el gran libro de los soberanos designios de Dios la gloria que le estaba reservada al tal cuadro, ciertamente que no hubiera hecho su entrada en este pueblo, que había de ser su córte, sobre un carro de inmundicias, sino que le hubiésemos traído como en palmas, entre los más entusiastas vítores é himnos de alabanza, entre los más festivos y alegres hosannas, y entre cánticos de júbilo y de bendiciones, que lenguas mil habrían entonado para glorificar á la bendita entre las hijas de Eva, á la más excelsa y santa criatura del Empíreo, á la Corredentora del género humano, á la Reparadora de la culpa de Eva, á la benditísima y soberana Madre de Dios, repitiendo, con indecible contento de sus corazones y con júbilo indefinible de sus almas: *Bendita por todos los siglos la que llena*

de misericordia viene á visitar á sus hijos: Bendita la que en su infinita misericordia el piadoso Dios nos envía.

CAPÍTULO II.

LA PRIMERA REPARACION DEL CUADRO.

Apenas hubo llegado mi buen carromatero á Pompeya, depositó en la Iglesia parroquial el tan suspirado lienzo, entregándoselo á uno de los RR. Misioneros. Nadie de cuantos entónces lo vieron, pudo reprimir una sonrisita de estupor y de extrañeza que la vista de aquel cuadro, que yo les remitía para ser expuesto á la veneracion de los pompeyanos, produjera en sus lábios. Todos contestes resolvieron que de ningun modo podía presentarse al público tal figura; por aquella tarde, por consiguiente, hube de resignarme á ver el fruto de todos mis cuidados y trabajos relegado á un oscuro rincon del templo, detrás del altar mayor.

Al dia siguiente por la mañana, nos reunimos en consejo en la misma iglesia, para deliberar sobre el asunto. Era del todo indispensable retocar el lienzo: pero ni había tiempo disponible

para confiar el trabajo á artista alguno de Nápoles, ni la vieja tela podía parecerlos acreedora al menor sacrificio pecuniario.

En este estado nuestro asunto —que á la sazón nos parecía importante— como de improviso se dejó oír la autorizada voz del anciano párroco —q. D. h.— que dijo: —yo conozco á un pintor que actualmente se dedica á copiar los frescos del anfiteatro. Es mi penitente, buen cristiano, un hombre de bien, y se llama Guillermo Galella. Tal vez no exigirá nada ó muy poca cosa cuando sepa su procedencia y el objeto á que se le destina: llamémosle, pues, en seguida.

Solicito acudió á nuestro aviso el Sr. Galella, y así que se hizo cargo del lastimoso estado del cuadro, pidió tiempo para efectuar las reparaciones que imperiosamente reclamaba: tratábase de dar nuevo colorido en diversos puntos desconchados, y despues barnizarlo todo.

—Este cuadro— le dije— nos ha sido regalado con el piadoso objeto de introducir entre estos pobres labriegos la devocion del santo Rosario. No hay aquí quien pueda atender á los gastos de un verdadero retoque, no hay una Cofradía, ni la parroquia está en condiciones para ello: haré yo mismo gustoso este sacrificio pecuniario; pero mire que todo él no vale más que

la miseria de ocho carlinos: si V. me lo pone en estado de poder exponerlo á la veneracion y culto público, yo me obligo á darle á V. treinta — es decir, doce liras y 75 céntimos. —

Mi buen pintor debió quedar satisfecho con esta mi oferta, porque sin más, me tomó el vetusto cuadro, y se lo llevó á su estudio.

Con brillantísimo éxito había ya terminado la santa misión, y los apostólicos varones habían regresado ya á sus respectivas casas, muy satisfechos y muy gozosos de la abundante mies que habían segado en el campo del gran Padre de familia. Pasan dias y más dias, pasa una semana y otra, y nuestra pintura no se vé por ninguna parte. Gracias que estos sencillos campesinos, enfervorizados por la santa mision, y dóciles á la voz de los venerables misioneros, continuaban reuniéndose todos los dias, al anochecer, en su pobre parroquia á rezar el santo Rosario, ante la devota imagen litografiada de nuestra Señora, expuesta allí á su filial piedad desde la segunda fiesta celebrada en 1874 en honra suya. No podía, pues, desperdiciar tan propicia ocasion para llevar á cabo mi acariciada idea y dar feliz remate á mis mayores y más ardientes anhelos, esto es, para erigir canónicamente

la tan ansiada Cofradía del santo Rosario. En los corazones de todos latía fuerte el amor hácia nuestra soberana Reina; era el fruto de la fervorosa predicacion de los enviados del Señor. El ardor divino, el devoto entusiasmo, comunicados por la palabra divina á estos bien dispuestos corazones, manteníanse aún en toda su intensidad; era, pues, de aprovechar para mi intento tanta bella ocasion y tan buenas disposiciones, antes que comenzaran á entibiarse. Apresuráme, por lo tanto, á hacer las oportunas diligencias para el establecimiento de la susodicha Hermandad y para que, tan pronto como llegase el cuadro, pudiesen los inscriptos disfrutar de todas las indulgencias y demás bienes espirituales otorgados por la Iglesia á los cofrades del santo Rosario.

Para que la Cofradía del Rosario pueda usufructuar las indulgencias, privilegios y demás bienes espirituales concedidos á la sagrada Orden de RR. PP. Dominicos, hácese indispensable que el Rmo. P. General de la misma otorgue y expida el diploma de ereccion, designe al Rector de la Cofradía, y que el Ordinario apruebe la ereccion de ésta y la nómina de aquél.

Como yo, por un efecto de mi particular veneracion hácia el inclito Patriarca Santo Domingo, estuviese agregado á su Tercera Orden de

Penitencia, y no perdía ninguna coyuntura ú ocasion favorable para que el cándido y santo hábito del insigne fundador español fuese tambien venerado y amado por otros, hubiera querido con todo mi corazon que mi estimadísimo amigo y venerado padre de mi alma, el Rmo. P. Maestro Radente, hubiese sido Rector de la Cofradía que tratábamos de establecer.

Habléle en este sentido cuando de nuevo volví á Nápoles. —No puedo aceptar ese cargo— me respondió con su habitual afabilidad mi buen amigo—; porque, si bien una arbitraria é inicua ley —que nada tiene de ley, siendo en realidad la prepotencia del más fuerte— haya de hecho suprimido las Comunidades religiosas, vivo, sin embargo, en comunidad con otros Padres de la provincia de Nápoles, y perteneciendo yo á ésta, no quiero de ninguna manera perder la filiacion del Convento de Santo Domingo el Grande, y había de renunciar á esta filiacion para poder aceptar el rectorado de la Cofradía de Pompeya que pertenece á otra provincia eclesiástica. Así, pues, no será poco —y yo me daré por muy satisfecho de ello— que V. consiga del Ilmo. Sr. Obispo de Nola la licencia para que pueda ir á Pompeya á confesar á V. y á los devotos fieles de esa: y de este modo llegaré fructuosamente ahí siempre que V. tenga á bien llamarme.

No pude replicar á tan decisiva respuesta. Él mismo escribió á Roma al Rmo. P. General, pidiéndole el diploma para eregir canónicamente la *Cofradía del santísimo Rosario en el Valle de Pompeya*, y proponíale para su director espiritual al respetable sacerdote natural de esta misma tierra y muy querido de todos, D. Genaro Federico.

Nada sucede en este mundo por pura casualidad, por que eso del *acaso* es una expresion del que blasfema, sino que todo está dispuesto por la altísima Providencia de Dios, que todo lo endereza al cumplimiento de sus arcanos designios; y de consiguiente —como dice el príncipe de los poetas— «todo lo que acaece está encaminado á su particular y determinado fin: *disposto cade a proveduto fine.*»

En este futuro Rector de la Cofradía del santísimo Rosario, habrá ya reconocido el atento lector á aquel mismo sacerdote con quien, por especial providencia del cielo, me encontré debajo de aquellas largas y lozanas hileras de chopos que guarnecen el Arno, el mismo dia que, por vez primera, pisaba este suelo. El Vicario General de los PP. Dominicos— que á la sazón era el P. M. Fr. José María Sanvito— acogió, con mucha satisfaccion suya, la solicitud que el P. Radente le enviara, y expidió sin demora la

bula de ereccion con fecha 12 de Diciembre de 1875, remitiéndosela al que éste le había designado para Rector, al ya mencionado presbítero Fr. Federico.

Este á su vez presentó el tan deseado diploma, que acababa de recibir de Roma, en la curia de Nola para que lo ratificara, poniendo su sello el Ilmo. Monseñor: y así, mientras se cumplían estas formalidades, pasó todo el mes de Diciembre.

CAPÍTULO III.

EL AÑO 1876.

§ I.—El Óbolo de la viuda del Evangelio.

Llega ya el faustísimo y memorable año de 1876, fecha gloriosa, de cara y perdurable memoria en los anales de este santuario, como que con ella amanecía para éste una nueva era de misericordia y de miseraciones divinas que habían de transformar este valle de desolacion y de muerte, en tierra de promision y en un campo bendecido por el mismo Dios..... *cui benedicit Dominus.*

El astro del dia radiante como en los más hermosos dias de primavera, el cielo engalanado

con un azul encantador, con ambiente templado por las apacibles corrientes que al pasar por el perímetro vesuviano pierden, aún en el corazon del invierno, su algidez, todo contribuía á hacer más espléndido y más memorable todavía el primer dia de aquel inolvidable año, haciéndonos pasar —por lo apacible de la temperatura de ese magnífico dia— la fiesta de la Circuncision por la Páscoa florida.

El Ilmo. Monseñor de Nola nos había dado los importantes consejos: el primero, no poner manos á la obra antes de contar con un presupuesto que bastase, por lo menos, para hacer frente á los primeros gastos que nos había de ocasionar una obra de esa naturaleza; y el otro, que la cuota con que los vecinos habían de contribuir á la edificacion de la Iglesia no excediese de cinco céntimos mensuales por cada persona.

—Diez céntimos— decía el ilustre Prelado— al fin del año concluyen por cansar á la gente, mas la oferta de solos cinco céntimos á nadie puede molestar.

Tenía tambien otro nobilísimo fin esta tan insignificante oferta, y era el de acostumbrar á estos rústicos á la piadosa y santa práctica de la cristiana caridad, y hacerlos á la vez acreedores al grandísimo mérito de la edificacion

bula de ereccion con fecha 12 de Diciembre de 1875, remitiéndosela al que éste le había designado para Rector, al ya mencionado presbítero Fr. Federico.

Este á su vez presentó el tan deseado diploma, que acababa de recibir de Roma, en la curia de Nola para que lo ratificara, poniendo su sello el Ilmo. Monseñor: y así, mientras se cumplían estas formalidades, pasó todo el mes de Diciembre.

CAPÍTULO III.

EL AÑO 1876.

§ I.—El Óbolo de la viuda del Evangelio.

Llega ya el faustísimo y memorable año de 1876, fecha gloriosa, de cara y perdurable memoria en los anales de este santuario, como que con ella amanecía para éste una nueva era de misericordia y de miseraciones divinas que habían de transformar este valle de desolacion y de muerte, en tierra de promision y en un campo bendecido por el mismo Dios..... *cui benedicit Dominus.*

El astro del dia radiante como en los más hermosos dias de primavera, el cielo engalanado

con un azul encantador, con ambiente templado por las apacibles corrientes que al pasar por el perímetro vesuviano pierden, aún en el corazon del invierno, su algidez, todo contribuía á hacer más espléndido y más memorable todavía el primer dia de aquel inolvidable año, haciéndonos pasar —por lo apacible de la temperatura de ese magnífico dia— la fiesta de la Circuncision por la Páscoa florida.

El Ilmo. Monseñor de Nola nos había dado los importantes consejos: el primero, no poner manos á la obra antes de contar con un presupuesto que bastase, por lo menos, para hacer frente á los primeros gastos que nos había de ocasionar una obra de esa naturaleza; y el otro, que la cuota con que los vecinos habían de contribuir á la edificacion de la Iglesia no excediese de cinco céntimos mensuales por cada persona.

—Diez céntimos— decía el ilustre Prelado— al fin del año concluyen por cansar á la gente, mas la oferta de solos cinco céntimos á nadie puede molestar.

Tenía tambien otro nobilísimo fin esta tan insignificante oferta, y era el de acostumbrar á estos rústicos á la piadosa y santa práctica de la cristiana caridad, y hacerlos á la vez acreedores al grandísimo mérito de la edificacion

de un nuevo local destinado para tributar en él á la altísima Majestad de Dios los homenajes de su adoracion, con grande aprovechamiento de sus almas y con no menores ventajas en el órden moral y social.

Debía, pues, de nuevo comenzar á girar por todos estos campos, é irme de casa en casa y de cabaña en cabaña á recandar la módica cuota de cinco céntimos, pero no ya — como antes — para promover una fiesta popular, sino con el nobilísimo objeto de edificar una iglesia, un templo al Señor de la majestad, y una casa de oracion para los hombres. En compañía, pues, de mi primer amigo y cooperador en Pompeya, D. Genaro Federico, salí en ese hermosísimo dia, principio del mencionado año de 76, y principio tambien de una nueva y gloriosísima era para esta tierra, á recoger el óbolo de los pobres campesinos, fruto del sudor de los pobres esclavos de la gleba.

Siente hoy mi alma indecible contento al leer los nombres de los primeros contribuyentes, que tengo inscritos en una libreta que conservo con cuidado, por ser la que me recuerda las primicias consagradas á nuestra celestial y queridísima Madre.

Fueron trescientos los que se suscribieron entre los habitantes de Pompeya: y la pingüe

cosecha con que nos brindó aquel memorable año, fueron quince liras.

Pero entónces me parecieron esas quince liras una gran cosa, y un principio tan próspero que no debía despreciarse. Acordéme del óbolo de la viuda del Evangelio, y de las solemnes y encomiásticas palabras de Jesu-Cristo, que nos refiere el Evangelista San Márcos: «En verdad os digo, que esta pobre viuda ha dado más que todos:» *Amen dico vobis, quoniam vidua hae pauper plus omnibus miset qui miserit in gazophylacium (1).*

Aquellas quince liras equivalían á los millones de los ricos; fueron la primera semilla que muy en breve había de producir una abundante cosecha. Los pobres fueron los primeros que contribuyeron para la edificacion de una iglesia, que luego había de trasformarse en un santuario de fama universal: y los pobres de todas nacionalidades han proseguido despues el hermoso ejemplo de los primeros. Sí; el óbolo del pobre, que atrae poderosamente copiosas bendiciones del cielo, ha contribuido eficazmente á la suntuosidad, magnificencia, esplendor y riqueza de este santo templo del Señor de la majestad.

(1) Marcus, cap. XII, v. 43.

Así estaba dispuesto en los altísimos é inescrutables designios de Dios. En otros tiempos eran los reyes, eran los Papas, eran los príncipes y los poderosos de la tierra, los que emprendían las obras colosales de nuevos templos grandiosos y de nuevas y ventajosas instituciones religioso-sociales.

Háso cambiado en Pompeya este orden de cosas. Aquí se levantará majestuoso un templo monumental, cuya fama de santidad volará en alas del vapor por todos los ámbitos del mundo, y su gloria llamando poderosamente la atención de los creyentes, los atraerá numerosos en torno de su sagrado recinto; pero su primera piedra, su piedra angular, fué el precio del sudor que bañara la adusta y arrugada frente del indigente y laborioso agricultor, y su incremento y su desarrollo no dependerán, por supuesto, ni de las rentas fijas, ni de las subvenciones de los potentados de la tierra, ni de la protección y amparo de los magnates ni de los Cresos de este mundo; no; pues serán el fruto de la caridad de los fieles; la caridad de los devotos de la gran Madre de Dios, que es inagotable en sus recursos, labrará toda la magnificencia y suntuosidad de esta casa del Dios vivo. ¿Y su porvenir?... ¡Ah! Su porvenir descansa seguro sobre los innumerables beneficios que la Madre de misericordia

dispensa á los que con filial confianza acuden á su valioso patrocinio; está bien afianzado en las lágrimas que la soberana Consoladora de los afligidos enjuga á los mortales; en los trabajos de que, siempre misericordiosa, los alivia; en las aficciones y penas que mitiga; en el dulce y celestial bálsamo que vierte, bondadosa y compasiva siempre, la divina Madre de los desterrados hijos de Eva, sobre las muchas heridas de la mísera humanidad.

§. II.—Las primicias de la ciudad de Nápoles.

Bien comprendía yo que con las ofertas de los pobres y menesterosos labriegos de Pompeya, nunca podría llegar no digo á edificar una iglesia, cualquiera que fuese, pero ni siquiera á construir los cimientos. Hube, pues, de acudir á algun otro expediente de mayores resultados.

Pensé en las muchas y valiosas relaciones y amistades que teníamos en Nápoles la Condesa de Fusco y yo. La Condesa encaminó sus primeros pasos al populoso barrio denominado *Largo Petrone alla Salute*, donde la culta y piadosa señorita Volpicelli había establecido una pía asociación de señoras para proveer á las necesidades de las iglesias pobres. Fué la Sra. D.^a María

Irbicella á quien cupo la suerte de ser la primera celadora de esta obra. Por un efecto de su profunda humildad, trató en un principio de evadir este compromiso, so pretexto de no poder corresponder como requería la grandeza del proyecto, por las múltiples atenciones que continuamente le robaban todo el tiempo disponible, aún cuando tuviese mucho más, como madre que era de una numerosa familia, y también porque eran ya las obras de beneficencia nacidas al calor de la privada caridad que se alimentaban siempre con las limosnas de un mismo determinado número de caritativas personas, que por muy buena é ilimitada que fuese su voluntad de atender á esta otra, lo harían poco menos que imposible sus limitados recursos. Pero la Madre de misericordia, que para la grandiosa obra de su hermoso santuario de Pompeya quería servirse de los instrumentos que el falaz criterio del mundo juzga ménos aptos, comunicó tan maravillosa eficacia y tantos atractivos á las diligencias y á las palabras de la piadosa señora, que muy en breve tuvo el gran consuelo de ver suscritos centenares de familias á la benemérita obra en proyecto de una nueva iglesia en el Valle de la nueva Pompeya. Entónces la fervorosa señora antes citada, viéndose convertida en centro—por decirlo así—de todos los devotos

oferentes, hubo de elegir otras celadoras para que la ayudasen á coleccionar las ofertas de los asociados, y á promover más y más una obra que, á juzgar por los principios, presagiaba un brillante éxito.

Por supuesto que entre las primeras asociadas á la obra, se contaba también la antes mencionada señorita Volpicelli, con otras celadoras del Corazón adorabilísimo de Jesús, entre las cuales distinguiéronse muy especialmente dos que más parecían ángeles en carne humana que mujeres, que ahora —juzgando piadosamente—tendrán la incomparable dicha de «seguir al Cordero á donde quiera que vaya», según la frase de la Sagrada Escritura: *Hi sequuntur Agnum quocumque ierit* (1). Su memoria estará con indelebles caracteres esculpida en nuestros agradecidos corazones, y será bendecida por cuantos tuvieron la suerte de conocerlas.

Fué la primera la eximia princesa Doña Margarita de Santobono, madre—puede decirse—de la Orden Tercera de Santo Domingo en nuestros días, señora de una piedad eminente y de una caridad heroica, que nos amaba á la Condesa de Fusco y á mí con un amor verdaderamente fraternal. Era la otra la señorita Ernestita Freda,

(1) Apocalyp ps. cap. XIV, v. 4.

jóven de ejemplarísima conducta, á quien á tiempo escogió la soberana Reina del Rosario para que fuese la compañera constante de la Condesa en la enojosa tarea de colectora del óbolo de los asociados.

La cuota era reducidísima en extremo, y su misma pequeñez daba ocasion á no pocas personas para considerar como una verdadera utopia el proyecto de erigir una iglesia en Pompeya. Y de aquí, sin duda, tomaban la libertad de dirigir á nuestras colectoras frases que zaherían sus más delicadas fibras, dichos punzantes que las cubrían de confusion, y otras mil faltas de consideracion y de respeto que pusieron de realce las grandes virtudes que adornaban á nuestra angelical señorita Freda que, por espacio de cinco años que acompañó á la Condesa en el pesado y odioso cargo de colectora, apuró toda la hez de las befas y de las sarcásticas expresiones de unos, y de las torvas y ceñudas miradas de otros, con una inalterable paz de su alma y con una paciencia tal, que tenían mucho de heróico.

Era la virtuosa señorita el tipo verdadero de la mujer fuerte de que habla Salomon (1): incansable, superior á la fatiga y de una constancia inquebrantable, ni su poca salud, ni la debilidad

(1) De parab. cap. XXXI.

de su cuerpo, ni sus frecuentes ataques, fueron parte para que dejara de ocuparse con verdadero ahinco en todo lo que concernía á la gloria de Dios y á los intereses de esta Obra.

Tan pronto como tuve la dicha de conocer á esta celosísima alma, se la presenté al R. P. M. Radente, quien la inscribió en la Orden Tercera, de la cual fué, al par que precioso ornamento, fervorosísima alumna, que terminó felicísimamente su carrera mortal trabajando incesantemente en pró de los intereses religiosos en la iglesia de los RR. PP. Dominicos de Vomero, la cual había escogido nuestra fervorosa Terciaria para centro de su actividad y teatro de su incansable celo.

El nombre de tan benemérita Terciaria, que en medio de un mundo tan egoísta y tan sensual como el nuestro llegó á ser hermoso dechado de virtudes cristianas, brillando en ella con especial fulgor la caridad y la modestia, quedará grabado y se recordará con reconocimiento, no solo en los fastos de la iglesia de *Santa María la Libera sul Vomero*, sino tambien en la historia del Santuario de Pompeya.

Yo tambien, inspirándome en los grandes ejemplos de celo y de religiosa piedad que daban las mencionadas señoras, y deseando tener parte en la venturosa suerte que las cupiera de

trabajar y padecer por la gloria de nuestra celestial y misericordiosísima Madre, comencé á mi vez á solicitar suscripciones. La primera casa á cuya puerta llamé, fué la de la baronesa di Castro de Rosa. Suscribióse ésta á nombre tambien de todos los de su familia, sirviéndose despues con feliz acuerdo presentarme á los virtuosos señores Ricuardi y su muy cristiana familia, que vivían en frente. Acogió favorablemente y con tan grande entusiasmo la fervorosa y santa viuda Concepcion Galluccio—que ya goza en el cielo de la corona inmarcesible de sus muchas virtudes—el proyecto de levantar en el desierto y desventurado valle de Pompeya el glorioso estandarte del Rosario, que luego comunicó tan feliz nueva á sus numerosos conocidos, amigos y parientes, y á sus hermanos, Padres de la ínclita Compañía de Jesus. No tardaron en asociarse á tan buena obra las familias de los Sres. Pandolfelli, y los muchos amigos que frecuentaban su casa.

Me dirigí tambien á las muy ilustres familias del Sr. Marqués D. Francisco Imperiali, tipo de la verdadera beneficencia y nobleza cristianas, y de la piadosa señora Marquesa de Lacio, D.^a Irene Imperiali, que tanto enaltecen con el esplendor de sus virtudes á la aristocracia napolitana, y que á mí me distinguían con

especial y generoso cariño. Todas las personas de sus respectivas familias tuvieron á grande honra concurrir á tan loable y religioso objeto.

§ III.— Se bendice de nuevo el cuadro,
y se establece canónicamente
la Cofradia del Rosario.

Hácia los últimos dias de Enero de 1876 fué cuando por fin nuestro pintor Galella vino á entregarme el tan asendereado cuadro. ¡Pobrecito! no llegaba á más toda su habilidad artística. No había hecho sino rellenar de materia colorada las rasgaduras del lienzo, dándole luego una mano de barniz para que pareciese nuevo y flamante á guisa de una pintura acabada de salir del estudio de su autor. Pero aquella tintura no borraba las líneas irregulares del rostro de la más bella de las criaturas. Era la misma la cara de la Virgen sin mancilla, fea y disgustosa, pues no se atrevió—quizá por reverencia—á poner en ella sus manos, como tampoco en su cabeza, que la dejó como se hallaba ántes, sin la aurela de gloria y sin el espacio de tela que pide el arte, para que la cabeza de la efigie no toque en el cerco que guarnece el cuadro. Lo propio se diga de la otra figura del lienzo, que representaba á la primera santa del nuevo mundo, santa Rosa de

Lima: es decir, en la intencion del autor debía representar la hermosísima flor de Lima, pero en realidad no representaba sino á una vulgar y rústica campesina coronada de rosas, pudiéndose muy bien aplicar al pintor la tan conocida metáfora de Horacio: *Amphora cœpit institui; currente rota, cur urceus exit?* (1)

Quería pintar la fragante rosa de santidad peruana, y en su lugar salió de sus manos una rústica aldeana. Su hábito blanco sin pliegues y sin la conveniente distribucion de luz y de sombras, parecía más bien una tabla pesada, que cayendo sobre el pecho de la Santa, la inclinaba hácia atrás.

Notables, por cierto, eran estos defectos de arte que afeaban el cuadro, mas, á pesar de ellos, al ménos así como estaba restaurado, podía exponerse á la pública veneracion sin riesgo de impedirnoslo la Santa Visita.

Recibido, pues, el cuadro con cierta relativa satisfaccion, dirigiéndome con cierto gracejo al pintor, preguntéle cuánto quería por su trabajo.

—Sesenta liras— me contestó.

—¿Cómo? ¡sesenta liras! Si todo el cuadro no nos ha costado mas que tres, ¿cómo, pues, puede V. pedirnos sesenta?

(1) Horatii Epist. ad Pis.

—He dicho sesenta liras, y no admito réplica ninguna, porque mi trabajo vale mucho más, siendo así que solo en colores y barniz habré gastado más de sesenta liras.

—Si es así—le contesté—tome V. el cuadro, que yo no lo quiero á ese precio. Volverá á ocupar su puesto, hasta que no esté construida la nueva iglesia, la primera imágen que ha recibido aquí las primicias de un culto que, con el trascurso del tiempo, ha tomado tan maravilloso incremento.

Pero el pintor, que era verdaderamente un buen cristiano, como se informara mejor del destino del cuadro y del empeño y de los esfuerzos de los pobres aldeanos para edificar su nueva iglesia, no solamente desistió de exigirme sesenta liras, sino que de las trece que le ofreciera cuando se encargó de restaurarlo, se contentó con solas diez, diciéndome al devolverme las otras tres:

—Quiero ser el primero en contribuir para la edificacion del nuevo templo.

Y aquellas tres liras del pobre Galella fueron efectivamente las primicias del arte que á su vez había de glorificar con sus ricas labores el Santuario de Pompeya. ¡Oh! Si nuestro buen pintor hubiese podido darse cuenta de la dicha que le cabía en ser él el primero que habría la lista de

artistas italianos que con su gratuito trabajo en este Santuario eternizan sus nombres en la tierra y en los cielos! ¡Qué contento el que ciertamente hubiera experimentado considerándose el destinado por la Providencia para la primera restauracion de una imágen que, poco despues, había de recibir el culto y la veneracion de tantas y tan diversas naciones!

Era el mes de Febrero: el cuadro ya estaba pronto; el diploma de ereccion de la tan anhelada Cofradía, con el visto bueno del diocesano, ya se nos había remitido; no faltaba, pues, más que bendecir la imágen y establecer canónicamente la Cofradía del santo Rosario, dedicándole un altar para colocar en él la efigie de la Virgen del mismo título, haciendo de este modo valederas las indulgencias otorgadas por la santa Sede á las Cofradías de este nombre. Pero aun para esto surgieron nuevas dificultades.

No había sino dos altares en la pequeña iglesia parroquial: el altar mayor, recientemente construido de mármol por la ántes mencionada Pía Union de Señoras, que estaba dedicado al S. S. Salvador y servía para el Reservado, y el otro costeadado por los pobres labriegos, que estaba dedicado al gran Patriarca de Asís, San Francisco.

Despues de conferenciar con los señores sacerdotes y el anciano cura párroco detenidamente, se acordó acudir al Ilmo. Señor Obispo de Nola, suplicándole muy encarecidamente nos autorizase para sustituir la imágen del Serafin llagado de Asís con la de la Sma. Virgen del Rosario, siquiera hasta que se construyese la primera capilla del nuevo santuario de la Majestad divina.

El acuerdo tomado, fué del agrado de los parroquianos; y se notificó á toda la vecindad del Valle, por medio del pregon, que el Domingo segundo de Febrero—que coincidía aquel año con el día 13 del mes—se reuniesen todos en la iglesia parroquial para establecer á voz del pueblo—como era costumbre— *La Compañía* del Santísimo Rosario.

Elegí precisamente ese día, por ser el de la fiesta de una ilustre y gloriosa vírgen de la Tercera Orden del inclito Guzman, Sta. Catalina de Ricci, y siendo yo Terciario, aprovechaba cualquiera ocasion para promover la devocion á esta venerable Orden de Penitencia. ®

Llegado el día señalado, todos se reunieron en la parroquia. Obtuve graciosamente del Señor Obispo, que el muy Rdo. P. M. Radente bendijese el cuadro. Verificado este acto, leyó el mismo Padre, en medio de las más entusiastas

aclamaciones de la muchedumbre, el diploma ó bula de ereccion, expedido por el Rmo. P. M. General de la Orden, por el cual nombraba Rector de la nueva Hermandad al R. D. Jenaro Federico, y admitía á la nueva *Sociedad del Smo. Rosario del Valle de Pompeya* á la comunión y participación de todas las indulgencias, privilegios y buenas obras de las tres Ordenes de santo Domingo.

Acto continuo agregó á la Tercera Orden al Párroco, al nuevo Rector y otras once personas del lugar, quedando con esto definitivamente erigida y establecida canónicamente la por tanto tiempo y tan ardientemente deseada Cofradía del santo Rosario. En ese faustísimo día premió sobreabundantemente la soberana Madre de misericordia todos mis trabajos, todos mis desvelos y todos mis cuidados, inundando mi corazón con el mayor de todos los contenidos, con hacerme presenciar la fundación y el establecimiento de la Cofradía del santo Rosario, corona de mis más ardientes deseos, é institución que le es tan cara á la soberana Reina del Empíreo, quedando con ella implantados los benéficos ramos de la venerable Orden del gran Patriarca Santo Domingo de Guzman, que es la mística escalera de santos para subir á la bienaventurada pátria celestial.

¡Oh! ¡Y qué contento, qué satisfecho volvería á Nápoles mi querido y suave Director de mi alma á referir, con su acostumbrada gracia, á sus hermanos de religion su grande é inesperada aventura, cómo aquel viejo y polvoriento cuadro que había comprado por tres liras, había servido nada menos que para inaugurar en Pompeya la pía Asociación ó Compañía del Smo. Rosario.

Tan humildes principios tuvo la Confraternidad del Smo. Rosario de Pompeya, y sin embargo, y en tan poco tiempo háse propagado no solo por toda la Italia, sino tambien por toda la extension de la tierra, pudiendo decirse de esta institucion lo que la increada Sabiduría afirma de Sí misma: «He dilatado como el terebinto mis ramas, y son estas llenas de honor y de gracia; *Ego quasi terebinthus extendi ramos meus, et rami mei honoris et gratie* (1); pues ha extendido por todo el mundo sus hermosas y fructíferas ramas, cobijando bajo su beneficosa sombra á muchísimas almas, como que cuenta más de medio millon de inscriptos, y entre éstos á muchos Obispos y Cardenales, Príncipes y Soberanos, y el más glorioso é ilustre nombre de este siglo, el augusto Representante y Vicario de Jesu-Cristo, nuestro venerado Pontífice Leon XIII — q. D. g.—

(1) Lib. Eccles., cap. 24, v. 22.

CAPÍTULO IV.

LA NUEVA RESTAURACION DEL GUADRO DE LA VÍRGEN.

Para completar la historia de la efigie que hoy se tiene por los fieles en tan grande y tan extraordinaria veneracion, no será del todo fuera de propósito reunir en un solo capítulo todos los hechos relativos á nuestro asunto que ocurrieron cuatro años despues de la susodicha inauguracion de la Cofradía del santo Rosario.

En Mayo de 1879, el eximio pintor de Nápoles Señor Comendador D. Federico Maldarelli, viendo el incremento que tomaba no solo entre los señores napolitanos, si que tambien entre los forasteros, la devocion hácia la Santísima Vírgen del Rosario de Pompeya, cuya venerada efigie, por la mucha humedad que había en la iglesia, se había deteriorado totalmente, movido únicamente por los sentimientos de su señalada religiosa piedad, ofreciósemé dispuesto á llevar á efecto gratuitamente otra más completa en sus detalles, y más perfecta y más artística restauracion del carcomido lienzo.

Acepté gustoso la generosa oferta, y aproveché aquella ocasion para realizar mi antiguo pensamiento de sustituir la imágen de santa Rosa con la de santa Catalina de Sena. Las dos Santas pertenecen á la venerable Orden Tercera de Penitencia, siendo la primera la mayor gloria de las Américas, la primera flor de santidad que diera á la Iglesia el nuevo mundo recien descubierto y cristianizado: pero á pesar de todo, yo prefería que al lado de la soberana Señora del Rosario se viese en mi iglesia mi especial protectora, el Angel de Fontebranda, la serafina de Sena, por ser una italiana insigne, é incomparable gloria de toda la cristiandad, pero muy en especial de nuestra pátria, y tambien por ser Madre y Maestra eximia de la misma Tercera Orden.

Le rogué, pues, al religioso pintor Maldarelli que tuviese á bien cambiar la corona de rosas de Sta. Rosa en corona de espinas, que es el distintivo de la ínclita Vírgen de Sena, y pintase en las palmas de sus manos las cicatrices que nos representen sus venerables llagas.

Despues de esto quedaba todavía por reformar lo que ciertamente presentaba mayores dificultades en su ejecucion: las líneas y toda la fisonomía de la cara, pues si esta desdeñaba en una Santa Rosa, era por todo extremo

insufrible en una Sta. Catalina de Sena, que fué de complexion delicada, ágil y de elegante figura, cual nos la representa Vanni en su único retrato que se admira en la Iglesia de Santo Domingo de Sena.

Con exquisita cortesía prometió el egregio artista complacerme.

Al día siguiente, por lo tanto, se tomó la Condesa de Fusco el cuadro, lo llevó en su coche á Nápoles, y lo depositó en la librería del señor Salvador Festa, para que éste á su vez lo llevase al estudio del valiente y religioso pintor.

La Soberana Reina del santo Rosario, por su parte, ya comenzaba por este mismo tiempo á dar á sus devotos pruebas inequívocas, prendas seguras de su soberana complacencia por la obra empezada en este Valle, el levantamiento de un templo para glorificación de una práctica que le es tan cara, el santo Rosario, derramando sobre ellos, con profusion y largueza maternales, sus más dulces bendiciones y sus gracias. Ya comenzaban numerosos grupos de señores y señoras de Nápoles á venir acá, en piadosas romerías, para dar gracias á la Madre de misericordia por los extraordinarios favores recibidos de su misericordiosa liberalidad, y para implorar de su inefable benignidad nuevos beneficios y nuevos favores.

Mientras tanto, parecíame intolerable que los piadosos romeros que venían acá desde Nápoles, bien á mostrar á su soberana Bienhechora la elementísima Madre de misericordia su profundo reconocimiento ó su sincera gratitud, bien á suplicarla abra de nuevo los inmensos senos de su inagotable bondad y vierta el ancho raudal de su maternal ternura sobre los pobres y tan necesitados hijos de Eva, no hallasen ni siquiera una imágen suya para venerarla, corriendo además riesgo de entibiarse no poco la misma devoción y fervor populares en quitarles el objeto inmediato de sus actos religiosos, que es lo que más excita nuestros sentimientos de respeto y veneración, el objeto sensible, una efigie, una escultura, aquella forma visible, en una palabra, bajo la cual es representada por la liturgia á las miradas del pueblo creyente la bendita Madre de Dios, y debajo de la cual está aquél acostumbrado á venerarla. ¿Cómo remediar esto? La bondad de Dios, que dá al hombre *velle et perficere* (1), el querer y el obrar, me asistió propicia también en esta ocasión, y me proporcionó un medio no solo muy acomodado, sino que fué principio además de otros extraordinarios sucesos.

(1) Ep. ad Philip. cap. II. v. 13.

El lugar que más frecuentaba yo á la sazón, era mi querida iglesia del Rosario *a Porta Medina*. Allí, de acuerdo con mi malogrado amigo y director espiritual el Rmo. P. Radente y con el Sr. Dr. D. José Gaetani, habíamos establecido, desde el mes de Enero de 1874, el punto de reunion de señores y señoras de la Venerable Orden de Penitencia, para celebrar nuestra conferencia mensual, en cumplimiento de nuestro reglamento que así nos lo prescribía. Y fué por la peculiar devocion que el señor Gaetani y yo profesábamos á la inelita heroína romana Sta. Cecilia, que quedó establecido perpétuamente el día 22 de cada mes para la celebracion del mencionado acto. Y esta piadosa costumbre, introducida entónces para satisfacer nuestra particular devocion, aún hoy rige y se observa religiosamente en la iglesia de Santo Domingo el Grande, á donde en 1885 se trasladó la Venerable Orden Tercera.

El alma, por decirlo así, de ésta,—mientras estuvo en la citada iglesia del Rosario *a Porta Medina*—era la Sor María Concepcion de Litala, aquella misma que años atrás me diera el cuadro de la Virgen. A ella, pues, la hice confidente de las perplejidades que affigian mi espíritu. Y entónces me dijo cómo el P. Radente había comprado juntamente con el consabido

cuadro del Rosario, al mismo precio y al mismo comerciante, otro cuadro de idénticas proporciones, que representaba los desposorios de santa Catalina de Sena. Está ya averiguado que aquel venerable Religioso, determinóse á comprar estos dos cuadros llevado por su tiernísimo y filial cariño hácia la Soberana Reina del santo Rosario, y por su peculiar devocion hácia su protectora especial Sta. Catalina de Sena, no pudiendo sufrir que estos dos objetos de su particular y cordialísimo afecto permaneciesen arrojados en un rincón y confundidos con los trastos viejos, como efectivamente se hallaban, redimiéndolos por consiguiente del menosprecio de que en tal estado eran objeto.

Estaba también este otro lienzo en poder de la misma Terciaria Sor Litala, por lo que al terminar ésta su relato —Está bien— le dije: V. me dió el primer cuadro con el loable propósito de encender en los sencillos corazones de los rústicos pompeyanos la hermosa devocion al santo Rosario; y V. me dará ahora el segundo para conservar y fomentar una devocion que se ha apoderado no tan sólo de los pompeyanos, sino que también de los devotísimos clientes del gran taumaturgo S. Genaro. ®

Llena de gozo la fervorosa Terciaria al ver que Dios se valía de élla para beneficiar á las

almas que se hallaban muy apartadas de la esfera de su celo, y para promover más y más la predilecta práctica de los verdaderos siervos de la Reina de los cielos, el rezo del santo Rosario y el culto de la heroína de Sena, me trajo en seguida el cuadro que, á decir verdad, era tan viejo como el primero, pero la pintura era algo mejor y se hallaba bien conservada.

Representaba á la Divina Madre con el Niño-Dios en sus brazos, en actitud de presentar á Sta. Catalina el anillo de sus místicos desposorios. Faltaba, es verdad, el gran Patriarca santo Domingo: pero en cambio la faz de la Llena de gracia era más bella y más graciosa; ni la figura de la ínclita Santa de Sena parecía tan antipática como la de la de Lima. Así es que me figuré había salido ganancioso.

El pueblo —decía yo en mi interior— no llevará á mal esta sustitucion de imágen, como quiera que de todos modos es la misma Virgen del Rosario la que yo presento á su fiel devocion.

Sino que en medio de mis pensamientos, que me parecía lo arreglaban todo satisfactoriamente, surgió á lo mejor una angustiosa duda, que por de pronto, daba al traste con todas mis combinaciones. Consistía en si sería la sustitucion que pensaba hacer de la imágen igualmente acepta al cielo; ó en otros términos: si

continuaría el cielo derramando tan copiosas sus gracias sobre los devotos del santo Rosario y mostrándose á éstos tan propicio como cuando acudían á la parroquia á postrarse ante la efigie sustituida.

¡Oh! ¿Quién duda que sí?—me respondía yo á mí mismo;—pues no es la imágen la que obra milagros en Pompeya, sino la virtud soberana de Dios, que es siempre la causa eficiente de las maravillas y prodigios superiores á las fuerzas y á las leyes porque se rigen las causas naturales, porque sólo Dios, como supremo Señor de todo lo criado, puede obrar cosas grandes y maravillosas, segun canta el coronado profeta en el salmo 71: *Benedictus Dominus Deus Israel, qui facit mirabilia solus*. La imágen no es sino una causa instrumental de que se vale el Omnipotente para el cumplimiento de sus misericordiosos designios. Quiere que la más pura, la más excelsa criatura de cuantas han salido de sus creadoras manos, sea, más que en las pasadas edades, en esta nuestra desventuradísima época glorificada en el mundo; quiere ver á su obra maestra, á la primogénita de la gracia, á la benditísima Madre de su Unigénito nuestro adorabilísimo Salvador Jesus, ensalzada y glorificada en este mísero mundo, que, tan locamente perdido vá en pos de las fugaces y caducas

bellezas, y de cuanto halaga á los sentidos y á la carne, quiere que á la Virgen Inmaculada, á la Virgen-Madre sin mancha, tipo de belleza, incorruptible, dechado de la más sublime santidad y arquetipo de toda pureza: todas las gentes, todas las generaciones y todas las tribus la saluden entonando concordes: *Ave, Dios te salve*; y la bendigan con un solo himno, el santo Rosario. ¡El Rosario! ¡Ah! el Rosario es el himno que más la ensalza, es la plegaria que más la agrada, es la música que más dulcemente en sus oídos resuena, es la oración enseñada por Ella al gran Patriarca Santo Domingo de Guzman, es el poderoso imán que atrae copiosas las bendiciones del cielo, es... no hallo con qué compararlo; basta decir, que ha bajado del cielo para salvar el mundo. La práctica, pues, de esa celestial devoción, trata la Virgen Inmaculada de acreitarla más y más con sus prodigios, con mostrarse tan misericordiosa á los que vienen acá á postrarse ante su taumaturga y venerada efigie, quiere se edifique aquí en honor de su santo Rosario un suntuoso templo.

Yo no me engañaba; mi nuevo atrevimiento tuvo feliz éxito. El segundo cuadro puesto en el lugar del primero, era igualmente venerado; y nuevos favores y nuevos prodigios llovían del inmenso océano de las misericordias de María

sobre muchos de los que se asociaban al proyecto del nuevo santuario, ó venían acá á venerar su preciosa imagen y á implorar por medio de ésta su materna clemencia en favor de sus necesidades particulares.

La Madre de gracia y de misericordia enseñábame con los hechos que acreditaba tanto estos dos hermosos atributos, por amor de su santo Rosario y por amor del nuevo templo que en su honor se trataba de levantar sobre las tristes ruinas paganas de Pompeya. Así que no me dejaba dudar que, aun cuando se sustituyese su primera efigie, había de continuar la Madre de clemencia volviendo sus misericordiosos ojos hácia los infelices desterrados hijos de Eva, y autorizando, como ántes, con estrepitosos prodigios la devoción á su divino Rosario.

Entre las gracias obtenidas en el tiempo en que estuvo expuesto el segundo cuadro, bastará citar una que el devoto lector hallará publicada y debidamente documentada en el librito *Novena á la Santísima Virgen del Rosario, de Pompeya*, y en el periódico *El Rosario y la Nueva Pompeya*, año III, pag. 34. Es la gracia que yo mismo recibí de la dulcísima Madre de clemencia, cuando en el momento mismo en que entraba en mi cuarto el susodicho cuadro de los desposorios de Santa Catalina, hallándome yo

al borde del sepulcro, desahuciado de los médicos y sin esperanza ninguna de vida, se dignó mi piadosísima Madre, con uno de esos rasgos de su maternal bondad, volver á mí su compasiva mirada, y con ésta darme la vida que casi tenía ya perdida; pudiendo yo repetir con toda verdad, por consiguiente, lo que el Real Profeta de sí propio: «*Apiadaos de mí, Señor: mirad mi grande humillacion, Vos que me librais de las formidolosas puertas de la muerte: Miserere mei, Domine: vide humilitatem meam... qui exaltas me de portis mortis*» (1). Sucedió esto la noche del 18 de Agosto de 1879.

El que tuviese deseos de visitar ahora este milagroso lienzo, lo hallará en el fondo de la primera sala del dormitorio de las Huérfanas. He querido que la santa de la ilustre familia de los Benincasa, maestra de todas las virtudes, la que con su grande valimiento me alcanzó de la Bendita entre las puras criaturas el inestimable beneficio de la salud, librándome de una muerte cierta, fuese para todas estas pobres huerfanitas acogidas en esta Casa y confiadas á ella, norte y guía segura para el cielo.

Me pareció no podría hallar un lugar más á propósito para una imágen que me impetró la

(1) Salmo IX, v. 13-14.

vida, que colocándola *en medio de la inocencia abandonada*, que forma la verdadera corona de cándidos lirios y rubicundas rosas que adorna la frente inmaculada de la Soberana Reina de las victorias, que ha establecido su trono de misericordia en Pompeya.

Pero volvamos al cuadro primitivo.

Desde el mes de Junio hasta Agosto de 1879, tuvo el Sr. Maldarelli en su estudio de pintura la taumaturga imágen conocida y venerada hoy en este suntuoso santuario bajo el popular título de la *Virgen de Pompeya*.

El artista puso su mayor empeño en que saliese siquiera un cuadro devoto. Esforzóse cuanto pudo en adelgazar con esmerado cuidado la cabeza de la Virgen, y la hinchada cara de la Santa. Suavizó, al propio tiempo, las facciones, toscas en extremo, del gran Patriarca Santo Domingo, y dió al Divino Infante una expresion de viveza que conserva todavía.

Y como la tela estaba carcomida y muy destrozada, para renovarla hubo de acudir nuestro pintor á uno de los mejores artistas en este género de trabajo, al Sr. D. Francisco Chiariello que tenía—y tiene todavía—su tienda en el palacio *Luperano*, *Salita Museo*.

Recuerdo que solo por la tela le pagué sesenta liras á Chiariello. Éste, con mucha delicadeza y segun los nuevos métodos, supo reemplazar perfectamente bien la carecomida y vieja tela con otra nueva y más alta; y de este modo pudo el pintor reintegrar el primitivo cuadro, añadiéndole una cuarta de lienzo que le faltaba á aquél; y lo hizo con tanta maestría y con tan perfecta imitacion de tintas y de colores, que visto el cuadro á cierta distancia, no parecía sino hechura de unas mismas manos.

Y así el tan asendereado lienzo, retocado primeramente en 1876 por el pintor Galella, tres años despues vuelto á renovar toda la antigua pintura por el distinguido artista Maldarelli, desbastada la cara de la Divina Señora, cambiada Sta. Rosa de Lima en Sta. Catalina de Sena, reemplazada la antigua y envejecida tela por otra nueva, ceñidas las sienes divinas del Hijo y de la Madre con riquísimas y refulgentes diademas de brillantes, y sus cuellos de radiantes collares de piedras preciosas, apenas conserva rastro ni vestigio de lo que fué ántes.

La efigie de la Soberana Reina así renovada y embellecida, y colocada en un marco de bronce fundido—que nos ha costado diez mil liras—rodeado de quince medallones, tambien de bronce, que representan los quince misterios del santo

Rosario, pintados por Pallotti, adquirió una expresion estética tan celestial y divina, que el hermoso rostro de la más bella de las criaturas nos pareció en efecto cual rutilante lucero de la aurora.

Todavía conservamos con gusto las primeras estampas sacadas de la antigua deforme pintura. El afortunado artista á quien para sacarlas invitamos viniése acá, fué el anciano Dolfino, de Nápoles, quien trabajaba por cuenta de los papeleros de la *Via S. Biagio dei Librai*, y nos le trajo nuestro caro amigo el librero don Salvador Festa.

Por más que aquellas primeras estampas y aquellos primeros grabados litografiados nos parezcan, al presente, deformes, estuvieron, sin embargo, en grandísima veneracion en su tiempo. Más de una vez he tenido yo mismo ocasion de verlas puestas en preciosos y elegantes marcos de plata y de oro, y tenidas en mucha veneracion por varias familias de la aristocracia napolitana, especialmente entre las que fueron las primeras en dispensarnos una cordial acogida cuando íbamos de casa en casa y de familia en familia para que se suscribiesen, siquiera por cinco céntimos al mes, á nuestro proyecto.

Pero despues de la última restauracion hecha en el lienzo, no ha sido posible fotografiar la

venerada imagen de la Divina Señora, y solo como recuerdo histórico, conservamos las primeras copias, que á nadie agradaron.

A fuer de historiador sincero, véome, llegado ya á este punto, como constreñido á declarar que no puede en modo alguno atribuirse á la habilidad artística (que es ciertamente indiscutible) del señor Maldarelli, ni éste creará ser obra suya, esa expresion de inefable dulzura que se advierte en la cara de la Virgen Inmaculada, que inspira á la vez amor, confianza y devocion. Es un rayo de celestial belleza, de dulzura y de majestad á la vez, que traspira de aquella augusta frente, de aquella divina mirada que, penetrando lo más hondo del corazon, hace caer de hinojos á cuantos se acercan llenos de fé á su altar. No tengo la menor duda de que la Divina Madre, con un prodigio inaudito, ha embellecido ella misma el rostro de su venerable efigie.

Cuantos vivimos aquí, estamos de acuerdo en reconocer que desde el dia en que la prodigiosa imagen se trasladó desde la ruinosa iglesia del Smo. Salvador á su nueva capilla, que situada á la izquierda del grandioso santuario hace parte de éste, ha adquirido el semblante de la Divina Señora una pulcritud, una majestad, una dulzura y un encanto tales y de tanta confianza, que antes no se habían advertido. Y aunque se quiera

suponer que esta apreciacion nuestra, ó modo de ver muy diferente de antes, es totalmente subjetivo y previene de la diferente disposicion de nuestro ánimo—lo cual bien pudiera ser, ya que la Virgen Madre no ha menester de los prodigios—así y todo, siempre será muy cierto, y la experiencia de cada dia nos lo atestigua, que á cuantos tienen la dicha de postrarse ante esta venerada efigie, les parece á todos, así á los propios como á los extraños, ver en su dulce mirada un no se qué de divino, de misterioso que irresistiblemente arrastra al piadoso espectador á admirarla, no ya por su perfeccion artística, puesto que no es esta pintura obra del incomparable Urbino, sino más bien por ese aire misterioso que la circuye á guisa de divino ambiente ó de una esfera de luz sobrenatural que infunde respecto, inspira un temor reverencial, y hace caer de hinojos instintivamente y obliga á dirigirla una plegaria, sin que uno pueda darse cuenta de lo que le pasa. ¡Oh sí! Rogando ante esta bendita imagen se siente en el alma una esperanza cierta, una confianza ilimitada de que su oracion, su plegaria será benignamente acogida por la dulcísima Madre de Clemencia, y se experimenta en el fondo del corazon tan inefable dulzura, *que quien no la haya sentido, no podrá jamás comprenderla.*

Esta es la historia de la prodigiosa efigie de la bendita Madre de Dios que se venera con tan extraordinario culto en el Valle de Pompeya, transformado ya en centro de suspiros, de plegarias, de fervorosas preces, de ardientes súplicas, y de los más entusiastas votos de millares y millares de católicos que por mar y tierra, y por todos los puntos del globo, llenos de confianza se dirigen hácia Ella, entonando á todas horas y en todas las lenguas: *Spes nostra, salve.*

CAPÍTULO V.

LA PRIMERA GRACIA.

Mientras en el Valle de Pompeya trabajábamos, en la primera mitad de Febrero de 1876, para establecer canónicamente entre estos pobres campesinos la Cofradía del santo Rosario, y al efecto de lucrar las santas indulgencias tratábamos de erigir, siquiera provisionalmente, un altar á la Soberana Reina del Rosal místico, aconteció en Nápoles un suceso tan extraordinario, que en muy pocos dias se divulgó por toda la ciudad, corriendo de boca en boca hasta llegar á los oidos del Eminentísimo Cardenal Riario Sforza, y esto fué causa de que se dijese

tambien por todas partes en la populosa capital, que se proyectaba levantar sobre las gentílicas ruinas de Pompeya un templo al verdadero Dios.

Tratábase de un prodigio, y se precisaba con todos los detalles el lugar del maravilloso acontecimiento: era el palacio marcado con el número 62, vía Tribunali: siendo lo más extraño del caso, que el agente sobrenatural interviese en el hecho que vamos á narrar, precisamente desde el momento mismo en que se pronuncia en aquella casa la solemne promesa de contribuir á la edificación de la iglesia que se pensaba levantar en Pompeya, quién sabe cuándo.

El hecho tenía por testigos no solo á la familia Lucarelli, bien conocida y apreciada en Nápoles, sino tambien á otras familias que habitaban el mencionado palacio, y muy en especial, á la Sra. D.^a Ana María Lucarelli, —q. D. h.— grande literata y artista, mujer de eximias virtudes y dechado de señoras cristianamente cultas.

El mencionado suceso, fué como la primera señal y una auténtica manifestacion con que el cielo patentizaba ya desde entónces á los napolitanos, cuán acepta le era á la Divina Madre la creacion de un templo consagrado á su divino Rosario en un lugar por tanto tiempo poseido del demonio. El insigne favor, era como

Esta es la historia de la prodigiosa efigie de la bendita Madre de Dios que se venera con tan extraordinario culto en el Valle de Pompeya, transformado ya en centro de suspiros, de plegarias, de fervorosas preces, de ardientes súplicas, y de los más entusiastas votos de millares y millares de católicos que por mar y tierra, y por todos los puntos del globo, llenos de confianza se dirigen hácia Ella, entonando á todas horas y en todas las lenguas: *Spes nostra, salve.*

CAPÍTULO V.

LA PRIMERA GRACIA.

Mientras en el Valle de Pompeya trabajábamos, en la primera mitad de Febrero de 1876, para establecer canónicamente entre estos pobres campesinos la Cofradía del santo Rosario, y al efecto de lucrar las santas indulgencias tratábamos de erigir, siquiera provisionalmente, un altar á la Soberana Reina del Rosal místico, aconteció en Nápoles un suceso tan extraordinario, que en muy pocos dias se divulgó por toda la ciudad, corriendo de boca en boca hasta llegar á los oidos del Eminentísimo Cardenal Riario Sforza, y esto fué causa de que se dijese

tambien por todas partes en la populosa capital, que se proyectaba levantar sobre las gentílicas ruinas de Pompeya un templo al verdadero Dios.

Tratábase de un prodigio, y se precisaba con todos los detalles el lugar del maravilloso acontecimiento: era el palacio marcado con el número 62, vía Tribunali: siendo lo más extraño del caso, que el agente sobrenatural interviniese en el hecho que vamos á narrar, precisamente desde el momento mismo en que se pronuncia en aquella casa la solemne promesa de contribuir á la edificación de la iglesia que se pensaba levantar en Pompeya, quién sabe cuándo.

El hecho tenía por testigos no solo á la familia Lucarelli, bien conocida y apreciada en Nápoles, sino tambien á otras familias que habitaban el mencionado palacio, y muy en especial, á la Sra. D.^a Ana María Lucarelli,—q. D. h.—grande literata y artista, mujer de eximias virtudes y dechado de señoras cristianamente cultas.

El mencionado suceso, fué como la primera señal y una auténtica manifestacion con que el cielo patentizaba ya desde entónces á los napolitanos, cuán acepta le era á la Divina Madre la creacion de un templo consagrado á su divino Rosario en un lugar por tanto tiempo poseido del demonio. El insigne favor, era como

el esclavon de esa larga, de esa interminable cadena de gracias y favores que la soberana Madre de clemencia, con inusitada largueza y con una magnificencia superior á toda expresion, había de dispensar en lo sucesivo á los devotos de su santuario de Pompeya.

Al relatar el faustísimo acontecimiento, me atenderé fielmente á la memoria escrita por la susodicha señora D.^a Ana María Lucarelli, que ha sido publicada por todos los púlpitos de la grande y religiosa ciudad.

Clorinda Lucarelli, preciosa niña de unos doce años y huérfana de padre y madre, venía sufriendo desde el mes de Agosto de 1874 horriblemente, á causa de los ataques epilépticos de que era víctima.

A pesar de los remedios de la ciencia, que con tanto cuidado se le prodigaban, arreció el mal en proporciones tales, que sumió á toda la familia en un mar de tristeza y de consternacion.

La tia de la desgraciada niña, la Sra. Lucarelli, que la quería y la amaba como á su propia hija, quiso consultar á uno de los más célebres facultativos de la ciudad, el ilustre Com. D. Antonio Carderelli. Este confirmó la opinion de los

demás insignes facultativos, que calificaron de carácter epiléptico las convulsiones de la niña, y prescribió la cura que su ciencia le indicaba como más ó menos provechosa, confesando á la vez, con grande sentimiento suyo, no poder asegurar á la afligida familia la perfecta curacion de la desventurada niña.

Al oír ésta tan desconsoladora noticia, palideció, y sin decir una palabra, inclinó su hermosa frente en acto de perfecta resignacion cristiana.

El primer día del hermoso mes de María, llevóla su tia á la iglesia de San Nicolás, donde se venera la prodigiosa imagen de la Virgen siempre pura, que en la gruta de Lourdes se definió á sí propia: *Yo soy la Inmaculada Concepcion*, para que la Madre de misericordia volviese á ella sus misericordiosos ojos y la librase del terrible mal que sufría. Dále su piadosa tia á beber el agua milagrosa, la inscribe en la religiosa asociacion intitulada «de Nuestra Señora de Lourdes», ora con todo el fervor de su corazon para que la divina Señora se apiade de la enferma, y despues de haber derramado su corazon ante el divino acatamiento, se levanta de la oracion toda fortalecida, y vuelve á su casa llena de consuelo y de esperanza.

Pero Dios, en sus altos é inescrutables juicios, tenía reservado para otro tiempo y para el

cumplimiento de sus soberanos designios, el mostrar al mundo la omnipotencia suplicante de su santísima Madre.

Clorinda sentíase peor cada día; las convulsiones eran más frecuentes y más violentas: la acometían cada dos ó tres días, y no pocas veces todos los días, y aún repetidas veces al día.

Hiciéronla cambiar de aires, pero inútilmente, como quiera que por espacio de seis meses ni por el cambio de aires, ni por cuantas medicinas tomara, sintió pizca de mejoría; antes por el contrario, aburrida ya la enferma de tantos medicamentos y de su notoria ineficacia, dejó, sin decir á nadie, hácia el fin de Noviembre de 1875, toda medicina, desesperanzada de su virtud curativa.

La cariñosa tía, también cansada, ya como su sobrina, de la inutilidad de tantas recetas, y grandemente desconsolada viendo sin efecto todas sus promesas, sus votos, sus plegarias, haciendo como el último esfuerzo de su entrañable amor por la infeliz doliente, se dirige en espíritu á las peñas de Massabiell, á aquel santo monte que la Inmaculada Concepcion santificó con su presencia y glorifica todos los días con sus prodigios en favor de la humanidad doliente, y animada ante el maravilloso espectáculo de tantos y tantos como allí cada día recobran su amada salud, se propone enviar á aquel

dichosísimo lugar á su amada enferma, confiando su cuidado á una Hermana de la Caridad, esperando que aquellas salutíferas aguas que á tantos dán la salud y la vida, se la darían también á su muy amada sobrina.

Pero ¿cómo dejar ni un solo momento apartarse de su lado á la que tan necesitada se hallaba de su continua asistencia, puesto que no ya tan solo de día, sino también de noche los terribles ataques del fiero mal la sorprendían á la infeliz, ocasionándola graves caídas y dejándola muy mal parada á consecuencia de éstas y de las contorsiones y sacudidas que recibía su delicado organismo, con incesante peligro de su vida?

Era la fiesta de la Purificación de la divina Madre, 2 de Febrero de 1876: y por la tarde, cuando en un momento la tía — que con tanto cuidado la vigilaba — la pierde de vista, se levanta presurosa, como si presagiase algo de siniestro, y vá en pos de ella. Y ¿cuál no sería su terror al hallarla junto al pozo con la cabeza metida en la herrada? Probablemente la niña fué á beber agua, y acometida en el mismo acto por las convulsiones, estaba en peligro de caer al pozo y ohogarse.

Al día siguiente sufrió cual nunca; desde la mañana hasta la noche fueron tan frecuentes y

tan violentos los ataques, que acababan con la niña, dejándola tan fuera de sí, que no conocía ni aún á las personas de su propia familia. Estaba su querida tia afligida sobremanera, y habíase apoderado tan grande desconsuelo de su corazón, que es imposible describirlo. En tan apurada situación hallábase la señora Lucarelli, cuando fué á visitarla la condesa de Fusco, y hablando de unas y otras cosas, vino por fin á recaer la conversacion en el proyecto de una iglesia que se pensaba edificar en el histórico Valle de Pompeya, en honor del Smo. Rosario de María. Refirióla á este propósito algunos particulares extraordinarios con que el cielo favorecía los humildes principios de una obra tan santa. La indicó tambien cómo dentro de pocos días se iba á establecer en el mismo lugar de tan tristes y luctuosos recuerdos, la cofradía del Santo Rosario, exponiéndose por vez primera, con tan faustísimo motivo, á la pública veneracion de los fieles de aquella comarca (cuyo abandono, bajo el punto de vista moral y religioso, era en extremo deplorable), una devota efigie de la divina Madre de clemencia.

Escuchaba el relato con atencion la afligida señora, y al propio tiempo sintió renacer en su corazón una tan viva esperanza, que la movió á prometer á la soberana Consoladora de los

afligidos que si á su amada sobrina la concedía el inestimable beneficio de la salud, consolándola por consiguiente á la vez á ella en su inmensa tribulacion, se obligaba á concurrir con verdadero celo á la realizacion de tan buena obra. Era de esperar que la Madre de piedad (á quien nadie jamás acude en vano), acogiese benigna los ardientes votos de la atribulada señora, siendo ésta y sus sobrinas, hijas predilectas de la benignísima Madre, como terciarias que eran, desde hace algunos meses, de la venerable Orden de Penitencia del ínclito patriarca Santo Domingo de Guzman.

La señora Lucarelli, llena de fé y de esperanza como no la había tenido hasta entónces, inscribiéndose entre los asociados para la edificacion del nuevo Santuario, exclamó con énfasis:

Condesa, si la Virgen del Rosario (á quien profeso devocion particular) tiene á bien atender á mis ruegos y conceder la salud á mi sobrina, aquí me tiene V. á su disposicion. Yo misma iré de casa en casa á recaudar las limosnas para la nueva iglesia de Pompeya. Por de pronto, aquí tiene V. mi óbolo, no ya de solos cinco céntimos al mes, sino de cincuenta; y en prenda de la oferta que haré cuando reciba la tan deseada gracia, le anticipo á V. la limosna correspondiente á todo el año.

La Soberana Reina de las Rosas místicas, que veía ya llegado el tiempo para manifestar á un mundo tan desleal, que corre veloz hácia su final ruína, su inmenso y misericordioso poderío, y que tal vez, como en las bodas de Caná, con su gran valimiento impetrara de su Unigénito la anticipacion de sus prodigios en esta tierra del sepultado paganismo, miró propicia á la atribulada y piadosa señora, y acogió, como Madre de clemencia, sus humildes al par que ardientes ruegos. Y ¡qué cosa más maravillosa! desde el mismo día, día verdaderamente de grata é imperecedera memoria, en que la santa y prodigiosa imágen se expuso á la pública veneracion de los pompeyanos, desde aquella faustísima y memorable fecha de 3 de Febrero de 1876, que es en la que finalmente quedó establecida aquí canónicamente la Cofradía del Santo Rosario, vióse libre Clorinda de los terribles insultos del temeroso mal (1).

(1) La noticia de este prodigioso acontecimiento, está tomada del atestado que escribió de su propio puño y letra la misma distinguida Sra. D.^a Ana Maria Lucarelli con fecha 3 de Abril de 1876, y que fué leído en los púlpitos de Nápoles el siguiente mes del mismo año: en la parroquia del Monte Santo, por el R. P. Carlos Rossi, de la C. de J.; en la parroquia de Santo Domingo Soriano, por el R. P. G. Altavilla, también de la C. de J.; en la Iglesia de San Cayetano, por el R. P. de Felice, Teatino; y publicado en el periódico «Y Figli de Maria,» Cuaderno IX, 15 de Junio de 1876.

Los insignes facultativos D. Marzio Castro-nuoso y D. Salvador Farina, que fueron los médicos de cabecera de la niña, no tuvieron ningun inconveniente en atestiguar solemnemente la gravedad del padecimiento de la enferma, bien así como la inutilidad de los medicamentos por ellos recetados, la rapidez del inesperado cambio, y la instantánea y perfecta curacion de su terrible mal. En la cual curacion, no pudiendõ explicarse con los remedios sugeridos por la ciencia, antes bien oponiéndose aquella á la prognosis y á todas las previsiones de esta, la irresistible fuerza de la lógica constriñe á los mismos médicos á reconocer y á confesar la directa intervencion del Agente sobrenatural.

Esto era lo que se le pedía á la ciencia, y se obtuvo, como claramente se vé por los dos certificados que á continuacion transcribimos:

1.º Certifico yo el abajo firmado, doctor en medicina y Cirujía, que la señorita Clorinda Lucarelli comenzó á padecer desde el mes de Agosto de 1874 inequívocos paroxismos de epilepsia central, los cuales hánse repetido, con intervalos más ó ménos breves, hasta el 3 de Febrero de 1876, y que desde ese día hasta la fecha no han vuelto á repetirse. Y es de notar que esta diagnosis acerca de la índole del padecimiento, no se apoya tan solo en mi opinion

particular, sino que tiene tambien en su favor la de la consulta de facultativos que, junto con el ilustre profesor Comendador D. Antonio de Martino, la asentaron por segura y cierta, y como tal fué reconocida y confirmada por otro profesor, el Sr. Cardarelli, y todos de comun acuerdo prescribieron el más enérgico tratamiento curativo farmacéutico é higiénico, como el aire puro de la campaña, alimentacion escogida, etcétera, etc. para la enferma; pero á pesar del método curativo y de todos los medios terapéuticos que la ciencia reconocía por eficaces, y la fueron aplicados con el mayor cuidado, eran frecuentes é intensas las convulsiones epilépticas, que la acometieron por todo el tiempo susodicho, y particularmente en los últimos meses. Y para que conste firmo el presente en Nápoles á 8 de Mayo de 1876. Marzio Castronuovo.

2.º Certifico el abajo firmado: que la señorita Clorinda, hija del ya difunto profesor Don Domingo, de edad de cerca de doce años, venía sufriendo desde há algunos años convulsiones epilépticas que repetidas veces, así de dia como de noche, la atacaban, hasta hace unos cuatro meses, sin que la ciencia pudiese asignar una causa proporcionada de tales efectos, y á pesar de las múltiples curas que se la practicaron; cuando de improviso, y sin hacer ningun uso de medicamentos,

sin ningun linaje de humanos remedios, ha pasado de un estado el más convulsivo á otro de perfecta salud, la cual todavía sigue disfrutando con la consiguiente admiracion de todos.

Todo lo cual yo firmo y atestiguo bajo mi propia honra y mi conciencia, dispuesto á confirmarlo hasta con juramento.

Nápoles 4 de Junio de 1876.—Salvador Farina, profesor y médico de cabecera.

CAPÍTULO VI.

LA ARISTOCRACIA DE NÁPOLES.

Sucedió por ese tiempo, que pasando la Condesa de Fusco un dia por una de las calles de la ciudad, se encontró con la Sra. Lucarelli, que iba acompañada con sus sobrinas las Sritas. Laura y Clorinda, y ésta perfectamente buena.

Su tia, así que vió á la Condesa, llorando de consuelo, informó á esta, que estaba atónita y pasmada de lo que veía, del prodigio que acababa de obrar la Madre de misericordia en favor de su sobrina; y rebotando alegría, exclamó:

Aquí me tiene V.: yo por espacio de dos años he ido por todas las iglesias de Nápoles, pidiendo oraciones y más oraciones por la salud

de mi Clorinda; ahora iré por las mismas iglesias encomendando se den al Altísimo las más fervorosas acciones de gracias por el insigne y prodigioso favor que por la intercesion de su divina Madre la Santísima Virgen del Rosario, (que manifiesta ser su deseo se la dedique en Pompeya un nuevo santuario para asentar en él el trono de sus inagotables gracias) acabo de recibir de su divina liberalidad. Y en este mismo momento me dirijo al palacio de Su Eminencia, para noticiar al Cardenal el portentoso acontecimiento que tanta alegría me causa, así como en los días de mi desventura iba á comunicarle mis duelos.

Puede suponerse el lector nuestro júbilo, nuestra alegría, cuando vueltos á casa nos dió la Condesa la buena nueva del faustísimo acontecimiento.

Pasado aquel primer momento de indecible júbilo, y dado lugar á la reflexion, fué tan poderoso, tan vehemente el efecto que produjo en mi interior su recuerdo, que me dejó estupefacto y como absorto en la más profunda admiracion.

—¡Es posible— me decía yo sin salir de mi asombro— es posible que la soberana Señora agradezca tanto una obra de tan mezquinos principios! ¡Se digna obrar prodigios para autorizar la edificacion de una rústica iglesia para

comodidad de unos pobres campesinos!.... Es cierto, por lo tanto, que le es muy acepta, si quiera, nuestra buena voluntad. Y siendo así, la cosa irá bien encaminada. ¿Querrá acaso la bendita Madre del Unigénito Divino se emprenda en seguida la fábrica? Pues sin demora pondremos manos á la obra.

Todas estas consideraciones, si por una parte nos consolaban y reanimaban nuestra pequeñez, por otra nos llenaban de confusion, porque aun deseando hacer mucho en poco tiempo, no alcanzábamos cómo podría llevarse á efecto tan hermoso pensamiento.

—El medio más á propósito y á la vez de éxito no dudoso, sería —decíamos entre nosotros— que la aristocracia napolitana, que es al par que rica muy religiosa, se aficionase á este proyecto. ¡Oh! si acometiese con verdadero empeño esta empresa, entónces si que marcharía bien la cosa, y nuestro plan muy en breve se vería realizado á las mil maravillas!

Pero ¿cómo penetrar en sus salones? ¿Cómo pasar ni áun los umbrales de sus palacios, á donde no tienen libre acceso sino personajes de alto rango y los que ostentan títulos nobiliarios?

Es verdad que ya se nos habían asociado la Sra. Fonton, la noble y piadosa duquesa de Casamássima, la duquesa de Messanella, la señora

D.^a Francisca De Dominicis (amiga de la señora Irbicella), la duquesa di Montynareale, la señora D.^a Rafaela Piria, la duquesa de Capracotta y otras de la Pía Union fundada por la Volpicelli. ¿Pero qué, si la nobleza de Nápoles es tan numerosa y tan dilatada?

Pues bien: aunque no desconocíamos se levantarían un sin número de dificultades para atajar nuestros pasos, no consiguieron estas amedrentarnos, antes bien nos sentimos tan fortalecidos y animados con la fuerza que nace de una fé viva en lo sobrenatural, que sin otra cosa nos echamos á recorrer las calles de la populosa ciudad, con firme propósito de hallar personas que tuviesen á bien suscribirse por solos *cinco céntimos mensuales*, á una obra que ya el cielo mostraba con prodigios ser de su agrado.

Volví á la sazón la piadosa duquesa Mirelli de la Conferencia (que la Pía Union de Volpicelli solía tener mensualmente). Luego que la vió la Condesa, la invitó á que tomase el cargo de Celadora de la nueva obra. La rogó despues le indicase las familias de suposicion, á las que podría dirigirse para aumentar el número de suscripciones para la ejecucion del plan que nos habíamos propuesto.

—¿Quiére V. entrar en relaciones con la aristocracia napolitana?— respondió la duquesa

Mirelli;—pues diríjase V. á la marquesa Filiasi di Somma, que V. ya la conoce. Su madre, la princesa del Colle, ha sido la que ha propagado en Nápoles la devocion de los Quince Sábados del Rosario.

Es una santa esta buena señora, tan rica, emparentada con la principal nobleza napolitana, y lo que es más, muy propensa de suyo á erigir nuevos lugares de oracion y nuevos santuarios al Señor de la Majestad. Fuera de ésta, no sabría indicarle á V. otra que pudiese servirle de amparo y de guía.

Pareciónos el consejo de la religiosa señora como un rayo esplendoroso de luz, que en un momento, antes de un abrir y cerrar de ojos, disipa todas las oscuridades.

Y sin esperar más nos dirigimos al palacio de la susodicha marquesa Filiasi.

¡Oh qué dulce, qué grato me es ahora, despues de tres lustros, el recordar las palabras de un diálogo que tuvimos aquel dia, del cual dependió que la nobleza napolitana fuese entre todas las clases sociales, la primera columna y el primer punto de apoyo y de sosten para la obra que Dios quería efectuar en Pompeya.

Dispensónos, pues, la ilustre señora, una cordialísima acogida, como si nos hubiese conocido

y tratado toda su vida. Luego que la informamos del objeto de nuestra visita y del plan que habíamos concebido, emitió su parecer con mucha franqueza.

—¡Ah! Han contraído Vds.—nos dijo— un compromiso muy grande, poniéndose al frente de una empresa no ciertamente muy fácil de llevar á cabo, teniendo especialmente en cuenta las muchas obras pías que se han iniciado en Nápoles, y que dejan de prosperar porque no reciben su jugo vital sino de la caridad de unas cuantas personas que son siempre las mismas, para este linaje de obras. Pues bien, ¿cómo quieren ahora aumentar el número de estas, cargándose nada menos que de la construcción de una iglesia..... en un campo casi puede decirse desierto..... léjos de la ciudad y en un lugar que ni siquiera pertenece á esta diócesis? No puedo disimularles cuán dificultoso, por no decir imposible, ha de serles la realización de semejante proyecto. He gastado la no despreciable suma de más de cincuenta mil francos en la fábrica de una iglesia en Foggia, y por fin la obra ha quedado suspensa. Bien conozco, además, la índole de los meridionales; son muy fervorosos en los principios; á nadie mejor que á ellos puede cuadrar el refran latino: *Initia fervent;* emprenden todo lo nuevo con

grande ardor; pero luego se cansan, ó bien por la muchedumbre de obras pías, ó bien porque han aparecido otras con el atractivo de alguna novedad. Quizá en los principios pueda V. hacer algo; pero luego, pasado ese hervor del momento cual un brillante cometa, todo se enfriará, sucediendo al ardor primitivo, una indiferencia glacial.

—Pero, señora,—le respondimos—si todas esas dificultades se las presentamos ya oportunamente á Monseñor el Obispo de Nola. Y ¿sabe usted cómo satisfizo el ilustre Prelado á todas nuestras objeciones? «Sois egoistas»—nos dijo;—«no mirais sino á vosotros mismos y á vuestro tiempo. Las iglesias no suelen ser obras de una generacion. La basílica de San Pedro en Roma, y la del mismo glorioso Apóstol en San Petersburgo, no fueron terminadas sino despues de tres largas centurias. Vosotros tendreis el mérito de haber comenzado la obra, otros vendrán, tal vez despues de medio siglo, y acaso más, y tendrán el mérito de haber coronado felizmente lo comenzado por vosotros».

La marquesa, como era tan buena, al oír tan autorizado razonamiento, con que el santo Prelado satisfizo á nuestras dificultades, se contentó con decirnos:

—¡Ea! pues; por no desairarlos á ustedes y además para que yo tambien tenga mi mérito,

daré mi nombre. Pero muy poca cosa son cinco céntimos ¿Qué podrá hacerse con cinco céntimos mensuales? Siquiera las señoras debían suscribirse por cincuenta céntimos al mes. En cuanto á mí, quiero dar el ejemplo suscribiéndome con la oferta de cincuenta céntimos. Despues hizo se asociaran tambien su nuera, su hijo el marqués Don Luis Filiasi, y demás personas de su familia.

Finalmente, momentos antes de despedirnos de su amabilidad, nos hizo la siguiente cariñosa advertencia:

—No llameis—nos dijo—á ningun arquitecto para dirigir las obras de una fábrica que ha de hacerse á fuerza de céntimos, y que durará quién sabe cuántos años, pues de lo contrario, no tendreis apenas para el arquitecto. Hablo con conocimiento de causa, como que estoy ya escarmentada; pues habiendo invertido muchos miles de liras en la edificacion del Convento é iglesia del R. P. Luis de Casoria *sul Tondo di Capodimonte*, todo se halla paralizado, y lo que es peor, el pobre P. Luis pleiteando con el arquitecto, que reclama sus derechos.

—Pero señora marquesa ¿quién piensa en llamar á ningun arquitecto? le contesté yo sonriéndome. Para una iglesia rústica, que ha de servir para unos pobres aldeanos, no se necesitan

arquitectos. Ya nos arreglaremos sin necesidad de ellos. Tengo ya pensado irme con un albañil á alguna iglesia de por aquí cerca; tomaremos su medida, y sin otra cosa echaremos en Pompeya los cimientos de la nueva.

Así finalizamos nuestra entrevista. Al despedirnos diónos muchas tarjetas de visita, con nombres y señas de muchos parientes y amigos suyos á quienes, en su nombre, pudiéramos dirigirnos. Hizo además nos acompañara su mismo camareró á las casas del señor Conde de *Gigliano*, de la señora marquesa de *Rende*, del duque de *Bivona*, de la princesa de *Torella*, de la duquesa de *Salve*, de la princesa de *Gerace*, de la de *Angri*,—y en ésta nombramos Celadora á Miss Josephine Anastasio—, de la duquesa de *Éboli*, de la de *Gallo*, de la marquesa *Rulfo*, de la marquesa de *Calenda*, de la marquesa de *Guindomandri*, etc., etc.

Despues, por estas ilustres y nobilísimas damas, fuimos presentados á otras no menos ilustres y esclarecidas familias; y por la amabilidad del virtuosísimo duque de Capracotta—con quien en aquella ocasion estrechamos una cordialísima y fraternal amistad—tuvimos la dicha de conocer á los piadosos y nobles señores duque de *Paganica*, conde de *La Tour*, y duque de *S. Vito*; á las muy religicas señoras, duquesa de *Mayo*,

duquesa de *Tora*, marquesa de *Latiano Mayo*, marquesa de *Piscicelli*, marquesa de *Salandra*, marquesa d' *Ayala Valva*,—cuya sobrina, la señorita María d' *Ayala*, aún sigue desempeñando el agradabilísimo cargo de celadora de Nuestra Señora de Pompeya—y condesa de Balsorano. Por aquellos mismos días tuvimos la no menor dicha de conocer—bien que por caminos muy diferentes y del todo providenciales—y de asociar á nuestra obra, á la duquesa de Laurenzana, á la condesa Gaetani di Laurenzana, á la marquesa Bonelli, á la marquesa di Sant' Eramo á la princesa Pignone del Carretto y á la señorita inglesa Miss Mackleod, institutriz de la señorita doña Amalia Colonna, hija del príncipe Colonna di Stigliano, que al presente es una de las más fervientes celadoras del Santuario de Pompeya.

Pero á pesar de tantos nombres ilustres de la aristocracia napolitana, debo confesar ingenuamente que no toda la nobleza de Nápoles acogió con iguales demostraciones de agrado y de benevolencia nuestro proyecto; antes por el contrario, más de una vez hubimos de devorar amarguísimos desengaños. Mas no es razon que por unas cuantas defecciones deje yo de mostrar mi más profundo reconocimiento hácia la ilustre y caritativa aristocracia partenopea, que en su casi totalidad nos dispensó una benevolencia y

una confianza muy superiores á todas nuestras previsiones en favor de una obra á la sazón muy humilde y oscura, promovida por personas aún más oscuras y casi desconocidas, y que respecto de su éxito no éramos por lo mismo para ofrecer suficiente garantía.

Ved, pues, ahí cómo la soberana Emperatriz del Empíreo fijó su augusta mirada, siempre llena de misericordia, sobre la nobleza partenopea para que fuese la primera columna de su nuevo santuario de Pompeya.

No toca á nuestra pequeñez escudriñar los profundos designios de la sábia providencia de Dios; empero no podemos, menos de reconocer un hecho que, despues de quince años de ensayo, nos parece brilla con todos los fulgores de la evidencia, y es como la nota característica de este insigne santuario. Aludo, por supuesto, á la religiosidad con que en él se celebran los actos del culto católico. Bien puede ser que, por esa altísima Providencia, no tomando parte el pueblo napolitano, muy religioso ciertamente, y de generosos arranques, pero por su índole especial muy bullicioso y excésivamente inquieto, en las funciones religiosas que desde un principio venían aquí celebrándose, se observasen en éstas, aún en los días de mayor concurso, aquel decoro y aquella gravedad reverencial tan propios

y tan esenciales del culto divino, decoro y gravedad religiosos que, guardados constantemente en este santo lugar, hánse hecho, por la fuerza de una práctica interrumpida y por la elocuente enseñanza del buen ejemplo, como connaturales respecto de este pueblo y de otros circunvecinos. Y de ahí, sin duda, el que se observe inviolablemente, y á pesar de la inmensa muchedumbre que incesantemente acude á este santuario, el más profundo y religioso silencio, el silencio de la adoracion y de la oracion más elevada y fervorosa.

CAPÍTULO VII.

DÉJANSE SENTIR LAS PRIMERAS
PUNZADAS DE LA ADVERSIDAD.

El ilustre profesor, mi estimadísimo amigo, D. José de Bonis, Arcipreste de Vallecorsa, ha escrito, con estilo novelesco, las primeras aventuras con que tropezamos al emprender en Pompeya esta obra de Dios, intitulado su libro *Espinas y Rosas de Pompeya* (1), título que es

(1) Giuseppe de Bonis, *Spine et Rose pompeyane*. Valle de Pompei, Scuola Tip. Editrice Bartolo Longo, 1887.

expresiva alusion al principio y á la máxima que constantemente dirijen todas las obras de Dios, pudiendo decirse con toda verdad, que constituyen su peculiar carácter y su distintivo (1), principio y máxima que muy en especial descuellan en este valle de funestos recuerdos en la santa y civilizadora obra de nuestra divina Madre, á saber: no hay triunfo, no hay victoria sin lucha, como tampoco hay rosas sin espinas. Al escribir esta historia, tendremos muy presente la verdad de ese principio, pues ésta hallará en aquella su más amplia confirmacion.

Ya en la introduccion de esta humilde narracion — como recordará el lector — dejamos consignada la misma verdad cuando dijimos: «No ha habido triunfo del Santuario de Pompeya que no haya sido precedido de adversidades, ni gloria que no haya seguido á las humillaciones y abatimientos».....

(1) El misericordiosísimo Dios á las tribulaciones y angustias de la vida, suele mezclar de ordinario algunos goces. Lo cual se deja ver en todos los santos, en quienes nunca permite sean continuas ni las tribulaciones ni los goces, sino que sapientemente dispone sea su vida un maravilloso tejido de entrambos: *Enim vero misericors Deus moestis rebus quadam etiam inveniunda permiscuit. Quod certe in sanctis omnibus facit, quos neque tribulationes neque incanditates sinit habere continuas: sed tam de adversis, tam ex prosperis in sanctorum vitam quasi admirabili varietate contrahit.* S. Joan. Chrysost., Homil. VIII, in Matth.

y tan esenciales del culto divino, decoro y gravedad religiosos que, guardados constantemente en este santo lugar, hánse hecho, por la fuerza de una práctica interrumpida y por la elocuente enseñanza del buen ejemplo, como connaturales respecto de este pueblo y de otros circunvecinos. Y de ahí, sin duda, el que se observe inviolablemente, y á pesar de la inmensa muchedumbre que incesantemente acude á este santuario, el más profundo y religioso silencio, el silencio de la adoracion y de la oracion más elevada y fervorosa.

CAPÍTULO VII.

DÉJANSE SENTIR LAS PRIMERAS
PUNZADAS DE LA ADVERSIDAD.

El ilustre profesor, mi estimadísimo amigo, D. José de Bonis, Arcipreste de Vallecorsa, ha escrito, con estilo novelesco, las primeras aventuras con que tropezamos al emprender en Pompeya esta obra de Dios, intitulado su libro *Espinas y Rosas de Pompeya* (1), título que es

(1) Giuseppe de Bonis, *Spine et Rose pompeyane*. Valle de Pompei, Scuola Tip. Editrice Bartolo Longo, 1887.

expresiva alusion al principio y á la máxima que constantemente dirijen todas las obras de Dios, pudiendo decirse con toda verdad, que constituyen su peculiar carácter y su distintivo (1), principio y máxima que muy en especial descuellan en este valle de funestos recuerdos en la santa y civilizadora obra de nuestra divina Madre, á saber: no hay triunfo, no hay victoria sin lucha, como tampoco hay rosas sin espinas. Al escribir esta historia, tendremos muy presente la verdad de ese principio, pues ésta hallará en aquella su más amplia confirmacion.

Ya en la introduccion de esta humilde narracion — como recordará el lector — dejamos consignada la misma verdad cuando dijimos: «No ha habido triunfo del Santuario de Pompeya que no haya sido precedido de adversidades, ni gloria que no haya seguido á las humillaciones y abatimientos».....

(1) El misericordiosísimo Dios á las tribulaciones y angustias de la vida, suele mezclar de ordinario algunos goces. Lo cual se deja ver en todos los santos, en quienes nunca permite sean continuas ni las tribulaciones ni los goces, sino que sapientemente dispone sea su vida un maravilloso tejido de entrambos: *Enim vero misericors Deus moestis rebus quadam etiam inveniunda permiscuit. Quod certe in sanctis omnibus facit, quos neque tribulationes neque incanditates sinit habere continuas: sed tam de adversis, tam ex prosperis in sanctorum vitam quasi admirabili varietate contrahit.* S. Joan. Chrysost., Homil. VIII, in Matth.

Lo cual supuesto, vamos á hablar de nuestros primeros pesares.

Estábamos en los primeros dias de Marzo de 1876, y ya había podido observar cómo en el corto espacio de un mes se había propagado felizmente entre no pocas familias de la capital la idea de nuestro plan, hallando por doquier muchas simpatías; la divina Madre la autorizaba con la gloria de los prodigios; ya se había publicado la señaladísima gracia que acababa de conceder la Madre de clemencia, como prueba irrefragable y sello divino, de cuán acepta le era la obra iniciada en honra suya en Pompeya; y yo me sentía poderosísimamente estimulado para comenzar la edificación de la iglesia, por cuya obra ya experimentaba en mi interior una fuerza misteriosa que no me daba trégua ni me permitía el reposo. ¡Ah! era aquélla el poderoso iman de mi corazón.

—¡Oh! cuando las gentes —decía yo para mí— vean los muros del nuevo santuario en construcción, no habrá quien no se interese por él, todos á porfía vendrán en mi ayuda.

Y tan ardientes hubieron de ser á la sazón mis deseos, que no me parecía posible ningún obstáculo que yo no lo pudiese vencer. Por otra parte, mi inexperiencia en ese linaje de empresas, me hacía creer que el grande enemigo de

todo lo bueno, que no deja de poner en juego sus muchas trazas y artimañas para impedir las obras de Dios, no podría en manera alguna superar, con todas sus ardidés, el esfuerzo de mi corazón y la firmeza y constancia de mis propósitos. Pero bien pronto ofreciéronseme pruebas muy dolorosas del poder y de la energía que desplegaba Satanás empeñado en que no se levantase aquí á su sempiterno antagonista y su gloriosísimo debelador, Jesu-Cristo, un nuevo santuario y una nueva casa de oración. ¡Oh! qué temeroso era el poder que ejercitaba en este lugar, cuyo señorío había tenido por tantos siglos, y que ahora se trataba de arrancarle á su cruel dominación!

Ya se verá qué de disgustos y contrariedades nos ocasionó desde un principio el maligno, y cuántas amarguras y cuánto acibar procuró proporcionarnos con el avieso intento de hacernos desistir de nuestra empresa (1).

(1) No faltarán —aun entre los que se tienen por católicos— quienes, sin embargo de que oyen Misa y practican otros actos exteriores de nuestro culto harán grandes aspavientos al leer estas páginas, viendo como yo atribuyo, tan sin embozo y con la mayor franqueza, tan grande intervencion en los actos humanos al espíritu de las tinieblas. Pues sepan esos buenos señores, que la Biblia, la teología y la historia eclesiástica están de acuerdo en atestiguarlos de un modo irrefragable, y nos

Es de sentido comun que para construir un edificio cualquiera, es preciso antes echar los cimientos, y que éstos no pueden sacarse sino en un determinado espacio de terreno. Nos fué, pues, forzoso comenzar nuestra anhelada obra con procurarnos la área necesaria sobre la cual pudiera edificarse la iglesia.

enseñan con una claridad que no le deja dudar al más perspicaz y preocupado, la influencia y acción satánicas en el mundo; cómo los ángeles rebeldes se esfuerzan y no se dan trégua á fin de apartar del bien y de todo lo bueno al hombre; cómo ponen en movimiento cuantos medios les surgiere su odio mortal contra éste, para malograr las saludables empresas mejor encaminadas y para frustrar las obras provechosas, fecundas de virtud y santidad, que los buenos, guiados por los santos ángeles, tratan de llevar á efecto; cómo el corifeo de los espíritus rebeldes, jurando el exterminio de todo lo provechoso para el género humano, convoca á consejo allá en los antros infernales á sus satélites ministros y compañeros de su desventura, celebra con éstos sus nefandos conciliábulos, proponiéndoles sus planes de destruccion y sus terribles trazas y maquinaciones, presentándoles sus nefastos designios, para cuya ejecucion calculan el tiempo, toman en consideracion la índole, las tendencias naturales y las pasiones de la persona ó personas contra quienes desean dirigir sus baterías; estudian su carácter, su condicion, su estado, su edad, en una palabra, como peritísimos en la extrategia los malignos, todo exploran, todo lo examinan, todo lo inspeccionan; observan antes con cuidado, pónense de acecho y tienden con su maligna astucia, con su malicia infinita insidias mil antes del asalto mortal, cual experto general que ensaya á los suyos en algunas escaramuzas, antes de presentar al enemigo la batalla decisiva y final.

Recordará el lector lo que he dicho en otro lugar; cómo hallándose aquí por el mes de Noviembre de 1875 el Ilmo. Monseñor Obispo de Nola, y mirando desde el balcon de la casita de campo del de Fusco hácia la hermosa planicie de enfrente, cual si estuviera inspirado monstrónos con el dedo el sitio que había de ocupar el nuevo templo; era el centro del valle, al lado de la antigua parroquia del Santísimo Salvador, y pertenecía á la provincia de Nápoles.

Probablemente esta nuestra teoría (que no es nuestra, sino de todos los teólogos católicos) les parecerá una indigna preocupacion de tiempos que ya pasaron para no volver, á cuantos, ó por razon de su educacion ó de sus estudios, no son fáciles en admitir en la vida humana el agente sobrenatural. Y obstinanse tan extrañamente estos señores *naturalistas* en no querer reconocer lo *sobre-natural* ni lo *preter-natural*, como seria la accion angélica (ó de los buenos ó de los malos,) que se mofan de la ciencia mística y de nuestros grandes doctores en la mística teología, teniendo lo *sobre-natural* y lo *preter-natural* por antiguallas, dignas únicamente, si se quiere, de ser archivadas como monumento historico de la ignorancia y de la supersticion de aquellos aciagos tiempos medioevales, pero ya muy desacreditadas por los vívidos fulgores de la ciencia moderna; y con esta errónea persuasion en la mente, y tomando por demostraciones de la ciencia los desatinos y las aberraciones de la impiedad, tienen por sueños y fantásticas aprensiones de los fanáticos visionarios, ó, cuando más, por fenómenos del histerismo y efectos suyos, todas las visiones *sobre-naturales* y todas las apariciones, así de los santos ángeles como de los condenados. Y como la historia humana está llena de estos hechos, y muy en particular

Las primeras diligencias que se hicieron, fueron encaminadas á conocer al propietario del terreno contíguo á la parroquia; y sabido que era un señor de Boscoreale, mandé allá á don Genaro Federico para que le hiciera la formal demanda de él. El resultado de nuestras gestiones con aquél buen señor, fué que no pudimos avernirnos respecto al precio que pedía, por parecernos á nosotros exorbitante.

en estos últimos años en que no parece sino que los fenómenos mesméricos, magnéticos, espiríticos e hipnóticos, cual impetuoso torrente ó caudaloso río que ha estado por largo tiempo aprisionado por poderosos diques y llega un día en que, engrosándose sus aguas con las continuas avenidas rompe los diques, se lanza con impetu y se desborda, envolviendo y arrollando entre sus vértices cuanto encuentra á su paso, así aquéllos han inundado toda la Europa, evocando por doquiera todos los espectáculos y todas las impiedades de la antigua teurgia, que el cristianismo había aniquilado; y como los hechos de ese linaje en nuestros días háanse multiplicado de una manera asombrosa, y nadie puede negarlos como una supercheria ó juego de prestidigitadores, y por otra parte han jurado no reconocer lo sobre-natural, no admitir ninguna fuerza que no emane de la naturaleza sensible, á fin de dar alguna explicacion de esos fenómenos preter-naturales, se han visto constreñidos á aferrarse, como á la única tabla de salvacion, á las más extravagantes y anticientíficas teorías del supuesto *magnetismo animal*, del *sonambulismo lúcido*, del *espiritismo*, y del *hipnotismo*. Y ciertamente nos causa verdadera lástima el ver tantos hombres de ciencia y no de vulgares dotes, trabajando sin trégua en favor del *hipnotismo* y empeñados—aunque inútilmente— en sus

Reunidos en la consabida casita del valle con la Sra. Condesa, con D. Genaro y algunos otros amigos, hablábamos de nuestro percalce con bastante preocupacion, indecisos y perplejos de lo que procedía hacer, si resignarnos á pagar lo que exigía el dueño del campo, por más que nos pareciese excesivo el precio, ó bien dirigirnos á otros propietarios de los terrenos limítrofes, cuando al día siguiente se nos presenta nuestro

congresos, en sus periódicos y demás medios de publicidad, en vendernos como una gloria conquistada de la ciencia, lo que en realidad no es más que una fiel reproduction de las viejas tretas y ardidés con que el maligno seductor de los hombres ha tratado siempre de engañar miserablemente á éstos, atemperándose, eso sí, muy diestramente á las costumbres, á las ideas y á las aspiraciones de cada época, y ahora disfrazando sus viejas artimañas con los brillantes trajes de moda, es decir, con cierto aparato científico, pero siendo en el fondo siempre el mismo, siempre ocultándose bajo esas exterioridades el espíritu del gran artífice de la mentira y del engaño. En efecto, lo que ahora con el nombre de hipnotismo nos presentan como un progreso de la ciencia, ya lo recordaba en la antigüedad Plauto, cuando en sus comedias le hace decir á Mercurio «*Quid si ego illum tractum tangam, ut dormiat.*» Pero de esto nos reservamos hablar de propósito en otro opúsculo que, Dios mediante, escribiremos, con el cual nos proponemos contestar luminosamente á muchos de nuestros suscritores, que no pocas veces nos preguntan si el *hipnotismo* y el *espiritismo* son un progreso del espíritu humano en las ciencias naturales, y, por consiguiente, si es lícito profesar sus principios y ensayarlos en beneficio así de la sociedad como del individuo.

fiel cooperador D. Genaro Federico, todo pálido y conmovido, y nos dice:

— Encuéntrome muy impresionado: esta mañana, al amanecer, paréceme haber visto una sombra que me decía: *¿Cómo os atreveis á malgastar el dinero que es la sangre de los pobres? Dejadle á ese propietario, é idos á aquél piadoso Señor* (y me mostraba la parte oriental de la casa de campo de la condesa de Fusco), y él os dará el terreno que necesitais para la edificación del templo (1).

(1) Tampoco faltan, áun entre católicos, los que con solo oír el nombre de *apariciones* ó de *visiones*, se alarman grandemente, con lo cual dan pruebas de su ignorancia supina en una materia tan conocida, y hasta muy trillada entre los maestros de la mística teología. El príncipe de los teólogos y el mayor de los poetas cristianos, Sto. Tomás de Aquino y Dante Allighieri, escriben que los ángeles (así los buenos como los malos) imprimen con mayor claridad sus especies en nuestra imaginación hácia el amanecer, por estar entónces más tranquila y mejor dispuesta nuestra fantasía. Además, todos los grandes maestros de la Mística, como San Juan de la Cruz, Sta. Catalina de Sena, Sta. Teresa de Jesus, San Lorenzo Justiniano, Santa Catalina de Génova, el R. P. Surin (de la C. de J.), y otros innumerables, son del parecer que nunca deben despreciarse por sistema, y sin haberlas antes examinado bien, las visiones y las apariciones; quieren que se examinen, y dan muchas y muy prudentes y sábias reglas para no dejarse alucinar, y para discernir si son ilusiones diabólicas, ó efectos de una imaginación excesivamente exaltada, ó bien de origen sobrenatural.

No discutimos aquí esta vision, que he referido solo para mayor exactitud histórica, habiéndosido para nosotros ocasion de perder inútilmente el tiempo, el vigor y el dinero. Es lo cierto que nos vimos por las mismas circunstancias que nos rodeaban, constreñidos á acudir á otros propietarios para adquirir el terreno de que habíamos menester.

El capítulo tercero del Génesis nos refiere la funesta caída de nuestros primeros Padres. Pues bien; ésta caída la procuró el enemigo apareciéndose disfrazado en forma de astuta serpiente á la infeliz Eva, é insinuando hábil y pérfidamente en el cándido corazón de ésta toda la malignidad y todo el veneno de su pecho, lleno de la más rabiosa envidia por la felicidad en que Dios colocara á los padres del género humano. También nos refiere el primer Libro de los Reyes la aparición de aquella sombra del profeta Samuel al rey Saul, prediciendo á este su inminente y desastrosísima muerte. Nos refiere igualmente el Tercer Libro de los mismos Reyes, cómo el grande artífice de la mentira engañó miserablemente á todos los pseudo-profetas del rey Acab, para condigno castigo de este impiísimo rey. Tampoco ignoramos la historia de la desventura de la única hija de Raquel, Sara, á quien el espíritu de las tinieblas, llamado Asmodeo, dejó sumida en duelo por siete veces, arrebatándola otras tantas en la primera noche de sus bodas á sus desdichadísimos maridos, hasta que se vió libre de tan formidable enemigo por el ministerio beneficioso del santo arcángel Rafael, quien relegó á Asmodeo á los solitarios y desiertos páramos del alto Egipto. El mismo Salvador y glorioso Vencedor de Luzbel, permitió se le apareciese éste y le tentase en el desierto. Libró á muchos de sus obsesiones, lanzando á él y á sus secuaces de innumerables

Y como nos sonriera la esperanza de conseguirlo gratis, corrimos, movidos por esa cierta esperanza que la promesa de la misteriosa sombra dejara en el fondo de nuestros corazones, en busca del piadoso señor de Escocoreale.

Era, en efecto, este Señor, piadoso al par que cumplido caballero cristiano, quien nos dispensó la más cordial y cariñosa acogida. Respondió luego á nuestra propuesta, diciéndonos que el

cuerpos, tanto que al verse forzados á dejar sus antiguas moradas exclamaban quejumbrosos: ¿Qué tenemos que ver nosotros contigo. ¡oh Jesús, Hijo de Dios! ¿Has venido acá antes de tiempo á atormentarnos? *Quid nobis et tibi Jesu, fili Dei? Venisti huc ante tempus torquere nos?* (Math. cap. VIII. v. 29.)

Sería interminable si tuviese que citar todos los lugares de las Sagradas Escrituras en que se habla de las obesiones del demonio y sus fechorías; baste decir que él reinaba en el mundo como único y absoluto dueño de los hombres. ¡A tal extremo había llegado su sacrilego y bárbaro imperio! Pero no puedo dejar de recordar un hecho que, por lo glorioso que resultó en Efeso para el adorabilísimo nombre de Jesús y para la predicación del Evangelio, tuvo grandísima resonancia aún entre los gentiles y judíos de aquella gran capital. Refiere San Lucas en los «Hechos Apostólicos», cap. XIX. v. 13 et seq.) que eran tantos y tan extraordinarios los prodigios con que Dios autorizaba la predicación de San Pablo en Efeso, que algunos exorcistas judíos, deseando emular las victorias del santo Apóstol, intentaron hacer lo que hacía éste, es decir, intentaron lanzar á los demonios de los cuerpos de los obsesos, invocando sobre ellos el sacrosanto nombre de Jesús, como lo hacía el santo

terreno en cuestion no era de su propiedad, sino de su mujer, que á la sazón estaba ausente, quien cumpliría con nuestra embajada; en suma, nos hizo presagiar un éxito feliz en nuestra gestión.

Alegres y contentos volvimos á Pompeya, y nos apresuramos á dar la buena nueva á la señora Condesa y á los principales vecinos del

Apóstol con admiración y asombro de todos. Pero el demonio les contestó: «Conozco á Jesús, sé quién es Pablo; mas vosotros ¿quiénes sois, y diciendo esto acometió con desmedido furor á los exorcistas judíos, dejándolos maltratados y heridos: *Respondens autem spiritus nequam dixit eis: Jesum novi, et Paulum scio; vos autem quí estis? Et insiliens in eos... incaluit contra eos, ita ut nudí et vulnerati effugerent...* El inspirado Salmista llama demonios á todos los dioses del paganismo: *Omnes dii gentium demonia;* porque eran moradas de los demonios, y daban por medio de ellas sus oráculos y respondían á las consultas y preguntas que se les hacían por sus ciegos adoradores: así lo reconocen no solo los Padres de la Iglesia, sino también los mismos escritores paganos y enemigos declarados del cristianismo, como Celso y Porfirio (Balt. Suite de la réponse à l'histoire des oracles, chap. 3-15).

Es tan cierta, tan indiscutible y tan fuera de toda duda racional la acción funesta y la maléfica influencia del espíritu de las tinieblas en el mundo, que la Iglesia ha tenido siempre, desde la más remota antigüedad, entre sus órdenes el oficio de los exorcistas, y ha practicado desde los tiempos apostólicos, con grande confusión del maligno y no menor fruto y edificación de los fieles, algunos ritos expiatorios y sacramentales. La historia de los Padres del desierto demuestra también cómo los ángeles rebeldes, con sus malas artes, intentan frustrar los saludables efectos de las santas inspiraciones que los santos ángeles tutelares nos envían de continuo. Sabemos asimismo, porque

Valle. Veámos con satisfaccion el poder lograr finalmente el objeto de nuestros más vehementes anhelos, el necesario local para la edificacion del tan deseado santuario, y probablemente sin ningun sacrificio pecuniario. Segun esto, ya el templo no podía edificarse enfrente de la casita

nos lo enseñan las sagradas páginas así del Viejo como del Nuevo Testamento, y toda la historia de la Iglesia nos lo atestigua, que todos los santos ángeles son ministros de Dios y oficiales de Jesu-Cristo, puestos en esta su grande familia, la Iglesia santa, que Él adquirió á costa de su propia sangre, puestos —digo— como centinelas altas y guardas vigilantísimos que la cuiden y la defiendan de las asechanzas y maquinaciones con que no dejan de hostilizarla los espíritus de las tinieblas; son otros tantos géneos tutelares de la herencia de Jesu-Cristo, por amor de éste su Soberano y nuestro Señor, que nos amó hasta el punto de hacernos á costa de su propia vida su pueblo de adquisicion y su heredad predilecta: «Todos son —dice el Apóstol— Espíritus administradores, enviados para ministerio en favor de los que han de recibir la herencia de la salvacion». *Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos, qui hereditatem capient salutis.* (Ad Habr. cap. I, v. 14). Así es que en todo tiempo han prestado á los fieles importantes servicios y háales servido como criados suyos; comieron con Abrahán, lucharon con Jacob, trataron con Gedeon, sirvieron al hijo de Tobias, obsequiaron á Jesu-Cristo en el desierto, quebrantaron las cadenas al Príncipe de los Apóstoles, abrieronle las prisiones y le pusieron á salvo, labraron con San Isidro sus campos, trabajaron con San Homobono, protegieron á la B. María d'Oigne, le prodigaron sus cuidados á Santa Colecta enferma, y sirvieron por espacio de treinta años á Sania Liduina. (Véase el *Epitome Historie Angelorum* por el Rmo. P. Bonifacio Constantino, de la C. de J.)

de Fusco, en la provincia de Nápoles, sino por la parte oriental de la susodicha casita, en la provincia de Salerno. Pero ¿qué nos importaba á nosotros que el terreno perteneciese á esta ó á aquella provincia, con tal de que tuviésemos por fin la dicha de ver á estos rústicos campesinos todos reunidos bajo las bóvedas de un espacioso templo, para oír la vivificadora palabra de Dios y para tomar parte en las hermosas y conmovedoras funciones religiosas de nuestra santa Madre la Iglesia católica?

Para el pueblo del Valle, fué una verdadera fiesta aquel día.

Pero duró muy poco este gozo, pues la respuesta de la señora propietaria, que se había hecho esperar demasiado, vino por fin y dejó burladas todas nuestras esperanzas: la dueña— con muy buenas formas, eso sí,—nos significó que no quería acceder á nuestra peticion.

Con esta contestacion, que no la esperábamos, quedamos desconcertados; no sabíamos ya á quién dirigirnos: en esto, mientras fluctuábamos en medio de las ondas de nuestra perplejidad, llegó á nosotros la señora Condesa, á presentarnos una propuesta suya.

—El terreno—nos dijo—que está por la parte occidental de mi casita de campo, es verdad que no es exclusivamente mio, como quiera que

á la muerte de mi primer marido cúpoles en herencia tambien á mis hijos que tuve de él (el Sr. Conde de Fusco); pero por lo que á mí toca, y en la parte que á mí me corresponde, cedo desde ahora, y de muy buena gana, lo necesario para la construccion de la iglesia.

Pareciónos entónces haber hallado la deseada solucion de la dificultad que tan extemporáneamente viniera á embarazar la prosecucion de nuestros designios. La tan anhelada iglesia, por consiguiente, no se construiría ya frente á la antigua parroquia, como nos había aconsejado el santo Prelado de Nola, ni tampoco á la parte oriental, segun había designado el presbítero Federico, sino por el lado opuesto, sobre una vasta superficie, y con la entrada principal por la carretera provincial de Nápoles-Salerno.

Enseguida, trasportados de indecible alegría, bajamos todos al local que creíamos destinado para nuestra tan suspirada iglesia, y sin más, nos pusimos á plantar piquetes y á delinear una espaciosa iglesia, con una sacristía muy capaz, habitacion para el Cura, y otros accesorios.

—Conviene escribir--dijo la Condesa--al señor Obispo, que todo se halla dispuesto, que han desaparecido los obstáculos, que se han vencido las dificultades, y que no hay mas que poner las manos á la obra.

—Se escribió, pues, al Ilmo. Prelado, que contestó á vuelta de correo; pero él, cual varon consumado en la prudencia, cuyo ojo previsor abarcaba las más remotas consecuencias, nos reconvinó paternalmente y nos dijo:

—¿Cómo habeis podido tomar la resolucion de edificar la iglesia sobre un suelo indiviso y que pertenece á menores de edad? Estos cuando lleguen á ser mayores, tendrán derecho á reclamar lo que es suyo, y podrán, por consiguiente, apropiarse el terreno con la iglesia en él edificada.

Esta sábia y autorizada reflexion del Ilustrísimo Monseñor, nos hizo abandonar este último proyecto, que en un principio creímos había allanado todas las dificultades; y de nuevo nos vimos rodeados de las más densas tinieblas, y nuestro corazon combatido y azotado por los oleajes de la más angustiosa incertidumbre y perplejidad.

CAPÍTULO VIII.

LATIANO Y POMPEYA.

Affligíanme mucho las contrariedades que á lo mejor nos salían al encuentro y embarazaban la ejecucion de nuestros proyectos. Y como si las

que hasta entónces se nos habían ofrecido fueran pocas, héle aquí otra mayor. Era el 12 de Marzo cuando recibí de Latiano, provincia de Otranto, tres telegramas que, con toda urgencia, me llamaban allá, porque mi buena madre hallábase á la muerte, víctima de una congestion cerebral.

Ya otras veces había sufrido estos peligrosos accidentes, á causa de la palpitation de corazon que habitualmente la aquejaba, y había visto amenazada sériamente su preciosa existencia, pero este último ataque era efectivamente mortal.

Fué grande mi consternacion; sobre todo, mi corazon sintióse profundamente lastimado al saber que se hallaba imposibilitada para recibir los últimos sacramentos de la Iglesia, así como tambien como para firmar su testamento, de que dependían la paz y el buen acuerdo de dos familias.

Los amigos y los facultativos de Nápoles, así que se enteraron del carácter de la enfermedad, a tuvieron por muerta.

Yo me apresuré á ir á la iglesia de la Venerable Orden Tercera, llamada del Rosario de *Porta Medina*; y allí, postrado delante de aquel mismo altar de la Madre de misericordia ante el cual cinco años antes me pusiera el santo

escapulario de religioso Terciario, derramé mi angustiado corazon, y con toda la efusion de mi alma supliqué á la Soberana Consoladora de los afligidos salvase á mi querida familia de tan sensible desgracia, y tuviese á bien ahorrarle tan doloroso infortunio. Desde el augusto trono de su gloria veía Ella todo mi interior, y mi irrevocable resolucion de nunca jamás abandonar la santa empresa de levantarle en Pompeya un nuevo santuario, para glorificacion de su santo Rosario.

Fuíme al dia siguiente á avistarme con mi amigo D. Genaro; referíle mi grande desventura, y que, por consiguiente, se suspendiese todo trato acerca del terreno para la edificacion de nuestra deseada iglesia, hasta mi regreso de mi casa paterna.

Pero tambien en la casa de mi queridísimo amigo me aguardaba otra escena de duelo y de afliccion.

Entré en la casa del Sr. Federico, que, por la poca luz que recibía ese dia, tenía un aspecto tétrico que desde sus umbrales anunciaba el dolor que á toda la familia embargaba. En efecto, encontrábase la numerosa familia sumida en la más profunda consternacion. El jefe de la casa, D. José, á los 67 años de su edad, estaba al punto de exhalar su postrer aliento.

El ardor de la fiebre habíale privado del habla, su mente era presa del delirio, veíanse sus ojos casi cristalizados; una cruel *pleuro-pneumonia* le había conducido al borde de la eternidad; ya no estaba en disposición de poder recibir los santos Sacramentos, ni de hacer su testamento.

Su médico de cabecera, después de agotados inútilmente todos los recursos de la ciencia, había ya, con grande sentimiento suyo, prevenido á la consternada familia de lo desesperado de la situación del enfermo.

Ante aquel tristísimo espectáculo y ante la extraña coincidencia de dos casos tan parecidos, me sentí afectado hondamente, y recordé que precisamente aquel día —13 de Marzo— era el trigésimo del establecimiento de la devota Cofradía del Smo. Rosario y de la religiosa inauguración de este culto en Pompeya.—¡Pero qué caso más singular! dije como balbuciendo. ¡No ya uno, sino dos moribundos! ¡Y después, en un mismo día, la muerte cruel pretende cebarse en mi carísima madre y en el amadísimo padre de mi único amigo y sócio en la árdua empresa que aquí hemos iniciado! ¿Y será posible que la divina Madre del Rosario, que enjuga tantas lágrimas y se muestra tan misericordiosa para con otros, desoiga los gemidos y las sentidas

plegarias de los que con tanto amor promueven su obra?

Penetrado de estos sentimientos de confianza en la dulcísima Madre de misericordia, dije algunas palabras más, con el caritativo objeto de endulzar algún tanto el acerbo dolor que lastimaba desapiadadamente los corazones de todos, inspirándoles una tierna y filial confianza en la misericordiosísima Consoladora de los afligidos. Referíles luego la idéntica desventura que cubría de luto mi casa de Latiano. Entónces el otro hijo del enfermo, también sacerdote, don Romualdo, sugirióle á su padre moribundo emitiese un voto en favor de la obra comenzada en honra de la divina Señora.

Y él hízolo enseguida, prometiendo contribuir á la obra no tan solo con la respetable limosna de 425 liras, sino también con el gratuito trabajo de sus propias manos.

Después de esto, yo me despedí de aquella familia y partí para mi pueblo natal, llegando al término de mi camino, á Latiano, al día siguiente al anoecer. Tuve la dicha de hallar á mi querida madre todavía con vida, aunque privada del habla y de todo sentido, y en el estado de la más completa anestesia. Pero con todo eso, yo no perdí del todo la esperanza: Empecé por rogarla repitiese conmigo el *Ave-María*,

esforzándose en articular de la mejor manera posible las dulces y angélicas palabras. Y ¡oh portento! al paso que iba balbuceándolas se la soltaba la lengua.

Al cabo de cinco días — y precisamente el 19, fiesta del gloriosísimo Patriarca San José — había podido mi querida madre firmar su testamento, se había fortalecido su espíritu con el Pan de vida eterna, y rebosando alegría sentábase á la mesa rodeada de todos sus hijos, quienes habían venido de diferentes puntos de la península para llorarla muerta y dar á su cuerpo honrosa sepultura.

Lo propio sucedía en la familia del señor Federico. Aquella misma tarde que yo salí para mi pueblo, cuando el mal parecía había llegado á su periodo álgido, y todo al parecer pronosticaba un funesto desenlace en la persona de D. José Federico, como por encanto y cual ténue nubecilla herida por los rayos solares, desaparecía la enfermedad, cesaba el ardor de la fiebre, y renacía la vida en los paralizados miembros del enfermo, de modo que al día siguiente pudo éste, en compañía de toda su familia que rebosaba de indecible alegría, rezar el santo Rosario en acción de gracias á María. El día 19 de Marzo, como en mi casa en Latiano, en la del señor

Federico celebróse con júbilo el faustísimo acontecimiento (1).

CAPÍTULO IX.

EN FRANCAVILLA FUNTANA.

¡Apulia! ¿Quién dejará de amar esa generosa region, cuna de un pueblo tan fogoso, tan ardiente y á la vez tan sábio? ¿Quién al recordar su nombre no admirará la fertilidad de su suelo y la belleza de su campo, rico de pingües y risueños olivares, fecundo de exquisitas uvas y de finos cereales, mereciendo en su consecuencia el nada modesto dictado de *La Copa de oro* del reino de Nápoles? Desde mi tierna infancia aprendí yo á amar esa hermosa region, que el poeta Rinaldi apellida la *Bersabea de Italia* (2).

Allí respiré las primeras áuras vitales, físicas y morales. Nací en Latiano, provincia de Lecce, pueblecillo de unos siete mil habitantes, rodeado

(1) Así lo atestiguaron y dieron fé de este suceso, firmando con su propio nombre, los siguientes testigos: *Romualdo y Genaro, sacerdotes, Federico, Pascual, Angela, Josefa y Rosa Federico; Lucia de Vivo, Carlo Yzzo, Miguel Pastore, Juan Cirillo, párroco, y D. Antonio di Palma, presbítero.*

(2) De Bonis, *Spina e Rose Pompeiane.*

por todas partes de viñas y amenos jardines, y situado — poco distante de la ciudad de Brindis — en una deliciosa llanura y bajo un cielo siempre apacible y risueño. Mi amadísimo padre esmeróse mucho en mi primera educacion, confiándola, desde mi tierna edad de seis años, á los RR. PP. Escolapios, que á la sazón tenían en Francavilla Fontana un colegio floreciente.

Francavilla es una respetable ciudad de más de veinticuatro mil almas, con anchurosas y hermosas calles, con muchas iglesias, numerosos conventos y hospitales, y un colegio para la educacion de la nobleza juvenil. Es una de las más cultas y aristocráticas ciudades de toda la provincia; y yo siempre la he tenido, tanto por mi larga estancia en el colegio, como por la vida moral é intelectual que allí heredé de los RR. PP. Escolapios, por mi segunda pátria.

— Ya que me encuentro aquí — me dije entonces — y, gracias á Dios, está ya buena mi madre, bueno será que trabaje para que mi permanencia en esta resulte algo ventajosa para mi templo de Pompeya.

Al efecto, me propuse recorrer todos los pueblos circunvecinos, para ir publicando en ellos las divinas grandezas del Rosario, y recoger al propio tiempo cuantas suscripciones y limosnas

pudiere para la nueva iglesia que tan ocupado me traía.

Comencé mi peregrinacion, desde mi segunda pátria, Francavilla. Recuerdo con precision el día: era el 24 de Marzo del siempre memorable año de 1876, víspera del más solemne y venturoso día para la humanidad, día en que el parainfante celeste descendía del Empíreo, enviado por el Eterno para anunciar á la más afortunada de las criaturas, á la Inmaculada Virgen de Nazaret, la buena nueva de que Dios la destinaba y la elegía para su Madre y su coadjutora para llevar á cabo la grandiosa obra de la redencion del mundo; quiero decir, la Anunciacion de María y la Encarnacion del Verbo Divino.

Habían pasado dieciocho años desde que dejé Francavilla. Es verdad que entre los principales señores de la ciudad, había muchos de mis antiguos amigos y compañeros de colegio; pero con todo, me temía mucho que una generacion crecida, durante mi larga ausencia, en un ambiente saturado del espíritu moderno, espíritu de indiferencia en materia de religion, espíritu de partido y de luchas intestinas en lo civil y político, me temía mucho — repito — que una generacion crecida en tan desfavorables condiciones para los intereses religiosos, acogiese con la mayor frialdad mi proyecto.

por todas partes de viñas y amenos jardines, y situado —poco distante de la ciudad de Brindis— en una deliciosa llanura y bajo un cielo siempre apacible y risueño. Mi amadísimo padre esmeróse mucho en mi primera educacion, confiándola, desde mi tierna edad de seis años, á los RR. PP. Escolapios, que á la sazón tenían en Francavilla Fontana un colegio floreciente.

Francavilla es una respetable ciudad de más de veinticuatro mil almas, con anchurosas y hermosas calles, con muchas iglesias, numerosos conventos y hospitales, y un colegio para la educacion de la nobleza juvenil. Es una de las más cultas y aristocráticas ciudades de toda la provincia; y yo siempre la he tenido, tanto por mi larga estancia en el colegio, como por la vida moral é intelectual que allí heredé de los RR. PP. Escolapios, por mi segunda pátria.

—Ya que me encuentro aquí—me dije entonces— y, gracias á Dios, está ya buena mi madre, bueno será que trabaje para que mi permanencia en esta resulte algo ventajosa para mi templo de Pompeya.

Al efecto, me propuse recorrer todos los pueblos circunvecinos, para ir publicando en ellos las divinas grandezas del Rosario, y recoger al propio tiempo cuantas suscripciones y limosnas

pudiere para la nueva iglesia que tan ocupado me traía.

Comencé mi peregrinacion, desde mi segunda pátria, Francavilla. Recuerdo con precision el día: era el 24 de Marzo del siempre memorable año de 1876, víspera del más solemne y venturoso día para la humanidad, día en que el paraninfo celeste descendía del Empíreo, enviado por el Eterno para anunciar á la más afortunada de las criaturas, á la Inmaculada Virgen de Nazaret, la buena nueva de que Dios la destinaba y la elegía para su Madre y su coadjutora para llevar á cabo la grandiosa obra de la redencion del mundo; quiero decir, la Anunciacion de María y la Encarnacion del Verbo Divino.

Habían pasado dieciocho años desde que dejé Francavilla. Es verdad que entre los principales señores de la ciudad, había muchos de mis antiguos amigos y compañeros de colegio; pero con todo, me temía mucho que una generacion crecida, durante mi larga ausencia, en un ambiente saturado del espíritu moderno, espíritu de indiferencia en materia de religion, espíritu de partido y de luchas intestinas en lo civil y político, me temía mucho —repito— que una generacion crecida en tan desfavorables condiciones para los intereses religiosos, acogiese con la mayor frialdad mi proyecto.

Pensé sería prudente dirigirme primero á una de las más distinguidas familias del patriciado francavillano, á la del Comendador Don Luis Foresio, cuyo hijo Don Juan había sido mi discípulo y camarada.

La cordial y cariñosísima acogida que me dispensó esta familia, mitigó bastante mis temores, inspirándome además nuevo aliento para proseguir mi pesada tarea. Le expuse luego el objeto de mi visita, y le pedí una nota de todas las familias á las que podía presentarme sin temor de verme desairado ó humillado en mi demanda.

— Afortunadamente — me contestó Don Luis — se encuentra entre nosotros nuestro amadísimo Padre y Pastor el Ilmo. y Rmo. Obispo de Oria. Es sumamente rico, millonario: ha dado últimamente ciento cincuenta mil liras á los Reverendos PP. Pasionistas de Manduria, para edificar allí un convento y una iglesia, todo de nueva planta.

Dilatóseme el corazón al oír tan buena nueva, y fortalecido mi ánimo ante la esperanza que me infundía la halagüeña perspectiva que me parecía columbrar ante la generosidad del Ilustre Prelado, dije para mi interior: si para una ciudad como Manduria que tiene tantas iglesias, dá mi Prelado la cuantiosa suma de ciento cincuenta

mil liras, ¡oh!, cómo me recibirá á mí, natural de su Diócesis, y que trato de edificar una iglesia en un punto donde Dios es tan poco conocido y todavía menos amado!

La primera visita, por consiguiente, quise hacerla al munífico y santo Prelado. Y así, con tan lisonjero presentimiento, fuíme á su palacio.

— ¿De parte de quién debo llevar el recado? me preguntó un camarero.

— De parte del señor abogado Bartolo Longo, de Latiano, le contesté enseguida.

Después de unos cuantos minutos, apareció la venerable figura de un anciano de elevada estatura, pero demacrado por el peso de los años, el cual, parándose á cierta distancia, miróme con mucha atención. Mi aspecto no debió parecerle muy halagüeño; mi pálida faz y mis ademanes tal vez, hicieronle ver en mí alguna persona sospechosa. Sin duda más de una vez y á costa de su bolsillo hubo de experimentar, durante su larga carrera, la perversidad de los hombres, y por consiguiente no es extraño que su mucha experiencia le hiciera circunspecto y algo receloso. Y como no pasan en vano los años, su respetable edad de ochenta, habíale además entorpecido mucho el oído.

— ¿Quién eres y qué deseas? me preguntó con algun recelo.

—Soy —Ilustrísimo Señor— el abogado Bartolo Longo, de Latiano, le respondí en alta voz para que me pudiese entender: há muchos años que vivo en Nápoles, la Providencia me ha llevado á Pompeya, el Sr. Obispo de Nola ha tenido á bien poner sobre mis débiles hombros el pesadísimo cargo de hacer edificar allí una iglesia, para que los pobres campesinos de aquella abandonada tierra, que carecen de ella, siquiera puedan vivir cristianamente; y antes que á ninguno otro, he venido á visitar á su Ilma. como á mi amado y venerado Padre y Pastor, á implorar la largueza de su paternal bondad en favor de una obra tan benéfica y santa.

Naturalmente que debiendo hablar fuerte para hacerme oír y mucho más por esa especie de natural rubor que suele ser hijo del acto de demandar una limosna, inmutóse sin duda el color de mis mejillas; lo cual, unido á mis palabras, bastó para que el venerable anciano se confirmase en su preconcebida idea, tan desfavorable para mi humilde persona, de que trataba de hacerle víctima de algun engaño, tanto más, cuanto que siendo yo un desconocido para él, me veía en el acto de mi demanda con cierta resolución y desenfado. Así es que, para abatir mi osadía y librarse de tan importuna visita, me contestó con acento muy significativo:

—¿Ha dicho el Obispo de Nola? le conozco. El es muy rico; por sí solo puede edificar una iglesia. Vuelve, pues, vuelve á él.

—Ruego á V. E. tenga á bien escucharme.

—Véte, véte, me replicó con más vehemencia.

—Lo cual acabó de descorazonarme, y bajando la cabeza en señal de reverencia, todo confuso y amedrentado, y lleno de rubor y vergüenza, tomé mi sombrero y dirigíme hácia la escalera, para salirme cuanto antes de un lugar donde tan desfavorable acogida había tenido mi demanda.

Una vez en la calle, corrido y avergonzado de mi mismo, exclamé:

—¡Oh! he comenzado bien! Si así me trata el Sr. Obispo, ¿qué espero de los demás? qué, sino que me prendan y me lleven á la cárcel?

Estuve indeciso si volver en seguida á Latiano, ó quedarme aquel día y el siguiente en Francavilla, para probar si, valiéndome de mis antiguas relaciones, podría resarcirme del gran desengaño que acababa de sufrir. Me resolví por esto último, á pesar del desaliento que se había apoderado de mí despues de la descomunal repulsa que me cupo, por mi desdicha, en la casa del primero y más caritativo personaje de la villa, á fin de no perder mi viaje á mi querida pátria, y que no fuese sin el menor provecho para mi

intento mi estancia entre mis antiguos paisanos. Fúme, pues, de nuevo al Sr. Comendador Foresio y le referí la mala suerte de mi empresa.

—Es preciso— me dijo el Sr. Comendador— que el venerable Prelado le haya tomado á usted por otro, para mostrársele tan ceñudo. Dése V. á conocer á Su Ilustrísima por medio del señor Síndaco, su pariente de V., y estoy seguro de ello, se apresurará á reparar su pasada equivocación.

Seguí fielmente tan discreto consejo, y el señor Síndico, D. Juan Galante, me trajo por respuesta la oferta de veinte liras, con muchas disculpas de parte del hermano del anciano y venerable Prelado (1). Mientras tanto, en estas idas y venidas, y por un cierto desaliento de que me hallaba sobrecogido, pasó aquel día sin otra cosa digna de mención. El desaire recibido me estaba diciendo no era prudente me presentase solo á las familias, siendo como era desconocido, sino acompañado de alguna persona de respeto que

(1) A fin de tributar el debido homenaje á la familia del ilustrísimo Prelado, á la cual era yo por aquel entonces desconocido, debo notar aquí que su sobrina, la egrégia señora Margarita Carísimo, costea actualmente la erección de una capilla en Francavilla, en honor de la Virgen de Pompeya. ¡Maravillosas disposiciones de la Providencia!

garantizase la santidad de mi demanda, y asegurase á las familias de todo peligro de engaño. Era, pues, necesario que yo me escudase bajo la influencia de un buen amigo que, con entera confianza y sin temor de exponerme á nuevos desaires, pudiese presentarme á ellas. Fué esto lo que más me preocupó aquella noche. Estaba hospedado en la casa del arriba mencionado Sr. Alcalde; madrugué mucho al día siguiente; dos horas antes de amanecer estaba ya levantado.

El alegre y festivo clamoreo de las campanas de la Santa Iglesia Catedral anunciaban llegada la hora de saludar, con los arreboles de la mañana, á nuestra divina Madre, dirigiéndola la misma salutación con que há ya diecinueve siglos y medio, ese mismo día y á la misma hora, la honró el parainfo celeste anunciándole el gran misterio, escondido á los ojos de los grandes y de los sábios del mundo— como dice el Apóstol— misterio á todas luces grande de piedad, de la Encarnación del Verbo Divino, y la elección que el Altísimo hiciera de su humildad, para ser Madre de su Unigénito.

Todavía no se dejaba ver en nuestro hemisferio la radiante faz del astro del día. Las ondas sonoras de los sagrados broncees alegraron mi corazón, inspirándome á la vez tiernos sentimientos

de recogimiento y oracion. Me prosterné, elevé mi espíritu hácia la Bendita entre las mujeres, y, con las sublimes palabras del mensajero celestial, la saludé con todo el afecto de mi corazón, manifestándola al propio tiempo la necesidad que tenía en ese día de un ángel en figura humana, que me confortase y guiase á anunciar á los vecinos de Francavilla la buena nueva de su nuevo templo en Pompeya, de aquel mismo templo que—por más que por aquel entonces á mí no se me alcanzase—había de ser, segun los altos designios de Dios, en el decurso de los años, tambien un misterio, pero un misterio de amor, un misterio de piedad inefable. *Et manifeste magnum est pietatis sacramentum.* Misterio de bondad y de misericordia de María hácia los ingratisimos hijos de los hombres, en una época tan estragada como la nuestra, que, cuanto más la irradia de luz el cielo, tanto más á tientas anda, y cual las aves nocturnas, más atolondrada y más ciega queda. En efecto, no más tarde que siete años—como luego se dirá—Francavilla recibía de las inagotables riquezas de bondad de María inapreciables beneficios, favores soberanos, señaladísimas gracias.

Antes que el lucero de la mañana desterrase la oscuridad de la noche, fuíme á la iglesia con el fin de oír la primera misa, tal vez por aquello

de que «á quien madruga, Dios le ayuda, y no quería yo desmerecer tan soberana ayuda. Bien pronto me ví en medio de una muchedumbre de fervorosos fieles que acudieron á la misa del alba, y que llenaban no sólo la gran capilla de la Virgen de la Fuente—do se celebra aquélla—, pero tambien toda la nave derecha. Pedí mucho á la Sma. Virgen me deparase propicia un compañero fiel que me guiase en aquel día. Me acordaba mucho de mi antiguo amigo Don Luis Salerno, maestro municipal á la sazón, muy conocido, por lo tanto, en toda la ciudad por el oficio que desempeñaba, hombre al par que piadoso, desocupado.

—Mas ¿dónde podré hallarle á estas horas?—decía yo para mí. — ¿Y quién sabe si al presente se encontrará en ésta?

Pero, ¡cuál no sería mi sorpresa cuando al salir del templo, en medio de toda aquella confusa muchedumbre, oigo que me llaman con mi propio nombre! Miré al instante hácia á aquella parte de donde me pareció salir la voz, y ¡oh qué gozo!, víme frente á frente de aquél mismo amigo en quien tantas veces había pensado durante el acto más solemne de nuestra sacrosanta religion.

—¡Hola amigo! tú tambien por estas tierras! ¿A qué obedece tan feliz encuentro? ¿Qué motivos

te han traído á ésta? ¡Y tú, querido amigo, á estas horas en la iglesia! Estas fueron las primeras palabras que espontáneamente nos dirigimos. Él entónces comenzó á referirme cómo sin tenerlo por costumbre, é impulsado por una fuerza misteriosa de la que no sabía dar razon, había ido á oír la primera misa.

Llévete, pues, aparte, y una vez solos, le dije á mi vez, en el seno de la mayor confianza, y por consiguiente sin preámbulos:

—Esto y esto me pasa. Tú, querido amigo, puedes serme de grande ayuda en este negocio.

—Con mil amores; aquí me tienes á tu disposicion: manda á tu amigo, que á pedir de boca me tendrás siempre á tus órdenes.

Mi querido amigo mantuvo fielmente su palabra, y yo, con su ayuda y en su compañía, pude recorrer toda la villa, penetrando en las casas y familias más ricas, é inclinándolas á todas á favorecerme en mi demanda con la triste y conmovedora relacion del deplorabilísimo estado de abandono, en lo moral y religioso, en que desgraciadamente se hallaban los pobres labriegos pompeyanos, á la vez que las animaba á que gustasen las sublimes bellezas del Santísimo Rosario.

En verdad que no trabajé en vano: la aceptacion que mi proyecto encontró en Francavilla,

superó con mucho mis más halagüeñas esperanzas, y sería yo un ingrato si dejase de consignar en estas páginas, como monumento perenne de mi profundo reconocimiento, la generosa piedad de mis paisanos.

Personas de todas las condiciones y de todos los estados me honraron con el óbolo de su caridad; recuerdo especialmente entre éstas, algunos individuos que en la villa pasaban plaza de incrédulos y ateos. ¡Oh! pluguiese al cielo que aquella generosidad en favor de la Madre de Misericordia, fuese la buena semilla y como el primer estaban de esa bienaventurada cadena de disposiciones que les vaya cada vez más acercando á la verdad, hasta el punto de que finalmente, haciendo caer la fatal venda que cubre sus ojos, la vean claramente y la abracen con aquel intenso ardor que le es connatural á nuestra alma abrazarse con ella, segun observa sábiamente el gran Padre de la Iglesia San Agustin, cuando dice: *Quid fortius desiderat anima quam veritatem?* Y sea tambien un feliz agüero de aquella paz que en vano buscarán sus ansiosos corazones en el mundo, pues que éste no se la puede dar porque no la tiene; y no la tiene, porque solo se halla en el amor de Dios y en el de su bendita Madre. ¡Ah! ciertamente que la dulcísima Madre de Misericordia no se olvidará de

los que en las Pullas han tenido la dicha de ser los primeros que con su piadosa oferta han apoyado y promovido una obra que la es tan cara, y por cuyo medio ha querido acreditar una vez más su inmenso valimiento ante el divino acatamiento, y las inagotables riquezas de su maternal bondad en pro de los míseros mortales.

En el brevísimo espacio de solos cuatro días logré reunir la suma de 490 liras, suma que, atendidas la índole de la época y la brevedad del tiempo, pudo parecer fabulosa.

CAPÍTULO X.

AYUDA INESPERADA DEL CIELO Y PRODIGIOSA CURACION DE LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION VASTARELLA.

Después de recorrer además —y por cierto con feliz suceso— la ciudad de Mesagne, mi pueblo natal y algun otro punto de las Pullas, volvíme á Pompeya.

Así que llegué acá, vinóme con los brazos abiertos y rebosando alegría mi querido amigo y celoso cooperador, Sr. Federico.

—D. Genaro —le dije— manos á la obra; ni un solo momento podemos ya detenernos. Urge

ante todo adquirir el terreno para, cuanto antes, echar los cimientos del nuevo templo, y por lo tanto es preciso volver á entablar tratos con el primer propietario, es decir, con el dueño del terreno que el Ilmo. Señor Obispo designó para esta obra, y está situado al lado de la vieja parroquia, en la provincia de Nápoles.

—Pero el propietario no cede—me contestó—y lejos de eso continúa en sus trece y por trescientos pasos exige nada menos que mil setecientas liras. De se modo, no tendremos para comenzar los cimientos.

—Consultemos, pues, antes sobre este particular á nuestro santo Prelado, que Dios se dignará hablarnos por medio de S. E. Ilmo.

Corría la primavera del año 1876. A los frios y lluviosos días de Marzo, siguieron los hermosos y apacibles de la encantadora estacion de las flores, que bajo la influencia de los vivificadores rayos del brillante Febo, se anticiparon al tiempo, transformando la deliciosa y fecunda vega de Pompeya en un tapiz de mil variados y delicados matices. Era la mañana del 3 de Abril, cuando la Condesa y yo salíamos de la iglesia del Rosario, en la *Porta Medina*, fortalecidos con el Pan de vida eterna, para con nuevos

los que en las Pullas han tenido la dicha de ser los primeros que con su piadosa oferta han apoyado y promovido una obra que la es tan cara, y por cuyo medio ha querido acreditar una vez más su inmenso valimiento ante el divino acatamiento, y las inagotables riquezas de su maternal bondad en pro de los míseros mortales.

En el brevísimo espacio de solos cuatro días logré reunir la suma de 490 liras, suma que, atendidas la índole de la época y la brevedad del tiempo, pudo parecer fabulosa.

CAPÍTULO X.

AYUDA INESPERADA DEL CIELO Y PRODIGIOSA CURACION DE LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION VASTARELLA.

Después de recorrer además —y por cierto con feliz suceso— la ciudad de Mesagne, mi pueblo natal y algun otro punto de las Pullas, volvíme á Pompeya.

Así que llegué acá, vinóme con los brazos abiertos y rebosando alegría mi querido amigo y celoso cooperador, Sr. Federico.

—D. Genaro —le dije— manos á la obra; ni un solo momento podemos ya detenernos. Urge

ante todo adquirir el terreno para, cuanto antes, echar los cimientos del nuevo templo, y por lo tanto es preciso volver á entablar tratos con el primer propietario, es decir, con el dueño del terreno que el Ilmo. Señor Obispo designó para esta obra, y está situado al lado de la vieja parroquia, en la provincia de Nápoles.

—Pero el propietario no cede—me contestó—y lejos de eso continúa en sus trece y por trescientos pasos exige nada menos que mil setecientas liras. De se modo, no tendremos para comenzar los cimientos.

—Consultemos, pues, antes sobre este particular á nuestro santo Prelado, que Dios se dignará hablarnos por medio de S. E. Ilma.

Corría la primavera del año 1876. A los frios y lluviosos días de Marzo, siguieron los hermosos y apacibles de la encantadora estacion de las flores, que bajo la influencia de los vivificadores rayos del brillante Febo, se anticiparon al tiempo, transformando la deliciosa y fecunda vega de Pompeya en un tapiz de mil variados y delicados matices. Era la mañana del 3 de Abril, cuando la Condesa y yo salíamos de la iglesia del Rosario, en la *Porta Medina*, fortalecidos con el Pan de vida eterna, para con nuevos

alientos emprender la nada agradable tarea de recorrer la ciudad, yendo de casa en casa y de familia en familia de las que teníamos en concepto de piadosa. Yo comencé mi jornada por la calle de Toledo, y la Condesa y su compañera, la señorita Ernesta Freda, tomaron un coche de plaza y se dirigieron por la de Chiaia, y luego, no sé por qué pendencias con el cochero, cambiaron de rumbo, tomando la vía di Capodimonte.

Pasada la gran cuesta, detuviéronse en la primera explanada junto al palacio Mautone, en el sitio denominado Santa Teresa, núm. 81.

Sabían que allí vivía una señora de notoria piedad y muy caritativa, pero no la conocían sino por su sobrenombre, que era Vastarella. Dirigíanse á ésta con propósito de suplicarla se dignase aumentar la lista de bienhechores de la nueva obra de Pompeya, seguras de que en esta ocasion no desmentiría su bien acreditada opinion de muy piadosa. Tenía muchas escaleras el palacio.

—¿Nos haría V. —dijéronle al portero— el favor de decirnos dónde vive la señora Vastarella?

Con mucha gravedad, y sin moverse para nada de su puesto, contentóse el portero con señalarlas la escalera de la parte izquierda.

Comienzan á subir las dos señoras, pero en ninguna puerta ven grabado el nombre de Vastarella.

Siguen subiendo, y vén en esto un letrero sobre una puerta del segundo piso, que decía *Miccio*. Estaba abierta la puerta, y se veía un tropel de gente que, con visibles señales de profundo pesar, entraba y salía.

—¿Nos hace V. el favor de decirnos dónde vive la señora Vastarella? preguntaron las dos señoras á otra que entraba entónces en el cuarto.

—La señora por quien preguntan Vdes. no vive aquí, sino en la otra parte; vayan ustedes por la escalera de enfrente.

—Dispense V., que el portero nos ha dirigido por ésta.

—¡Ah, sí! exclamó entónces aquella, tiene razon el portero: la señora Vastarella hoy se encuentra aquí por un motivo muy doloroso por cierto; su hija está á la muerte.

Al oír tan funesta al par que inesperada noticia, pensaron volver atrás, pues era mucha indiscrecion en aquellas circunstancias hablar á una madre desolada, que llora sin consuelo el inminente fatal desenlace de su hija, de proyectos y designios encaminados á glorificar á María y beneficiar al pueblo de Pompeya.

Afortunadamente en aquel mismo instante se dejó ver la otra hija de la Sra. Vastarella, la señorita Ana, que, cansada de llorar, con los

ojos entumecidos por el llanto, salía del cuarto.

Como celadora que era del Sagrado Corazon de Jesus, bien pronto conoció á la Condesa, y creyendo, que iban con el piadoso intento de promover las inscripciones en la Cofradía del Divino Corazon, las invitó á que entrasen dentro, porque parecióla que las dos Señoras llegaban muy oportunamente, como enviadas por la soberana Consoladora de los afligidos, para enjugar las lágrimas que en abundancia brotaban de los ojos de todos los de su familia, pero en especial de los de la madre, vertiendo en su traspasado corazon el dulce bálsamo de sus palabras inspiradas por la más viva fé y ardiente caridad. Entraron, pues, las tres en las habitaciones interiores, mudos testigos á la sazón de un espectáculo por todo extremo lastimero, y sobre todo encarecimiento doloroso.

Véase allí una jóven esposa con el fruto de bendicion en su seno, con la cara desfigurada, perdidos ya los sentidos y el habla, con la respiracion sumamente anhelosa, parecida al estertor de la muerte, que presa de horribles dolores, gesticulaba y hacia espantosas contorsiones, revolviéndose á todas partes y agitándose extrañamente; con todas las señales precursoras de un fatal desenlace, que no dejaban la menor

esperanza de vida ni para la madre ni para la infeliz criatura que traía en su seno.

Llamábase la desventurada señora, Concha Vastarella, hija de D. Juan y D.^a Luisa Passaro, y esposa del Sr. D. Vicente Miccio. La ciencia se declaraba impotente, por boca de sus ilustres representantes el egregio Cav. Novi y el eximio profesor Cantani, para salvarla. Desahuciada, pues, por dichos renombrados médicos, sin esperanza en las prescripciones del arte saludable, y abandonada de la ciencia, veíase ante los frios y tétricos umbrales de la muerte.

Sus afligidos padres, su desolado marido y todos de la familia, pedían con muchas lágrimas y fervorosas oraciones á Dios y á su bendita Madre por su salud, obligándose con voto formal y expreso.

Era cerca de mediodía, cuando se observó que la existencia de la enferma corría veloz hácia el término fatal de nuestra misera y trabajosa carrera, hasta el punto que no vaciló en profetizar el doctor Novi esta fatídica y sentencia: *otro acceso de convulsiones y acabóse todo.*

Hiciéronle salir de la alcoba al más que afligido, consternado padre de la paciente, y se llamó al ministro de Dios para que, en cuanto lo permitiese la en extremo dolorosa situacion de la

enferma, la confortase y la dispusiese para el gran paso que iba á dar á la eternidad.

En tan dolorosas circunstancias, y en aquellos supremos momentos, entraba la señora Condesa en la casa de los Sres. Miccio.

Sin atreverse á mirar á la moribunda, se acercó á su dolorida madre, que estaba en un sofá sumida en un abismo de dolor, pero dolor superior á todo encajecimiento, convertidos sus ojos en dos manantiales de amargas lágrimas.

Cuando cayó en cuenta de la presencia de las visitantes, aumentando su llanto compasivo, les dijo entre gemidos y sollozos.

— ¡Ah señoras mías! ya no hay para mis males remedio: he recurrido al adorabilísimo Corazon de Jesus, y á nuestra Señora de Lourdes que tantas lágrimas enjuga piadosa allá en las rocas y ásperas breñas de Massavielle, pero ¡ay desventurada de mí! todo ha sido inútil.

Entónces la Condesa, tomando la palabra con destreza, alabó su fervor, y la aseguró que también ella veneraba y tenía en mucho esas devociones, pero que el objeto de aquella visita no era ese, sino el de pedir á ella y á su familia su poderoso concurso para llevar felizmente á efecto la obra que se trataba de realizar en el

desolado valle de Pompeya, es decir, una nueva iglesia para gloria de Dios y del santo Rosario de su bendita Madre.

Y diciendo esto, refirióla sucintamente cuanto de extraordinario aconteciera sobre el particular hasta aquel entónces. Y considerando despues el duelo que se había apoderado de aquella desolada familia, y reflexionando, por otra parte, sobre el caso impremeditado de encontrarse en una casa donde ella no era muy conocida y á donde había ido á parar aquella mañana más bien contra su intencion, puesto que había salido de su casa con objeto de dirigirse á la vía *Chiaia*, y un desagradable é imprevisto accidente habíala obligado á cambiar de itinerario, estando así pensativa y sin acordarse siquiera de visitar á la pobre moribunda, dijo á vista de todos, llena fé y con un acento de la mayor y más firme confianza, estas palabras:

No tengo la menor duda de que nuestra Señora del Rosario, por cuyo nuevo santuario he tomado este improbo trabajo y por lo cual me encuentro ahora en esta desoladísima casa, enjugará las lágrimas de todos ustedes, concediéndoles misericordiosa la gracia que también se ha dignado conceder á otras dos familias, trocando así su inmenso duelo en inefable consuelo.

Entónces uno de los presentes, que hubo de ser el médico; al observar la extraordinaria firmeza, la seguridad con que les prometía la gracia, contestó á la Condesa diciendo:

—*Pero estas palabras que V., señora, acaba de proferir, parécenme muy atrevidas; la enferma está ya á las puertas de la muerte, y el caso es de los más desesperados.*

Y precisamente por eso —le replicó la Condesa— porque el caso es muy desesperado, brillará con más vivos fulgores el poder de nuestra dulcísima Madre de misericordia.

Despues de esto, los invitó á que hicieran alguna promesa, obligándose á contribuir con alguna oferta, aunque fuese exígua, á la nueva obra de Pompeya, y á que rezasen con fé y devoción un rosario de quince misterios; y concluyó su exhortacion recordándoles aquello del Evangelio:

—Tengan fé: *Habete fidem Dei* (1).

—¡Ay! repuso la angustiadísima madre de la moribunda—es muy grande el descaecimiento de mi alma; ya no tengo confianza; toda esta noche la he pasado rogando al adorabilísimo y misericordioso Corazon de Jesus, le he hecho

(1) S. Marc. c. XI, v. 22.

muchas promesas, héle dirigido muy ardientes votos, pero ¡ay de mí! todo en vano. Tambien me he encomendado, por medio de un voto especial, á la soberana y prodigiosa protectora de mi familia, nuestra Señora de los Dolores; he mandado cera á la Virgen de Lourdes; pero todo inútil; se me han caído ya las alas de mi corazon, y es tan grande el desfallecimiento de mi espíritu, que yo no sé qué hacerme; haga Vd., pues, las promesas que quiera.

—Pues bien, contestóle la Condesa: prometa V. á la Divina Madre, que si movida á compasion de su duelo, la consuela en su inmensa tribulacion concediéndola gracia que de su soberana clemencia desea alcanzar, ha de publicarla y procurar llegue á conocimiento de todos, dejando al efecto un atestado fehaciente.

—¡Oh! no sólo haremos todo eso—respondió la afligida madre— sino que iremos á Pompeya, y allí, el mismo dia que el Prelado ponga la primera piedra del nuevo santuario, y á vista de todos, publicaremos la maravillosa gracia que la Madre de gracia y de misericordia tenga á bien concedernos.

Dicho esto, llegaron á la alcoba de la enferma.

Esta hallábase á la sazón en el baño; daba lástima el verla: sus lábios estaban cárdenos, dilatadas extraordinariamente las pupilas de sus ojos

ya casi apagados, sus dientes muy apretados, presa de horribles convulsiones todo su cuerpo, y ella sin sentido y sin conocimiento.

Hondamente impresionadas salieron de la alcoba la Condesa y su compañera, y muy emocionada por la tristísima impresión que acababa de recibir, volvió á su casa la Condesa, y comenzó á contar á la familia los inesperados sucesos que la habían ocurrido en su viaje de aquel día: que teniendo intencion de ir á Chiaia, habíase encontrado en Capodimonte, había equivocado la habitacion de Vastarella con la de Miccio, había visto con sus propios ojos la desolacion de aquella casa, el duelo de aquella desgraciada familia, y que conmovida por tan desgarrador espectáculo, les había prometido, sin la menor vacilacion y quizá temerariamente, nada menos que un prodigio en favor de la moribunda, por amor de su nueva iglesia de Pompeya.

El temor, la incertidumbre, la duda y un tropel de diversos y encontrados afectos se apoderaron de todos los circunstantes: y fueron solemnes y de suprema espectacion aquellos breves momentos—que entónces parecían siglos—que trascurrieron antes de que se supiese el éxito de la promesa. Y en verdad ¿cómo conocer si plugó ó no á la soberana Reina del empireo la absoluta confianza con que la Condesa aseguró á aquella

familia su favor, hasta el punto de prometer á nombre suyo un verdadero milagro?

—El mal de la señora Miccio—decíamos entre nosotros—corre veloz hácia la muerte. El estado en que la dejó la Condesa es en extremo aflictivo, desesperado, y no es posible dure mucho; y por consiguiente, en el mismo día de hoy ha de resolverse el angustioso dilema: ó la muerte de la infeliz señora, ó la señaladísima gracia de la Virgen sin mancilla.

—¡Oh qué acontecimiento para la obra de Pompeya, que la Virgen santísima volviese sus misericordiosos ojos hácia la pobre enferma, arrebatándola de las desapiadadas fáuces de la muerte con uno de esos soberanos rasgos de su maternal bondad!

Las campanas del vecino monasterio de Santa Mónica tocaban á vísperas.

Vivíamos á la sazón en el palacio del señor Passaro, núm. 290, en la calle de *Salvator Rosa*, barrio de San Efreⁿ *Nuevo*. Conservamos gratísimos recuerdos de esta casa, como que en ella tuvo su nacimiento la obra de Pompeya, y en ella tuvimos la feliz nueva del primer prodigio que la bendita Madre de Dios obraba en favor de su nuevo santuario en este Valle de triste memoria. Recuerdo tambien como una tan grata noticia nos la trajo una dama de acendrada

piedad, la señora duquesa Albertini Sori Carraffa.

—A estas horas—dijo entónces la Condesa— ó ha pasado ya á la eternidad la señora Miccio, ó ha sido favorecida por la Madre de misericordia; ó la muerte ha tendido sobre la desventurada familia su fúnebre manto y esta está anegada en llanto, ó bien la bienaventurada Madre de la Vida la ha mirado propicia y benigna, y se ha convertido el llanto en júbilo, y los gemidos en cánticos de alabanza y accion de gracias. Salgamos, pues, de esta dolorosa incertidumbre. Llamó enseguida á su antiguo y fiel criado, y le dijo:

—Véte al palacio Mautone —barrio de Santa Teresa— mira bien si el porton está medio cerrado, pues entónces sería señal cierta de que ha muerto ya la enferma, y así, sin entrar dentro ni preguntar nada á nadie, vuelve luego; pero si afortunadamente vieres la puerta enteramente abierta, entra dentro y pregunta al portero cómo sigue la enferma.

El bueno del criado marchó con el recado de su ama, y mientras lo ejecutaba, fué para todos nosotros una media hora de sobresaltos y de la más temerosa ansiedad. Pero... ¿quién podrá describir nuestro gozo, nuestra alegría, nuestro alborozo cuando volvió nuestro mensajero y nos dijo:

—El porton está del todo abierto, y me ha dicho el portero que la Sra. Concha ya está buena.

Nos pusimos locos de contentos, nuestra alegría ya no conocía límites, y nuestro gozo era tan grande y tan intenso como había sido un momento antes nuestro sobresalto. ¡Oh! y como entónces, dando rienda suelta á los afectos de nuestro corazon, exclamamos en el exceso de nuestro júbilo, con el Real Profeta: *Secundum multitudinem dolorum meorum, consolationes tue letificaverunt animam meam!* Todos nos apresuramos á pregonar por las casas y familias de nuestros parientes y amigos, hecho tan sorprendente, y maravilloso.

La santísima Virgen sostenía desde el cielo nuestra confianza—estoy por decir nimia y no sé si tambien temeraria—en Ella, y fortalecía los pasos tal vez algo atrevidos que dábamos por su obra.

Hé aquí cómo ocurrió el milagroso suceso: Apenas salieron de casa de la enferma la Condesa y su compañera, cuando allí mismo pusieron-se á rezar el Rosario entero las dos fervorosas señoritas Elisa Scotti y Julia Torino, y ¡oh maravilla! á un mismo tiempo vuelven la madre y el hijo de los umbrales de la muerte á la plenitud de la vida. Desaparecen para no volver

más, y á pesar de los más tristes pronósticos de su reaparicion, las mortales convulsiones, y la mejoría de la moribunda, desde aquel momento, desde que la plegaria de las dos piadosas señoritas asciende, cual aromático incienso, hasta el trono de la soberana Reina del Empíreo, es instantánea, visible, rápida, maravillosa.

El 15 del mismo mes, que aquel año era Sábado Santo, la Sra. Concha Vastarella de Miccio, perfectamente restablecida, salía de casa para ir á visitar á sus parientes, como se acostumbra por Pascua florida. La primera visita que hizo fué á su propia madre, quien al verla no cesaba de llorar de alegría.

Todos á una voz proclamaron el suceso como gracia extraordinaria, maravillosa de la maternal bondad de María, obtenida de su valioso patrocinio por la promesa hecha en favor de la *nueva iglesia del Rosario de Pompeya*.

Pero no fué, como se ha visto, una sola la gracia obtenida, sino dos á la vez, pues la Virgen Inmaculada que tan á tiempo quería dar á los hombres inequívocas pruebas de lo mucho que gustaba el que en Pompeya se edificase un templo en honor de su santo Rosario, y al propio tiempo querría sin duda fortalecer nuestra debilidad y auxiliar nuestra flaqueza animándonos á proseguir con denuedo la árdua empresa

comenzada, no obstante que todavía se ignoraba el sitio venturoso que había de recibir en sus profundidades la piedra fundamental del templo, salvó juntamente dos preciosas existencias, la de la madre y la de la criatura (1).

Poco despues de tan faustísimo suceso, llegaba á nuestra casa el Sr. D. Juan de Vastarella, á congratularse con nosotros y á darnos sus más entusiastas plácemes; y la Condesa volvió á visitar á aquella familia tan feliz y contenta ahora, y que, como es natural, estaba llena de ardor para la obra del nuevo Santuario. Y tambien antes de que concluyesen los sermones en aquella Cuaresma el mismo, Sr. Vastarella mandó que se publicase desde el púlpito el prodigio en

(1) Este hermosísimo rasgo de la misericordia de María Santísima, fué anunciado desde la cátedra sagrada el mismo año de 1876 por el elocuentísimo orador, Reverendísimo P. M. Rafael Cocoz de la esclarecida Orden de Predicadores, así en la iglesia de la *Sapienza* como en la del Rosario, en la *Porta Medina*. Y el periódico intitulado *Y figli a Maria* en su fascículo de 15 de Junio de 1876 publicó el importante documento relativo á este gloriosísimo suceso, firmado por los siguientes testigos del hecho: Juan Vastarella.—Luisa Passaro.—Vicente Miccio.—Vicente Vastarella, abogado.—Miguel Cammarota Vastarella.—Clorinda Longhi.—Luis Provino.—Felipe Cammarota.—Emilia Passaro.—Cristina Matarese.—Anita Vastarella.—Genaro Passaro.—Isabel Siatti.—Julia Torino.—Cayetano Passaro. Hay el certificado firmado por el Profesor de Medicina, Rafael Novi Caballero.

la iglesia de Montesanto, y lleno de gratitud ofreció ayudarme en cuanto le fuera posible para la edificación de la iglesia.

Junto con su familia y su hija, enteramente restablecida, vino conmigo á mi querida iglesia del Rosario, situada en Puerta Medina, y allí, al pié del altar, donde me consagré hijo de la Tercera Orden del Rosario, toda su familia abrazó aquella regla, y pudimos entónces llamarnos verdaderamente hermanos.

La bondadosa Reina de las celestiales rosas, dulcificaba de esa manera los primeros trabajos y contratiempos de sus servidores, con los inefables consuelos de sus portentos.

Y hoy, despues de haber pasado ya catorce años desde ese acontecimiento, hemos visto volver á los piés de esa milagrosa Madre en Valle de Pompeya á toda la familia Miccio y Vastarella, inclusa la Srita. Conchita, que siempre recuerda con suma gratitud la vida y la salud recibida por intercesion de nuestra Señora de Pompeya.

CAPÍTULO XI.

EL DIA SEÑALADO POR DIOS.

El acontecimiento tan extraordinario que tuvo lugar en la casa de Miccio y Vastarella, cundió con

la velocidad del rayo, y no se hablaba de otra cosa en los barrios de Santa Teresa, de Capodimonte y de Montesanto; pues verdaderamente causó honda impresion en los ánimos. La Virgen se valió de este medio para disponer los corazones de los buenos napolitanos á favorecer su culto.

El ánimo de la Condesa y el mio estaban como acometidos por una ardiente fiebre. No pensábamos más que en la iglesia de Pompeya; no hablábamos sino del modo de seguir adelante con la misma actividad con que habíamos empezado. La Virgen quiere ver edificada su iglesia, y lo muestra con milagros, decíamos, de modo que no habrá fuerza humana ni diabólica que pueda impedirlo.

Pero ¿cómo edificarla si ni aun el solar tenemos todavía para ella? Siempre se tropezaba con ese obstáculo. Fuimos, pues, otra vez á pedir consejo á nuestro superior eclesiástico, para que nos dijese en nombre de Dios el rumbo que debíamos emprender.

Cuando el Ilustre Prelado oyó los prodigios y los hechos extraordinarios con que la divina Providencia manifestaba su voluntad de que se edificase la nueva iglesia, no pudo contener sus lágrimas.

Su contestacion fué breve y terminante, y allanó todas las dificultades con estas palabras:

— Después de haber apurado todos los medios para obtener una rebaja en el precio, no nos queda más que condescender con lo que piden los vendedores. Os aconsejo, pues, que compreis á todo trance el terreno que se halla al lado de la iglesia del Santísimo Salvador, en la provincia de Nápoles.

Había hablado el Pastor, y ya no cabían dudas ni discusiones.

Volvimos á negociar la compra del terreno. Nos avinimos á todo lo que quisieron el colono, el arrendador y los demás. Señalamos el día en que debía firmarse la escritura con el Notario. Aquel día, elegido por Dios, debió ser día de regocijo para el emperio.

Ninguno de nosotros era capaz de preveer lo que iba á suceder, y no había entendimiento humano que pudiera describir los prodigios que dentro de poco habían de tener lugar.

Dios obra siempre de un modo imprevisto, inesperado. Sus misericordias llueven sobre el hombre cuando éste menos lo piensa. Cada uno de nosotros, si discurre sobre ello y examina su memoria y su conciencia, puede ser testigo abonado de lo que decimos. Vino Dios al mundo desconocido y sin ruido. Ninguno podía imaginar que en una pobre familia que había venido de Nazaret para inscribirse en el registro romano,

se hallaba oculto el Redentor del mundo, que en aquella misma noche debía manifestarse.

Otro medio de obrar tiene Dios, y es el silencio: ¡Dios obra en silencio! Fué en silencio en el que se efectuó la generacion eterna del Verbo. En medio del silencio bajó Dios al seno de una de sus criaturas, y se hizo hombre; en el silencio obra el mayor milagro de la gracia en el hombre, cuando cambia su corazon malvado en un corazon santo. En el silencio obró Jesus su mayor prodigio testimonio de su Divinidad, es decir, su resurreccion. Y así las mayores obras que emprende el Dios, se fraguan en el silencio. El ruido es propio del hombre, que busca ayuda en el rumor, en la voz, en las gestiones, en sus esfuerzos, señales inequívocas de su impotencia. De donde resulta que cuanto más ruegue el hombre en el silencio, tanto más se llega á Dios y le halla.

Quien hubiese presenciado la reunion de unas pocas personas ante un notario para firmar el ajuste de compra de doce áreas de terreno, no hubiese podido ciertamente figurarse que aquel acto abría una nueva época para la tierra desamparada de Pompeya.

Observa bien el P. Faber, que cuando están para cumplirse los grandes sucesos divinos, ocupan de tal manera el alma del hombre, que éste,

sin aperebirse de ello, se vuelve profeta. El júbilo que entónces llenó mi alma y el deseo insaciable de ver concluido el templo que se apoderó de mí, me hicieron presentir que algo grande y extraordinario iba á ocurrir. Debía ser también aquel día para nosotros un día de fiesta y de dulce recuerdo, y así fué.

Era el día 30 de Abril de 1876, día consagrado á nuestra amada Santa Catalina, en él se hicieron las escrituras y quedó terminado el contrato de compra del solar donde debía edificarse la casa de Dios en el Valle de Pompeya, y tres años despues, en igual fecha, mi dulce Santa me devolvió la vida con su intercesion, como diré en su lugar.

CAPÍTULO XII.

EL ARCÁNGEL DEL GAURO.

Apenas realizado el contrato, invité al señor Obispo de Nola á señalar el día para la solemne funcion de la consagracion y de la colocacion de la *primera piedra* del templo de Pompeya.

Debemos elegir un día de fiesta, dijo el Venerable Prelado, para que puedan asistir á la

funcion al menos los labradores del Valle, y me parece oportuno el primer domingo de Mayo, que cae en el día 7 del mes.

—No, contesté yo, y si V. E. Ilma. me lo permite, preferiría fuese más bien el día 8, aunque sea lunes, por ser aquel el día dedicado al Arcángel San Miguel, pues así como ese Príncipe celestial arrojó del cielo á Luzbel, el angel rebelde, así tengo seguridad que arrojará á Satanás del Valle de Pompeya, donde ha reinado durante tantos siglos.

La eleccion de la fecha que proponía yo para la solemne funcion, precursora de tantas que debían celebrarse en aquel día dedicado á San Miguel, no se originaba en mi solamente de la devocion que tengo á ese espíritu celeste, sino que también tenía otro motivo para ello.

Quien hallándose en el Valle de Pompeya extiende su mirada hácia el sur, descubre delante de sí los montes que forman como una barrera á Castellamare, Gagmano y Lettere. Uno entre ellos llama mayor atencion, tanto por ser el más alto y que como centinela avanzado domina todo el Valle, si que también por la hechura de su cumbre, dividida en tres pequeños montes que tienen la forma de tres dedos de una mano, el más alto de los cuales se divide á su vez en su cima en otros tres picos.

sin aperebirse de ello, se vuelve profeta. El júbilo que entónces llenó mi alma y el deseo insaciable de ver concluido el templo que se apoderó de mí, me hicieron presentir que algo grande y extraordinario iba á ocurrir. Debía ser también aquel día para nosotros un día de fiesta y de dulce recuerdo, y así fué.

Era el día 30 de Abril de 1876, día consagrado á nuestra amada Santa Catalina, en él se hicieron las escrituras y quedó terminado el contrato de compra del solar donde debía edificarse la casa de Dios en el Valle de Pompeya, y tres años despues, en igual fecha, mi dulce Santa me devolvió la vida con su intercesion, como diré en su lugar.

CAPÍTULO XII.

EL ARCÁNGEL DEL GAURO.

Apenas realizado el contrato, invité al señor Obispo de Nola á señalar el día para la solemne funcion de la consagracion y de la colocacion de la *primera piedra* del templo de Pompeya.

Debemos elegir un día de fiesta, dijo el Venerable Prelado, para que puedan asistir á la

funcion al menos los labradores del Valle, y me parece oportuno el primer domingo de Mayo, que cae en el día 7 del mes.

—No, contesté yo, y si V. E. Ilma. me lo permite, preferiría fuese más bien el día 8, aunque sea lunes, por ser aquel el día dedicado al Arcángel San Miguel, pues así como ese Príncipe celestial arrojó del cielo á Luzbel, el angel rebelde, así tengo seguridad que arrojará á Satanás del Valle de Pompeya, donde ha reinado durante tantos siglos.

La eleccion de la fecha que proponía yo para la solemne funcion, precursora de tantas que debían celebrarse en aquel día dedicado á San Miguel, no se originaba en mi solamente de la devocion que tengo á ese espíritu celeste, sino que también tenía otro motivo para ello.

Quien hallándose en el Valle de Pompeya extiende su mirada hácia el sur, descubre delante de sí los montes que forman como una barrera á Castellamare, Gagmano y Lettere. Uno entre ellos llama mayor atencion, tanto por ser el más alto y que como centinela avanzado domina todo el Valle, si que también por la hechura de su cumbre, dividida en tres pequeños montes que tienen la forma de tres dedos de una mano, el más alto de los cuales se divide á su vez en su cima en otros tres picos.

El nombre de ese monte encierra también un misterio. En la antigüedad fué llamado *Glauro*, que quería decir *Gaudio*, alegría, ó más bien, como lo explican algunos cronistas, *Aureo*, monte de oro; los cristianos le llamaron *Sant Angelo*, en memoria del célebre acontecimiento que recuerda y celebra la Iglesia en el oficio de la fiesta de San Catello, el 19 de Enero.

Era el siglo séptimo de la Iglesia. Entónces era Obispo de Castellamare un santo varón, San Catello, que veneramos ahora como protector de aquella Ciudad. Ese Obispo, tenía la costumbre de recogerse de noche en las grutas de ese monte, acompañado del Abad de Sorrento, que era entónces San Antonino. Una noche, mientras estaban orando, se apareció el Arcángel San Miguel al Obispo de Castellamare, y le mandó que construyera una iglesia, que quedaría bajo su patronato, en la cima del monte y en el lugar que le sería señalado por la aparición de una llama de fuego. Esta apareció luego en la parte más elevada de los tres picos del *Gauro*.

Después de mil dificultades y contradicciones á que estuvo sujeto, y de haber sido injuriado y acusado injustamente en Roma, donde fué puesto en la cárcel, el Santo Obispo de Castellamare

pudo finalmente llevar á cabo la obra que le había sido encargada por el cielo (1).

En aquel pico brotó entónces una fuente de agua cristalina al par que salubre, que sirvió primero para los trabajos de construcción de la iglesia, y luego para refrescar y apagar la sed de las numerosas peregrinaciones de fieles que van cada año en el mes de Septiembre á venerar al Arcángel San Miguel en el templo edificado por San Catello en el lugar en que se le apareció (2).

En el momento en que el R. D. Genaro Federico me contó aquella conmovedora historia de la aparición de San Miguel sobre el *Gauro*, comprendí que el más poderoso Príncipe del cielo tenía ya una misión divina que cumplir en aquella tierra. Pero yo ignoraba entónces cuál

(1) Véanse las lecciones del Oficio de San Catello el día de su fiesta, 19 de Enero.

(2) Aquel templo y el concurso de fieles duró hasta el año de 1830, en que los bandidos se sirvieron de él como de un asilo, y nuestros soldados, mandados contra ellos para echarlos de allí, destruyeron el antiguo edificio. El Obispo de Castellamare salvó la preciosa estatua de mármol de San Miguel que San Catello había traído de Roma y que había colocado allí, y hoy el Ilustrísimo Monseñor Saracello, actualmente Obispo de Castellamare, ha puesto ese precioso monumento histórico en una Capilla ricamente adornada en la nueva Catedral de aquella ciudad, en que recibe gran veneración.

fuese. Solo me parecía evidente que San Miguel debía ser el natural protector de ese lugar que había honrado con su aparición, y con señales inequívocas de su patrocinio.

Por consiguiente, engolfado en ese pensamiento, hice al Obispo de Nola la proposición que he indicado arriba.

— San Miguel, dije al venerable Prelado, fué el Ángel de la Guarda de María Santísima en este mundo; San Miguel es el Protector de todas las iglesias de Dios; y San Miguel será el patrono y protector del nuevo templo de Pompeya.

El santo Obispo de Nola accedió á mis deseos, y condescendió con lo que le pedía.

Mis presentimientos eran justos y quedaron realizados.

Este príncipe fuerte y poderoso nos ha mostrado frecuentemente el beneficio de su protección. Son inmutables los triunfos que ha reportado San Miguel de los enemigos visibles é invisibles, tanto nuestros como de aquel Santuario. La aparición del siglo sétimo fué como precursora del reinado de María en este valle; que por tanto tiempo estuvo bajo la dominación del demonio y del pecado. El prodigioso Arcángel echó á Satanás de la tierra pagana, sobre la cual debía empezar una nueva

época de gracia y aparecer un nuevo sol de misericordia.

Sea lo que fuere, lo cierto es que inspirado por la lectura de aquella prodigiosa aparición, propuse al Obispo de Nola, en el año 1876, que la primera piedra de aquel santuario de María fuese puesta el día 8 de Mayo, dedicado á la gloria de aquel Arcángel que fué el ángel tutelar de la Virgen Santísima, es ahora el defensor de todos los santuarios de María en el mundo, y que, como había aparecido sobre este valle, debía naturalmente protegerle de una manera especial.

Y siempre, desde entónces, cada año, el día 8 de Mayo, le invocamos para que, junto con nosotros, glorifique á nuestra comun Soberana, y cada año, asimismo, recordamos dos solemnes epifanías. El más elevado Príncipe del cielo, que lleva el nombre de admirable, se manifestaba en la tierra y elegía para ese prodigio la cumbre de un monte. La mayor Soberana que jamás tuvieron cielo y tierra, se manifestaba también á los dolientes hijos de Eva, y elegía como á centro de sus portentos el humilde valle de una ciudad pagana, ya desaparecida.

Pero como la Virgen quería robustecer nuestra fé en su patrocinio y nuestra confianza en ella, para que no sucumbiéramos en las futuras

batallas que debíamos sostener y no retrocediésemos en la empresa comenzada, quiso obrar un quinto prodigio antes de que fuese colocada la primera piedra de su nuevo Santuario.

CAPÍTULO XIII.

QUINTA SEÑAL DEL CIELO ANTES DE LA COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DEL SANTUARIO.

Hacia mediados de Abril de aquel mismo año, el sacerdote Don Antonio Varone, de 56 años de edad, que vivía en Nápoles, en el *Vico Paradiso alla Salute*, núm. 65, cayó enfermo con un tifus maligno, junto con erisipela gangrenosa interna y externa, que se extendía desde las rodillas para abajo, hasta la extremidad de los pies, y cubría hasta las manos, la cara, la boca y la lengua, de modo que daba asco solo mirarlo. Empeorando cada día más, desahuciado por los médicos y llegado á los extremos, pidió y recibió los últimos Sacramentos de la Iglesia, el día 23 de Abril.

El médico que le asistía, Don Vicente Marsilia, le sacaba continuamente de la boca pedazos

de gangrena, lo cual hacían asimismo sus amigos en ausencia del médico.

En una consulta habida con los médicos Don Rafael Valeri y don Clemente del Gandio, declararon estos que no quedaba ya esperanza alguna, y que solo un milagro podía salvar al enfermo de un desenlace funesto.

Vários señores que presenciaron la consulta, fueron testigos de ese dictámen, por lo que todos sus vecinos del barrio de la salud estaban afligidísimos, pensando en la pérdida inminente del digno sacerdote, que era amado de todos los que le conocían, y cada hora, por los balcones, y en la calle, pedían al médico nuevas del estado del enfermo.

El sacerdote don Federico Caprioli, que había oído hablar de las gracias milagrosas conseguidas en Nápoles por medio de las ofrendas hechas para la nueva iglesia del Rosario en Pompeya, se llenó de esperanza; y aquel mismo día, que era domingo, tuvo una entrevista con la Condesa, con el fin de rogarle que fuese á visitar al enfermo, y recabase de él algun voto en caso de conseguir la salud.

La Condesa marchó enseguida para cumplir ese piadoso encargo, y al entrar en aquella casa, la halló llena de señores desconocidos que, gimiendo y llorando, la recibieron. Eran estos Don

Vicente Varone, D. Enrique Sorrentino, D. Vicente Manzano, los sacerdotes D. Vicente Varriale, D. Rafael Guglielmi, D. Pascual Varone, D. José Lezano y otros que, tras pasados de dolor, esperaban por momentos ver espirar á su amigo. La Condesa se acercó al lecho del enfermo, y le halló con la cara desfigurada, amoratada, los labios negros, la boca abierta, la respiracion oprimida, y en tal estado en fin, que parecia iba, á exhalar el último suspiro. Aquella vista llenó de horror é hizo estremecer involuntariamente á la Condesa; sin embargo, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo al enfermo: *Padre, la Virgen Santísima del Rosario de Pompeya está obrando grandes prodigios para su nueva iglesia. ¿Quiere V. prometer que si consigue la salud milagrosamente, lo manifestará á todos y dejará una escritura auténtica que así lo atestigüe?*

Al oír esas palabras, el moribundo echó á llorar, y aunque con gran dificultad, contestó:

*Cumpliré todo lo que V. prometa en mi nombre; y cruzó los brazos como quien ruega, mientras que los circunstantes, puestos de hinos, rezaban un Ave-María á nuestra Señora del Rosario de Pompeya. Todos lloraban, y la Condesa añadió: *Tengan fé, que nuestra Señora concederá la gracia.**

Pues bien; aquella misma noche empezó la mejoría; desprendióse la carne agangrenada, volvió á cubrirse la cara y el cuerpo todo de nueva piel, y hasta las uñas volvieron á renacer.

Viéndose ya del todo sano, pareciale haber sido mero sueño ó juego de fantasía todo cuanto había ocurrido, y hasta la visita de una Señora que le había hablado de una iglesia que estaba para ser edificada en Pompeya, tomaba por una triste ilusion; así pues, creyó poder satisfacer su devocion con celebrar en accion de gracias el Santo sacrificio de la Misa en S. Nicolás de Tolentino, donde se tributaba homenaje de veneracion á la Virgen de Lourdes, formando en su corazon el siguiente razonamiento: lo mismo dá Lourdes que Pompeya, pues siempre es la misma la protagonista de mi culto, que es la Virgen sin maneilla, y yo me ahorro el ir hasta Pompeya.

○ Pero la Señora del Universo que, por altísimos fines, escogió este lugar para que en él la honren, con preferencia á otros muchos, y donde quiere que acudan sus hijos á rogarla y cantar sus alabanzas, permitió lo que vamos á poner á continuacion:

Era el 12 de Junio, y habiendo oído la Condesa y yo la curacion milagrosa del citado Presbítero, Sr. Barone, fuimos á visitarle, para

hacernos con el atestado que había prometido, y para recibir de él las limosnas que hubiese podido recoger entre los fieles. Pero ¡cuál no fué nuestra sorpresa cuando le oimos primero, y despues nos fué dado verle con nuestros propios ojos, postrado en el lecho, con una ardentísima calentura y agudísimos dolores!

Llenos de sentimiento y de asombro, preguntamos por la causa de esta nueva enfermedad, mas no se pudo recabar respuesta alguna.

Preguntamos despues qué había hecho en órden á la iglesia de Pompeya, y habiendo entendido que no había hecho nada, le recordamos enseguida sus promesas, y le excitamos á cumplirlas para que volviese á recobrar la salud perdida.

Entónces, excusándose de lo pasado, prometió nuevamente no solo publicar el milagro por doquiera, si que tambien ir, tan pronto como pudiese, á Pompeya, y testificarlo al Sr. Obispo y á todos.

Pues bien; por la noche, en que parecía subiría de punto el mal, quedó por el contrario del todo libre y sano, de modo que llegado el día, pudo abandonar la cama y salir de casa á celebrar la santa Misa.

El día de la fiesta del Rosario hallábase el dicho Sr. D. Antonio Varone en el valle de

Pompeya, celebró la santa Misa, y acabado el santo Sacrificio, entre un torrente de lágrimas que brotaban de sus ojos, contó á todos el acontecimiento prodigioso (1).

CAPÍTULO XIV.

EL 8 DE MAYO DE 1876 SE COLOCA
LA PRIMERA PIEDRA DEL SANTUARIO.

Llegó al fin el día tan deseado y en tantas maneras combatido, el día consagrado al Príncipe de los Ángeles, el 8 de Mayo, que aquel año había caído en lúnes. Sobre el suelo que acabamos de comprar, cubierto de yerba y entreabierto con arado, extendimos un pabellon, y á su sombra levantamos un altar formado con una plancha colocada sobre dos toneles, y lo

(1) Este caso lo deponen con sus firmas los señores don Antonio Varone, Presbítero.—D. Federico Caprioli, Presbítero.—La Condesa Mariana de Fusco.—Vicente Manzano, —Francisco Anselmi.—D. Genaro Gattone, Presbítero.—Cayetano Nigro.—D. Pascual Varone, Presbítero.—P. Basilio de Nápoles.—Amado Nigro.—Antonio Nigro.—Vicente Varone.—Enrique Sorrentino.—Vicente Sorrentino.—Luis Vecchione.—Josefina Salvati.—D. Vicente Varriale, Presbítero.—José Letano.—Genaro Pellizzone.—D. Rafael Guilielmi, Presbítero.—El abogado Bartolo Longo.—Hay tambien certificados del Doctor Vicente Marsilia y del Profesor Rafael Valiere.

cubrimos con lienzos y telas. Un crucifijo y dos candeleros era todo el lujoso aparato que debía dar principio al templo de Pompeya, que pronto había de llegar á ser monumental y atraer las miradas del universo todo. En el fondo del pabellon, en la parte superior del altar, destacábase, en campo dorado, la vieja imagen del Rosario, que no había sido aún retocada por Maldarelli, sino tal como la dejó el primer pintor, que fué el Sr. Galella, conforme queda dicho.

El Sr. Obispo de Nola, en cuya diócesis está situada Pompeya, acompañado de su vicario, canónigos y del párroco de Nola, como tambien de otros sacerdotes de la vecindad, venía, con toda pompa y solemnidad, á este valle, con el objeto de celebrar el acto conmovedor de la colocacion de la *primera piedra* del Santuario.

Era un dia sobremanera encantador, y el rey de los astros apareció cual nunca esplendoroso, despidiendo de sí inmensas hondas de luz y de nacaradas perlas que, con sus benéficos influjos, vivificaban la campiña toda, brotando de ella infinito número de bellas y caprichosas flores, y cubriendo su misma faz con la hermosa alfombra verde de todo género de follaje.

Frente al Vesuvio, que erguido alzaba su majestuosa cresta de humo, y allí al lado del

anfiteatro, que entónces no estaba aún cubierto con el terraplen que ahora lo esconde á la vista del viajero, y en medio de ese cuadro encantador, se realizaron, bajo la humilde tienda mencionada, las más hermosas al par que conmovedoras ceremonias de la Iglesia Católica, merced á las cuales esta tierra abandonada se había de trasformar pronto en *habitacion santa de Dios*, y este triste yermo en *Santuario y Camino del Cielo*.

Todos los espectadores de tan magnífica funcion, reducíanse á unas pobres gentes de dichas tierras, con más unas trescientas señoras y señores napolitanos, entre quienes se contaban vários que habían conseguido gracias de la Virgen.

Notábanse, entre otros, las respectivas familias de los Sres. Miccio y Vastarella, con la señorita Conchita que casi había sido resucitada de muerte á vida merced á nuestra Señora de Pompeya. Véase tambien la familia de la señora Ana María Lucarelli, de Nápoles, que se jactaba en deponer auténticamente que ella había sido sobre quien había recaído la *primera gracia* que la Virgen del Rosario, invocada bajo el nuevo título de *Pompeya*, había dispensado desde el cielo. Véase, asimismo, á José Federico, de quien arriba hemos hecho mencion,

acompañado de todos sus hijos, cumpliendo la promesa que habían hecho. Finalmente, Ernestina Freda, la Duquesa de Messanella, la Marquesa Ruffo, con su familia, y los Sres. Murena y Lavorgna de Nápoles, nos rodeaban y formaban, por decirlo así, nuestra corona.

¡Oh! con qué gusto y alegría recuerdo la memorable fecha del 8 de Mayo de 1876, á todos aquellos á quienes cabe la felicidad de venir y presentarse aquí! ¿Quién puede calcular la gran gloria que se sigue á Dios y á los hombres de edificar un templo consagrado á la Virgen María en la vetusta tierra de Pompeya? ¿Quién podrá además formar un cálculo exacto de los beneficios de todo género que prodigará por centenares de años á los habitantes de esta tierra la nueva iglesia del Valle de Pompeya?

Inmenso cúmulo de méritos, á no dudarlo, coronará en lo que las reste de vida á todas aquellas almas generosas que, con caridad verdaderamente cristiana, han contribuido con su óbolo á obra tan celestial.

¡Qué admirable contraste! A los necios é incrédulos, que no pueden llegar á penetrar los fines y las razones supremas de ciertos acontecimientos, les parecerá una simple casualidad;

pero al creyente, á la luz de la filosofía de la historia, le parecerá evidente la ley eterna de orden y de la Providencia divina que dirige admirablemente los acontecimientos y destinos humanos. Aquel mismo día y aquella misma hora, por un suceso imprevisto, fué botado el buque de guerra *il Duilio* sobre el inmenso volúmen de las aguas de Castellamar de *Stabia*. Y á cuatro millas de allí, en el Valle de Pompeya, se daba asimismo solemne principio á otra mística *Nave*, bajo el más glorioso y magnífico título de la Reina del Santísimo Rosario. Allá, á una obra de la destreza y gloria humanas, presta su asistencia un Príncipe de la tierra (1): acá, á una obra de caridad y gloria del todo divinas, acude con su humildad, al par que con sublime majestad, un Pastor de la Santa Iglesia, el santo Obispo de Nola; el cual, investido con la autoridad que emana de Cristo, trasforma el mármol frío en cosa sagrada, y con ella empieza el edificio que une en santo y estrecho lazo de afectos el cielo y la tierra, á Dios con los hombres, y al tiempo con la eternidad. Hay más. Aquel formidable buque guarnecido de hierro, viene á ser un instrumento de *muerte*. Esta santa Nave, obra del amor y de la paz, dará la

(1) Víctor Manuel II.

vida eterna á tantos y tantos pecadores que vendrán aquí á lavarse en las aguas de la penitencia; á tantas y tantas afligidas madres y viudas que conseguirán aquí la paz sempiterna á las almas de sus predilectos finados; á tantos enfermos y débiles, afligidos y moribundos que hallarán aquí el bálsamo saludable para curar sus llagas, el alivio de sus angustias y amarguras, y la perfecta salud de los que se hallan constituidos en el trance postrero de la vida.

En Castellamare, inmenso gentío, que había acudido allí por doquiera, gran movimiento, instancias importunas, confusion por mar y tierra, condecoraciones y banderas, festivos aplausos y conciertos musicales, flores y luminarias, vestidos de gala y magnificencias de una belleza fugaz y pasajera. En el Valle de Pompeya, unos pobres aldeanos y aldeanas, con la simplicidad que les caracteriza, grupos de vivos y alegres jóvenes, y finalmente, viejos de longevidad proverbial (1), en cuyas risueñas facciones se revelan la pureza del alma y una piedad afectuosa y

(1) En el Valle de Pompeya se ven con frecuencia ejemplos de extraordinaria longevidad. Aquel día estaba presente á la función un viejo que había visto pasar impávido 107 inviernos: llamábase José Zappetella, y su esposa contaba ya 105 años. Poco despues murió él, y á los quince días siguióle su mujer. Hoy mismo, que estoy escribiendo esto, ha venido á congratularse conmigo un aldeano que

llena de tranquilidad; y todo esto sin otro llamamiento que el repique de dos campanas pequeñas, que de vez en cuando anuncian alegres, por los valles que nos rodean, alguna fiesta religiosa, ni gritos entusiastas, ni género alguno de ruido, sino un silencio melancólico y suave de la verde campiña, interrumpido alguna que otra vez por las dulces y fervorosas plegarias de unos cuantos fieles que, profundamente emocionados y arrasados los ojos en lágrimas, unen sus voces con los eternos cánticos de los Ángeles que, á no dudarlo, glorifica á Dios en este lugar señalado para su *Santuario, morada y trono de sus misericordias.*

lleva el nombre de Catello, sobre cuyos hombros pesan 106 años. Y el custodio de nuestra *Via Sacra*, Angelo Solimene, uno de los bisabuelos de la presente generacion de este Valle que tiene el cuidado de reparar con su azadon los desperfectos que los carruajes y caballos suelen ocasionar en dicho camino, cuenta ya 92 años y todavía trabaja. En el decurso de dieciseis años que estamos en este lugar, no ha muerto ninguno de cuantos dieron con nosotros principio á la nueva iglesia, á excepcion del anciano Párroco Cirilo, que fué el primero que obtuvo dicho cargo en el moderno Valle: era ya de 79 años de edad, y precisamente la tarde del día antecedente, había venido á la Parroquia con el objeto de dar la bendicion que se acostumbra. José Federico, que contaba 75 años, Angelo Tortora, alcalde, que le cupo la dicha de llevar sobre su carro cargado de estiércol, la imágen del Rosario, también de 75 años, y Fernando Vitiello de 89. (R. I. P.)

El sermón estuvo á cargo del ya célebre orador Paulino Antiello, canónigo y párroco de Marigliano, quien con su elocuente, santa é inspirada palabra, conmovió de tal manera los ánimos de los fieles, que desde luego dejaron más de quinientas pesetas destinadas á la construcción del nuevo templo. Regaló un señor una cruz de oro, y una pobre jovencita, no siendo dueña de otra cosa, tuvo la generosidad de arrancarse los pendientes y depositarlos para la fábrica de dicha iglesia de María.

Eran ya las once de la mañana, y el Señor Obispo estaba ya bendiciendo la *primera piedra*. El aire seguía tranquilo, como si en aquel momento solemne hubiera replegado sus ligeras alas, y un profundo y religioso silencio tenía recogidos á todos. Mas cuando el venerable Prelado, á punta de cuchillo, formó sobre el frío mármol la sacrosanta señal de la cruz, se dejó oír de repente un fuerte chasquido de las ramas, un murmullo del viento que, arrojando las hojas de los árboles y tomando proporciones cada vez mayores y más vigorosas, cual si fuera un torbellino, envolvió á todos en densa nube de polvo. Parecía que la naturaleza toda sentía el poder de la cruz de Cristo.

A poco rato todos nosotros, que estábamos arrodillados en el suelo, nos levantamos juntamente,

y formando una religiosa procesion, seguimos al Sr. Obispo de Nola que, en medio de sus sagrados ministros, iba á colocar, en el hoyo abierto al efecto, *primera piedra* del Santuario de María, entonando la Letanía de los Santos.

Y en aquel mismo momento llegó á nuestros oídos el estruendo que había producido la salva de los cañones que, saludando en Castellamare á un Rey terreno, y repercutiendo en el Valle de Pompeya, parecía también que deseaban llegase aquí su ensordecedora voz, para dar realce y cumplimiento á la augusta ceremonia y saludar, con su propio lenguaje, la *piedra angular* sobre que había de descansar el templo de Dios.

Así quedó plantada, sobre este infecundo y abandonado suelo, la cruz, el estandarte real de la bendición, de la civilización y de la redención.

En el hoyo que fué preparado para colocar la primera y fundamental pilastra del templo, que es la primera del arco mayor á la izquierda, bajo la *primera piedra* del edificio divino, pusimos algunas monedas de oro, plata y bronce, en reconocimiento del supremo dominio que ejerce el Señor del cielo y de la tierra sobre nosotros y sobre nuestros bienes; y en la misma cajita que contenía las monedas, colocamos, dentro de un tubo de vidrio, escritos el nombre

de la Condesa, el del Rdo. D. Federico y el mio, con los de otros que en aquellos principios nos ayudaban con sus valiosos recursos. Era fiel expresion de un total abandono en el poderoso patrocinio de la Madre de Dios, era una señal de verdadera fé en Cristo, nuestro Rey, Señor, Redentor y Juez, bajo cuyo estandarte real reñimos valerosamente sus batallas en esta vida, y en cuyo nombre omnipotente seremos coronados en la que está por venir.

A poca distancia del Anfiteatro de Pompeya, de aquella ciudad en un tiempo teatro de placeres propios de la gentilidad, y embrutecida por razon del culto que prestaba á los ídolos y al demonio, y ahora silenciosa y envuelta en un monton de ruinas y escombros, se levantó, finalmente, en el día consagrado al Príncipe de los Angeles, silenciosa en verdad, pero majestuosa y sublime, la cruz de Cristo-Dios, que lleva siempre la vida y la verdadera civilizacion á los pueblos todos. Allí, á la sombra del altar dedicado á la Virgen pura, descansarán tal vez el cansado viajero y el angustiado aldeano. Allí la Virgen Madre, teniendo en su brazo izquierdo al que sostiene los cielos, y en el derecho el Rosario, nos señala el antiguo remedio de todos los males, la destruccion de las herejías y la ayuda de los cristianos.

Ella, desde este nuevo trono de misericordia, teniendo en la mano la insignia de su amor al par que de su dolor, á saber, el Rosario y la Cruz, dirige su mirada á los mortales, y les dice:

—Oh vosotros, que estais atribulados y traspasados con la espada de dolor, tomad la medicina para vuestras llagas. He aquí mi corona de celestiales rosas: ceñid con ella vuestro corazon, ofrecedla cada día á mis piés, y yo os libraré de la muerte.

La vida que llevais sobre la tierra no es más que una peregrinacion, un destierro; no sois más que polvo; pero mis rosas son inmarcesibles y vivificadoras; y yo, que soy la Madre de los pecadores, vendré á coronaros en el día de vuestra agonía.

A estas horas el formidable buque de guerra *el Duilio* está ya cumpliendo su destino, como tambien esta mística Nave, si bien esta necesita aún de algunos recursos para del todo quedar acabada. Para aquella obra, totalmente material y perezosa y expuesta á mil peligros, hanse gastado millones de pesetas; por esta otra, totalmente celestial y espiritual y sobremanera sublime y benéfica, no se pide más que *cinco céntimos cada mes!* Pero la Virgen María es, por decirlo así, todopoderosa! y hoy mismo que escribo esto, he

gastado para aquel templo millon y medio de pesetas!...

María, que en estos tiempos quiere salvar las almas con aquel mismo Rosario con que salvó á la sociedad civil del siglo XIII, según Ella misma lo manifestaba allá en la montaña de Lourdes; nuestra dulce y piadosa Madre, desea este templo á ella dedicado en prenda de su amor para con los hombres, bajo el título del Rosario. Y los acontecimientos extraordinarios que se han realizado en el decurso de catorce años, y las gracias que Ella concede á los fieles de todo rango y de todo país, tan solo por contribuir á la erección de su predilecto templo, dán una completa seguridad, y dilatan el corazón con la más dulce esperanza.

FIN.



LIBRO CUARTO

La fundación del Templo.

CAPÍTULO I

MAYO DE 1876.

§ I. El plan del Santuario.

La primera piedra del edificio que había de ser un día *casa del Señor* en Pompeya, había sido colocada como base de una nueva Arca de Noé, destinada á reconciliar con Dios la culpable generación del siglo décimo nono con la próxima generación del vigésimo.

En el ardor de nuestros deseos, nos parecía haber vencido las mayores dificultades que desde el principio habían surgido, y que por fin habíamos llegado al día tan suspirado de *echar las bases de un templo al Dios verdadero sobre la tierra de los dioses falsos.*

gastado para aquel templo millon y medio de pesetas!...

María, que en estos tiempos quiere salvar las almas con aquel mismo Rosario con que salvó á la sociedad civil del siglo XIII, según Ella misma lo manifestaba allá en la montaña de Lourdes; nuestra dulce y piadosa Madre, desea este templo á ella dedicado en prenda de su amor para con los hombres, bajo el título del Rosario. Y los acontecimientos extraordinarios que se han realizado en el decurso de catorce años, y las gracias que Ella concede á los fieles de todo rango y de todo país, tan solo por contribuir á la erección de su predilecto templo, dán una completa seguridad, y dilatan el corazón con la más dulce esperanza.

FIN.



LIBRO CUARTO

La fundación del Templo.

CAPÍTULO I

MAYO DE 1876.

§ I. El plan del Santuario.

La primera piedra del edificio que había de ser un día *casa del Señor* en Pompeya, había sido colocada como base de una nueva Arca de Noé, destinada á reconciliar con Dios la culpable generación del siglo décimo nono con la próxima generación del vigésimo.

En el ardor de nuestros deseos, nos parecía haber vencido las mayores dificultades que desde el principio habían surgido, y que por fin habíamos llegado al día tan suspirado de *echar las bases de un templo al Dios verdadero sobre la tierra de los dioses falsos.*

Pero concluidas las fiestas, y ponderando las cosas detenidamente, empezamos á hallar nuevas dificultades, que no nos habíamos imaginado antes.

Y para empezar, ¿cómo había de ser aquella Iglesia? ¿qué largura y anchura debía tener? ¿cuántos altares, cuántas capillas?

La prudencia evangélica nos aconsejaba no emprender más de lo que podíamos, y el santo obispo de Nola nos había dicho: «No gastar más de lo que teneis».

Pero, por otra parte, recordábamos otro consejo del santo varón:

—Cuando se deben poner los fundamentos de una Iglesia, no hay que calcular el número actual de los habitantes del lugar, pero sí el aumento de la población en veinte años.

Siguiendo ese cálculo, la previsión aconsejaría construir una Iglesia capaz de contener dos mil personas, teniendo en cuenta el crecer diez veces la actual población. Para conciliar estas dos máximas contrarias, el subsodicho señor obispo había hallado la siguiente solución: hacer los fundamentos no de una vez, sino poco á poco, en proporción del dinero recibido; luego levantar dos muros, y sobre ellos, fundar un arco, una bóveda, y con una pared provisoria entre los dos muros que los encierre, y con eso queda construida una pequeña Iglesia.

Al año siguiente se derriba la pared del centro, se siguen los fundamentos, los muros laterales con arcos y bóvedas; y así cada año, derribando y construyendo, se obtiene la largura de la Iglesia, á voluntad y proporción del dinero recibido.

Conociendo poco las bases de la arquitectura, ese consejo nos pareció bueno, porque era prudente y favorecía la previsión del futuro aumento de la población.

Pero surgía otra dificultad!

¿Debían construirse los fundamentos todos de un trozo á tela, como se dice, para ser más sólidos, ó con arcos y pilastros, por ser más económicos?

Y mirando á la economía, ¿qué medidas debían tener aquellos arcos y aquellos pilastros? Además, queriendo erigir un templo para dos mil aldeanos, ¿qué forma sería la mejor para gentes del campo? ¿qué estilo seguir? ¿á columnas ó á pilastrones? ¿una nave ó tres? ¿á cruz latina ó griega? ¿con bóveda de material, ó con techo con vigas de madera? Todo esto era para mí problema difícil de resolver.

Verdaderamente, era necesario un dibujo; pero ¿cómo tenerlo?

Siempre dispuesto á seguir en todo los consejos de mi antiguo Pastor, decidimos empezar á trabajar los fundamentos á trozos, y con esto quedaba zanjada la cuestión de la largura.

del templo; pero ¿y la anchura? Era necesario fuese determinada antes de empezar los muros laterales.

Pero no me desanimé.

Mi idea principal era la de *edificar un templo al Dios verdadero* en aquel triste lugar, para que aquel pueblo naciente pudiera invocar en él á la Reina de las Victorias como su Patrona con la preciosa corona de su *Rosario*. Para esto era inútil por ahora el pensar cuál arquitectura tendría nuestra Iglesia. Cuatro paredes blanqueadas con cal, una bóveda sencilla, también pintada de blanco, era lo bastante, y el pueblo entraría sin molestia para adorar y alabar á Dios en ella.

Además me pasaba otra idea por la cabeza:

Había visto cerca de Scafati una Iglesia bastante grande para contener unas mil personas, dedicada á *Nuestra Señora de los Muroli*. Era de una sola nave á cruz latina, pintada de blanco, que le daba un aire alegre y puro.

Oh! cuánto desearía tener una semejante en el Valle. Me informé, y supe que aquellos ciudadanos habían empleado *treinta años* para construirla y gastado *treinta mil* liras!...

Treinta años de trabajo y *treinta mil* liras daban qué pensar! ¿Dónde sacaría tal suma entre mis pobres paisanos, y yo, tan enfermizo, cómo pensar en vivir tantos años?

—No debeis ser egoistas—nos repetía á menudo nuestro obispo.— *No debeis pensar sólo en vosotros, pero si en vuestra posteridad. Vosotros empezais, los otros acabarán.*

Estas palabras se presentaban siempre á mi memoria. Nosotros debemos empezar sin siquiera pensar que veremos el fin. Pongamos nuestra confianza en Dios, y adelante!

Nosotros empezaremos y otros acabarán. Nos ha gustado la Iglesia de *Nuestra Señora dei Muroli*, tomémosla por modelo para nuestra Iglesia en Pompeya.

Decididos á esto, nos fuimos una mañana con la condesa y un primer albañil de Scafati, Pascual Vitello, á aquella Iglesia. Nos acompañaba también un sacerdote amigo de la condesa. Tomamos las medidas de lo largo y ancho de la Iglesia con una cuerdecilla, y como supe que D. Genaro tenía una propensión natural á cosas mecánicas, le pedí me sacase en relieve un dibujo topográfico de una Iglesia que fuese del todo semejante á aquélla. Para satisfacerme, hizo sobre un papel un bosquejo de una Iglesia de una sola nave y con cuatro capillas. En honor de la verdad, aquel dibujo debía ser algo estrambótico, porque habiéndolo mostrado á un perito del arte, se echó á reír al verlo, pero á nosotros, que ardíamos en deseo de empezar la obra, nos pareció más que suficiente para emprender nuestro trabajo.

D. Genaro propuso, como más económico, no dar la construcción á destajo, pero más bien pagar los obreros á jornal, y él y su padre, que habían asistido á la colocación de la primera piedra, y había hecho voto de vigilar gratuitamente las obras, cuidarían de pagar los obreros con equidad y economía.

Se decidió por último levantar los fundamentos con arcos y pilastras.

§ II. Las primeras piedras llevadas sobre los hombros.

Para conducir la obra con poco dinero y al mismo tiempo con actividad, el viejo párroco Cirilo, que ya conocen nuestros lectores, como el primer párroco de Pompeya, propuso convidar el domingo próximo á los colonos y á los arrieros, para que cada uno ofreciese quien su obra en los dias festivos, otros diesen un carro de piedras, ó de tierra vulcánica llamada *poszolana* ó cal, ó alguna otra materia adecuada para la construcción.

En proximidad del terreno de Fusco, un guarda de las excavaciones de Pompeya había abierto una pequeña cantera de piedras vulcánicas para edificarse una casita. Cuando vió poner la primera piedra del templo, hizo en su corazón la promesa de dar para aquella santa obra

doce metros cúbicos de piedra, y aguardaba los carros para transportarlas. El primer domingo después del 8 de Mayo, que aquel año era el 14, estando reunido el pueblo naciente de Pompeya, el cura empezó á decir: que Dios había tenido piedad de ellos, disponiendo que se edificara una Iglesia donde podrían recogerse todos para oír Misa y ser buenos cristianos, y que era un gran mérito para el hombre el levantar una Iglesia. Que todos debían tenerse por muy honrados de poder ayudar á la construcción de la Casa que Dios se dignaba venir á habitar. Y ya que el guarda de Pompeya ofrecía dar piedras, sería una obra meritoria el llevarlas sobre *los propios hombros*, reconociéndose así al servicio del Señor del cielo y de la tierra. La palabra del sacerdote llevó sus frutos, y cuantos le oyeron, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, siguieron los deseos y el ejemplo de su propio pastor.

Se puso á la cabeza el viejo párroco, y como en procesión le siguieron los dos hermanos sacerdotes Federicio, la condesa con sus cuatro hijos, y todos los criados de casa y los colonos y luego niños y niñas del pueblo pompeyano. Era un espectáculo conmovedor el ver toda aquella gente venir por la carretera que de Nápoles conduce á Salerno, cargados cada uno de piedras que llevaban con una fé humilde y

sincera, y al mismo tiempo fuerte y despreciadora de todo respeto humano.

También yo iba entre esos bienaventurados, y llevé mi piedra sobre mis espaldas, y quien sabe si esa noble humillación no me ha valido la suerte de ver hoy casi concluida la *Casa del Señor*. También la Condesa y su hija Juanita llevaron una piedra; y ésta doce años después se salvó de la muerte por aquella Iglesia para la cual había llevado una piedra en sus brazos.

Así mismo el primogénito, el Conde Francisco de Tuseo, tuvo aquel honor ¡y quién lo creyera! Quince años después volvió también de muerte á vida por aquella Iglesia. Oh! cómo recompensa Dios á quien le sirve con amor, y con cuánta predilección mira á quien concurre á levantarle Iglesias y altares en esta tierra en donde Él pueda comunicar con sus criaturas!

Cada uno de nosotros en aquella circunstancia se sentía arrebatado de una fé indecible. No podíamos entonces ciertamente preveer el destino de aquella Iglesia que se construía para pobres aldeanos. No: El pensamiento que predominaba era: *Hacer que Dios fuese adorado en aquel lugar donde no era adorado convenientemente, y tributarle actos de alabanzas, de adoración y de amor, que toda criatura debe á su Criador y Señor.*

Oh! Cuán felices nos sentimos hoy al recordar aquel acto de humildad y de penitencia que tuvimos la fortuna de ejercer aquel día! Pensar que hemos puesto con nuestras mismas manos una piedra de los fundamentos de un templo del Señor... y de qué templo? del que diez y ocho años después vino declarado Santuario Pontificio por el Representante de Jesucristo en la tierra.

Si algún incrédulo nos hubiera visto aquel día por la carretera de Nápoles-Salerno, caminar bajo el peso de la piedra que llevábamos, encorbados, bañados de sudor, descansar un rato y luego emprender de nuevo nuestro camino, ciertamente que ese incrédulo nos tendría por locos y se hubiera reído en nuestra cara. Pero nosotros aquel día enteramente poseídos de la fé no le hubiéramos contestado. Pero hoy después de diez y nueve años, después de tantas señales de misericordia como nos ha dado María en ese templo, hoy, habríamos dejado aquella piedra sobre el borde del camino, y lo habríamos abrazado, y con dulce violencia y afecto le habríamos llevado á los pies de Nuestra Madre *para mostrarle los prodigios de Dios sobre aquella tierra que fué de los paganos*. La dulce mirada de la Virgen no le hubiera dejado partir sin una bendición, y la bendición de María es siempre llevadera de fé y de paz, aun cuando parece traernos el

martirio. Bienaventurado el que ama y honra una Reina tan amable.

§ III.—Falsos principios y tristes consecuencias.

De este modo fueron traídas las primeras piedras que debían servir para los fundamentos de la Iglesia. Tras la oferta del guarda, vinieron muchas más de carreteros, de propietarios de piedras, de vendedores de cal de modo que ya no faltaba nada para poner mano á la obra. Así es que el lunes siguiente se empezó á abrir aquella tierra que proviene de varias erupciones volcánicas. Y aquí nos parece útil decir algo sobre la naturaleza de aquel suelo para que el lector comprenda mejor lo que vamos á contar.

El suelo en este punto del Valle está formado por diferentes capas de tierra y de poca profundidad. La tierra formada con la ceniza que echó el Vesubio en las erupciones posteriores á la del 79, son fertilísimas, gracias á los trabajos de los colonos y á la irrigación del Canal del Sarno. Suelen dar al paciente cultivador cuatro cosechas al año. Este terreno tan fértil cubre una capa de tierra dura, maciza, que llaman aquí *tuono* y los naturalistas *tasso*. Está

formada con ceniza y hierro, empastados con agua hirviendo, que cayó durante la famosa erupción del 79. Sobre este *tuono* ó banco, acostumbran hoy los de Pompeya á poner los fundamentos de sus casas.

Bajo esa capa de *tuono* se halla otra de *lapilli*, que son piedrecitas blancas, ligeras y espumosas, que á pesar de esto llegaron á enterrar una gran ciudad. Tanta fué la cantidad que el cielo hizo llover del volcán sobre la lujuriosa ciudad pagana.

Este monte de *lapilli* tiene tres ó cuatro metros de alto y de tiempo en tiempo está mezclado con alguna capa de *tuono* ó *tasso* del espesor de medio metro, formado por otra ceniza que cayó en aquellos tiempos de lluvia fatal junto con *lapilli*.

Todo esto sobre tierra cultivada por los antiguos pompeyanos, tierra rojiza, fértil, en la que he hallado mezcladas varias cosas como moneda, esqueletos de pájaros, y aún un esqueleto de un esclavo, á juzgar por las cadenas que tenía en las canillas.

Por el estado en que se encuentra esa tierra, se conoce la manera que tenían de cultivarlas, la labraban en anchas bandas divididas por pequeños canales, como lo hacen aún en las huertas alrededor de Nápoles.

Debajo de los *lapilli*, y tal vez entre ellos, se hallan manantiales de agua potable, y á

menudo aguas minerales, en las que abundan el hierro y la magnesia.

Hechas estas observaciones, que no carecen de utilidad, volvamos á nuestra historia.

José Federico, hombre muy experimentado en negocios, habiendo notado que los albañiles de Scafati pedían más caro, se dirigió á un sobrestante albañil de Bosco, llamado Luis Cirillo, para la construcción de las primeras pilastras, más éste, no calculando el peso que debían sostener luego, las planteó sólo á dos metros y medio de profundidad, es decir, sobre el segundo *tasso*, el cual, como ya queda dicho, no tiene más fundamento que una segunda capa de *lapilli*.

Yo dudaba que eso fuese bien hecho y pensé consultar á un arquitecto.

Por fortuna, la Condesa conocía en Nápoles un viejo ingeniero, el Sr. D. Francisco Aratore que había edificado por cuenta de la señora Catalina Volpicelli la casa de las esclavas del Sagrado Corazón. Habiendo sabido sus señas recurrimos á él. Cuando este supo el modo que se había empleado para esa construcción, quedó maravillado que no tuviésemos la dirección de un hombre del arte.

Le rogamos que viniera á ver aunque no fuese más que por un día, lo que hasta entonces se había hecho, pero se excusó por causa de salud y de sus años, pero nos dijo

que mandaría en vez suya un jóven que le asistía.

Efectivamente, dos días después vino éste á Pompeya y visitó el lugar donde se habían empezado las escavaciones.

Es inútil decir que desaprobó del todo el modo y las medidas tomadas.

«Es necesario apoyar en el agua las pilastras de fundamentos» dijo él «si se quiere que sean sólidos y no se muevan».

Era, pues, necesario volver á empezar á hacer las pilastras y ensanchar los muros hasta dos metros 70 centímetros y girar las bóvedas subterráneas para hacerlas firmes. Además para una Iglesia que debía poder contener dos mil personas, aquellas pilastras eran endebles y los arcos muy superficiales. En fin, si no se había del todo derrochado el dinero al menos se había perdido tiempo.

Me hallaba perplejo y no sabiendo á qué atenerme, pensé que lo mejor sería pedir consejo al Sr. Obispo de Nola, y para esto, mandamos al sacerdote D. Genaro para contarle todo lo ocurrido.

El pobre Obispo al principio se atemorizó también y no sabiendo á cual partido acogerse dijo: Suspende todo hasta que os mande al *Mastro Salvatore*. El decidirá lo que se deba hacer, y luego iré yo mismo.

§. IV.—Sobre la brecha.

Quien era *Mastro Salvatore!*

Salvador Tadeo era un albañil de Nola, de cerca de setenta años de edad, hombre íntegro y bastante experto en su profesión del que se había valido Monseñor Formisano para algunas reparaciones en el Seminario; hacía gran aprecio de él, y cuando el Santo Varón debía emprender alguna obra, recurría siempre al consejo de su antiguo y fiel obrero. Por otro lado Salvador Tadeo tenía tal respeto y veneración hacia el Obispo de Nola, que no tenía otro parecer sino el suyo.

El día, pues, convenido, nos reunimos sobre los bordes de las zanjas ya excavadas, la Condesa y yo, la familia Federico, padre é hijo, el sobrestante albañil de Boscotrecaso Luis Cirilo, y *Mastro Salvatore* como oráculo mayor.

Le complacerá al lector oír los discursos hechos sobre la brecha, para descansar el mismo algo, y para sacar un nuevo argumento de cómo procedió el Santuario de Pompeya de una manera sobrenatural, porque si fuera obra humana se hallaría aun en los fundamentos.

—Que le parece, *Mastro Salvatore!* —dije yo, —¿Están bien así esos fundamentos?

—Sí, están bien.

—Pero el joven del Arquitecto Aratore ha encontrado que son superficiales, y que hay que volver á hacerlos.

—Sí, verdaderamente es así.

—¿Pero cree V. que haciendo los arcos más hondos y fabricando debajo de las pilastras haríamos bien?

—Sí, muy bien!

—Pero será fundado el temor que tiene nuestro Obispo que el Vesubio pueda con algún terremoto derribar el edificio sobre estas bases?

—Sí que hay que temer que el Vesubio pueda derribarlo todo.

—Entonces ¿no sería mejor hacer la obra á *tela*, como V. dice, es decir, todo de un pedazo, y así no habría cuidado que nos la derribe el Vesubio?

—Seguramente, de ese modo nada hay que temer.

—Pero no sabemos la anchura y largura que se necesita para los muros á *tela*, ya que el señor Obispo ha dicho de construir á trozos, hoy dos muros, al año que viene proseguir éstos, y así cada año, en proporción del dinero que nos otorgará la Providencia. Así se engrandecerá la Iglesia á medida de la necesidad. ¿Qué le parece á V. esto?

—Muy bien.

Me faltó poco para perder la paciencia que me quedaba. Para no disgustar al viejo obrero con alguna palabra desagradable, tomé la cosa en broma, y guiñando á mis compañeros, me marché de allí tatareando, volviendo á Nápoles con el corazón entristecido.

§ V.—Cómo se ofrece para dirigir gratuitamente las obras del templo, el profesor de la Universidad de Nápoles, el ingeniero Antonio Ana.

Mientras yo me hallaba en esta incertidumbre la Providencia que dirigía invisiblemente el hilo de su obra, me sacó de apuros del modo como menos lo pensaba.

Fuí á casa de un íntimo y querido amigo mío, el Sr. Tarquinio Fuortes, maestro de matemáticas en el Colegio militar de la *Nunziatella*, muy jóven entonces, pero de gusto artístico, finísimo y de crítica severa; sobre todo de un ánimo sincero, de modo que le tenía yo, y le tengo siempre grande estima y cariño.

Es supérfluo decir que tanto él como toda su familia fué de los primeros agregados á la futura Iglesia de Pompeya. Vivía en la calle Settembrini, núm. 44.

Aquella mañana cuando fui á visitarlo le encontré rodeado de toda su familia muy animados en obsequiar á algunas señoras y á un señor de edad y de aspecto grave, el cual me era del todo desconocido.

Para mí era una dicha el encontrar gente nueva en casa de amigos, para lograr nuevos asociados. Por lo que sin esperar á que me presentasen, teniendo un único pensamiento en el alma, me apresuré á entrar en la conversación, y pronto empecé á hablar de lo que me había ocurrido en Pompeya.

Aquel desconocido habiéndome escuchado con atención me preguntó:

—Qué arquitecto dirige su obra?

—Eh! contesté yo sonriéndome y moviendo la cabeza—no tenemos ninguno.

—Cómo, contestó el señor sorprendido, no tienen arquitecto para una Iglesia que construyen de planta? Al menos tendrán un dibujo que los guíe!

—Esto sí, dije yo.

—Y quién lo ha hecho?

—Nosotros mismos, es decir, un joven sacerdote amigo mío, que lo ha sacado de una Iglesia de por aquí.

—Tendría gusto en ver este dibujo, continuó diciendo el desconocido con un aire de superioridad, como de un maestro hacia un alumno que encontrara en falta.

Y como yo llevaba siempre conmigo el dibujo para poderlo mostrar en cualquier ocasión, saqué del pecho aquel papel, que mis lectores ya conocen.

Apenas miró aquel Señor el dibujo, verdadera caricatura del arte arquitectónico, no pudo contener una sonrisa de compasión.

—Pero ¿por qué no se han servido de un artista para una obra de arte?

—Porque la indemnización y los gastos de un arquitecto absorberían la mitad del dinero que recojemos con tantas dificultades.

—Esto es una exageración,—contestó él con seriedad.—Además puede haber Arquitectos que se ofrecerían por nada indudablemente.

—Esto no lo permitiría yo—interrumpí—El Obispo de Nola, la Marquesa Filiasi y también el Padre Ludovico da Casoria, se han encontrado en grandes enredos por haber tenido Arquitectos gratis...

—Hay que distinguir—contestó el otro— todos los hombres no son iguales, ni tampoco las cosas se parecen. Deme V. este dibujo y yo se lo haré según las reglas del arte, sin cambiar nada de su concepto.

Yo que estaba lleno de prejuicios contra los Arquitectos, por razón de ignorancia y desconocimiento de cosas de ese género, no conociendo aquel sujeto, me hallé muy desconcertado ante la proposición que me hacía de

renovar aquel dibujo con las reglas del arte y sin gastos; querrá acaso burlarse de mí, pensé, diciéndome que me hará el dibujo de valde, y luego me pide una recompensa? y eché una mirada significativa á mi amigo Tarquino. Este leyó en mi corazón y con cara risueña para tranquilizarme dijo:

—Bartolo, este caballero es el Sr. Antonio Cua, célebre maestro de matemáticas en la Universidad de Nápoles, y es uno de los mejores hombres de este mundo. Se ofrece de valde y no tengas miedo que te hará un buen dibujo.

Esto fué para mí una revelación. Abriendo los ojos y bajando la cabeza dije sumisamente:

—La Providencia ha hecho que me encuentre con un ingeniero, que es el mayor de los maestros de la Universidad.

Me parecía haber recibido del cielo una señal visible de su protección. Esa Providencia inesperada había sido para mí un gran consuelo. Al principio quedé asombrado, y luego pensé:—Hé aquí un hilo conductor que me dá Dios, sin que yo hubiera soñado en buscarlo.

Lleno de estos pensamientos, no hallaba palabras para dar gracias. Luego con mucha animación empecé á contar los méritos que adquiere quien intenta levantar un templo á Dios, y cuántos prodigios había hecho la Virgen á

cuantos habían contribuido á esa obra de caridad y de salvación.

Aquella elevada inteligencia, á la que correspondía un corazón más noble todavía, (y que vive aún hoy día en que escribimos), se encendió aún más.

Con sublime celo exclamó:

—Ya que haceis una Iglesia para pobres artesanos con limosnas que andais recogiendo, quiero daros de balde no sólo el dibujo, sino que dirigiré yo mismo las obras sin retribución alguna, y costearé mi viaje á Pompeya siempre que fuera necesario el ir.

Yo no tocaba el suelo con los pies: sentíame fuera de mí por la alegría, y escribí enseguida á Valle:

«Querido D. Genaro: Suspéndanse *todas las obras*. Dios ha venido en mi ayuda. Me ha hecho encontrarme con un ingeniero, un profesor de la Universidad, que ha ofrecido dirigir la obra *sin retribución alguna*, y tampoco quiere ser reembolsado *de los gastos de viaje*.

Dios nos protege visiblemente. ¡Animo pues! Vendré en la semana entrante, ya que en estos días será recomendada nuestra obra desde el púlpito en algunas iglesias de Nápoles, donde suele acudir más gente de la aristocracia.—Adiós.

Nápoles 20 de Mayo de 1876.—Vuestro,
Bartolo Longo.»

§ VI.—Flores de Mayo 1876.

A Montesanto

y en Santo Domingo Soriano.—El P. Rossi
y el P. Altavilla, de la C. O. G.

Cómo sucedió que en Santo Domingo
Soriano fui tomado por un
bandido y protestante.

«No puede imaginarse nadie que no lo viera la pompa y magnificencia con que se festeja en las provincias del Mediodía, y especialmente en Nápoles, el mes de María.»

«A quien mira las cosas del cielo con un corazón frío y egoísta, aquella magnificencia parece supérflua y excesiva; pero para los pueblos nacidos y crecidos bajo un cielo resplandeciente, en una tierra á orillas de un mar alegre y brillante, es necesario que se les manifieste la religión con actos de alegría. No se contentan sólo con algunas preces y sermones dichos en un templo. Quieren luces, flores, cantos, ruidos, disparos de pólvora, y cuanto mayor sea la pompa, tanto más creen hacerse querer por la Virgen. ¿Es error, abuso de devoción?»

Aunque hubiese en ello abuso ó error, no falta la intervención de la Iglesia para organizar todo con su sabiduría de modo que se excluya

cuantos habían contribuido á esa obra de caridad y de salvación.

Aquella elevada inteligencia, á la que correspondía un corazón más noble todavía, (y que vive aún hoy día en que escribimos), se encendió aún más.

Con sublime celo exclamó:

—Ya que haceis una Iglesia para pobres artesanos con limosnas que andais recogiendo, quiero daros de balde no sólo el dibujo, sino que dirigiré yo mismo las obras sin retribución alguna, y costearé mi viaje á Pompeya siempre que fuera necesario el ir.

Yo no tocaba el suelo con los pies: sentíame fuera de mí por la alegría, y escribí enseguida á Valle:

«Querido D. Genaro: Suspéndanse *todas las obras*. Dios ha venido en mi ayuda. Me ha hecho encontrarme con un ingeniero, un profesor de la Universidad, que ha ofrecido dirigir la obra *sin retribución alguna*, y tampoco quiere ser reembolsado *de los gastos de viaje*.

Dios nos protege visiblemente. ¡Animo pues! Vendré en la semana entrante, ya que en estos días será recomendada nuestra obra desde el púlpito en algunas iglesias de Nápoles, donde suele acudir más gente de la aristocracia.—

Adiós.

Nápoles 20 de Mayo de 1876.—Vuestro,

Bartolo Longo.»

§ VI.—Flores de Mayo 1876.

A Montesanto

y en Santo Domingo Soriano.—El P. Rossi y el P. Altavilla, de la C. O. G.

Cómo sucedió que en Santo Domingo Soriano fui tomado por un bandido y protestante.

«No puede imaginarse nadie que no lo viera la pompa y magnificencia con que se festeja en las provincias del Mediodía, y especialmente en Nápoles, el mes de María.»

«A quien mira las cosas del cielo con un corazón frío y egoísta, aquella magnificencia parece supérflua y excesiva; pero para los pueblos nacidos y crecidos bajo un cielo resplandeciente, en una tierra á orillas de un mar alegre y brillante, es necesario que se les manifieste la religión con actos de alegría. No se contentan sólo con algunas preces y sermones dichos en un templo. Quieren luces, flores, cantos, ruidos, disparos de pólvora, y cuanto mayor sea la pompa, tanto más creen hacerse querer por la Virgen. ¿Es error, abuso de devoción?»

Aunque hubiese en ello abuso ó error, no falta la intervención de la Iglesia para organizar todo con su sabiduría de modo que se excluya

la ofensa de Dios y el daño de las almas; y no habiendo falta alguna, hay en cambio el placer de todos, y mejor es que el pueblo se entusiasme por la Reina del cielo que por ídolos é intereses mundanos».

Estas palabras fueron escritas por el profesor D. José de Bonis, en su libro *Espinas y rosas de Pompeya* en el 1887, y las hemos copiado aquí por ser adecuadas á nuestro hecho.

Sabíamos cuánta gente de buena sociedad acudía á ciertas Iglesias de Nápoles para celebrar el mes de María; y fuimos de opinión que, pudiendo llegar á invocar la ayuda del buen pueblo napolitano, siempre dispuesto á buenas obras, máxime oyendo sermones que tratan de María, sacaríamos grandes limosnas para la nueva Iglesia de Pompeya.

Como mi nombre era desconocido á la mayor parte y no podía yo hallarme á la vez en diferentes iglesias ó casas, determiné imprimir un programa en hojas sueltas, en el que, con palabras de encendido celo, me esmeré en excitar el ánimo ardiente de los napolitanos para concurrir á la creación de una Iglesia al Dios verdadero sobre la tierra de muertos y ruinas paganas.

—Napoleón III—iba yo diciendo conmigo mismo—aseguraba que con *sesenta mil franceses* habría expugnado cualquiera plaza fuerte de Europa, y yo, con *sesenta mil programas*

bien distribuidos, llegaré á erigir la Iglesia de Pompeya.

Demos, pues, el asalto á los corazones de los buenos napolitanos con un *ejército* de impresos.

Pero ¿cómo presentarme á los Párrocos y Rectores de Iglesia para obtener que se predique desde el púlpito en favor de la obra de Pompeya, nueva y sin recomendación de persona fidedigna de Nápoles, y por mí, que soy también nuevo y desconocido de aquellas personas? Así meditaba yo.

La Providencia, que disponía todo para el buen resultado de la empresa, me había abierto ya una vía. La señora Ana Lucarelli, que era aquella dama que fué la *primera* privilegiada por la Virgen de Pompeya, era muy conocida en el mundo del arte como pintora, literata, poetisa y amante de la música. Su aire majestuoso, su manera de hablar seria y al mismo tiempo expresiva y vivaz, la hacían insinuante y persuasiva. Además llevaba siempre consigo una prueba concluyente, y era su sobrina Clorinda, señal visible del prodigio de la Virgen. Y esto bastaba para conmover los corazones, aun los más duros é inflexibles.

Le expuse, pues, mi idea, de presentarnos juntos con la muchacha en las principales Iglesias donde concurría mayor número de personas elevadas, y mover el corazón de los Párrocos primero, y luego de los fieles, para dar

algún óbolo para la Iglesia de los pobres aldeanos.

La señora Lucatelli, que además de ser perfecta cristiana, debía cumplir su voto de hacer predicar en todas las Iglesias la gracia que había alcanzado, no se hizo rogar para satisfacer mi deseo. Y fué en la iglesia de Montesanto á la que dirigimos nuestros primeros pasos.

En aquella Iglesia predicaba entonces el mes de María el mayor predicador que había conocido en Nápoles, y que llamamos ahora el padre Carlos Rossi, Jesuita de Lecce. Sus sermones, llenos de la sana doctrina de la Iglesia, ilustrada principalmente por las doctrinas de Santo Tomás y de San Agustín y aplicada á la vida práctica, fueron manantial de donde tantas almas sacaron principios morales para guía en medio de la sociedad, y yo á ellos debo particularmente una gran parte de mi instrucción ascética.

Aquel reverendo Padre me conocía mucho y tenía en gran consideración á la condesa Fuseo y á la señora Lucatelli, por lo que se encargó con mucho gusto de anunciar desde el púlpito la empresa de Pompeyá y de contar la primera gracia alcanzada en esa Iglesia. El día 21 de Mayo, que caía en domingo, en que solía ir más gente á la Iglesia—habiéndome obtenido licencia para ello del cura de Montesanto,—el padre Rossi hizo el deseado anuncio.

Y cuando llegó el momento de la peroración, se adelantó de entre el gentío la niña Clorinda vestida de blanco y con una bandeja para recibir las ofertas de los fieles, y yo iba á su lado distribuyendo á montones mis sesenta mil programas. Verdaderamente, no fué grande la cosecha; trescientos cuarenta sueldos! diez y siete liras!... pero para mí era más de lo necesario, pues miraba principalmente á despachar mis programas. Estaba persuadido que aquellos escritos con colorido de fuego no podían dejar de hacer arder los corazones de los católicos que los leyesen. Tal era mi fé en el buen éxito conociendo la fuerza que ejerce la publicidad en la sociedad civilizada.

Animado por ese escrito propuse á aquellas señoras el ir sin perder tiempo á la Iglesia parroquial de Santo Domingo Soriano, á donde acudían muchas personas de la nobleza, atraídas por las palabras afectuosas é insinuantes del P. José Altavilla, jesuita, que predicaba allí el mes de María, que se celebraba con gran pompa y magnificencia.

Ese buen Padre nos presentó al Rvdo. Párroco, que era entonces D. Vicente María Sarnelli, de una santidad, instrucción y actividad apostólicas tan señaladas, que un año después fué muy merecidamente preconizado

al Episcopado de Castellamare di Stabia por el Papa Pío IX. Ese digno Prelado, muy devoto y estimulador de la obra de Pompeya, es hoy arzobispo de Nápoles y me honra con su benevolencia.

En verdad, cuando le fui presentado por primera vez me dejé llevar por mi naturaleza viva y decidida, ageno de ceremonias y reticencias como quien tenía la intención de obrar sólo para gloria de Dios; y estuve con él con demasiada franqueza y resolución. De esta primera entrevista debió sacar de mí una impresión desfavorable y fué tal vez justo permiso de Dios para humillarme y por otro lado ensalzar su obra como veremos luego.

El resultado fué que el Rvdo. Párroco por varias razones que se dignó indicarme, no consintió del todo lo que pedía, es decir: que se anunciase desde el púlpito la obra de Pompeya, en un día de fiesta cuando mayor fuese el concurso de gentes, y que se pidiese limosna en un día festivo en el Templo de Pompeya; que la niña Clorinda hiciese la colecta entre el devoto auditorio, y que yo distribuyese *mis programas*.

No me permitió nada de esto; sólo concedió que se hablase de nuestra obra desde el púlpito, en día de trabajo. Y sin más señaló el día del *Miércoles* siguiente. Pedí se me permitiese al menos distribuir mis programas en la Iglesia al momento del anuncio y me fué rehusado.

Solamente me fué permitido ofrecer mis programas en la Sacristía, y allí también tomar nota de algún asociado que se presentara espontáneamente.

—Más vale poco que nada, pensé y me resigné.

Sólo que esa orden de aquel buen Cura que me pareció rigurosa, no fué más que un admirable designio de la Providencia. Nadie reparó entonces que aquel Miércoles caía precisamente el 24 de aquel mes, día consagrado á la Santísima Virgen bajo el glorioso título de *Ayuda de los Cristianos*, **Auxilium Christianorum**. Pero si nosotros no lo observamos, bien lo hizo valer el elocuente orador, Padre Altavilla como lo veremos en su lugar.

*
**

Llegada la mañana del Miércoles 24 de Mayo, me presenté cargado con mis programas. Y no estuve solo. Además de la Señora Lucatelli y de sus sobrinas Clorinda y Laura, y de la Condesa con sus hijos, me acompañaba mi fiel amigo Juan Vastarella, aquel Señor siempre agradecido á la Santísima Virgen que le había salvado su hija, Cometta. Estaba á mi lado con grande oferta y fidelidad ejemplar. Dejé las señoras en la Iglesia pues aquella mañana no servía su concurso, y fui en busca del Padre Altavilla.

—Padre, le dije, ya que no puedo hacer una cuestación ni distribuir mis programas en la Iglesia, me recomiendo para que V. diga alguna palabra ardiente á los napolitanos para que vengan á la Sacristía los que quieran asociarse; allí me encontrarán é inscribiré sus nombres.

Por fortuna el Ecónomo de esta parroquia es muy devoto del Rosario y me ha puesto muy buena cara. Ha tomado mis programas en depósito y me ha prometido tomar nota de cuantos vendrán á la Sacristía para suscribirse después del Sermón ¿Puedo contar con V.?

Apreté fuertemente su mano y se la besé con afecto respetuoso.

Aquella mañana estaba llena la Iglesia, el Sermón empezó á la hora acostumbrada.

El gran orador elegido ya por María como uno de sus primeros apóstoles del Santuario de Pompeya, apropiando su sermón á la fiesta del día, empezó á desarrollar todas las antiguas victorias del Rosario, desde Lepanto hasta nuestros días, con un ardor y una elocuencia atrayente. Todos los ánimos estaban suspensos de sus labios.

Estaba yo de pie en medio de la gente y me latía el corazón fuertemente cada vez que oía nombrar la palabra *Rosario*, esperando llegase el turno del *Rosario de Pompeya*. Pero con asombro mio, el orador no hacía la más pequeña alusión á ello.

Me consolaba pensando que era costumbre en Nápoles hacer los anuncios de nuevas obras en el momento de descanso que toma el predicador hácia la mitad del sermón. En efecto, cuando concluyó la primera parte del sermón, que me había parecido demasiado largo, el P. Altavilla, se sentó.

—Por fin!... pensé... ha llegado el momento! y se me subía la sangre á la cabeza al mismo tiempo que aumentaban las palpitaciones de mi corazón.

Pero el P. Altavilla no parecía recordarse de nada, y empezó á recomendar otras obras de la parroquia. Luego pidió una limosna para una obra del Párroco y se disponía á levantarse para continuar el sermón.

El experto orador había reservado para lo último el golpe maestro á fin de obtener el efecto insuperable de la peroración en favor de la Iglesia de Pompeya. Pero yo que ignoraba esa pía extratagema, creí que en el fervor de la peroración se había olvidado de lo que habíamos convenido, y no sabía qué pensar, ni qué hacer.—*Se le ha olvidado!* repetía yo mecánicamente lleno de tristeza... Adios mis esperanzas! Y después de tantas humillaciones y súplicas! Se le ha olvidado!... Tendría que recordárselo, pero ¿cómo puedo llegar al púlpito?

Esta última idea se apoderó de mí. Sin darme cuenta de lo que hacía, eché á andar

precipitadamente, y llegué al pié de la escalera que sube al púlpito. Mi idea era de subir aquellos escalones y con disimulo decir al predicador dos palabras: «Recordaos de Pompeya... en la sacristía están los programas... y nada más.

Por mi desgracia, había sucedido que precisamente en aquel día algunos jóvenes mal intencionados, tal vez pagados por alguna secta, se habían puesto en medio de la Iglesia en la hora de la función y del sermón, y haciendo como si reñían entre ellos, habían llenado la gente de tanto miedo y escándalo, que hubo que suspender la función.

Lo mismo había sucedido en la Iglesia de Santa María de los Angeles en Pizzofalcone, donde había corrido la voz de que un asesino, un *acuchillador* de aquella terrible secta, había venido á la Iglesia para matar al predicador. En verdad, no sucedió nada de esto; sólo hubo una confusión espantosa, que hizo huir á los fieles de la Iglesia, y concluyó el sermón antes de tiempo.

Al ver mi ademán, mi cara pálida y agitada, mis modales atrevidos, los guardianes de la Iglesia y unos señores que rodeaban el púlpito creyeron que yo fuese uno de aquellos acuchilladores, y que mi intención era matar al

predicador. Vinieron enseguida hacia mí impidiéndome el paso.

—Qué quereis hacer?—me preguntaron con aire amenazador.

Yo que estaba muy lejos de comprender el equivoco, y llevado de la idea que me preocupaba, contesté apresuradamente:

—Quiero avisar al predicador, que se ha olvidado que en la sacristía están los programas y pueden suscribirse las personas.

—Qué programas, ni qué personas?... márchese!

—Pero debo...

—V. no puede, ni debe. Márchese! contestaron con tono de mando.

Desconsolado, echado, no tuve más remedio que ir enseguida á la sacristía y pedir consejo al ecónomo sobre el desgraciado accidente.

Pero al momento de entrar en la sacristía, oí la voz del P. Altavilla, que concluía su sermón recomendando con palabras enfáticas la obra de Pompeya.

—Una Iglesia cristiana—decía—se ha empezado al lado de las ruinas del paganismo. Es la primera vez desde el origen del cristianismo que se eleva en Pompeya un templo al Dios verdadero. El número de las Victorias del Rosario no se ha agotado aún. Vosotros, napolitanos, sois escogidos por el cielo para erigir

una Iglesia al Dios verdadero, en la tierra donde no es adorado.

Y continuaba exponiendo calurosamente cuanto se había hecho y quedaba por hacer.

Ningún orador había hablado con tanta unción y fervor en favor de nuestra humilde obra, apoyando sus dichos con narraciones de prodigios recientes.

Al oír aquellas palabras de tan irresistible valor, muchos de los que le escuchaban, animados de devoción á su voz se fueron á la sacristía, los unos para pedir explicaciones, otros para suscribirse ó pedir libros, imágenes ó cosas semejantes. Pero yo no tenía más que *mis programas* y una hoja de papel blanco para las suscripciones.

Era ya tarde, la Iglesia debía cerrarse, y la gente se agolpaba en la sacristía de Santo Domingo de Soriano de manera que impedían el paso á los sacerdotes y á los dependientes. El Rvdo. Ecónomo, D. Vicente, se afanaba en distribuir programas, y yo me apresuraba á registrar nombres y señas de los caballeros y señoras que me estaban rodeando. Después para no enfriar tanto ardor y para no despedir tanta gente sin satisfacerla, se anunció en alta voz que al día siguiente quien quisiera podía volver á la sacristía para asociarse y pagar el óbolo de la suscripción. Y todos se marcharon repitiendo: hasta mañana, hasta mañana.

Entre tanto la voz de un *acuchillador en la Iglesia*, de un *atentado reprimido*, había llegado á los oídos del Párroco, y los más celosos lo contaron al P. Altavilla que no hizo caso.

La Sra. Lucarelli y la Condesa, para demostrar su agradecimiento, fueron á visitar al señor Cura, y éste que había sabido todo lo ocurrido aquella mañana, les dijo con la mayor cortesía:

—Son ustedes dueñas de venir siempre que quieran á esta sacristía, pero aquel joven (y aludía á mí) *no, es un imprudente!*

Luego observó justamente que no debía meterse tanto ruido en una pequeña sacristía, y máxime cuando se celebraba una función como la del mes de María. Por lo tanto no habría permitido que se recibiesen allí las suscripciones al día siguiente.

Volviéndose luego hácia mí, me dijo con tono resuelto y severo.

—Sea este el último día, mañana no permito tanta confusión.

Se me estrechó el corazón al oír esta orden tan inesperada. Pensé ¡cuántas señoras vendrán mañana!... ¡cuántos caballeros á quien he prometido me hallarían mañana en la sacristía! Me marché triste y desconsolado.

A la mañana siguiente volví á la Iglesia de Santo Domingo Soriano, confuso y desanimado. No atreviéndome á entrar en la sacristía

por la prohibición recibida, me fui al confesionario del P. Altavilla, que estaba enfrente del altar de la Virgen de la *Salette*.

Apenas me hubo visto el buen Padre exclamó!

—Muchos señores y señoras se han presentado en la sacristía, pero yo tenía dicho al Económico que quien viniera para asociarse á la Iglesia de Pompeya, se dirigiera á mí en el sabido confesionario. He aquí, pues, *setenta y dos tiras* recogidas en esta hora; en este pedazo de papel he escrito las señas de los nuevos asociados.

Respire. Este ingenioso Padre había salvado la posición. Me gustaba también que en vez de dirigirse á mí, persona desconocida, fuesen los napolitanos á aquel Padre Jesuita digno de fé y muy apreciable; de ese modo mi pobre obra ignorada, crecería en reputación.

*
* *

A la hora del sermón la Iglesia estaba llena de un auditorio escogido. Me penaba el pensar que no toda aquella gente conocía el proyecto de *una Iglesia en Pompeya*. Si todas esas personas leyesen *mis programas*, pensaba yo, todas serían inspiradas por la Virgen para suscribirse.

Habiéndome fijado en esta idea, me vino de repente un pensamiento que manifesté á mi fiel compañero, el Sr. Vastarella.

— En la Iglesia—le dije—el cura es el dueño, y puede prohibirme distribuir mis programas; pero fuera de la Iglesia, la calle es del público y cualquiera puede distribuir los papeles que quiera. Sígame usted.

Y apenas concluyó el sermón, me coloqué con mi amigo á la puerta de la Iglesia, y á medida que salía la gente, mi amigo y yo nos apresurábamos á presentar los programas diciendo:

— Esta es la Iglesia de la cual habló ayer el padre Altavilla... En este programa se describe la obra de que habló ayer el P. Altavilla... y otras frases semejantes.

Los lectores sabrán que la hidra protestante ha intentado arraigarse hasta en Nápoles, y hace ya cinco lustros que procura envenenar á aquellas queridas y puras poblaciones. Entre los expedientes que cree mejores para llegar á su intento es la *prensa*; así es que á menudo se encuentran por las calles principales gentes pagadas, que os ponen en las manos hojas, opúsculos y libros preñados de hipócritas sugestiones y herejías contra el Papa, la Iglesia católica y la Virgen Inmaculada.

Sucedió, pues, que aquella mañana, entre la gente que salía de Santo Domingo Soriano, se hallaba un devoto y celoso tendero que vendía

alfileres, agujas, botones é hilo en un almacén cerca de la Iglesia de San Miguel, en la plaza de Mercatello, hoy plaza Dante. Este, viendo mis modales de hombre convulso, ocupado sólo en distribuir impresos, me tuvo ciertamente por un protestante.

—Qué atrevimiento! — exclamó aquel buen tendero — distribuir impresos heréticos en nuestros hocicos, y precisamente en la puerta de una Iglesia católica!

Y llevado por su celo en defensa de la religión, llamó á sí algunos amigos, y decidieron, que si me presentaba á la tarde para repetir mi farsa, se aprovecharían de la oscuridad para apalearme; y pensando hacer cosa grata al padre Altavilla como revindicación en honor de la religión en aquella Iglesia donde él predicaba por la tarde, le avisaron previamente.

El sabio Padre comprendió enseguida que habían caído en otro equivoco. Quería avisarme para evitar un mal paso, pero en aquel momento en que estaba por concluir su sermón, me hallaba yo ya en mi lugar con mi compañero Vastarella, repartiendo programas y gritando: «Se erige un templo en Pompeya!... Hé aquí el programa para un templo en Pompeya!...

El buen Padre no pudo hacer más que avisar á los que alquilaban las sillas, que los que repartían los programas *eran amigos suyos y no*

protestantes y que los defendiesen en caso de necesidad.

Mientras atendía á mi ocupación, sentí de repente un golpe debajo de mi oreja izquierda. Era una piedra que me habían tirado.

Me volví enseguida y me pareció que muchos de los que habiendo salido de la Iglesia se juntaban en la calle; me miraban con ojos torcidos y amenazadores. Como ignoraba de qué se trataba y no buscaba más que la ocasión de distribuir mis programas, me pareció un momento oportuno, viendo tantas personas católicas reunidas en un mismo punto, donde lo habria encontrado mejor, me adelanté para cumplir mi tarea... cuando siento otro golpe en la frente. Esta vez me habían tirado un troncho.

Entonces empecé á comprender que era yo el blanco de sus tiros, y al mismo tiempo oí que me decían en voz baja: «El P. Altavilla desea ver á usted en su casa enseguida».

Era el alquilador de las sillas, que venia á socorrerme.

Las miradas que me echaban á través y algunos epítetos que me daban de *parro excomulgado*, me hicieron presumir que era víctima de otro equivoco. Contra ese asalto por parte de hermanos no tenía más remedio que huir. De modo que me marché con precipitación, rozando la pared de la Iglesia y con la cara en ascuas, conmovido y desconcertado, como bien

se comprende por el hecho tan doloroso que me acababa de suceder. Me apresuré á entrar en casa del jesuita, que estaba allí cerca.

—De buena se ha librado V.—me dijo sonriéndome en cuanto me vió entrar - y me contó lo que sabía. Pero luego, para consolarme, me entregó más dinero y listas de nuevos asociados.

Cuando volví á mi casa mi conciencia me decía: «Acuérdate que tú, hijo de la Iglesia católica, has ultrajado frailes y sacerdotes en el teatro y en las conversaciones, y ahora los hijos de la Iglesia te ultrajan á ti en el umbral del santuario; es justicia remuneradora; con esto queda satisfecha la justicia de Dios.

* * *

A pesar de aquellas pequeñas contrariedades que me sobrevinieron, es cierto que en aquella Iglesia de Santo Domingo Soriano estalló una chispa, que pronto se hizo una hoguera.

Todos los que oyeron las palabras ardientes del P. Altavilla fueron tan fuertemente impresionados, que se hicieron á la vez propagadores de la obra. Volviendo á sus casas, repetían á sus parientes, amigos y criados lo que habían oído, por lo que muchos, sin conocer detalles, se aficionaban á la obra; y la noticia de que se erigía un templo en Pompeya se difundía entre las familias y personas de la clase media, que

Nápoles es privilegiada por Dios á causa de su piedad y misericordia hacia los pobres.

Por eso los napolitanos se enamoraban de esta obra y se encendían en caridad hacia los pobres de Pompeya que se hallaban privados de Iglesia y de instrucción religiosa, y poco á poco pusieron en mí su confianza y benevolencia.

Por lo que, si al principio sucedía que me recibían mal y de mala manera cuando iba por las casas pidiendo el óbolo de la asociación, desde entonces fueron más benignos, y á veces me preguntaban con sclicitud cómo iba la nueva empresa, que muchos llamaban santa.

Desde el día del sermón en Santo Domingo Soriano muchas señoras y señoritas se hicieron fervorosas propagandistas, entre ellas la duquesa de Casalnuovo, la duquesa Albertini Sogi-Carafa, la marquesa Tommasi, el marqués Torre, D. Vicente Correale, las señoritas Julia Marmili de los duques de Carinari, las de Tozzi, la Sra. Rippe y otras que nombraremos á medida que se presente la ocasión.

Además, varios artistas que se hallaron presentes, ofrecieron trabajar de balde para nuestra obra, y entre ellos recordamos al devoto é ilustre pintor Federico Maldarelli, que se presentó al P. Altavilla aquel mismo día 24 de Mayo, y le dijo con tono de gran piedad: «Me propongo, Padre, para pintar el cuadro del altar mayor, de que ha hablado usted.

También vino á ofracerse el pintor Laezza y luego el gran artista que todos hemos llorado en Nápoles, el Sr. Cayetano Moninle.

*
* *

Todas esas flores de piedad y de caridad aparecieron en Nápoles en aquel mes de Mayo, que fué el *primero*, el más señalado Mayo que marcó la *primera hora del Santuario de Pompeya*. Pero no debía concluir ese dichoso mes consagrado á la Reina de las Flores, sin que hubiésemos cogido *muchas flores de caridad napolitana*. Obtuvimos que nuestra humilde empresa fuese predicada en la grande y frecuentada Iglesia de Santa Brigida, en donde lanzamos los programas con profusión, que nos proporcionaron mucha gente de la clase baja y media, pues con oír las predicaciones y leer los programas se llenaron de celo, y á su vez atrajeron otros entusiastas, y al cabo del mes de Mayo, el número de los suscriptos fué cuatro veces mayor. Esto explica el título de *Flores de aquel Mayo*, que hemos puesto á este capítulo.

CAPÍTULO II

EL 8 DE JUNIO DE 1876.—LA PRIMERA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE POMPEYA.—LA SRA. JUANA MUTI.

El primer día de Junio de 1876 íbamos la condesa y yo en giro, pidiendo una limosna á varias familias para llenar los fundamentos que ya estaban zanjados.

Íbamos preguntando, yá á uno, yá á otro de nuestros conocidos, quiénes serían las personas más propicias á darnos un *soldo* al mes.

El P. Cirilo de Forto, d'Ischia, nos dijo que sabía de una familia rica y caritativa, que se llamaba Laghezza, y que vivía en la calle de Santa Teresa, núm. 75.

Fuimos enseguida allí, para hacerla suscribir por un *soldo* al mes. Era el 6 de Junio.

Aunque esos señores nos recibieron con mucha cortesía, sin embargo, al oír nuestra petición, y no pudiendo prestar entera fé á nuestras palabras, para librarse de aquella importunidad exclamaron: «Es imposible edificar una Iglesia con un *soldo*»; como si dijeran: desistan de esa utopía.

Entonces para convencerlos, les contamos que la Virgen del Rosario había ya concedido

También vino á ofracerse el pintor Laezza y luego el gran artista que todos hemos llorado en Nápoles, el Sr. Cayetano Moninle.

*
* *

Todas esas flores de piedad y de caridad aparecieron en Nápoles en aquel mes de Mayo, que fué el *primero*, el más señalado Mayo que marcó la *primera hora del Santuario de Pompeya*. Pero no debía concluir ese dichoso mes consagrado á la Reina de las Flores, sin que hubiésemos cogido *muchas flores de caridad napolitana*. Obtuvimos que nuestra humilde empresa fuese predicada en la grande y frecuentada Iglesia de Santa Brigida, en donde lanzamos los programas con profusión, que nos proporcionaron mucha gente de la clase baja y media, pues con oír las predicaciones y leer los programas se llenaron de celo, y á su vez atrajeron otros entusiastas, y al cabo del mes de Mayo, el número de los suscriptos fué cuatro veces mayor. Esto explica el título de *Flores de aquel Mayo*, que hemos puesto á este capítulo.

CAPÍTULO II

EL 8 DE JUNIO DE 1876.—LA PRIMERA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE POMPEYA.—LA SRA. JUANA MUTI.

El primer día de Junio de 1876 íbamos la condesa y yo en giro, pidiendo una limosna á varias familias para llenar los fundamentos que ya estaban zanjados.

Íbamos preguntando, yá á uno, yá á otro de nuestros conocidos, quiénes serían las personas más propicias á darnos un *soldo* al mes.

El P. Cirilo de Fortío, d'Ischia, nos dijo que sabía de una familia rica y caritativa, que se llamaba Laghezza, y que vivía en la calle de Santa Teresa, núm. 75.

Fuimos enseguida allí, para hacerla suscribir por un *soldo* al mes. Era el 6 de Junio.

Aunque esos señores nos recibieron con mucha cortesía, sin embargo, al oír nuestra petición, y no pudiendo prestar entera fé á nuestras palabras, para librarse de aquella importunidad exclamaron: «Es imposible edificar una Iglesia con un *soldo*»; como si dijeran: desistan de esa utopía.

Entonces para convencerlos, les contamos que la Virgen del Rosario había ya concedido

varias gracias á los que habían concurrido á la santa empresa con *un soldo*.

— Oh! si la Virgen se dignase hacer un prodigio—dijo la Sra. Carolina, la madre de familia— hoy sería el momento de mostrar su poder. Nuestra buena amiga Juana Muti se ha marchado de aquí para ir á la *Villa Doria sul Vomero*, en estado muy grave, y el dueño de la casa, convencido de que dicha señora ha de morir allí de consunción, ha puesto en el contrato la cláusula de que el pago debe ser forzoso por tres años, y si muriese, su familia tendría que renovar del todo el aposento. Su médico nos acaba de decir que la pobrecilla está ya desahuciada. Todos sus amigos la lloran y nosotros estamos afligidísimos. Su querido marido D. Fernando Muti está desconsolado; deja cinco huérfanos!

— Si es así— contesté — la enferma debe encomendarse á Nuestra Señora del Rosario, que para la edificación de su Iglesia concede muchas gracias en estos días.

— No sabe usted — dijo una de las señoritas — cuántos votos ha hecho su marido! cuántos dones ha ofrecido á varias Iglesias, pero todo inútilmente. Se lia cansado y perdido la esperanza...

— No pedimos votos ni donativos — contesté.

— Pruebe su amiga lo que han experimentado tantos. Hé aquí la hoja de las Celadoras.

Y diciendo esto, desarrollé un papel, en donde se leía arriba estas palabras: *Para un templo á Pompeya*. Empiece la enferma por poner su nombre al principio de la página con la pequeña dádiva de los *soldos* para *el nuevo templo de Maria*, y procure más asociados: empiece á obrar como celadora para la Virgen, y ésta no dejará de recompensarla. Prometa también que si alcanza la gracia se dará publicidad.

Así lo hizo. Aquella misma tarde las señoritas Laghezza enviaron á su amiga moribunda una carta, en la que decían hiciese un voto á la *Virgen milagrosa del Rosario de Pompeya* y la prometiese suscribirse como *celadora de la nueva Iglesia*, que debía construirse allí. Al mismo tiempo la mandaron también varios programas.

*
**

La Sra. Juana Sabbato de Muti estaba en cama en el último grado de consunción.

En Diciembre de 1875 se le notó una hinchazón con dolor al lado derecho, que fué definido por los mejores facultativos *un tumor frío*, que era preciso cortar para evitar tristes consecuencias. Pero con la esperanza de que desapareciese, dejaron pasar varios meses. ®

Después de varias consultas de las celebridades quirúrgicas y médicas napolitanas, sufriendo la enferma fuertes dolores en las vértebras,

que hacían presumir se tratase de *neurosi*, se hizo una operación el 22 de Abril de 1876, y el 5 de Mayo se le puso un sedal.

Es imposible decir los padecimientos que ocasionaba á aquella gentil señora la frecuente mediación del sedal. Además padecía de unos obstinada con paroxismos de hora en hora, que la dejaban una gran postración, y por último la sobrevino una broncoalveólida, que la daba una fiebre continua que subía hasta 40 grados.

Quedaba poca esperanza de salvarla la vida, pero para no dejar nada por hacer, fué inducido por varios médicos el cambio de aire, y la llevaron sobre la colina Soleado del Vomero. Pero allí arriba se puso peor y sentía acabarse la vida: Corrían malas noticias, quién decía que estaba moribunda, quién la tenía ya por muerta.

En estas tristes circunstancias se hallaba la malograda señora cuando llegó la carta de las Sritas. Laghezza. Al leer lo que la decían sus amigas y el *Programa de la Iglesia de Pompeya*, la enferma se conmovió y al momento firmó su nombre en el papel, luego llamó á su madre, á su doncella y á toda su familia. Desde que se suscribió, sintió apoderarse de ella tal fé, que no dudó ya de su curación.

Llegó el 8 de Junio. Hacía precisamente un mes que la Virgen del Cielo había mirado y bendecido la humilde tierra de Pompeya, en la que se empezaba una obra que había movido cielo y tierra.

La Sra. Muti cayó en un gran sopor y la pareció ver á la Virgen del Rosario sentada sobre un trono con el niño Jesús en sus brazos, y con el rosario en la mano, pero sin diadema en la cabeza. Así precisamente estaba pintada la Virgen en el viejo cuadro de Pompeya, pero la enferma no lo sabía, ni le había visto jamás.

La parecía que la Virgen la miraba con gran ternura, y ella con insistencia y con abundantes lágrimas, la rogaba que la librase de tantos martirios que sufría y la sanase. Entre sus sollozos la mostraba al niño Dios como si quisiese por medio de la Virgen alcanzar esa gracia. Entonces la clemente Madre de Dios sonrió y la miró fijamente, echándole al mismo tiempo una cinta blanca sobre la que estaban escritas estas palabras: *La Virgen del Rosario de Pompeya ha concedido la gracia á la enferma Juana Muti!*

—Oh Madre del Rosario! Oh Madre! así lo espero! ¿Es verdad lo que me dices? ¿Con que estoy curada? ¿No moriré?—repetía la enferma—todo desvaneció, ella no creía en sí misma, la parecía un sueño. Pero no había sido sueño el suyo, porque en aquel momento oyó

perfectamente el movimiento y las palabras de las personas que estaban en el cuarto inmediato. ¿Con que era una aparición de la Virgen del Rosario? ¿Pero cómo explicar que la Virgen del Rosario estuviese sentada y sin diadema, cuando en todas imágenes se veía de pie y con la corona real en la cabeza? ¿Porque la vió en esta nueva actitud?

No sabía la pobrecilla explicarse todo esto, pero à pesar de todo se sentía con nuevas fuerzas y vuelta à la vida. Un júbilo inusitado había invadido todo su ser. La emoción no la dejaba contar lo sucedido, ¿pero cómo ocultarlo? ¿Porque no participar à sus parientes y amigos el contento y la esperanza que llenaban su corazón?

Hecho ánimo, llamó à todos à su alrededor y con lágrimas de ternura les contó su visión.

De repente cesó la fiebre y la tos obstinada, y mientras la dichosa señora estaba aún hablando llena de animación, entró en la casa su marido Fernando Muti.

Al verla sentada en la cama y contando el extraordinario acontecimiento sin que la molestase la tos, fué tal su conmoción que echó à correr à la cuadra, montó à caballo y fuese directamente à Nápoles para saber por las señoritas Laghezza lo que había pasado.

Llegando al aposento de aquellas señoras se hincó de rodillas ante D.^a Carolina y con lágrimas en los ojos exclamó:

— ¡Me habeis devuelto mi esposa!— y les contó la visión, la mejoría, y preguntó qué significaba *aquella Virgen del Rosario*.

Las devotas señoras estupefactas ellas también de lo que veían no supieron decir otra cosa, sino que *habían venido dos señores que querían erigir una Iglesia mediante una suscripción de un soldo y que querían dedicarla à la Virgen del Rosario*.

No dijeron nada de la Imágen, de la corona que faltaba y demás.

Pero el hecho era que D.^a Juanita había visto la Virgen como está en Pompeya, y después de esta visión había vuelto de la muerte à la vida.

Las señoras Laghezzas llenas de una Santa alegría por haber querido la Virgen servirse de ellas para cumplir un prodigio, fueron en seguida à dar cuenta de todo al P. Altavilla, à quien habían oído pocos días antes en Santo Domingo Soriano manifestar desde el púlpito con palabras ardientes, el valiente intento de erigir *una Iglesia Católica en Pompeya con un soldo al mes*.

El P. Altavilla à su vez se llenó de júbilo al ver que el cielo patrocinaba con señales visibles la nueva obra que él había predicado en Nápoles y no tardó en participarnos la noticia à la Condesa Tuseó y à mí. De este modo fuimos juntos los tres, el día 13 de aquel mes,

al Vomero, al Casino Doria para oír de boca de la enferma lo que había sucedido. La señora Muti francamente y como persona sana, nos contó el hecho con todos sus pormenores.

El día 30 de Agosto la privilegiada señora volvió á Nápoles, completamente restablecida causando la admiración de cuantos la conocían. Ella misma escribió de su propio puño el testimonio, que fué leído por el P. Altavilla á un numeroso público en la Iglesia de San Nicolás de Tolentino (1).

La madre de la enferma, Clementina Sabbato ofreció 50 liras para la fábrica del templo; su hijo Pedro, una casulla. Hay en el Santuario de Pompeya una lámpara de plata y un copón con el nombre de Juanita Muti, grabados sobre ellos, que están como perenne recuerdo de la *primera aparición de la Virgen del Rosario*, bajo el título de la *Virgen de Pompeya* sucedida el 8 de Junio de 1876, al cabo de un

(1) Los testigos que firmaron el testimonio escrito del propio puño de la Sra. Muti y que se publicó desde el púlpito por el P. Altavilla en la Iglesia de San Nicolás de Tolentino, fueron Fernando Muti, marido de la enferma; Clementina Villani de Sabbato, madre de la enferma; Pedro Muti, hijo; Adelaida Genuino, criada; Carolina Aversa Spinelli; Rosa Gómez de Terán; Anita Laghezze; Mariánita Laghezze; Concepción Laghezze; P.^o José Altavilla de C. O. F.; Condesa Mariana Fúseo y abogado Bartolo Longo.

mes que se había consagrado la *primera piedra del templo de María*.

Hoy han pasado 21 años, y la mujer á quien fué concedida la gracia vive aún, y cuantos la visitan en su casa en la calle de Toledo, número 24, cuando todos la creían en el umbral de la muerte, se maravillan y bendicen á Dios sin cesar.

Y ella, después de 21 años, es feliz cuando puede relatar la insigne gracia que obtuvo, y certificar haberla recibido por la *milagrosa Virgen del Rosario de Pompeya*.

CAPÍTULO III

UN DONATIVO PARA EL PRIMER ALTAR.—
LA SRA. RAQUEL DE HIPPOLYTIS

María quería, pues, confortarnos, aprobar lo que por Ella hacíamos, alentarnos á dar pasos mayores para conseguir nuestro intento, y al mismo tiempo educarnos para sostener nuevas dificultades que podían surgir.

Y así, antes de que concluyese aquel mes de Junio, se dignó concedernos muchas gracias. Entre las piadosas personas que oían al padre Altavilla el día memorable 24 de Mayo, se hallaba una buena señora llamada Raquel de

Hippolytis, que vivía en la calle Santo Spirito di Palazzo, 41. Tenía un hijo atacado de bronquitis, en estado muy grave por enfermedad complicada. Al oír al predicador asegurar que la Santísima Virgen se dignaba conceder cada día nuevas gracias por su Iglesia de Pompeya, se sintió llena de nueva esperanza y decía para sí.

—Oh! si la Virgen de Pompeya me devolviese mi hijo, la ofrecería *mil* liras para que se hiciera en aquella Iglesia el primer altar.

La Reina de Misericordia quiso derramar un bálsamo de celestial dulzura en el corazón exulcerado de esa pobre madre. No había vuelto aún á su casa la Sra. de Hippolytis, cuando su hijo salió del peligro y en breve quedó sano.

Pero el amor materno siempre tiene dudas y teme lo peor, tratándose de la salud de un hijo.

La Sra. Raquel no quiere creer lo que vé, y teme sea una ilusión. Quiere estar segura de si la salud de su hijo se mantendría aún después de pasado el invierno, y en efecto, aguardó que concluyese el año 1876 y pasase el invierno de 1877. Pero en llegando el 8 de Mayo, cuando vió que su hijo seguía bueno, llena de remordimiento por no haber cumplido la promesa hecha á la Virgen, quiso remediar su falta con un generoso medio: «Daré no sólo mil liras—pensó—sino también el interés de un año, que son cincuenta liras.

Y para manifestar mayormente la gracia recibida, fué ella misma á Nola y entregó al obispo las mil ciento cincuenta liras para que las mandase á los fundadores del templo, para el primer altar que se construyera en la Iglesia del Rosario de Pompeya.

CAPÍTULO IV

LOS FUNDAMENTOS REFORZADOS

En los primeros días de Junio, fué el profesor Cua por primera vez á Pompeya, llevando el dibujo arquitectónico del nuevo templo reducido en proporciones geométricas, aunque tuvo que conformarse con las dimensiones establecidas por mí, cuando se excavaron los primeros fundamentos.

Ante todo manifestó el error cometido al construir las fábricas, especialmente los fundamentos á pedazos separados. Observó que si se hacía al año otro pedazo de fundamento y luego se le arrimaba una nueva fábrica, sucedería que al unir la nueva con la vieja construcción, se destacarían la una de la otra y se formaría una hendidura.

Era, pues, necesario abrir todos los fundamentos á un tiempo, y tratándose de tener que sostener un peso enorme, ya que se construía

con piedras vulcánicas, era prudente hacerlos de un solo pedazo. Había que retocar los que ya se habían echado, reforzándolos con una escarpa en declive subterránea y ensanchando los muros fundamentales hasta 2,70 metros en toda su largura de 36 metros, dejando así una área interna para la nave de 9,20 metros de ancho, y además extender el eje del crucero hasta los 20 metros.

Para ejecutar sus planes, quiso también tener un trabajador más hábil, y para esto se llamó al maestro de obras de Scafati, Pascual Vitello, que, como recordarán los lectores, fué el que midió conmigo la Iglesia de la *Madonna de Muroli*.

Se volvieron á tomar de nuevo los trabajos del Templo el 10 de Agosto de aquel mismo año bajo la dirección del Sr. Cua, y hasta entonces se habían gastado *dos mil doscientas liras*, además del concurso gratuito de los jornaleros y los donativos de piedra vulcánica, cal y demás.

CAPÍTULO V

LA SRA. MALVINA MASSA LENCI.—EL
PRIMER CÁLIZ.

Mientras que yo trataba con arquitectos, ingenieros y albañiles para emprender de nuevo los fundamentos que habían sido interrumpidos,

la Virgen nuestra Reina se complacía en aumentar el número de sus gracias, y eligió también esta vez una de las personas que se hallaron presentes en la Iglesia de Santo Domingo Soriano el día en que es venerada bajo el título de *Auxilium Christianorum*.

La persona elegida por la Virgen fué la señora Malvina Lenci de Massa, oriunda de Nápoles, que vivía en el palacio Maffetone al Mercatello.

En los primeros días de Julio se hallaba esa señora en muy malas condiciones. Corría el riesgo de morir ella y la criatura que llevaba en su seno. En tan grave peligro, el único pensamiento de esa desgraciada, el disgusto de pensar que su criatura pudiera morir sin recibir el bautismo, y así quedar privado de la gloria del cielo. Asistida y confortada por el padre Altavilla recurrió al *puerto de los desesperados*, á la nueva Iglesia de Pompeya. Prometió regalar un *cáliz de plata*, el *primer cáliz* para la futura Iglesia, si quedaba sana, y el niño que debía nacer recibiese el agua saludable de la regeneración.

Feliz acontecimiento! La criatura recibió el bautismo y luego murió. La buena madre recobró en breve la salud y enseguida cumplió su voto.

El 27 de aquel mismo mes, recibo por conducto del P. Altavilla un cáliz de plata, regalo de

la Sra. Malvina Lexci de Massa por dos gracias recibidas á un tiempo por la Virgen bendita de Pompeya, á saber: su salud corporal y la salvación de un alma ya volada entre ángeles al reino de Dios.

CAPÍTULO VI

LA PRIMERA FIESTA EN EL RECINTO DE LOS FUNDAMENTOS.

No habían pasado seis meses desde que había sido consagrada y colocada la piedra angular del edificio, y ya los fundamentos de la Casa del Señor, estaban acabados.

A mediados de Octubre la superficie de los gruesos muros subterráneos llegaban á raíz del suelo destinado al lugar sagrado. Blanqueadas con cal, parecían aquellas murallas que ceñían los antiguos castillos para hacerlos fuertes é inexpugnables.

Ya saben mis lectores como desde hacía cuatro años, no dejaba yo pasar el mes de Octubre sin festejar á la Reina del Rosario con mis aldeanos; mas que nunca, convenía no dejar un uso tan bello. Propuse, pues, celebrar la fiesta en aquel recinto de tosca construcción, y lo principal era ofrecer á Dios el *primer sacrificio* en aquel terreno comprado para manifestación de su gloria.

Puestas unas tablas sobre dos toneles en el fondo, cubiertas con lienzo y paños, fué improvisado un altar como se hizo el 8 de Mayo. Se puso encima un crucifijo, seis velas, y una piedra sagrada. Detrás del altar, sobre un fondo blanco y azul se colgó la usada Imágen de la Virgen del Rosario así como se hallaba en la antigua parroquia, nada agradable á la vista porque no la había restaurado aún Maldaselli, pero que yo amaba tanto como señal de victoria, y venerada por muchos como manantial de consuelos divinos.

Se preparó la fiesta para el último domingo de Octubre que caía el día 29. Fué magnífica aquella mañana en que por primera vez fué festejada La Reina del Santísimo Rosario por sus hijos en el lugar escogido por ella misma como su nueva habitación y trono de sus misericordias. Sobre el área del naciente Santuario, sobre aquella tierra donde tuvo su sede el demonio, bajo un humilde toldo fué ofrecido por primera vez el Sacrificio de expiación, de amor de Dios vivo y verdadero. En abierta campiña sobre un suelo lleno de esponjosas y volcánicas piedras en partes cubiertas de cal y de lodo, era saludada María con las quince decenas de su Rosario, y por gentes mezcla de nobles y plebeyos, venidos de Nápoles y sus alrededores, y en presencia del venerable Obispo de Nola.

El orador que se eligió para predicar en esa función, en un lugar tan asolado cerca de la carretera provincial, fué el mismo P. Altavilla, que el 24 de Mayo había encendido en Nápoles aquella chispa que pronto se convirtió en un incendio de religiosa piedad hácia la Obra de Pompeya. Con tiernas palabras de amor y de fe, el elocuente orador recordó el constante triunfo de la Cruz sobre la barbarie, los herejes, y el Paganismo, y como la Virgen María es siempre la compañera de esos triunfos, la corredentora del género humano. Y esta vez para plantear su casa entre los gimientes hijos de Eva, no elige un centro popular ni una gran ciudad católica para ser honrada convenientemente, pero si una campiña agreste que fué un día habitada por paganos; una tierra bajo la que se estremecen de rabia los demonios y mil perdidas almas de cónsules y de caballeros romanos.

¡Oh cuanta inefable dulzura gozaban en aquella hora los presentes; dulzura de que llena al alma la Religión.

Enfrente estaba el Vesubio con su penacho de humo gris que se echaba hacia el Occidente como una columna aérea: A la izquierda, el Anfiteatro con las ruinas de la antigua civilización y detrás los restos destrozados de una ciudad muerta que lleva aún las huellas de sus costumbres paganas. A los lados un conjunto

de fábricas apenas sobre salientes del terreno húmedo aun por las últimas lluvias del Otoño, y á la vista la imágen de un crucifijo que tiene el pudor de renovar y restaurar todo. Y mas alto, otra imagen suave, querida; la imagen de la Madre de aquel crucificado y que es también la Madre de los redimidos.

Dulces lágrimas corrian por las mejillas de los oyentes. Eran esas lágrimas la palabra del corazón del creyente que hablaba á Dios con amor y dolor á un tiempo. Era palabra *del dolor* por tantas impiedades y herejías que hacen sentir la necesidad de nuevos milagros del Rosario en el mundo. Era palabra de amor y de gratitud hacia Dios, que se digna aceptar por su gloria las obras del hombre, y demuestra su complacencia con prodigios que obra por la invocación de la *Virgen del Rosario de Pompeya*.

En aquel instante fué tal el arrojé del amor y de la fe en las almas de todos, que el mismo Obispo de Nola no pudo contenerse y bajando de su silla, se adelantó en medio del pueblo, y con ardientes palabras lo exortó á la fe católica y entonó en alta voz el Credo de los Apóstoles haciendo eco la muchedumbre que le rodeaba enternecida: Oh! nuestra Religión en la altura de su verdad, está también ceñida de una belleza encantadora.

CAPÍTULO VII.

EL AÑO 1876, PRIMERO DEL ORIGEN DEL SANTUARIO.

Así concluyó el primer año del origen de esa Iglesia, porque como yo fabricaba *con economía*, es decir pagando diariamente los obreros, no convenía continuar los trabajos durante el invierno cuando los días son mas cortos y es preciso suspender la obra á veces, por causa de las lluvias ó de los vientos frios. Además yo empleaba el invierno en ir con la Condesa por las casas de Nápoles para recoger las oblaciones y procurar nuevos agregados.

Hasta el 15 de Noviembre de aquel año, encontró en mis registros haber gastado, *siete mil trescientas setenta liras y diez céntimos*.

Habia recojido *cuatro mil novecientas cuarenta y cinco liras y ochenta y cinco céntimos*. Faltaban pues, dos mil cuatrocientas cuatro liras, y treinta y cinco céntimos para pagar cal, piedras, carretas y cosas semejantes.

El día de la fiesta que como queda dicho fué el último Domingo de Octubre, puse de manifiesto un cuadro en el que estaban escritos los nombres de los donadores, las dádivas ofrecidas, las

sumas de gastos é ingresos con la firma del arquitecto director Señor Antonio Cua.

Pero cuando el Obispo de Nola vió que los gastos superaban los ingresos se quejó conmigo, no teniendo ganas de tomar parte en la deuda, habiendo siempre seguido la *regla de no gastar más de lo que se tiene*. Daba con gusto, dirección, consejo y concurso; pero tomar parte en las obligaciones que empezaban con superar el ingreso, eso no lo quería absolutamente.

Pero yo, sentía ya en mi alma una fuerza y un vigor sobrenatural; pues con sér el cuerpo débil y cansado por largas enfermedades, el espíritu al contrario estaba lleno de una santa embriaguez que no me permitía pensar en otra cosa que en el *Templo del Señor* en Pompeya.

En mi imaginación la elevación de un templo se presentaba como una fuente en la que se lavaba el alma de sus culpas, y además me parecía ver el cielo sonreirme y arrimarme á la vista de tantos prodigios. De lo que sacaba nuevas fuerzas en los momentos más terribles de dudas y desconsuelos, y me daba mayor confianza en la Providencia. Además sentía como un presentimiento que dominaba mi alma, y era que aquel Templo había sido cuidadosamente preordinado *allí, donde se puede lo que se quiere*; de modo que si quisieran ó nó los hombres, la cosa debía seguir siempre adelante. Por eso pude calmar enseguida á aquel

Prelado, asegurándole que yo estaba dispuesto á tomar sobre mí aquella deuda y las demás que sobreviniesen, con la persuasión de que el cielo no me abandonaría nunca.

Y así he obrado siempre cada año hasta el presente.

¿Fué ilusión?

Cierto que no era conductor según la vía ordinaria de la prudencia humana, máxime en aquella época de incertidumbre en el resultado de la empresa, era casi una temeridad.

Pero siendo yo ferviente admirador y humilde secuaz del caritativo y amado P. Andovico de Casoria, que era para mí como un San Francisco vivo, me dejaba guiar por otro juicio, que su buen éxito ha demostrado ser recto y según Dios. Ese juicio, según la mística de los Santos, y no según la razón de los filósofos era el siguiente:

Cuando Dios desde el principio se revela en una obra con la intervención extraordinaria (y esto lo muestra con prodigios), entonces por su infinita bondad y misericordia inefable, el hombre á quien Él encubre en una obra de su elección, se vuelve instrumento de su Providencia y le infunde en el alma junto con el fuerte deseo del bien, una gran seguridad de acierto. No le hace ver los fantasmas de los obstáculos, que pudieran entonces debilitarlo desde los primeros pasos, al contrario, lo atrae

poterosamente con la visión de la hermosura del bien.

De esto provenía que, por misericordia de Dios, no me importaban los juicios que en aquel tiempo los hombres hacían de mí y de la obra que con razón y según las apariencias reputaban por lo menos raza ó efecto de exaltación religiosa, ó de natural *entusiasmo meridional*, que es fácil encender y más fácil apagar.

Pero aquí se presenta otra consideración, que resulta para gloria de Dios.

Quien con mente serena medite el origen primero de aquella obra, que María quería alcanzase en pocos años fama tan grande, descubrirá ya en aquellas primeras trazas un gran intento divino, que no comprendí entonces.—¿Cuál era?—Hélo aquí.

Empieza la historia del primer año de este Santuario con una aurora de gracia, que preceden al dichoso día de su fundación.

En aquel año, primero del origen del Santuario de María, que ha sido ocasión de tantas maravillas del Señor sobre aquella árida tierra de paganos, encuentro que son *ocho* las gracias descritas en esta historia.

Es notable que *cinco* se lograron por intercesión de la Santísima Virgen del Rosario en el tiempo que precedió á la compra del terreno donde debía edificarse la Iglesia, es decir, en los meses de Febrero, Marzo y Abril. Y *tres*

sucedieron en los tres meses que siguieron á la bendición de la primera piedra fundamental del Santuario; es decir, desde el 8 de Mayo á todo Julio. Quién puede saber el por qué lo quiso así Dios? Nosotros, mortales, no podemos más que adorar las maravillas de Dios, más es permitido el meditarlas.

Aquellas primeras *cinco* gracias me recuerdan los primeros cinco misterios del Rosario. Y veo en esta idea un significado misterioso que la Santísima Virgen había de aclararme después de quince años, es á saber: que su predilecto Santuario de Pompeya, dedicado precisamente para celebrar su Rosario, habrá de tardar en construirse *tantos años cuantos son los misterios* que en el Santo Rosario meditamos, y que cual otras tantas preciosas margaritas brillan esplendorosas en su mística corona de rosas. Y esto es precisamente lo que ha sucedido. Este número, además me ha hecho entrever que la serie de acontecimientos que habrán de desarrollarse, llevará como impreso el carácter de los que se contemplan en el santo Rosario. En efecto, es de notar que de estas *cinco gracias*, que abren el curso y la serie de otras innumerables que á ellas están vinculadas, como las cuentas de la mística corona de María, la primera fuese otorgada á una inocente doncellita, niña de doce años, llamada Clorinda Lucarelli. La primera, pues, misericordiosa mirada de

María fijóse sobre la humilde y afligida inocencia. Lo cual nos recuerda cómo con la humildad é inocencia de Nazarét se nos descubre la grandiosa tela de misterios de nuestra redención, que se contemplan en el Santo Rosario.

Tambien las otras cuatro gracias tienen para mi un propio significado. El favorecido por una de ellas fui yo mismo que esto escribo, por cuanto la recibió mi Madre, como para obligarme más y más por deber de gratitud á no desistir de mi empeño y del camino emprendido por ningún obstáculo que se me pusiese delante. La otra la recibió el padre del Rvdo. D. Genaro Tederici, primer compañero que para esta obra se me dió por el ilustrísimo Obispo de Nola.

La tercera fué otorgada á una madre joven Concepción Vastarella, la cual en medio de sus más horribles convulsiones, hallábase á punto de exhalar su postrer aliento juntamente con la criatura que llevaba en su seno, sin poder recibir las aguas regeneradoras del bautismo: gracia singularísima y feliz presagio de cuanto había de suceder después, en este templo destinado por María para salvar de la perdición á muchas almas. Y la quinta finalmente la recibió el sacerdote D. Antonio Varone. No me detengo á describir la perfecta armonía que guardan estas cuatro gracias con los otros cuatro primeros misterios porque es muy largo el camino que tengo que recorrer.

Pero antes me ocurre otra pregunta que hacer, y es esta. ¿Por qué la Virgen benditísima se dignó otorgar estas cinco señaladas gracias aun antes que se comprase el necesario solar para la edificación de su nuevo templo y cuando todavía ignorábase en que punto había de levantarse su nuevo Santuario? ¡Ah! Hoy viendo yo la soberana bondad de esta dulce y benditísima Madre, muchas son las razones que se me ofrecen de que ella habrá de mostrarse tan soberanamente liberal y tan largamente benéfica en favor de tantos pobres y menesterosos hijos suyos. Quería sin duda fortalecerme y al propio tiempo empujarme para que los primeros golpes del enemigo de todo bien no me hicieran retroceder.

Otro pensamiento más bello todavía se me ofrece hoy á este propósito. La voz de un mensajero celestial fué la precursora de la tan suspirada venida del Redentor al mundo; y la voz unida pero elocuentísima de tantos y tan extraordinarios prodigios había de ser cual sonriente aurora del gran día en que la clemencia divina descendería sobre aquella árida y desolada tierra del muerto Paganismo á fecundarla de nueva vida.

En las revelaciones de la Venerable María de Agreda, se lee que los ángeles de la más alta jerarquía fueron deutados para la custodia de la casa y persona de la benditísima Madre de

Jesús cuando todavía vivía en carne mortal. Y de ahí que pienso que también uno de los más encumbrados espíritus, ha sido deutado por Dios para vigilante centinela de esta nueva torre de David. Y páreceme hubo de ser nada menos que el Gloriosísimo Príncipe de la milicia celestial, que tiene por distintivo suyo un nombre que quiere decir *el más próximo á Dios*. —*Quis ut Deus?* aquel Príncipe que es la boca, el soplo y el brazo de Dios, *Michael*. Y justamente el día en que la Iglesia celebra la fiesta de su aparición, era el designado en los inmutables decretos del cielo para dar principio, y después de tres largos lustros *el fin*, aquí en este solitario y abandonado sitio, á la *nueva Arca de alianza*, que había de conducir felizmente á su eterna salvación á millares y millares de los desgraciados hijos de Adán.

*
* *

Mas como las obras de Dios merecen ser meditadas, porque nunca el Altísimo obra un prodigio sino por fines muy elevados; por esto hoy, después de tantos y tan grandiosos acontecimientos verificados, puedo ciertamente elevar mis pensamientos haciendo alguna, bien que breve provechosa consideración acerca de la acción de Dios en aquel primer año de 1876.

Muy pocos días habían transcurrido desde que en Pompeya era venerada la Madre de Dios y poderosísima abogada de los pecadores, cuando hé aquí que bien pronto esta dulcísima Madre de misericordia, comenzó á dar espléndida prueba de que deseaba Ella colocar el trono glorioso de sus misericordias y de sus maternales finezas allí precisamente, sobre aquel suelo funesto, manchado de tantas obscenidades paganas, teatro de todos los horrores de la idolatría y de sus seculares y tristes ruinas.

Está hoy la sociedad á punto de naufragar en la fé cristiana, y la soberana Reina de las Victorias viene á socorrer á los pobres naufragos: y con el soberano poder que recibe de su Hijo divino, transforma maravillosamente aquel funesto lugar de la muerte, aquel horroroso sepulcro del brutal paganismo en el centro de la vida y donde antes sólo había el horror de la muerte, su negrura, su escualidez y sus eternas ruinas, levanta ahora el hermoso, consolador y esplendente faro de la fé divina, para que los que hubiesen perdido ese divino reverbero, ese rayo vivificador de la eterna claridad, y andan á tientas y palpando tinieblas de muerte, perdido ya el camino de la vida y de su salvación, fijen sus tristes miradas en él, en ese faro salvador y les sirva de norte y guía en este provechoso mar del mundo. Sí, vengan acá los que se sienten necesitados de refrigerar

su espíritu con el suave bálsamo de la fé cristiana; vengan acá, á este Valle de Pompeya, á visitar á su divina Madre de misericordia, vida y esperanza nuestra; vengan todos los que se sienten como asfixiados con la morbosa y corrompida atmósfera del mundo, á respirar el vivificante oxígeno que se desprende de este Santuario de María. ¡Ah! Ella que es la «Virgen fiel» *Virgo fidelis*, tiene contados los gemidos y los latidos del corazón de cuantos la invocan, y los pasos de cuantos se dirigen al lugar de su predilección, y los galardona aun en esta vida con especialísimas gracias de su maternal protección.

No mira Ella el mérito de las personas, ni su condición, ni el rango que ocupan en la sociedad. «María no fiscaliza los merecimientos»—dice S. Bernardo.—*Maria non discutit merita*. Ella vuelve benignos y misericordiosos sus hermosos ojos á todos los que de corazón la invocan. Y, en nuestros días especialmente, mira con amor verdaderamente maternal á cualquiera que invocándola bajo el título tan soberanamente grato á Ella de *Reina del Santo Rosario*, concurre, aunque sea desde lejos, á la edificación de su nuevo Santuario.

Fuera de eso, es también digno de notarse cómo la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya, al aparecerse á los hombres por vez primera bajo las formas con que vése pintada en

este Templo, no escogió para esa aparición á una niña inocente, como en las ya famosas montañas de Lourdes, ni á un santo monje, como sobre las cimas del Carmelo, á un B. Simón Stok ó á un San Guillermo sobre la cúspide del Montevirgen; ni á una virgen consagrada á Jesucristo y esposa suya muy querida, como la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, ó una Santa Catalina de Sena, ni á un ungido del Señor, ni á un santo Obispo, nó; sino á una *mujer casada*, una madre de muchos hijos, una señora, en fin, rica y de la clase muy elevada de la sociedad napolitana, *Juanita Muti*.

Querría quizá la soberana Reina de todo lo creado, mostrarnos ya desde un principio su misericordiosísimo designio, que aquí, en este su nuevo santuario, había de cumplirse, es á saber: que ella—cual Corredentora de la humanidad—desde este su nuevo trono de inefables misericordias, había de tender su benéfica y salvadora diestra á toda la sociedad, y que en esta nueva Sión acogería con grande benignidad bajo su maternal protección y amparo á todos sin distinción de clases, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, sábios é ignorantes, justos y pecadores, pueblos y naciones y fieles de todos estados y condiciones, para á todos conducir y guiar á través de las hinchadas olas de este borrascoso mar en que todos navegamos, al suspirado puerto de paz y salvación eternas.

¡Oh! y como con tal ejemplo se dilata el corazón del seglar, del casado, del que bien á pesar suyo tiene que vivir en medio de los vaivenes y tumulto incesante del mundo! ¡Oh! como se abre su corazón á la esperanza, y una esperanza fundada en su maternal largueza de tan buena Madre de misericordia, que se complace en el hermoso título de Reina del Santo Rosario del Valle de Pompeya!

Sea como fuera, es muy cierto que para mí, á la sazón cual inesperto piloto que emprende un peligroso viaje á través del inmenso Océano, fué aquella aparición una prueba patente de que la Virgen bendita aceptaba con agrado mi árdua y atrevida empresa de *devolver la antigua Pompeya á una nueva vida*.

Hecha ya esta piadosa digresión, volvamos á continuar nuestra historia.



RESÚMEN
DE VEINTIUN AÑOS DE HISTORIA GLORIOSA
APUNTES Y NOTICIAS (1)

CAPÍTULO I

CRONHISTORIA DE LOS MÁS
IMPORTANTES SUCESOS VERIFICADOS
EN LA CIUDAD DE MARÍA Y EN SU
SANTUARIO DESDE MAYO DE 1876
HASTA EL MISMO MES DE 1897.

Mayo 1876. Se coloca la *primera piedra* del Santuario, que bien puede decirse fué también la *primera piedra* de la nueva Ciudad.

(1) Parécenos será del agrado de nuestros lectores la publicación de esta compendiosa reseña histórica de los mas importantes sucesos que se han verificado, y de las empresas que se han llevado á cabo en este Valle de Pompeya, durante los 21 años que van transeurridos desde la venida de la prodigiosa imagen á este lugar, mientras se preparan los dos tomos de esta gloriosísima historia.

Mayo 1877. Sale á luz por primera vez el libro *Los quince Sábados del Santo Rosario*, escrito por el abogado Bartolo Longo, con cuyo producto anual se provee á la subsistencia de las *Pobres Huerfanitas de la Virgen de Pompeya*. En quince ediciones que van hechas de este libro, se han despachado *doscientos cuarenta mil* ejemplares.

Mayo 1879. Se publica el primer libro que anuncia al mundo la *Obra de Pompeya*, con el titulo de *Historia, Prodigios, y Novena de la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya*. Este libro traducido en cuatro lenguajes diferentes bien pronto penetra y se difunde hasta en las Américas, en la Australia, y en la China. Durante este año se escribe también la *Novena á la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya para alcanzar sus gracias, para los casos más graves y desesperados*: la cual Novena ha sido después traducida á veintiuna lenguas; á saber: *al francés, inglés, tedesco, español, portugués, latín, griego, polaco, albanés, walo-nes, eslavo, escato, maltés, dialecto Sardo de Logaduro, árabe, urdú, tamúlico, meleyalam, dranédico, Indostan y Chino*. En diez y ocho años se han hecho de ella doscientas veinte ediciones con dos millones seis cientos *cuarenta mil* ejemplares.

Mayo 1881. Se termina la primera capilla que está á la izquierda del Santuario y ahora

dedicada á Santa Catalina de Sena.—Se inaugura la instrucción dominical para los niños de Pompeya.

Mayo 1883. Se bendice solemnemente la primera campana del Santuario, poniéndosela el nombre de *Maria del Rosario*. Es la primera vez que aquí en el Valle de Pompeya se reza una oración en común al toque de las doce del día, tomando de esta solemne bendición de la campana su principio. Es distribuida entre los vecinos la susodicha oración en una hojita en que se halla grabada la campana. Comienza á rezarse en la festividad del Santo Rosario la plegaria á la poderosa Reina del Rosario de Pompeya, cuya plegaria ahora se repite casi en todo el mundo el día 8 de Mayo y el Domingo primero de Octubre.—Se inaugura el primer reloj público en el valle de Pompeya.

Mayo 1884. Acabada la fábrica del templo, se levanta airosa su cúpula bajo la dirección y plano del ingeniero y profesor D. Antonio Cua Caballero, y principian sus obras de decoración del templo con pinturas á fresco del Car. Paliotti bajo la Dirección del arquitecto Car. Juan Rts-poli.—Se celebra el establecimiento de Correos.—La primera parada del tren en el Valle de Pompeya.—Se funda una Escuela tipográfica editoria con un periódico propio. El Rosario de la nueva Pompeya.

Mayo 1885. Se invita á los fieles que quieran contribuir á la construcción de un grandioso trono de oro, bronce y marmol para la soberana Reina de las Victorias en la nueva Pompeya: Ciento treinta mil personas (cuyos nombres encerrados en un hermoso cerazón de plata han sido puestos á los piés de la taumaturga Imágen) de todos los puntos del globo, han contribuido con su óbolo para tan precioso artefacto.—Se descubre la cúpula completamente decorada con estucos, bajo relieves, y dorado.—Se le dá mayor ensanche al Santuario con la prolongación de su ábside, por haber resultado angosto para la muchedumbre de fieles que acuden; y comienzan los trabajos de decorado.—Se establece la Oficina telegráfica.—Se inaugura la Estación del ferrocarril con el nombre de Estación del Valle de Pompeya.—Se abren las salas de Artes y Oficios para los niños y niñas de Pompeya.

Mayo 1886. La fundación de los Asilos infantiles Bartolo Longo para los niños y niñas pompeyanos.—Se abre la primera calle de la nueva ciudad, recta y espaciosa, con el nombre de *Via Sacra*, que desde la Estación conduce al Santuario.—Se reciben los primeros mármoles preciosos para el subsodicho trono y para el embellecimiento interior del Templo.

Mayo 1887. Se consagra por el eminentísimo Cardenal Mónaco La Valleta el altar

mayor, dedicado á la Soberana Reina de las Victorias. — La prodigiosa efigie de Nuestra Señora del Rosario es coronada con la *mayor* pompa y solemnidad en medio de la plaza de la nueva Pompeya por el mismo Emmo. Purpurado, quien coloca sobre la cabeza de la venerada imágen una preciosísima corona de brillantes, enviados acá de todas partes, cual pruebas y como testimonio de otras tantas gracias singularísimas otorgadas á sus devotos por *Nuestra Señora de Pompeya*. — Se verifica una solemnísimá procesión con la taumaturga efigie coronada, á quien la sigue aclamando con grande entusiasmo una muchedumbre de quince mil peregrinos. — La primera entrada triuntal de la celestial Reina del místico Rosal en el Templo y la colocación de la prodigiosa imágen en su riquísimo trono. Se celebra la apertura del *Horfanatrofio de las Niñas Huérfanas abandonadas*, con la admisión de quince de ellas. — Se inauguran la plaza de la *nueva Pompeya* y la *pedra consiliaria*, puesta al fin de la *Via Sacra*.

Mayo 1888. Se inauguran las *casas operarias* y el encañalamiento de las aguas del Sarno para la nueva Pompeya. — La primera fuente pública en medio de la Plaza. — Agrandamiento de la Escuela Tipográfica con nuevas máquinas. — Las oficinas del Correo, elevado á una superior categoría, se trasladan frente al

Santuario, provincia de Nápoles. — La obra de Pompeya empieza á ser conocida y se dilata en el extranjero. — Ya son treinta las Huérfanas abandonadas que se acogen á la benéfica sombra del Santuario.

Mayo 1889. Decretos y Rescriptos de nuestro Smo. Padre León XIII, por los cuales concede Su Santidad inmensos privilegios á los altares y al Templo de Pompeya. — Primera Exposición artística de las Obras de Arte que embellecen el Santuario, y de las labores ejecutadas por la Casa de Trabajo y por el Horfanatrofio en el Valle de Pompeya. — Las huérfanas recogidas ya son sesenta.

Mayo 1890. Segunda etapa de la vida civil y religiosa de la Nueva Pompeya. — Su Santidad León XIII sanciona solemnemente los prodigios obrados por la Sma. Virgen de Pompeya. — Su Breve Apostólico en que declara por fundadores del Templo al Sr. Bartolo Longo, abogado, y á su consorte la Sra. Condesa, María Ana de Fuslo, y nombra por protector del Santuario al Emmo. Cardenal Mónaco La Valleta, y pone el susodicho Santuario bajo su inmediata jurisdicción. — Consagración del altar dedicado al glorioso Patriarca San José, hecha por el Emmo. Cardenal San Felice, Arzobispo de Nápoles. — Inauguración del *Observatorio Meteorológico Vulcanológico* con un concurso de cuatro mil sábios nacionales y

extranjeros, teniendo al frente el nunca bastante llorado ilustre P. Denza, que fué celebrado por doscientos Diputados y Senadores del Reino y por S. M. la Reina.—Se abre otra sala con el nombre de *Sala Compagna*, y con tal agrandamiento puede este Horfanotrofio asilar á setenta y cinco niñas abandonadas.

—Se abren dos Escuelas privadas, que lo mismo de día que de noche instruyan á los niños pompeyanos.—Se estrena un grandioso Órgano orquestal plurifónico con sistema neumático, primera construcción italiana.

Mayo 1891. Solemne *Dedicación* del Santuario de Pompeya en honor de la gloriosa Reina de las Victorias, hecha por el Eminentísimo Cardenal Protector Mónaco La Valleta.—Consagración de dos altares dedicados el primero al Sagrado corazón de Jesús, y el segundo á San Miguel Arcángel, aquel fué consagrado por el ya mencionado Cardenal Protector, y este por el Ilmo. Obispo de Nola, Monseñor Renzullo.—Concurren á tan solemne acto 74 Prelados entre Obispos, Arzobispos, eminentísimos Purpurados, y entre los religiosos de las principales Órdenes religiosas celebran las excelsas é incomparables prerrogativas de María, y la elocuencia sagrada teje una espléndida corona para sus sienas divinas.—Inauguración de la *luz eléctrica* que alumbra el Santuario, el Horfanotrofio, los talleres y las calles de la

nueva Pompeya.—Ampliación del Horfanotrofio de las niñas abandonadas que ya son ochenta y seis.—El Periódico *El Rosario y la nueva Pompeya* comienza á abogar por la causa de los desgraciados hijos de los encarcelados; el artículo *Un Voto del Corazón* enciende la Caridad del mundo en pro de la clase, la más infeliz y miserable de la infancia abandonada.—En el mes de Diciembre de este mismo año sale á luz el nuevo periódico *Valle de Pompeya*, Órgano de la nueva institución tan humanitaria y de mucho interés social en favor de los *hijos de los encarcelados*.

Mayo 1892. Inauguración de las capillas en honor de S. Francisco de Asís y de Santo Domingo de Guzman fundador del Santo Rosario, y colocación de cinco inscripciones, una de las cuales ha sido dictada por el sapientísimo y soberano Pontífice nuestro Santísimo Padre León XIII.—Inauguración de la nueva *Institución humanitaria para la educación moral y cívica de los hijos de los encarcelados*.—Solemne academia en que la Literatura, la Música, la Ciencia Jurídica, la Magistratura y el Foro se hallan representados.—La ampliación del Horfanotrofio con un nuevo tramo destinado para *las nuevas escuelas y para los nuevos asilos infantiles Bartolo Longo*; establecidos para la educación y enseñanza de niños y niñas pompeyanos.—Llega al cenit de su merecimiento

el nuevo periódico *Valle de Pompeya*, defensor de la educación moral de los hijos de los presidiarios.— Se inaugura unas salas para las Huerfanitas cuyo número asciende á 105.

Mayo 1893. El triunfo de la Caridad en el Valle de Pompeya.—*Consagración del altar en memoria y sufragio de nuestros Hermanos difuntos y en honor de San Vicente Ferrer.*—*Inauguración del Hospicio provisorio Bartolo Longo, destinado para la educación de los hijos de los Presidiarios, que acoje al principio quince de ellos.*—Colocación de la primera piedra de la Fachada del Santuario.—Apertura del Nuevo Brazo superior del Horfantrotio destinado para la Enfermería de las Huerfanitas que ya son ciento veinte.

Mayo 1894. Inauguración de otras dos nuevas salas en el Hospicio para los hijos de los presos.—Presentación de otra turba de ellos que ya llegan á ser cuarenta.—Inauguración de otro nuevo brazo del Horfantrotio para las Huérfanas que ya son ciento treinta.—Inauguración de la primera Farmacia de Pompeya.—Inauguración de los cimientos de la Fachada monumental del Santuario.—Apertura de otras nuevas piezas para los niños y niñas pompeyanas á quienes juntamente con la instrucción se les da también el alimento corporal cotidiano. Los niños recogidos en este asilo son ya setenta y dos, y las niñas ciento dos.—Solemne

apertura del *Recreatorio pompeyano* para los días festivos, distribuyéndose en él todos los Domingos los premios, la enseñanza del catecismo y ejercicios gimnásticos.—Acuden á este Recreatorio numerosa multitud de niños de uno y otro sexo, á saber: ciento dieciseis varones y ciento veinte hembras.—El Santuario de Pompeya es substraído de la jurisdicción del Diocesano y pasa á ser de la jurisdicción inmediata de la Santa Sede, en virtud del Breve expedido el día 13 de Marzo de 1894.

Con este Breve Su Santidad pone el Santuario de Pompeya perpétuamente bajo el inmediato dominio del Sumo Pontífice, y nombra en perpetuidad á un miembro del Colegio Cardenalicio por Vicario suyo. El primero en quien recae este nombramiento es el Emmo. Cardinal Mónico La Valleta, y hace ver á todo el mundo católico la confianza que tiene en los Fundadores del Santuario, el señor abogado Bartolo Longo y la señora Condesa Mariana de Fusco, á quienes les confiere el carácter oficial, nombrándolos mientras vivan administradores de él á nombre suyo; y revistiéndoles de su misma autoridad, y de esta manera el Santuario de Nuestra Señora de Pompeya viene á ser un Santuario Pontificio.—Se establece en el mismo año la *Pia Unión de Agonizantes*. Asociación de mútuos socorros espirituales, cuyo objeto es socorrer con las oraciones

de los asociados á los que se hallan en el tremendo y decisivo trance de la agonía. El primero que da su nombre á tan piadosa Congregación es Su Santidad León XIII, y en el transcurso de un solo año son ya ochenta mil los inscriptos en ella.—Por obra de los misioneros europeos, y merced á los numerosos impresos en idiomas indígenas publicados en Pompeya, se acrecienta y se propaga prodigiosamente en las Indias la devoción á Nuestra Señora de Pompeya.

Mayo 1895. Inauguración de otros dos grandes dormitorios en el Hospicio para los Hijos de los presos.—Idem del nuevo grandioso Comedor y de la Cocina, magníficamente surtida de todos los utensilios y capaz para ciento cincuenta personas.—Idem de la Armería con sesenta armas de fuego para instruir á los niños asilados en evoluciones militares y en el tiro al blanco.—Instalación de otras tres nuevas Oficinas en el antes mencionado Hospicio de los desgraciados hijos de los Presos, que hacen de sastres, zapateros y carpinteros.—Idem de un Salón de Música para la banda del Hospicio.—Idem del espacioso Oratorio donde los hijos de la desventura ruegan por sus bienhechores, y donde con ellos se juntan también los alumnos externos de las escuelas y todos los niños de la nueva Pompeya, los días festivos para recibir la enseñanza del Catecismo. Idem de una Escuela elemental pública gratuita,

que viene á complementar las Instituciones didácticas del Valle de Pompeya.—Idem del Llano del Hospicio, extensísima esplanada, en la cual se ejercitan los niños en las evoluciones militares, en la gimnasia y en las horas de recreación se pasean y se divierten.—Se establece el cuartel de RR. Carabineros, segunda institución del Estado en la ciudad de María.—Exposición del material necesario para la Fachada del Santuario en el mismo sitio donde se trabaja. Se exponen cuatro estupendas columnas monolitas de granito rojo de Gravelloña y centenar de magníficas piezas de travertino, sacadas de las canteras de Anibal, junto á Capua, y muy bien trabajadas, y muchas de ellas de dimensiones extraordinarias.—Se descubren los grandiosos cimientos de la Fachada.—Se amplía el Recreatorio festivo pompeyano, al que concurren doscientos veinte niños y doscientas cuarenta niñas.—Se agrandan los Asilos Infantiles, donde son acogidos ciento diez niños.—Idem las Escuelas externas para niñas, donde se las da instrucción á setenta de ellas.—Se agranda también el Horjanotrofio de la Virgen, completándose ya en él, el noveno Rosario viviente, de manera que son ya ciento treinta y cinco las huerfanitas en él asiladas. Sumando ahora con esta cifra las que han sido adoptadas por las más piadosas y distinguidas familias del pueblo, resulta que el susodicho

Horfanotrofio, desde la época de su fundación, que se hizo en 1885, hasta el presente, es decir, en el corto espacio de sólo ocho años, ha arrancado á la miseria y á la consiguiente desventura *ciento noventa* huérfanas, y expuestas, por lo tanto, á los mayores y más terribles peligros de su ruina temporal y eterna.—Presentación del *tercer grupo de los hijos de los presos*, que llegan á ser *cincoenta y cinco*.—Presentación de la *Banda de música de Pompeya*, compuesta de huérfanos de la Ley.—**Las victorias del Hospicio:** exposición de los triunfos obtenidos por la nueva Obra de Beneficencia social, así en la educación de los niños que la ciencia había declarado *incapaces* de ser educados, como en la regeneración moral de sus padres condenados á los trabajos forzados, y en general de toda esa desgraciada Colonia de las cárceles y de las prisiones.

Mayo 1896. Todo el mundo al pié del Trono de Nuestra Señora de Pompeya.—Comienzan las relaciones de la extraordinaria difusión del Culto de la Taumaturga Imagen.—Se admira una gran parte *del primer cuerpo de la Fachada*.—La presentación del *cuarto grupo* de los hijos de los presos cuyo número es ya de *setenta y cinco*.—Aumento de *niños nacidos en las prisiones* y del *grupo internacional*.—Expone el Sr. Bartolo Longo los maravillosos resultados conseguidos en los establecimientos penales

por la Obra de Pompeya.—Instalación de la Escuela de [Gimnástica y de Dibujo en el *Hospicio Educativo Bartolo Longo*.—*Institución de Padrinos protectores* de los hijos de los presos.—Cimientos de las dos grandes alas del Hospicio Educativo, destinadas para talleres.

Mayo 1897. Décimo aniversario de la Solemne coronación de la taumaturga imágen y de la consagración del altar mayor del Santuario de Pompeya. Inmensa muchedumbre del Rosario afluye en devota peregrinación por todas partes del mundo á honrar á la que fué coronada hace diez años por Soberana Reina. Muchísimos Prelados toman parte en tan grandiosos cultos, mientras que de los cuatro puntos cardinales del Orbe una misma plegaria formulada con idéntico fervor sube hasta el trono Augusto de la Virgen de Pompeya. Se reciben de las Indias, China, Américas, Australia, Egipto, Turquía, y de todos los países de Europa, extensas relaciones sobre la fervorosísima devoción á la *Virgen de Pompeya* y de los homenajes de filial afecto á ella tributados.—Mientras tanto la construcción del suntuoso templo dedicado á ella, por la religiosa munificencia de sus devotas, llega á su fin. El primer cuerpo de la fachada está casi concluido.—Ya se hallan puestas en sus sitios las *cuatro columnas monolitas de Granito rojo de Gracellona*. Cada una tiene de diámetro inferior *setenta y cuatro*

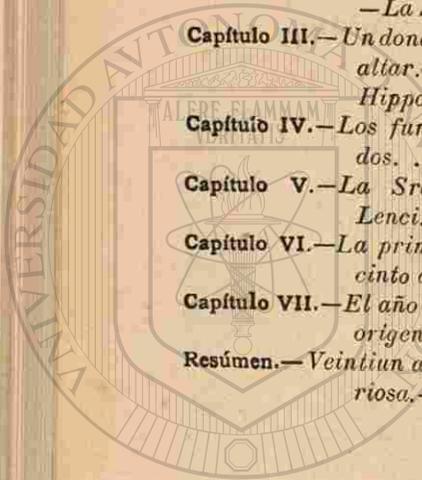
centímetros, y de altura, comprendidos los dos extremos con que forma una sola pieza, seis metros y treinta centímetros. Pesa cada una más de noventa quintales. También se hallan colocados muchos sillares de travertino calcáreo, que tienen de volúmen de medio metro cúbico hasta tres y medio, y de peso de quince hasta cien quintales cada uno.—Ya se puede admirar casi acabado el *Atrio* ó sea el *Pronoco* del Santuario. Sobre este *Atrio* se levantará la *Logia* ó sea el sitio ó galería reservada para Su Santidad, quien es el propietario del Santuario. Muestra el *Atrio* que el templo predilecto de María tendrá un frontis digno verdaderamente de la magnificencia y suntuosidad del interior de la Iglesia, y será el más majestuoso y perfecto monumento del arte Cristiano en el siglo XIX.

En el llano del Hospicio Educatorio son presentados otros siete grupos de hijos de los detenidos en las cárceles, que en todo ya son ciento. La caridad social llega al cenit de su apogeo en la adopción de estos seres desgraciados. Nuevos triunfos conseguidos por el Hospicio Educativo del Valle de Pompeya en la obra de regeneración de los condenados. Esta salvadora obra del Valle de Pompeya destruye por completo los cinco prejuicios de la nueva ciencia positiva de Antropología criminal.—Las obras de construcción del Hospicio Educativo van tomando proporciones gigantescas.

INDICE DEL LIBRO CUARTO

	Pág.
Capítulo I.— <i>Mayo de 1876</i>	1
§ I.—El plan del Santuario.	1
§ II.—Las primeras piedras llevadas sobre los hombros.	6
§ III.—Falsos principios y tristes consecuencias.	10
§ IV.—Sobre la brecha.	14
§ V.—Cómo se ofrece para dirigir gratuitamente las obras del templo, el profesor de la Universidad de Nápoles, el ingeniero Antonio Ana.	16
§ VI.—Flores de Mayo 1876.—A Montesañto y en Santo Domingo Soriano.—El P. Rossi y el P. Altavilla, de la Compañía O. G.—Como sucedió que en Santo Domingo fui tomado por un bandido y protestante.	21

	Pág.
Capítulo II. — <i>El 8 de Junio de 1876.</i> — <i>La primera Aparición de Ntra. Sra. de Pompeya.</i> — <i>La Sra. Juana Muñi.</i>	41
Capítulo III. — <i>Un donativo para el primer altar.</i> — <i>La Sra. Raquel de Hippolytis.</i>	49
Capítulo IV. — <i>Los fundamentos reforzados.</i>	51
Capítulo V. — <i>La Sra. Malvina Massa Lenci.</i> — <i>El primer cáliz.</i>	52
Capítulo VI. — <i>La primera fiesta en el recinto de los fundamentos.</i>	54
Capítulo VII. — <i>El año 1876, primero del origen del Santuario.</i>	58
Resúmen. — <i>Veintiun años de historia gloriosa.</i> — <i>Apuntes y noticias.</i>	70

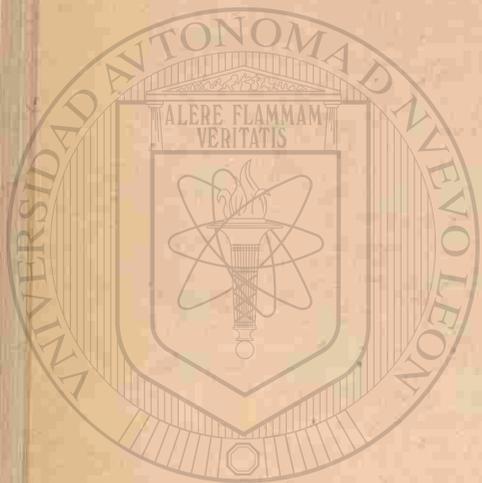


JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOVENA

Á LA

SANTÍSIMA VÍRGEN DEL ROSARIO

DE POMPEYA

PARA OBTENER GRACIAS EN LOS CASOS MAS DESESPERADOS

POR EL ABOGADO

BARTOLOMÉ LONGO

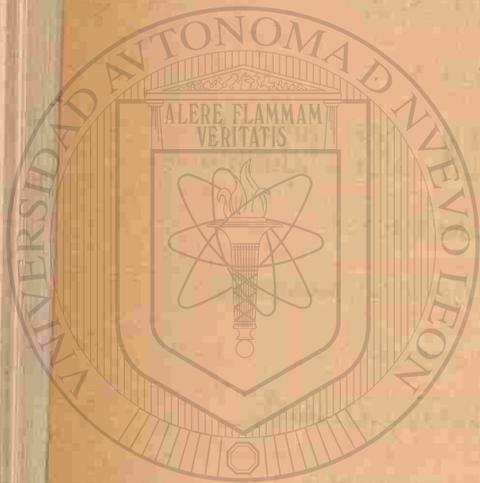
TRADUCIDA AL CASTELLANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FOR
M. M. D.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Cómo bendijo María esta Novena.



Hacia siete años que, ignorado y desconocido, trabajaba en este valle de Pompeya con el solo intento de salvar mi alma con la propagación del Rosario entre los pobres labradores, cuando Dios me condujo á las puertas de la muerte con una grave enfermedad. Era en el mes de Julio de 1879. Vários asociados deseaban un modo de orar uniforme, para impetrar gracias de la Reina del Rosario, que tácitamente las prodigaba á las familias de sus asociados.

Viéndome cercano á la muerte, pensé escribir como última tarea (casi moribundo había corregido el último folleto de los quince sábados) una novena á la prodigiosa Virgen del Rosario de Pompeya, para impetrar sus gracias en los casos más desesperados, empleando en ello un mes, es decir, hasta el día de la Asunción; y recuerdo que todas las tardes, á pesar del tífus que paulatinamente me consumía, iba á la Capilla donde estaba expuesta su venerable imágen, y en aquel lugar solitario, en aquellas horas silenciosas, y en voz alta, leía una de las cinco partes que acababa de escribir, y delante del cuadro la corregía, no dándola por terminada hasta que al volverla á

leer sentía mi corazón conmovirse y caían de mis ojos abundantes lágrimas, quedando empapado en ellas el papel que tenía en mis manos.

Llegó el día de la Asunción, 15 de Agosto de 1879. Se puso por primera vez una corona de oro en la cabeza de la venerable imagen, como se lee en el librito de la historia de este Santuario; pero aquel día estaba yo en cama con una recaída. Todos mis amigos que me rodeaban, y entre ellos el malogrado P. M. Radente, pedían á nuestra Señora por mi salud. No había ninguna esperanza.

Entonces pensé que no me quedaba más que un remedio para hacer cesar la calentura tifoidea: traer á mi cuarto el cuadro de la Virgen que estaba en la capilla; y así se hizo. Los circunstantes repetían:

— Si éste logra la salud, entonces creeremos en los milagros de esta Virgen.

Yo acudí, con confianza, á Santa Catalina de Sena, y la dije: Mi amada hermana, he escrito de tí en los quince sábados, puesto que te quejas en el cielo de que son pocos aquellos de tus devotos que en este mundo recurren á tí para alcanzar gracias, como si hubiese disminuido en el cielo el poder que Jesús te concedió en la tierra. ¿Y cómo prestarán fé mis lectores á mis palabras, si yo que las he escrito no recibo gracia por tu intercesión?

¿Cómo creerán en los milagros de nuestra Señora de Pompeya, si la Virgen deja que muera aquel que los ha publicado?

¡Oh bondad inefable de esta Madre! Escuchó los ruegos de Santa Catalina. A media noche abrí los ojos: el dolor de la nuca y de la espina dorsal habían desaparecido junto con la fiebre, y abrí mis ojos por primera vez tranquilamente á los primeros rayos de la luz del día, que por tanto tiempo no había podido mirar. Y el humilde escritor de la Virgen de Pompeya, el devoto de Santa Catalina, contra toda humana esperanza, vivió y vive aún, y escribe y lleva por sí solo la ruda tarea de un periódico. ¿No es esto prodigioso? Pero nuestra Señora, que quiere hacer en este Santuario de Pompeya gran muestra de su poder para con su divino Hijo, y de su misericordia para con los pecadores, á los cuales quiere atraer poniendo su trono en el mismo lugar donde lo tenían otras veces los ídolos y demonios, se dignó aceptar las intenciones y fatigas de uno de aquellos, concediendo favores y gracias á los que se lo piden con la Novena escrita por su devoto moribundo. ¡Oh corazón amoroso de María! Ella misma se dignó aparecerse á la hija del Comendador A....., de Nápoles, y repetirla estas dulcísimas palabras: *Cada vez que quieras obtener de mí una gracia, hazme tres Novenas*

recitando los quince diezés del Rosario, y otras tres Novenas de acción de gracias. Y la jóven Fortunatina Egrelli obedeció fielmente, y recobró milagrosamente la salud.

Y siguiendo su ejemplo, haciendo las tres Novenas, sanaron, también milagrosamente, Annina Gamera en el Convento de S. José y Sta. Teresa en Nápoles, y la Srita. Josefina Andolfi, también en Nápoles; y en Roma, el 31 de Agosto de aquel mismo año, la jóven María Galizzi, que estaba inmóvil en cama con dolores y parálisis, quedó repentinamente sana.

Este prodigio fué autentificado con proceso por el Emmo. Cardenal Vicario. Todos estos hechos, con documentos de Médicos, Sacerdotes y testigos fidedignos, se leen en el periódico *El Rosario y la Nueva Pompeya*, en los cuadernos de 1884. Y cien otros hechos semejantes de gracias singularísimas, obtenidas por esta Novena, se encuentran descritas en todos los cuadernos desde 1885 hasta el día de hoy.

Y esta Novena, escrita por un pecador moribundo, conquistado por María: esta Novena, que la Reina del Rosario se ha dignado aceptar y bendecir con efusión de innumerables gracias, ha sido aprobada y enriquecida de indulgencias por S. S. Leon XIII.



NOVENA

Á LA

SANTÍSIMA VIRGEN DEL ROSARIO DE POMPEYA

para obtener gracias en los casos más desesperados.



Puesta la prodigiosa Imágen en un lugar decoroso, se encienden, pudiendo hacerlo, dos velas, como símbolo de la fé que arde en el corazón del creyente, y se empieza así:

ŷ. Deus in adjutorium meum intende.

rf. Domine ad adjuvandum me festina.

Gloria Patri, etc.

I. Oh Virgen inmaculada y Reina del santo Rosario: Tú que, en estos tiempos de fé muerta y de triunfante impiedad, has querido erigir tu trono de Reina y de Madre sobre la antigua tierra de Pompeya, morada otras veces del paganismo; y en ese mismo lugar donde los ídolos y los demonios eran adorados, Tú hoy, como Madre de la divina gracia, derramas por todas partes

los tesoros de misericordias celestiales: Desde ese trono donde reinas piadosa, vuelve hácia mí tambien tus benignos ojos, oh María, y tén compasion de mí, que tanto necesito tu ayuda. Muéstrate á mí, como te has mostrado á tantos otros, verdadera Madre de misericordia: *Monstra te esse Matrem*; mientras que yo, con todo mi corazon, te saludo y te invoco mi Soberana, y Reina del Santísimo Rosario.

Salve Regina Mater etc.

II. Postrada al pié de tu trono, oh grande y gloriosa Señora, mi alma, llena de dolor, te venera, y gime y clama á Tí; y en medio de las angustias y aflicciones en que me hallo, levanto mis ojos confiando en Tí, que te has dignado elegir por morada estas tierras de pobres y abandonados aldeanos. Y ahí, justamente enfrente de la ciudad y del anfiteatro de los placeres paganos, donde reinan el silencio y las ruinas, Tú, como Reina de las Victorias, has levantado tu poderosa voz, para llamar de todas las partes de Italia y del mundo católico á tus devotos, para erigirte un templo.

Compadécete, en fin, de mi alma, que yace humillada en el cieno. Tén misericordia de mí, oh Señora, tén misericordia de mí que estoy lleno de miserias y de humillacion. Tú, que eres el exterminio de los demonios, defiéndeme de los

enemigos que me asaltan. Tú, que eres el socorro de los cristianos, líbrame del abismo de tribulaciones en que me hallo miserablemente sumergido. Tú, que eres la *Vida nuestra*, triunfa de la muerte que amenaza á mi alma en los peligros en que se halla expuesta, y dáme nuevamente la paz, la tranquilidad, el amor y la salud. Así sea.

Salve Regina Mater etc.

III. ¡Ay! el oír que tantos han sido beneficiados por Tí, solo porque recurrieron á Tí con fé, me dá nuevo aliento y valor para invocar tu socorro. Tú prometiste á Santo Domingo que quien te pidiese gracia por medio de tu Rosario, la alcanzaría, y yo, con tu Rosario en las manos, te llamo, oh Madre, para que cumplas tu maternal promesa. Tú misma, en nuestros dias, obras continuos prodigios para alentar á tus hijos á edificarte un templo en Pompeya. Tú quieres, pues, enjugar nuestras lágrimas, aliviar nuestras tristezas! Y yo, con el corazon rebotando esperanza y lleno de viva fé, te llamo y te invoco. ¡Madre mía! Madre amada! Madre hermosa! ¡Madre dulcísima! ayúdame. *Madre y Reina del Rosario de Pompeya*, no tardes más en tenderme tu poderosa mano, y sálvame, porque Tú sabes que la dilacion me arruinaría.

Salve Regina Mater etc.

IV. Y ¿á quién deberé recurrir sino á Tí, que eres el socorro de los miserables, el refugio de los desamparados, el consuelo de los afligidos? ¡Oh! lo reconozco; mi alma miserable y llena de culpas, merece arder en el infierno, es indigna de recibir tus mercedes. Pero ¿no eres Tú *la esperanza de quien desespera*, la gran Mediadora entre el hombre y Dios, la poderosa Abogada nuestra cerca del Trono del Altísimo, el Refugio de los pecadores? ¡Oh María!, dí una sola palabra en favor mio á tu divino Hijo, y Él te escuchará. Pídele pues, oh Madre mia, esta gracia que tanto necesito (*se pide la gracia que se desea*). Tú sola puedes obtenérmela, Tú que eres mi única esperanza, mi consuelo, mi dulzura, toda mi vida. Así lo espero, y así sea.

Salve Regina Mater etc.

V. ¡Oh Virgen y Reina del Santo Rosario! Tú que eres la Hija del Padre celestial, la Madre del Hijo divino, la Esposa del Espíritu-Santo: Tú, que todo lo puedes cerca de la Sma. Trinidad, debes alcanzarme esta gracia que tanto necesito, siempre que no sea en nada contraria á mi salvacion eterna (*se expone la gracia que se desea*). Te lo pido por tu inmaculada concepcion, por tu divina Maternidad, por tus gozos, por tus dolores, por tus triunfos. Te lo pido por el Corazon de tu amado Jesus, por aquellos

nueve meses que le llevaste en tu seno, por los trabajos de su vida, por su acerba Pasion, por su muerte de Cruz, por su Santísimo Nombre, por su preciosísima Sangre. Te lo pido, por último, por tu Corazon dulcísimo, por tu gloriosísimo Nombre, oh María, que eres Estrella del mar, poderosísima Señora, Puerta del Paraíso y Madre de todas las gracias. En Tí confio, de Tí lo espero todo, Tú debes salvarme. Así sea.

Salve Regina Mater etc.

ŷ. Dignare me laudare te, Virgo Sacrata.

R̄. Da mihi virtutem contra hostes tuos.

ŷ. Ora pro nobis, Regina Sacratissimi Rosarii.

R̄. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS. Deus, cujus Unigenitus per vitam, mortem et resurrectionem suam nobis salutis eternæ præmia comparavit, concede, quæsumus, ut hæc mysteria Sanctissimo Rosario Beatæ Mariæ Virginis recolentes, et imitemur quod continet, et quod promittet assequamur. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

En Rescripto de la Sagrada Congregacion de Ritos, á 29 de Noviembre de 1887, con sello y firma del Prefecto de la dicha Sagrada Congregacion Cardenal Cayetano Aloisi Masella, el Santo Padre Leon XIII ha concedido á todos los fieles (son las palabras del Rescripto) que con

el corazón al menos contrito, y que durante nueve días consecutivos rezaren con devoción, delante de una imagen de Nuestra Señora de Pompeya, esta novena, compuesta de cinco oraciones, versículos, responsorios y oremus, *indulgencia de 300 días* una sola vez en cada día de la novena, *é indulgencia plenaria* á todos los que, haciéndola como arriba queda dicho, arrepentidos se confiesen y reciban la comunión un día de la novena, ó despues de acabada, orando, al mismo tiempo, segun las intenciones del Sumo Pontífice).

INDULGENCIAS ESPECIALES

CONCEDIDAS

Á LAS IMÁGENES DE LA VÍRGEN DE POMPEYA.



En Rescripto del S. P. Leon XIII, á 21 de Junio de 1890, á petición del Emmo. Cardenal Monaco La Valetta, protector del Santuario de Pompeya, donde la imagen de la Virgen de Pompeya recibe veneración universal y está enriquecida de indulgencias, se concede, en virtud del mismo Rescripto, *in perpetuum*, á todos los fieles que con devoción visiten la imagen de la Virgen de Pompeya expuesta en cualquiera iglesia ó capilla pública del mundo, *indulgencia de 300 días* una vez al día, *indulgencia plenaria* el día de la fiesta del Rosario, primer domingo de Octubre, y otra *indulgencia plenaria* el 8 de Mayo, fiesta propia del Santuario de Pompeya.

Advertencia para alcanzar las gracias. ®

Para obtener con seguridad las gracias, además de hacer la novena en honor de la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya, se dirán

durante el día los quince diezes del Rosario, con sus respectivos misterios, ya que la Virgen Santísima, por medio de Santo Domingo, prometió una gracia particular cada vez que se reza el Rosario por entero. Esto queda dicho en el libro de los quince sábados del santo Rosario, y todos los escritores dán fé de ello; y la continua experiencia ha demostrado cómo la Reina celestial ejerce su particular proteccion sobre las personas que dicen los quince diezes del Rosario. Además hay tambien las indulgencias concedidas por Inocencio XI (Nuper. C. III, VI) y confirmadas por Pio IX en el Breve de 12 de Mayo de 1852, con tal de estar alistado en la confraternidad del Rosario (quince sábados d. II, cap. IX) y hoy basta alistarse en el Santuario de Pompeya, donde está erigida canónicamente la cofradía del santo Rosario.

No se necesita decir todo el Rosario seguido; es suficiente rezar de seguido cinco diezes cuando sea posible. Los demás pueden decirse aun un solo diez de cada vez, sea en casa, andando, sentado, paseando, en la cama, ó trabajando. Lo esencial es pensar en el misterio, y en lo que se pronuncia con la boca.

DE LAS QUINCE PROMESAS DE MARÍA

A LOS QUE TIENEN DEVOCION

AL SANTÍSIMO ROSARIO. ⁽¹⁾

1. Quien me sirviese constantemente diciendo mi Rosario, recibirá alguna gracia especial.
2. A todos los que digan con devocion mi Salterio, prometo mi mayor proteccion y grandes gracias.
3. El Rosario será un arma poderosa contra el infierno, destruirá los vicios, resistirá al pecado y abatirá la herejía.
4. Él hará florecer las virtudes y las santas obras; alcanzará para las almas abundantes misericordias de Dios; llevará los corazones del amor vano al amor de Dios, y los levantará al deseo de las cosas celestiales. ¡Oh cuántas almas se santificarán por este medio!
5. El alma que se encomiende á mí con el Rosario, no perecerá.
6. El que diga con devocion el Smo. Rosario, considerando sus misterios, *no será oprimido* [®]

(1) Véase el libro *Los quince Sábados del Santísimo Rosario*, devocion muy eficaz para alcanzar cualquier gracia. (Vol. único. Valle de Pompeya, 1890).

por desgracias, no morirá de muerte repentina, se convertirá si es pecador, se conservará en gracia si es justo, y merecerá la vida eterna.

7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin recibir los Santos Sacramentos.

8. Quiero que los que recen mi Rosario sean llenos de gracia, y en la vida como en la muerte se an admitidos á participar de los méritos de los bienaventurados en el Paraíso.

9. Cada día, saco del Purgatorio las almas devotas de mi Rosario.

10. Los verdaderos hijos de mi Rosario gozarán de una gran gloria en el cielo.

11. Todo lo que pidieres por el Rosario, lo alcanzarás.

12. Los que propagaren mi Rosario, serán socorridos por mí en todas sus necesidades.

13. He obtenido de mi divino Hijo, que todos los que pertenezcan á la confraternidad del Rosario, tengan como cofrades toda la Côte celestial en vida y en muerte.

14. Los que rezen el Rosario, son hijos míos, y hermanos de Jesu-Cristo, mi Unigénito.

15. La devocion del Rosario es gran señal de predestinacion.

NOVENA

DE

ACCION DE GRACIAS

Á

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

DE POMPEYA

POR EL ABOGADO

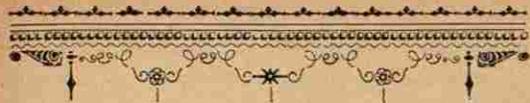
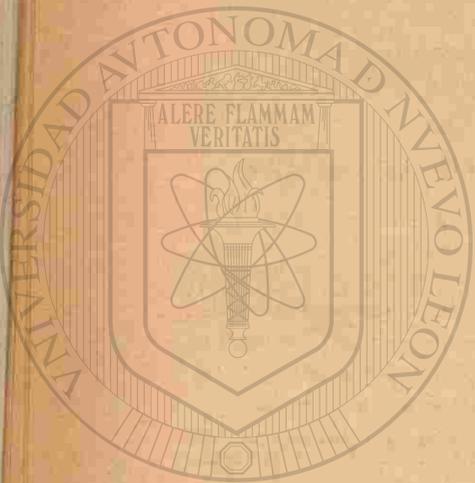
BARTOLOMÉ LONGO

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

M. M. D.





NOVENA DE ACCION DE GRACIAS

À

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO
DE POMPEYA.

Se encienden dos velas delante de la imagen de nuestra Señora de Pompeya, y teniendo el Rosario en las manos, se empieza así:

ŷ. Deus in adjutorium meum intende.

ŷf. Domine, ad adjuvandum me festina.

Gloria Patri...

I. Aquí me tienes postrado á tus piés, oh Madre Inmaculada de Jesus, que te gozas en oírte invocar Reina del Rosario en el Valle de Pompeya. Yo vuelvo á Tí con la alegría en el corazon, llena mi alma del más vivo agradecimiento; vuelvo á Tí, mi generosa bienhechora, mi dulce Señora, Reina de mi corazon, á Tí, que te has mostrado verdadera Madre mia, una Madre que tanto me ama; gemía, y me has escuchado; la afieccion me oprimía, y Tú me has consolado; estaba lleno de

angustias, y Tú me has dado la paz. Dolores de muerte rodeaban mi corazón, y Tú, oh Madre, desde tu trono de Pompeya, me has tranquilizado con una de tus piadosas miradas. ¿Quién volviendo hacia Tí los ojos con confianza no ha sido escuchado? Oh, si el mundo conociese tu bondad, tu compasión para con los que sufren, oh, entonces todas las criaturas recurrieran á Tí. Bendita seas siempre, oh Virgen Soberana de Pompeya, por mí, y por todos; por los hombres, y por los Ángeles; en la tierra, y en el Cielo. Así sea.

Gloria Patri... Salve Regina...

II. Doy gracias á Dios, y á Tí, Virgen María, por los nuevos beneficios que he alcanzado por tu piedad y tu misericordia. ¿Qué hubiera sido de mí si hubieses rechazado mis suspiros y mis lágrimas?

Dénte gracias por mí los ángeles del Paraíso, y los coros de los Apóstoles, de los mártires de las Vírgenes y de los confesores. Por mí te dén gracias tantas almas de pecadores salvados por Tí, y que ahora gozan en el cielo de la visión de tu inmortal belleza.

Quisiera que, junto conmigo, te amasen todas las criaturas, y que todo el mundo repitiese el eco de mi agradecimiento. ¿Que podré darte, oh Reina, rica de piedad y de magnificencia?

Te consagro lo que me queda de vida, y me dedicaré á propagar y aumentar en todas partes tu culto, oh Virgen del Rosario de Pompeya, pues invocándote me ha visitado la gracia del Señor. Promoveré la devoción de tu Rosario; narraré á todos la misericordia que me alcanzaste. Pregonaré siempre lo bondadosa que fuiste conmigo, para que los miserables como yo, y los pecadores, se dirijan á Tí con confianza.

Gloria Patri... Salve Regina...

III. ¿Con qué nombre te llamaré, oh paloma de paz? ¿Con qué títulos te invocaré? Tú á quien los Santos Doctores han llamado Señora de lo creado, puerta de la vida, templo de Dios, rayo de luz, gloria del cielo, santa entre los santos, milagro de los milagros, paraíso del altísimo...

Tú eres la tesorera de las gracias, la omnipotencia suplicante para con la misma misericordia de Dios, que desciende sobre los desgraciados.

Pero sé también que es dulce para tu corazón el ser invocada Reina del Rosario en el Valle de Pompeya. Y llamándote así, siento la suavidad de tu místico nombre, oh rosa del Paraíso trasplantada en el valle de lágrimas para dulcificar las penas de los que somos desgraciados hijos de Eva; rosa encendida de caridad, la más fragante

entre todos los aromas del Líbano, que con el perfume de tu suavidad celestial atraes en tu Valle al corazón de Dios, los corazones de los pecadores. Tú eres la rosa de eterna fragancia y lozanía, que, regada por los canales de las aguas celestiales, has querido echar tus raíces en tierra que había quedado estéril por una lluvia de fuego; rosa de una belleza inalterable, que en el lugar de la desolación, plantaste el huerto de las delicias del Señor. Bendito sea Dios, que hizo tu nombre tan admirable. Bendecid, oh pueblos, el nombre de la Virgen de Pompeya, porque toda la tierra está llena de su misericordia.

Gloria Patri... Salve Regina...

IV. En medio de las tempestades que me sumergían, levanté mis ojos á Tí, nueva estrella de la esperanza, que en nuestros días apareció sobre el Valle de las ruinas. Desde lo profundo de mis amarguras levanté mi voz hácia Tí, Reina del Rosario de Pompeya, y experimenté el poder de este título, tan grato para Tí. Salve clamaré siempre, Salve, oh Madre de piedad, mar inmenso de gracias, océano de bondad y de compasión. ¿Quién pudiera cantar dignamente las glorias de tu Rosario, las recientes victorias de tu Corona? Al mundo que se aleja de Jesús para darse á Satanás, Tú procuras la salvación en aquel mismo Valle donde Satanás arruinaba las

almas. Tú, como triunfadora, pisaste los restos de los templos paganos, y pusiste el pedestal de tu dominación sobre las ruinas de la idolatría. Tú cambiaste el lugar de la muerte en valle de resurrección y de vida, y sobre la tierra dominada por tu enemigo, plantaste la ciudadela de refugio, donde acoges á los pueblos para salvarlos. Tus hijos esparcidos por el mundo, te levantaron allí un trono, como señal de tus portentos, como trofeo de tus beneficios. Tú, desde ese trono, me llamaste entre tus hijos predilectos; sobre mí, pobrecillo, pusiste tus ojos misericordiosos. Benditas sean eternamente todas tus obras, oh Señora, y benditos sean todos los prodigios que hiciste en ese Valle de desolación y de destierro.

Gloria Patri... Salve Regina...

V. Sea alabada en todas partes tu gloria, oh Señora, y que nuestras bendiciones te sigan cada día. Todas las gentes te llamen Bienaventurada, y Bienaventurada te repitan todos los lugares de la tierra y las mansiones de los cielos. Yo también te llamaré tres veces Bienaventurada con los Angeles, Arcángeles y Principados: tres veces Bienaventurada con las angélicas Potestades, las Virtudes de los cielos, las Supremas Dominaciones. Te llamaré tres veces bienaventurada con los Tronos, los Querubines y los Serafines.

¡Oh Salvadora y Soberana mía! no dejes de volver tus ojos misericordiosos sobre esta familia, sobre esta nación, sobre toda la Iglesia. Sobre todo no me niegues la mayor de las gracias, es decir, que mi fragilidad no me aleje nunca de Tí. Haz que perseveres hasta mi último suspiro en la fé y en el amor que abrasan mi alma en este momento, y haz que todos cuantos concurrimos á la edificacion de tu Santuario en Pompeya, seamos contados en el número de tus elegidos.

¡Oh corona del Rosario de mi Madre, te estrecho en mi pecho y te beso con veneracion (*aquí besa cada uno su rosario*). Tú eres la vía que conduce á la virtud, el tesoro de los méritos para el cielo; tú eres la prenda de mi predestinacion, la cadena que sujeta al enemigo, la fuente de paz para quien te honra en vida, presagio de victoria para quien te besa en la muerte. En aquella hora postrera, yo te aguardo, Madre mía; tu presencia será la señal de mi salvacion; tu Rosario me abrirá las puertas del cielo.

Así sea.

Gloria Patri... Salve Regina...

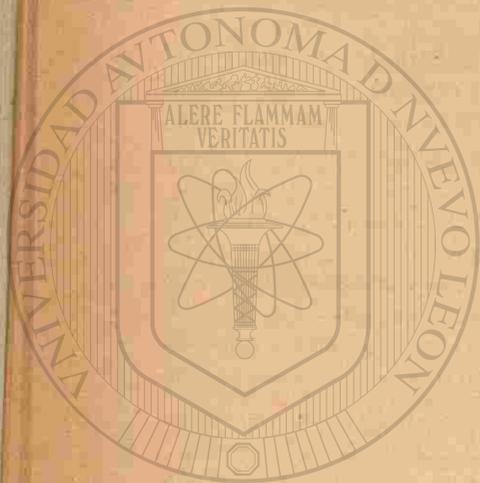
ŷ. Ruega por nosotros, oh Reina del Santísimo Rosario.

ŕj. Para que seamos dignos de las promesas de Jesu-Cristo.

ORACION.

Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha enseñado á recurrir á Tí con confianza y llamarte Padre nuestro que estás en los cielos: ¡Oh Dios mio, de quien es propio el tener misericordia y perdonar! escucha, por intercesion de la Inmaculada Virgen María, á los que nos gloriamos con el título de hijos del Rosario. Recibe nuestras humildes gracias por los favores recibidos, y haz que cada dia sea más glorioso y perenne el trono que le elevaste en el Santuario de Pompeya, por los méritos de Jesu-Cristo, nuestro Señor. Así sea.

Récese un Ave María por el Autor y por el Traductor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Pág.
LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA. . .	VII
INTRODUCCION.	IX
LIBRO PRIMERO.—El antiguo Valle de Pompeya.	1
Capítulo I.— <i>Pompeya antigua y Pompeya moderna.</i>	1
Capítulo II.— <i>El Valle inexplorado.</i>	14
§ I.—Los monumentos.	14
§ II.—El Valle de Pompeya desde el primer siglo hasta el noveno.	22
§ III.—El Valle sagrado.—Los primeros cristianos de Pompeya.	25
§ IV.—El Valle de Pompeya teatro de la guerra en la edad media.	30
§ V.—La destrucción de la antigua población del Valle en el siglo XVII.	32
Capítulo III.— <i>El Valle despues de la destrucción.</i>	34
§ I.—Su desmembración.	34
§ II.—La nueva denominación del Valle.	37
§ III.—La Parroquia y la Taberna del Valle.	43

LIBRO SEGUNDO.—El nuevo Valle de Pompeya. 49

Capítulo I.—El Valle elegido por Maria para trono de sus gracias. 49

§ I.—Desórdenes territoriales. 49

§ II.—De las brujerías en el Valle. 57

§ III.—El Valle y los salteadores. 61

Capítulo II.—El primer día. 64

Capítulo III.—La única iglesia. 69

Capítulo IV.—La respuesta. 75

Capítulo V.—El primer ensayo. 82

§ I.—En Octubre de 1873, se solemniza por vez primera en Pompeya, la fiesta del Santísimo Rosario. 89

§ II.—El mismo mes del año siguiente 1874, se solemniza otra vez en Pompeya la fiesta del Rosario. 93

Capítulo VI.—Suena finalmente la hora de la misericordia. 101

LIBRO TERCERO.—La imagen prodigiosa. 115

Capítulo I.—Su primera entrada en el Valle de Pompeya. 115

Capítulo II.—La primera reparacion del cuadro. 130

Capítulo III.—El año 1876. 136

§ I.—El Óbolo de la viuda del Evangelio. 136

§ II.—Las primicias de la ciudad de Nápoles. 141

§ III.—Se bendice de nuevo el cuadro, y se establece canónicamente la Cofradia del Rosario. 147

Capítulo IV.—La nueva restauracion del cuadro de la Virgen. 154

Capítulo V.—La primera gracia. 170

Capítulo VI.—La aristocracia de Nápoles. 181

Capítulo VII.—Déjanse sentir las primeras punzadas de la adversidad. 192

Capítulo VIII.—Latiano y Pompeya. 207

Capítulo IX.—En Francavilla Funtana. 213

Capítulo X.—Ayuda inesperada del Cielo y prodigiosa curacion de la Sra. D.^a Concepcion Vastarella. 226

Capítulo XI.—El día señalado por Dios. 242

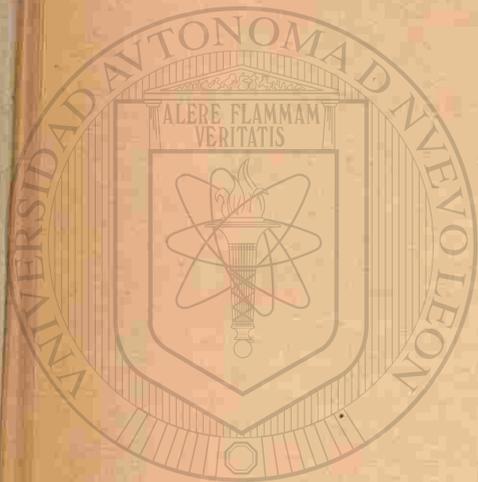
Capítulo XII.—El Arcángel del Gauro. 246

Capítulo XIII.—Quinta señal del Cielo antes de la colocacion de la primera piedra del Santuario. 252

Capítulo XIV.—El 8 de Mayo de 1876 se coloca la primera piedra del Santuario. 257

NOVENA á la Santisima Virgen de Pompeya para pedirla gracias. 269

NOVENA á nuestra Señora de Pompeya en accion de gracias por las recibidas. 285



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE BENEFICENCIA
en el Valle de Pompeya.

§ I.—Horfanotrofio de la Virgen
de Pompeya.

El Santuario universal Pontificio de la Virgen Santísima del Rosario en el Valle de Pompeya, no es sólo un monumento de Fé, que la piedad de la última parte del siglo décimo nono dedica al Señor en perpétua memoria de los milagros del Rosario, sino que es también una fuente inagotable de Caridad y de Amor, que manando del Corazón divino del Redentor, alegra é inflama todos los corazones. Por esta razón el Santuario de Pompeya se hermosea y se corona con grandiosas obras de Beneficencia, las cuales, nacidas de la caridad del mundo entero, se mantienen con el mismo esplendor con que surgieron, por medio de la

caridad alimentada por la gracia de la Reina de las Victorias.

El primer Instituto de Beneficencia nacido á la sombra del Santuario de la Reina del Rosario, es el *Horfanotrofo para Niñas desamparadas* de cualquier país que sea, ya de Italia ó del extranjero. Este Instituto de Caridad para la niñez abandonada mira principalmente á la salvación de las almas, ya sea formándolas á la virtud y á la religión, ya retirándolas á tiempo del vicio y del pecado, á que serían necesariamente arrastradas, si la maternal mano de la caridad de sus hijos esparcidos por el mundo no las hubiese preservado á tiempo por medio de esta institución bendecida del cielo y de la tierra.

A la entrada del monumental Santuario de la Virgen del Rosario en el Valle de Pompeya, se encuentra á la izquierda del templo el vasto y magnífico *Horfanotrofo de Niñas*, fundado por el Com. Bartolo Longo y por su esposa la Condesa Mariana de Fusco.

Este Asilo toma su nombre de la *Virgen de Pompeya*, y recoge gratis á las niñas huérfanas de padre y madre, pobres y desamparadas, desde la edad de cuatro á seis años, de cualquiera parte de Italia ó del extranjero, que privadas

de los besos y de la vigilancia maternal, corren riesgo de ser seducidas por el vicio.

El origen de esta fundación se remonta al inolvidable día 8 de Mayo de 1887, en que la imagen taumaturga entró triunfalmente coronada en su templo, tomando posesión de su casa de elección y asiento en el trono monumental de bronce, oro y mármoles preciosos, que le habían levantado millares de sus devotos hijos, esparcidos por el mundo.

En memoria de aquel día, cuya fecha señala el renacimiento de la *Pompeya Nueva*, pensaron los fundadores construir al lado del *monumento de la Fé* un *monumento de Caridad*, como testimonio de la caridad cristiana del siglo décimo nono, inspirada por la Virgen y efectuada en este Valle hendido.

Tuvieron además los fundadores la intención de rodear el trono de aquélla, á quien la Iglesia invoca *Mater intemerata* y *Mater misericordia*, de un círculo de *niñas inocentes y desgraciadas* que fueran como una corona viva de rosas y azucenas, las cuales hallasen bajo el manto de la Virgen de Pompeya aquel amparo y salvación que el mundo les niega.

Finalmente, quisieron que las niñas inocentes y desamparadas recogidas allí y protegidas contra los peligros y necesidades formasen la *Corte de la Reina de las Victorias*, y que día y noche la honrasen é invocasen con el suave

saludo del angel, entretegiendo á sus pies coronas de rosas místicas, y rezando por sus bienhechores.

Las Huérfanas y su número.

El mismo día en que fué inaugurado el monumento de la Fé, el trono de la Reina del Rosario, el 8 de Mayo de 1887, fué recibida la primera huérfana. Era una veneciana llamada *Marta*; la segunda fué una napolitana que se llamaba *Catalina*; la tercera de Nola, cuyo nombre era *Stella*. Vinieron luego las cuatro huérfanas del *Mercatello* de Nápoles y después otras de la Calabria, de Roma, de las *Pullas*. Así que el día de la fiesta del Rosario, en Octubre de aquel año de 1887, se reunían ya bajo el manto de la Reina de la Misericordia las primeras *quince* huérfanas inocentes y desamparadas, recogidas por las calles de varios lugares de Italia. Y así se formó la *primera corona* de un rosario verdaderamente *viente*.

El día del Rosario del año siguiente 1888, otra quincena de niñas formaba una doble corona de beneficencia, subiendo por lo tanto el número de las pobres huérfanas á *treinta*.

En Octubre de 1890, por la misma festividad, el número de éstas era *setenta y cinco*, esto es,

cinco rosarios de almas salvadas. En la solemnidad del Rosario en 1891, se contaban *ochenta y seis* entre las cuales *una niña de tres años, nacida en la cárcel de Potenza*.

En 1892 se abrían las puertas de la salvación á un número mayor de pobres huérfanas, entre ellas una niña del Preinonte, de *tres años*, sacada de la cárcel también, pues su nodriza, después de los tres años concedidos por la ley, debía ir al presidio para expiar su crimen. De modo que en la solemnidad del Rosario en 1892, se contaba ya con siete Rosarios de *niñas salvadas*, cuyo número ascendía á *ciento cinco*.

En 1893 las huérfanas eran *ciento veinte*, de modo que el día del Rosario en aquel año, se completaba el *octavo rosario de beneficencia* en el Valle de Pompeya.

El día de la fiesta del Rosario del año 1894, las huérfanas sumaron el número de *ciento treinta y cinco*, con lo cual quedaba compuesto el *nono Rosario* en honor de la misericordiosa Virgen Reina de este Valle. Así es que, teniendo también en cuenta las niñas que, recogidas en este *Horfanotrofio*, han sido prolijadas poco á poco por familias buenas y acomodadas, las cuales ascienden á *ciento noventa y seis* las inocentes niñas admitidas hasta hoy en este Asilo. Y esta cifra se aumentará seguramente cada año, porque estamos ciertos que los bienhechores

de las huérfanas seguirán dándonos sus socorros en dinero, ropas ó alimentos, acordándose de que todo lo que pueda utilizarse, será recibido con inmensa gratitud, y las huérfanas, agradecidas, no dejarán de rogar con toda su alma á la *Misericordiosa Reina del Rosario* en el Valle de Pompeya por todos cuantos las favorecen.

Cada niña de las trescientas trece que contiene esta casa, tiene una historia de dolor y de llanto.

La historia lamentable de la una, difiere enteramente de la otra, pero cada historia es tan triste y dolorosa, que al recordarlas todas, el corazón se siente oprimido y angustiado.

Estas huérfanas, que se asemejan tanto en la salud, obediencia y alegría pueril, son muy diferentes en el origen, nacimiento, aflicciones y dolores. Las unas provienen de la montaña ó del campo, quién de ciudad populosa y quién de tranquilo pueblecillo. Esta nacida de padres ricos, emparentados con personajes políticos; aquélla nació en obscura cárcel; la una estaba en medio de riquezas y le sonreían alegres esperanzas; la otra tenía por morada la calle y por cuna un montón de basura, sobre el cual la colocaron sin otra compañía que la de las gallinas que corrían por el patio donde la habían dejado abandonada.

Hoy el manto compasivo de la Madre de la Misericordia las cubre y protege de una manera prodigiosa.

Las huérfanas adoptadas por hijas.

Habíamos pensado educar las huérfanas de la Virgen de Pompeya de modo que fuesen luego buenas camareras y sirvientas en casas de familias buenas y bien acomodadas, y en vez de esto la Celestial Señora de este Valle inspira á esas mismas familias y toman á *las huérfanas*, no como sirvientas ó camareras, sino como *hijas*. Esto es una prueba más que la Divina Providencia vela de un modo especial por las Obras de Beneficencia de este Valle.

Hasta fin de Abril de 1900 las huérfanas de la Virgen de Pompeya que han recibido asilo afectuoso y custodia fiel en casas particulares, ascienden á *ciento noventa y seis*. Ante esta emulación de caridad bendecimos al Señor y á las generosas y caritativas personas que han tomado como *verdaderas hijas* las huérfanas de la Virgen de Pompeya, y estamos seguros de que la liberal Virgen las recompensará régicamente por tan piadosa obra. Entretanto para que esas caritativas personas estén más y más contentas por lo que han hecho en favor de desgraciadísimas niñas, añadiremos que al adoptar como

hijas estas *ciento noventa y seis* huérfanas, nos han procurado el medio de admitir en el Horfanotrofio de la Virgen otras tantas niñas desgraciadas, que privadas de padres y abandonadas por todos, sufrían el hambre y las penas de la pobreza y corrían peligro bastante más grave que el de la muerte.

Ninguna Renta.

Para alimentar cotidianamente más de cien huérfanas, y darles una educación civil y moral *no existe ninguna renta* ni del Municipio, ni de la Provincia, ni del Gobierno, todo proviene de la Caridad *cotidiana y particular* de los Asociados, confiada al Abogado Bartolo Longo, el cual mantiene ésta, y otras obras de beneficencia con el producto de sus numerosas y variadas obras literarias.

Y sin embargo estas huérfanas, y *cincuenta* mujeres consagradas á la asidua asistencia y á la educación de ellas, tienen tres comidas al día. Y lo que es aún más prodigioso, durante *trece* años no les ha faltado ningún día no solo el pan y la sopa, pero ni el desayuno tan necesario á la tierna edad, y esto sin hablar de todo lo necesario en caso de enfermedad, sean médico, medicinas, baños y alimentación conveniente.

Qué espectáculo tan conmovedor es el que se presenta á la vista cuando se entra en el refectorio de las huérfanas al medio día. Quién puede contener las lágrimas, al ver tantas niñas privadas de padre y madre, hermosas y robustas, comer el pan que les viene dado en abundancia por la *Caridad diaria*, proveniente de todas las partes del mundo, y á menudo de *personas desconocidas* y de *países muy lejanos*. Contemplar en aquel momento el refectorio de las huérfanas, es contemplar el *milagro perpetuo de la caridad*. Se adquiere la convicción de que los sentimientos piadosos y generosos no se han apagado en el corazón humano y que existe una divina Providencia la cual vela amorosamente sobre las infelices y abandonadas.

El Dote del Horfanotrofio de la Virgen de Pompeya. Bienhechores insignes.

La obra que predomina en el corazón de los devotos de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya, es la *Obra de Salvación de las huérfanas de la Virgen de Pompeya*.

Están confirmadas millares de veces las innumerables gracias recibidas de la misericordiosa Reina del Rosario, por medio de las plegarias de estas inocentes niñas.

Las huérfanas de la Virgen de Pompeya, forman las delicias de esta Augusta Señora, porque las miran como intermediarias para obtener gracias de la Reina de las gracias. Las oraciones de estas inocentes niñas, son las que arrancan de las manos de María un sin número de gracias y de milagros, que llevan el consuelo á las almas afligidas; curan las enfermedades más incurables, dán paz á las familias, conducen los náufragos al puerto salvan las almas extraviadas, y obtienen ruidosas conversiones.

No es, pues, de admirar sean amadas y socorridas las huérfanas de la Virgen de Pompeya por todos, ricos y pobres, sacerdotes, militares, enfermos y hasta prisioneros. No es de extrañar que deseen todos que el *asilo de las huérfanas* de Pompeya, viva no diez, ni veinte, ni cincuenta años, sino que dure *in æternum* para que no falte nunca el gran bien que resulta á toda la humanidad por las oraciones de estas inocentes niñas.

Así es que la Reina del Rosario inspira siempre nuevos medios á sus hijos esparcidos en todo el mundo para que favorezcan á sus queridas huerfanitas.

A las dádivas en dinero, ropa blanca, vestidos y alimentos añade ahora la caridad una nueva invención que consiste en ofrecer sumas de dinero para constituir *una venta fija que*

asegure vida y perpetuidad á la obra benéfica inspirada y bendecida por María.

Un matrimonio Romano ha abierto *El Album de los Bienhechores ilustres.*

A estos han imitado otros que, ó nos han mandado sumas de 500, 300 y 200 Liras para comprar renta á beneficio del *Horfanotrofio* ó nos han enviado directamente cupones de la deuda pública del Estado. Este modo de beneficiar á las huérfanas, no ya con la *Providencia diaria* que nunca faltó en tantos años, asegurándoles el porvenir, demuestra claramente cuánta importancia dán las almas caritativas de todo el mundo, á esa piadosa institución, conociendo las grandes ventajas así sociales como sobrenaturales que ella produce. Iremos publicando los nombres de estos generosos bienhechores en el periódico del *Rosario* y la *Nueva Pompeya* para que su memoria quede siempre más y más impresa en el alma de las inocentes protegidas.

Si hubiera de calcularse el gasto diario que ocasiona el mantener, educar é instruir á estas huérfanas, debieran multiplicarse por miles el número de estos *Bienhechores*. Pero nosotros acostumbrados á vivir *de la Providencia* y á ver los milagros que obra en ella todos los días hace ya más de 24 años, tenemos fe de que por este nuevo medio ó por otros que la caridad de Cristo sabrá inspirar, el *Horfanotrofio de la*

Virgen de Pompeya tendrá vida larga y segura.

Y esto es lo que contesto á todos aquellos que con insistencia y santa intención me preguntan cómo piensa Vd. asegurar la vida de esta benéfica obra del Valle de Pompeya?

Por un lado, pues, la *caridad provisora*, por otro la *confianza* en que la *Santísima Virgen seguirá derramando sus innumerables gracias* y escuchando benigna las oraciones de sus amadas huérfanas, harán se provea el porvenir estable de esa obra sin perjuicio del bien presente que por mil razones debemos procurar.

De todos modos, sea que los fieles contribuyan al bien presente, sea que procuren el futuro, las asociaciones de estas hijas predilectas de la *Santísima Virgen*, refugiadas bajo su manto, recompensa largamente los socorros que les mandan de todas las partes del mundo.

Tienen el título de bienhechoras y bienhechoras insignes de los hijos de los presidiarios, los que ofrecen cien liras para los fondos puestos á interés en favor del Hospicio de educación
Bartolo Longo.

*Testamentos y mandas intestadas
al Abogado Bartolo Longo, en
favor de las huérfanas de la
Virgen de Pompeya.*

Otro medio sugerido por la caridad cristiana á los corazones generosos y fieles para sustentar y dar vida perpétua á este Asilo, tan querido de la Reina del Rosario, ha sido disponer legado y mandas por testamento.

Aunque hemos hablado ya de los donativos qué personas caritativas han dejado en testamento á favor de las obras de beneficencia que existen en este Valle, será bueno que acerca de estos legados ó mandas para asegurar el porvenir de las huérfanas de la *Virgen de Pompeya* ó del *Santuario*, ó para los hijos de los presidiarios, se lea lo que publicamos más abajo.

Sean los corazones generosos que quieran dejar alguna limosna ó renta, tanto para el Santuario como para el Asilo de las huérfanas ó para el Hospicio de los hijos de los presidiarios, que la disposición testamentaria debe hacerse al *Abogado Com. Bartolo Longo*, fundador del *Santuario*, de la *Casa de Huérfanas de la Virgen de Pompeya* y del *Hospicio para los hijos de los prisioneros en el Valle de Pompeya*.

§ II.-El Hospicio educativo Bartolo Longo para los hijos de presidiarios.

No es sólo el Instituto de niñas huérfanas el que forma la bella corona de la Reina de las Victorias en su Santuario de Pompeya. Ha surgido además con su inspiración y bajo su protección otra obra de Caridad que *no tiene igual ni precedente en el mundo*, es decir, el Instituto para salvar y educar los hijos desgraciados de los presidiarios.

Esta obra de beneficencia social y enteramente *nueva*, es también efecto de aquella caridad y amor, que emanando del ancho Corazón del Redentor, se abre paso en el corazón de los hombres por medio de las gracias de la Reina del Rosario de Pompeya.

Aún hay más.

El Asilo de huérfanos de la Virgen de Pompeya; esta obra para la salvación de las almas fué inspirada y dirigida por la Madre de las Misericordias. Su fundación tuvo lugar en el dichoso día de la consagración del primer altar del Santuario de Pompeya, dedicado á la Reina del Rosario, el 7 de Mayo de 1887.

La segunda obra de beneficencia social, cual es la de recoger á tiempo los desgraciados y

abandonados hijos de presidiarios para preservarlos de una maldad precoz, hacer que disminuya así el número de delincuentes en la sociedad, fué inspirada, guiada y protegida por el amante Corazón de Jesús, ya que fué precisamente el día de la fiesta de su Sagrado Corazón, año de 1891, fué cuando nos sentimos con las fuerzas necesarias para empezar tan árdua empresa. Y así es que en el programa que publiqué de esta nueva obra de caridad y beneficencia social, programa que intitulé un *Voto de mi Corazón*, demostré hasta la evidencia que los hijos de los presidiarios recogidos y educados en el Valle de Pompeya, serían con el tiempo transformados en verdaderos *Hijos del Corazón de Jesús*. Este mi programa llamado por mi *voto de mi corazón*, lo escribí en el mes de Mayo de 1891, memorable para los hombres y los Angeles, porque precisamente el día 7 de dicho mes, *consagramos al Señor* el Santuario de Pompeya cuya Solemne dedicación consistía en dedicar un altar al Divino Corazón de nuestro Redentor.

No estará demás ponga aquí como preámbulo de esta nueva institución aquel grito que hice oír al mundo el 24 de Mayo de 1891.

®

Un voto de mi corazón.

El buen resultado del asilo femenino llamado de *la Virgen del Rosario de Pompeya*, me hizo pensar en otra *clase de criaturas* que es también *la más desamparada* de la sociedad.

—¿Cuáles son los niños más abandonados de Italia y del extranjero?

—Son sin duda alguna los hijos de los *presidarios y particularmente las hijas de los Galeotes* que condenados á quince, veinte años de pena, y aun de cadena perpétua, no volverán á ver á sus hijos, sino tal vez cuando éstos por sus propios delitos irán á juntarse con sus padres en la cárcel.

Estos niños no son *huérfanos* por lo que no pueden disfrutar los beneficios civiles ni ser recogidos en las casas en orfandad del municipio ó de la provincia.

Su condición es *peor que la de los huérfanos* porque despreciados por sus conciudadanos en odio á sus culpables padres llenan sin culpa la mancha de su infamia; y al lado de una madre generalmente pobre (más desgraciada que ellos, viuda sin serlo, y de hecho *más que viuda*). Sin educación, sin freno, con los perversos ejemplos de sus padres á la vista, muy pronto se lanzarán al vicio y luego al delito, tarde ó

temprano la cárcel será su morada, y el pan negro del Estado su alimento constante.

Hé aquí la triste situación de una clase de niños que pueden muy bien llamarse *huérfanos de la ley* y en los cuales hasta ahora nadie ha pensado.

¿Qué sucede en efecto á la desgraciada familia cuyo padre culpable de algún horrible crimen, se vé condenado á cárcel perpétua, ó á veinte años de pena?

La madre, acaso jóven aún, viuda desconsolada ya aún viviendo el marido, le falta el pan para mantener á sus hijos, y se vé obligada á mendigar para no morir de hambre y más de una vez sucumbe, víctima de la seducción ó forzada por la necesidad. ¿Y los hijos? ¡Pobres criaturas! inocentes sufren todo el peso del infortunio en aquella tierna edad en la que tan necesario les es el apoyo paterno y una educación cariñosa.

Ahora bien; una institución cristiana que intenta salvar esta clase de criaturas verdaderamente desamparadas, es un bien para la sociedad y la patria porque al mismo tiempo ejercita una acción *instructiva y moral en las cárceles y en las galeras*.

Quando un malhechor (que de cualquiera manera que se le considere es siempre un desgraciado) se vé condenado á vivir segregado del consorcio civil, por *quince ó veinte años*,

entregado á duras fatigas (no hablo de los condenados á muerte cuya idea hace estremecer) el primer efecto que le produce su desgracia, es la más *horrenda desesperación*. Considerando su estado presente, sin libertad, sin porvenir, recordando la mujer, sus hijos aún niños, blasfema contra la Sociedad que le ha rechazado, contra Dios que le ha criado, y contra sí mismo porque no puede ser ya feliz.

Los más experimentados directores de los penales, me han asegurado que su *obra social* no produce ningún fruto en aquellos corazones desesperados.

Ahora bien; si en tan horrible situación el pobre condenado sabe que su familia, sus hijos, no están del todo abandonados, porque hay almas piadosas que los socorren con amor y caridad fraternal, y en fin, que Nuestra Señora de Pompeya, cual tiernísima Madre los acoge bajo su manto, entonces un rayo de luz atraviesa aquellas espesas tinieblas y el desgraciado sabiendo que hay en el mundo quien piensa en él, en sus hijos, que no está del todo abandonado, sin darse cuenta va recobrando la calma y la resignación, obedece á los superiores, se conforma con la ley que antes le parecía dura é injusta. ¿Qué ha sucedido? - Un rayo de consuelo ha templado el infierno de su corazón. —La oración á María que abandonó tal vez el día en que fué encadenado vuelve á sus labios.

El pobre forzado desde este momento junta siempre el recuerdo de los hijos con la memoria de la Virgen que les ha tomado bajo su protección. Y cada vez que los llama (aún sin esperanza de ser oído por ellos) invocará también el *nombre bendito* que conforta los afligidos.

Y el amor de sus amados hijos le inspirará una ferviente oración á la Madre de los atribulados.

He aquí la *Obra cristianamente civilizadora de Pompeya*: Extender los ramos de su beneficencia hasta los más horribles calabozos de los malhechores.

He aquí la Virgen de Pompeya convertida en Augusta maestra de los presidios.

Esta es una obra eminentemente cristiana que no ha tenido semejante hasta ahora ni en Francia ni en Bélgica, ni en ninguna otra nación católica.

¡Ah! yo depongo hoy en el amoroso y divino Corazón de Jesús, y en el de mis amados hermanos y hermanas este mi ardiente deseo, este *voto* de fundar, aquí á la sombra del Santuario, bajo el materno manto de María una *obra de educación moral y civilizadora* para los hijos de los presidiarios, para estos seres desamparados que la desgracia de sus padres deja en medio de la calle, con todas las penas y tristezas de la orfandad y sin poder participar de las instituciones benéficas fundadas á este fin.

Y aunque yo comprendo muy bien lo árdua y humanamente hablando lo imposible de la empresa, á causa de las grandes dificultades que se opondrán bajo cien aspectos diversos, todo temor, me hecho en los brazos de la divina Providencia sumergiéndome en el Océano de la Omnipotencia de aquel Corazón divino. Escudado por Él he determinado salir adelante con lo empresa y edificar de nueva planta una casa de Refugio donde pueda acoger esos hijos de la desgracia, que arrancados desde la más tierna edad á ese ambiente con que se aspira el germen del mal ya heredado con la sangre, y puesto en otro ambiente favorable germen del bien que el Criador ha depositado en el corazón del hombre puedan, gracias á esta educación, llegar á ser honrados y laboriosos obreros.

¡Oh! si yo viese llegado ya el día de recoger el primer niño, el primer hijo de un presidiario, estaría seguro que la bendición de Dios habría bajado sobre esta nueva obra de misericordia. Dedicaría todas las fuerzas de mi quebrantada salud á proveer al sostenimiento de esta otra porción de la niñez abandonada. Ccnfiaría al Corazón piadoso de Jesús los pobres niños de los presidiarios librados milagrosamente del vicio y del crimen.

Este es el *Voto de mi corazón*; quien sienta en el suyo un latido de consideración hácia esos infelices niños abandonados, que cuestan

también la sangre del divino Redentor, contribuye según sus medios á tan excelente obra de Caridad.

Valle de Pompeya 24 de Mayo 1891.—*Abogado Bartolo Longo.*

Rápido progreso de la institución.

Este grito que mi corazón exhaló á fines de Mayo del inmemorable año 1891, en aquel mes que recuerda la Solemne consagración del Santuario de Pompeya, expresaba pensamientos y afectos reprimidos por muchos años y por eso lo llamé *el Voto de mi corazón*.

Era una llamada á los corazones á quienes inspira compasión la clase más abandonada de la sociedad; los niños más despreciados, como son *los hijos de los presidiarios y Galeotes*. Aquel grito deploraba un vacío que existía entre las varias obras de beneficencia de la Sociedad. Era un *Voto* para una obra del todo nueva de que no se halla ejemplo en nuestra patria, ni en las naciones extranjeras más civilizadas para una obra que debía fundarse únicamente sobre la fé y la caridad cristiana.

Apenas lancé este grito fundado en las pruebas de caridad que ha 17 años me vienen dando mis hermanos hizo eco en el mundo entero.

El rico y el pobre, el noble y plebeyo, el hombre político, el solitario cenobita, el obrero y el poeta, el público funcionario y el humilde cura de aldea, las niñas de los asilos y hasta de sus lóbregos calabozos los pobres prisioneros se apresuraron á darme consejos y consuelos, á mandarme socorros, y á colmarme de bendiciones. De modo que no me hallé *solo* ni un momento siquiera, y la adhesión del mundo entero me dió aliento.

Recibí millares de cartas, periódicos, telegramas, explicando y completando mi pensamiento y esto me hizo comprender que la idea inspirada por la misericordia infinita del Corazón de nuestro Redentor era *una idea universal*, como universal es la necesidad que remedia y la necesidad que socorre.

Verdad es que se levantaron también algunas veces de desaprobación de *Pensionistas*, *Racionalistas*, *Materialistas* y otros sabios modernos que atacan todo lo que no es conforme á sus ideas.

¿Pero, qué podían aquellas pocas voces, ante veinte tomos en folio llenos de firmas y de adhesiones? ¿Qué peso tenían para mí aquellos silogismos en comparación del llanto y de los padecimientos inenarrables de la *Infancia abandonada*?

Seguí pues, adelante animoso y confiado porque anhelaba ver planteada la obra que ha

obtenido la aprobación del mundo con un plebiscito *espontáneo general y nunca visto*. Enseguida puse mano á la obra; y antes de un año me vi rodeado de quince desgraciados *hijos de presidiarios*.

Me ayudó la caridad de gentes de corazón y de sentimientos nobles, una caridad sin límites, una caridad cuyos efectos puédense adivinar en el periódico *Valle de Pompeya*. Como la caridad es *fuego* que está siempre en movimiento y tiende á propagarse antes de empezar el *edificio material* en el cual debía desarrollarse del todo la obra, empezó el *edificio moral*, es decir la obra salvadora en favor de aquellos desgraciados que más tarde debían recogerse en aquel edificio y disfrutar allí las ventajas de una educación especial que les será dada, tanto física como moral.

De este modo nació en nuestra patria una *obra altamente crisiana* que no tiene igual en Francia, en España, en Austria, en Bélgica, ni en ninguna otra de las naciones católicas que consideran las desgracias ajenas y con solícita caridad procuran aliviarlas.

El Edificio.

El viajero que se apea en la estación del Valle de Pompeya, y se dirige desde la plaza

hacia el Santuario descubre en seguida una obra en construcción cuya fachada mira á la estación y sobre el atrio se lee en grandes caracteres: **Hospicio de educación Bartolo Longo**. Es la primera casa que se encuentra yendo por la acera derecha de la Via Sacra, á la sombra de los plátanos y encalptos.

Su fachada ya concluida está blanqueada como de costumbre en las *Puglie*. Hace tres años en nada se diferenciaba esta casa de las otras que se ven hoy en la Via Sacra. Era una modesta vivienda con cuatro habitaciones en el piso bajo, un vestibulo y un pequeño jardín interior.

Pero ahora presenta una gran longitud por la parte del medio día y sobre aquellas modestas habitaciones del piso bajo, se eleva otro piso espacioso y bien construido con terraza, cuyas blancas paredes contrastan con el verde de los plátanos y de los encalptos de las calles.

Hubimos de comprarla en el año de 1892. Apremiados por las aflictivas cartas que se recibían de todas partes de Italia, no pude esperar más á que la nueva institución empezase á desarrollar sus benéficos efectos. En aquel año y en el siguiente de 1893, fueron construidas habitaciones espaciosas, se prolongó el lado hacia el mediodía, añadiendo la escalera, cocina y el refectorio.

En el mes de Marzo de 1894 se inauguraron dos grandes salas, capaces para contener cincuenta niños, con todo lo que la pedagogia y la higiene exige. En el 1895 se inauguraron otras dos salas espaciosas, el refectorio, la cocina, el vasto oratorio, las nuevas oficinas, la sala de armas, el tablado para la gimnasia y para tirar al blanco y nuevas escuelas.

En esta parte del edificio están los talleres de zapateros, sastres y carpinteros; las oficinas de otras artes y profesiones están por ahora al otro lado del Santuario, cerca de la grandiosa tipografia de la Virgen de Pompeya.

En el Hospicio se hallan también las escuelas elementales, la de música, la armería con 60 mosquetes, la roperia, cocina, refectorio, numerosas habitaciones para los directores y una gran capilla (senulla y blanca) muy escogida y bonita. Los gastos de este oratorio fueron sufragados en gran parte con *dos mil liras*, dadas para el altar, por el bienhechor D. Pascual Florentini, de Gina del Collier, por un voto hecho en favor de su hijo, y con *mil liras* del Sr. D. Pascual Martini de Osca, por una gracia recibida.

Dos inscripciones recuerdan la ejemplar caridad de estos bienhechores de los huérfanos de la Ley, que no se olvidan nunca de rogar por aquellos corazones tan generosos. ®

Adornan también la capilla dos hermosos cuadros, uno de *San José*, obra y regalo de la distinguida hija de la Duquesa de Carignano, y otro del *Corazón de Jesús*, obra y don de la buena Sra. Romana María Ferrari, hija de nuestro querido amigo el Abogado Ferrari de Roma.

Otros trabajos se han empezado en el 1894, que espero se concluirán pronto.

El Hospicio de educación de Bartolo Longo tenía recogidos en Mayo de 1893 quince niños, en Mayo de 1894 llegaban á *cuarenta*; en Mayo de 1895 ascendían á *cincuenta y cinco*. En ese mismo año se inauguraba la *sección ó clase internacional* y la nueva obra para los *hijos de los presidiarios*. En Mayo de 1896 éstos llegaban á *setenta y cuatro*. En Mayo de 1897 el número era de *noventa*. En 1898 pasaban de *ciento*. En 1899 los niños salvados eran *ciento diez*, y hoy 1900 son *ciento veinte*.

Apenas estén del todo secas las nuevas construcciones, el número de los niños podrá aumentarse, si crece á la par la caridad del mundo hácia esos desgraciados.

Triste historia de varios hijos de presidiarios.

Estos niños son para mí tan queridos, porque cada uno de ellos es víctima de funestas é inmerecidas desventuras. En edad tierna é

inocente han padecido ya tantos dolores y angustias, cuantas tal vez no han sufrido los mayores delincuentes: los horrores del hambre, el rigor de la intemperie; el desprecio de los vecinos, conocidos, amigos y parientes.

Privados de alimento y de vestidos, algunos de ellos vagando por los caminos, sin asilo, refugiándose al pié de un árbol frondoso, que les defendiera de las lluvias y ardores del sol.

Sus padres fueron condenados á la cárcel por muchos años, y tal vez por toda la vida. Algunos perdieron la madre, que falleció víctima del dolor ó de la miseria. Otros—y de éstos hemos recogido bastantes—hijos de una madre que fué asesinada por aquel que le había jurado amor al pié del altar. Y lo que es más todavía, á otros les fueron arrancados padre y madre por la justicia, que los condenó á cadena perpétua.

Siempre creía que el caso que me contaban de presente era el más penoso y aflictivo que pudiera ocurrir entre los desgraciados hijos de Eva, y cada día me trae un desengaño, porque desde que he puesto mano á mi Instituto por amor hácia los desgraciados, voy descubriendo nuevos abismos de miserias y angustias, que no conocía.

Así, después de haber observado que entre los cien niños recogidos, doce son huérfanos de madre asesinada por el propio padre; hemos

tenido que comprobar con lágrimas el crimen más horrible, un delito contra la naturaleza, *Una madre que intentó envenenar á su propio hijo!* y otro aún más triste.

Un padre desnaturalizado que crucificó al hermano de uno de los niños que hemos recogido!

Clase ó sección internacional.

Entre los niños italianos, y participando con ellos de las ventajas de esta Institución, se hallan dos extranjeros, que por tener la misma desgracia y desventura, serán el núcleo de una nueva clase ó sección consagrada á *huérfanos de las leyes extranjeras*. De este modo, como de todas partes del mundo, llegan los socorros para efectuar nuestra idea, que parecía utopía y no lo era, también se extienden á todas partes los beneficios que nacen de esta nueva institución.

Aquí en este famoso Valle del Vesubio todo respira universalidad. Desde el Santuario, que es universal, por ser Pontificio, cuyos mármoles de colores han sido traídos de los Pirineos, los blancos de Carrara y los oros y adornos ofrecidos por Roma, Quito, Sanghás, Londres, Tunez, Moskou, Ceylan y Praga: el precioso trono para el cual contribuyeron ciento

setenta mil devotos de todas las naciones, hasta la correspondencia que no se enumera ya, sino se pesa, y lleva oraciones, consuelos, socorros de países más remotos y más olvidados, todo es aquí universal. Ahora bien; como las naciones han unido sus voces para glorificar á la Piadosa Soberana de Pompeya, es conveniente que participen de los beneficios que ella derrama, y vean las naciones todas, que no sólo los italianos, sino todos los hijos de Eva, á pesar de las culpas paternas, y prescindiendo de las previsiones de los legisladores, pueden llegar á ser elementos preciosos para la sociedad, y tal vez con este ejemplo, sacarán motivo para fundar Obras, que, como ésta, provean á la mayor y más inmerecida desgracia que existe en el mundo. De modo que desde donde los Verri y Beccaria predicaban misericordia para los padres desgraciados bien que culpables, se levanta la voz que pide una debida misericordia para los hijos inocentes é infelices.

Sala de los niños nacidos en la Cárcel.

Desgraciadamente entre los delincuentes no faltan mujeres; á veces las hay en cinta y otras que han dado poco antes á luz. La ley las concede tener con ellas á sus hijos en la cárcel

hasta que han cumplido dos años. Entonces el niño es arrancado de la madre quedando abandonado á una triste suerte.

La madre es conducida á la Reclusión ó al lugar de pena á que fué condenada. La separación es tan angustiosa que acerba, que sobrepasa las fuerzas humanas.

Algunas madres se vuelven locas, otras á quienes no se arrancaron á tiempo los hijos por sus artificios, los estrangulan ó procuran matarlos por otros medios para librarlos de la miseria y padecimientos que sufrieron ellas. Era un deber de la caridad cristiana aliviar estas desgraciadas y á este fin se inauguró el 23 de Mayo de 1885, el Asilo para los niños nacidos y criados en la cárcel, que completa la institución dedicada á salvar los infelices niños de los presidiarios y en el que ya se han recogido algunos de dos á cuatro años, nacidos en la cárcel ó completamente abandonados.

La pequeña banda de música.

Los niños recogidos en este Asilo cultivan también la música. En la fiesta del 27 de Mayo de 1894 ensayaron algunas piezas sencillas. En Octubre del mismo año asistieron á la procesión con que se conmemoraba la consagración de su Capilla recibiendo á Jesús Sacramentado que llevaban á su Hospicio, con un

himno al Sacramento que conmovió y asombró á los asistentes á quienes parecía imposible que en tan poco tiempo los niños hubieran aprendido á tocar con tanta facilidad y perfección. Y aún desde entonces han hecho tantos progresos que los numerosos visitantes del Santuario quedan maravillados al oír la pequeña banda un variado repertorio de piezas que piden en los ejecutores disposición particular para la música.

Triunfo definitivo y completo del Hospicio.

El tiempo va consolidando esta obra y los resultados de la educación dada á esos niños arrancados á un porvenir de culpas y maldades, son mejores cada día y producirá dentro de poco tiempo obreros honrados y laboriosos.

También la opinión general acerca del Hospicio va cambiando. Ya es menos admitida la injusta é inhumana creencia de que el hijo de un *delincuente* debe ser también delincuente por fuerza, ni que exista en ellos, como han intentado probarlo algunos autores positivistas. Nadie se horroriza ya de los hijos de los presidiarios. Lejos de esto, cada año presenciábamos contiendas de generosos bienhechores

que se disputan el ser *Padrinos* de estos infelices hijos de presidiarios. Pero el mayor triunfo de la obra no es solo este. Lo que nunca nos hubieramos atrevido á proponer, ni nos parecía que pudiera siquiera pensarse ha sucedido.

Los niños de los presidiarios han sido adoptados legalmente como hijos: este es el mayor triunfo de la *Institución* protegido por la Reina del Rosario de Pompeya. Hasta la fecha tenemos ya *nueve* de nuestros *huerfanitos* que en cambio de la antigua y desgraciada familia en la que nacieron, han hallado un Padre y una Madre; cariños, abundante pan, que no les faltará ya, y una familia legal y honrada. Aún hay más, los beneficios de la obra no se restringen solo á *los hijos de los presidiarios*; llevan nuevos ó inestimables frutos á las cárceles donde con el afecto de buenos hijos por medio de sus inocentes y poderosas oraciones ejercitan *una misión regeneradora* en favor de sus infelices padres y de todos los presidiarios italianos y extranjeros. Dan fé de ello las innumerables *castas* de presidiarios que se conservan cuidadosamente en el Archivo de la Obra, y otras de los directores y Capellanes de las *ciento veinte cárceles* de Italia que están en continua correspondencia con nosotros.

Y para que la misión de nuestros amados huérfanos sea *más eficaz y extensa*, hemos fundado una *Biblióteca circular* en las cárceles

civiles y militares y esta nueva institución ya comienza á dar ópimos frutos.

Tantos beneficios y tan felices resultados, no podían ser ignorados por los hombres de gobierno, los doctos penalistas, ni por las autoridades civiles y militares. De modo que no solamente en Italia, pero en todo el mundo se admira y se alaba *esta Institución de beneficencia educativa*. Se ha hablado de ella con admiración en el *Congreso Psicológico* de Ginebra, en las Universidades de Salamanca, Madrid, Heidelberg, Amsterdam, Nancy Ateuas, Praga, y es unánime la aprobación á esta Obra de los Magistrados, Letrados, Diputados, Senadores, Jueces, Alcaldes y en general de todo hombre de corazón y buen sentido.

**Testamentos y Mandas
intestados al Abogado Bartolo Longo
en favor de los hijos
de los presidiarios, de las
huérfanas y del Santuario de
Pompeya.**

No ha mucho recibimos un legado de trescientas liras, que dejaba la *Madre Superiora de Innspucek*, al Com. Ab. D. Bartolo Longo, para que se dijera una Misa en el altar

privilegiado de la Virgen, y para repartir entre las huérfanas y los hijos de los presidiarios á fin de que rogasen por el eterno descanso de su alma.

En Nápoles, el noble Marqués Aquiles d' Ayala Valva, cerraba su testamento con estas palabras:

Por último se anuncie mi muerte al Com. D. Bartolo Longo en Valle de Pompeya, entregándola cincuenta liras en favor de los hijos de los presidiarios.

Y el hijo y heredero D. Francisco d' Ayala Valva, no solo cumplió enseguida la voluntad de su Padre, sino que pagó además el impuesto para entregar íntegra la suma de 50 liras, que su padre había destinado para los hijos de los presidiarios.

Habiendo muerto en Florencia la Señora Doña Ernesta Bartolini se encontró en su testamento una manda de cien liras en favor de los hijos de los presidiarios, las cuales debían entregarse al Abogado D. Bartolo Longo; y el heredero R. Pablo Castagnoli nos mandó dicha suma con la mayor brevedad.

También, en Dicomano en la provincia de Florencia la Señora D.^a Josefa Fattoressa Megli poco antes de morir, disponía se enviasen cien liras al Comendador Abogado D. Bartolo Longo para el Santuario de Pompeya; y el Párroco de Santa María Dicomano, el

Reverendo Sr. D. César Santoni, nos envió enseguida dicha suma para cumplir con el deseo de la piadosa finada.

De Trento nos llegaba la crecida suma de mil florines austriacos que equivalen á 2.257 liras. Era un legado de la caritativa Señora J. E. que en sus últimos momentos había destinado á las Huérfanas de la Virgen de Pompeya, y á los Hijos de los presidiarios para que ofrecieran sufragios por su alma.

Y en la misma ciudad y con igual destino recibimos un medallón de plata filigranada y un collar de perlas que M. I. viuda A., había dispuesto que á su muerte se mandase al Fundador del Santuario y de las Obras de beneficencia de Pompeya.

Las personas que quieren señalar los últimos momentos de su vida con algún acto benéfico, lo que hacen algunas veces es dejar su legado á persona de su confianza que luego se encarga de enviárnoslo.

Así lo hizo la Rev. Hermana Angelita Superiora de las Mantellate en Quiete (Florencia), enviándonos cien liras para las huérfanas de la Virgen de Pompeya y otras cien para los hijos de los presidiarios que la Hermana Teresa Guidotti la había entregado al morir para que nos las remitiera.

Y la Sra. D.^a Angelita de Simone, mujer del Com. D. Pablo Mazzella, Consejero del

Tribunal Supremo de Roma, cuñada del eminentísimo Cardenal Vicario de S. S. en este Santuario, sintiendo cercana su última hora, entregó á su querido esposo *doscientas cincuenta* liras, diciéndole:

Quando haya dejado de existir las mandarás al Abogado D. Bartolo Longo para mi amada Virgen de Pompeya, á fin de que dicho señor haga rezar á las huérfanas y los hijos de los presidiarios por el eterno descanso de mi alma.

Esa virtuosa y benéfica Señora murió el 26 de Mayo de 1898, y el desconsolado esposo nos envió enseguida dicha suma.

Y ahora rezan por ella, agradecidos las niñas y los niños que quiso beneficiar aun en su muerte.

También rezan con el mismo fervor por la Sra. D.^a María Xecondi Laponello, de Venecia, que en sus últimos momentos se acordó de estas huérfanas y de los hijos de presidiarios, y mandó que apenas hubiese espirado, se enviasen al Comendador Abogado D. Bartolo Longo *cuatrocientas liras; la mitad para las huérfanas y la otra mitad para los hijos de los presidiarios encomendándose muy de veras á sus oraciones.* Con gran solicitud, el hermano de la finada D. Juan Pecondi á los pocos días nos envió dicha suma, cumpliendo así los deseos de su hermana, y desde entonces nuestros niños siguen pidiendo á Dios por el eterno descanso del alma de su inolvidable bienhechora.

En Nápoles la Srita. D.^a Virginia Daranza poco antes de espirar entregó *cien liras* a su hermano para que las enviase al Abogado Señor D. Bartolo Longo á fin de que las huérfanas de Pompeya le alcanzasen de la Virgen la gracia de ir pronto á contemplarla en el cielo. Y el piadoso hermano cumplió tan santo deseo con la más escrupulosa exactitud.

La Señora doña Mariana Pitoceo no solo cumplió puntualmente la voluntad de su difunta madre *Maria Siandone que dejaba á la Virgen de Pompeya un librito de crédito del Banco de Nápoles, con setecientos catorce liras, sino que añadió doscientas treinta y seis de su bolsillo para completar la suma de mil liras.*

Del mismo modo el Rvdo. Cura Sr. D. Antonio Prudel, en el acto de entregar *treinta y cuatro liras de la Sra. D.^a Marietta Boselli de San Lorenzo en Ranale (Trento), añadió otras ocho liras de su parte.*

Los herederos del Sacerdote D. Alfonso de Rosa de Domini (Cosenze) nos mandaron *cien liras* de un legado hecho á las huérfanas por el caritativo Ministro del Señor.

La Señora Judith Tortosa, viuda Esamontañe de Nápoles, nos entregó *mil liras para las huérfanas de la Virgen de Pompeya y para los hijos de presidiarios, dejadas por su hermana Julia Tortosa, una de las más fervorosas celadoras de este Santuario para*

que aquellos inocentes niños y niñas rogasen por ella.

Por fin el joven *José Palincesi* de Nápoles que fué arrebatado por la muerte al afecto de los suyos á la edad de 22 años, durante su enfermedad habia reunido algunos ahorrillos de regalitos hechos por su padre y hermanos, los que tenia reservados en una cartera, y pocos momentos antes de morir pidió á su padre recogiese aquel dinero que eran 12 liras y 50 céntimos, y lo mandase al *Abogado Señor D. Bartolo Longo para la Virgen de Pompeya*.

No hace falta añadir que el deseo del buen joven fué escrupulosamente cumplido y que también por él se reza con fervor al pié del Trono de aquella que es manantial de gracias y misericordias.

Legados cumplidos en vida de los testadores.

En esta emulación de caridad generosa y próspera no faltan ejemplos de legados cumplidos en vida por los testadores. Este es un medio de asegurar el propio legado ya contra la omisión ó descuido por parte de los herederos, ya contra los derechos de sucesión. La señorita doña *Maria Sartorelli* nos manda mil liras desde Milán diciéndonos: En vista de que nuestra voluntad difícilmente se cumple

después de nuestra muerte, he pensado mandar á usted ahora esta pequeña cantidad. Le remito, pues, mil liras que era mi intención dejarle en testamento ofreciéndoselas para sus muchas obras, dejándole en libertad para disponer de ellas como juzgue más conveniente para las varias Obras que está fundando.

La señora doña *Ana* viuda *Delle Torre* que con sus hijas tuvo la dicha de hacerse colocar en la Iglesia de la Adoración perpétua de *Inspiak* la Imágen prodigiosa de *Ntra. Señora de Pompeya*, nos mandó quinientas liras escribiéndonos en estos términos: *Hace tiempo que tenia intención de dejar en mi testamento 500 liras para mi amada Virgen en Valle de Pompeya. Pero de pensarlo es mejor tener el gusto de mandar dicha suma en vida y así se las remito á usted Señor Comendador autorizándole para gastar dicho dinero como mejor le parezca, pues sé muy bien que todo lo que usted hace está bien hecho, y esto me basta.*

Y una Señora de *Calabria*, para asegurarse de que después de su muerte tendría los sufragios que son de valor tan inestimable para los fieles, tomó sus precauciones anticipadas, poniendo en nuestras manos mil liras para gastarlas en favor de las huérfanas, y de los hijos de los presidiarios, para la fachada de la Iglesia, el aceite de las quince lámparas, para el

culto de San José y para sufragios por su alma y la de algunos próximos parientes.

Aviso importante.

Para que por culpa de los herederos no quede defraudada la voluntad del testador ó testadores en favor de las huérfanas ó de los hijos de los presidiarios, hay que advertir lo siguiente:

1.º Cualquiera disposición testamentaria ó legado en favor del Santuario de Pompeya, ó de la casa de huérfanas de la Virgen de Pompeya ó del Hospicio de los hijos de prisioneros, debe hacerse directamente **al Abogado Bartolo Longo en el Valle de Pompeya.**

2.º Que los legados y demás mandas en favor del Santuario ó de las otras instituciones de Pompeya, **deben ser entregadas con toda confianza al Abogado Bartolo Longo, que es el fundador.**

3.º Cuando los legados y las herencias no pueden ser cobradas inmediatamente, ó hay *herederos usufructuarios*, se debe disponer que sean pagadas al Com. Abogado Bartolo Longo **libres y exentas de derechos de sucesión y de cualquiera otro gasto**, porque sino no se podrían aceptar y quedaría sin efecto la voluntad del testador.

Pía Unión en favor de los agonizantes bajo el Patrocinio de San José establecida en el Santuario de Pompeya.

Objeto de la Pía Unión

En el Santuario de Pompeya en el altar del Tránsito de San José se estableció el 15 de Abril de 1894, *la Pía Unión para los agonizantes, bajo el Patrocinio del Jefe de la Sagrada Familia*; porque el gran Patriarca San José se venera en la Iglesia universal como especial *protector de los agonizantes.*

El objeto de esta Pía Unión es ayudar con oraciones y auxilios espirituales á aquellos de nuestros hermanos que se hallen en la agonía, para alcanzarles una buena muerte, logrando así la felicidad eterna.

Está probado por las estadísticas que mueren más de noventa mil personas durante las veinticuatro horas del día, es decir, que á cada pulsación espira uno de nuestros hermanos; por esto la *Pía Unión* modelada sobre la caridad de Cristo, que es universal estiene sus oraciones y buenas obras en favor de los agonizantes para ayudar en aquel trance supremo no solo á los agregados, sino á todos los moribundos de la tierra.

De este modo la *Pia Unión* en favor de los agonizantes establecida en el Santuario de Pompeya, es universal y participa de los fines altísimos de la Redención, es decir procurar la mayor gloria de Dios y salvación de almas, aumentar las oraciones y la fé en el mundo, derrotar al demonio, aumentar el número de los fieles seguidores de Cristo y aumentar en el cielo los lazos de los bienaventurados.

El primero que inscribió su nombre en esta *Pia Asociación* fué el Papa León XIII y causa admiración el saber que antes de terminarse el año de su fundación 1894, el número de los asociados llegaba á cincuenta mil y hoy cuenta ya doscientos mil.

Beneficios espirituales de que gozan los agregados.

Los agregados á la *Pia Unión* en favor de los agonizantes participan de los méritos, impetraciones, satisfacciones, oraciones y buenas obras de todos los asociados esparcidos por el mundo entero y de las Misas que se celebran en el *altar privilegiado del Tránsito de San José*, así como de todas las oraciones, obras satisfactorias y comuniones de las *huérfanas de la Virgen de Pompeya, las hijas del Rosario de Pompeya y los pobres é inocentes hijos de prisioneros.*

Todos los Miércoles se dice una Misa en el *Altar del tránsito de S. José por los agonizantes del universo y por todos los agregados vivos y difuntos.*

La Misa del Miércoles será aplicada especialmente por los agregados que entren en agonía en uno de los ocho días sucesivos.

Todos los agregados participarán del fruto de la impetración de una Misa que se dirá el *primer Sábado de cada mes* por la conversión de los pecadores que se hallan en la agonía.

A intención de los asociados se celebrarán *siete Misas* el día de la fiesta del Rosario, primer Domingo de Octubre.

Todos los años en el mes de Noviembre se celebrará un funeral solemne en sufragio de los agregados difuntos, cuya Misa cantarán las *Huérfanas*, y se dirán además tres Misas en sufragio del alma de dichos agregados.

Se celebrarán durante el año *cinco fiestas en honor de San José* con Misa cantada, novena y comunión general.

En cada una de dichas fiestas en honor de San José, se dará *la comida á tres pobres*, es decir á un niño, á una mujer y á un viejo en memoria de la *Sagrada Familia*. Los Sumos Pontífices, han concedido para esta piadosa obra de caridad especialísimas indulgencias. ®

El día 19 de cada mes se dedican en el Santuario de Pompeya adecuadas funciones al culto

perpétuo de San José. Al entrar en agonía cualquiera de los agregados á esta Pia Unión, puede mandar un telegrama al Valle de Pompeya para que las huérfanas vayan enseguida al pié del Altar del Santo Patriarca á rezar las oraciones oportunas para impetrar la gracia de la *perseverancia final* que le asegure la victoria en el último combate contra Satanás para lograr la eterna felicidad del Cielo.

Cada Miércoles las huérfanas y los hijos de presidiarios rogarán de un modo especial por los asociados que hayan muerto durante la semana.

*Imitación de los devotos
de la Virgen de Pompeya
y de San José.*

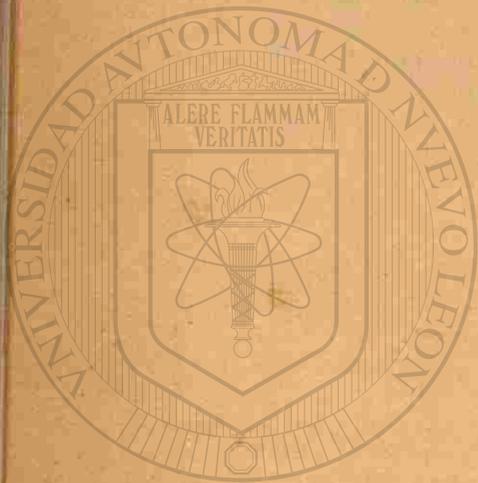
Son invitados todos los devotos de Nuestra Señora de Pompeya y de San José, á hacerse celadores de la Pia Unión para los Agonizantes y á recoger firmas y adhesiones.

Los celadores y celadoras de la Pia Unión en favor de los agonizantes pueden pedir al promotor Abogado D. Bartolo Longo, las cédulas de agregación á la Pia Unión para inscribir en ellas los nombres, apellidos y patria de los agregados. Cuidarán de mandar al Valle de

Pompeya la hoja de papel con las firmas, para que los nombres sean inscriptos en el *Libro de la Pia Unión*.

El que desee modelos de subscripción y copias del estatuto ó cédulas de la *Pia Unión en favor de los agonizantes* debe pedirlo directamente al **Com. Abogado Bartolo Longo en Valle de Pompeya**.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

OBRAS DE BENEFICENCIA *en el Valle de Pompeya.*

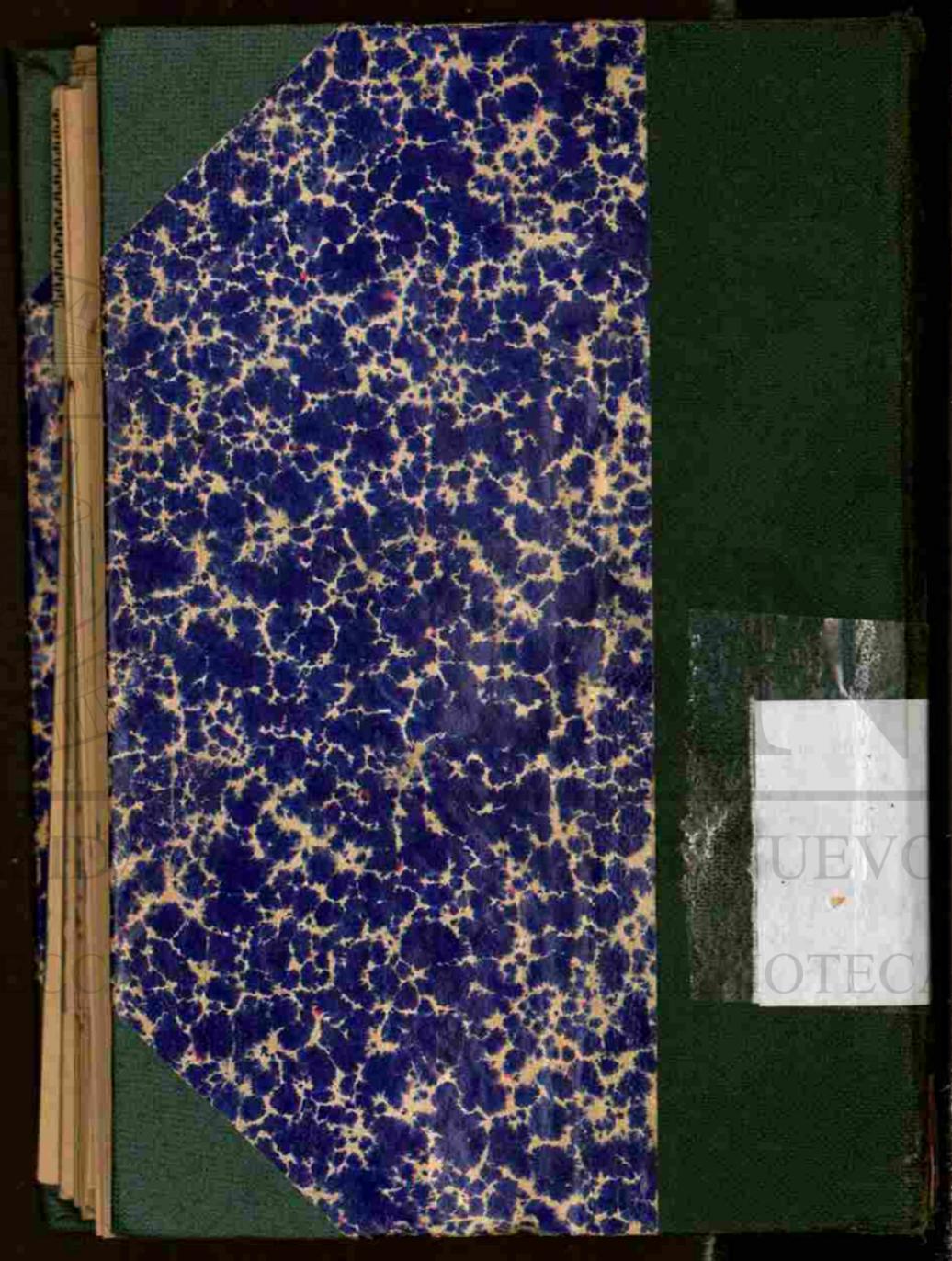
	Pág.
§ I.— <i>Horfanotrofo de la Virgen de Pompeya.</i>	1
Las huérfanas y su número.	4
Las huérfanas adoptadas por hijas.	7
Ninguna renta.	8
El dote del Horfanotrofo de la Virgen de Pompeya. Bienhechores insignes.	9
Testamento y mandas intestados al Abogado Bartolo Longo, en favor de los huérfanos de la Virgen de Pompeya.	13
§ II.— <i>El Hospicio educativo Bartolo Longo para los hijos de presidiarios.</i>	14
Un voto de mi corazón.	16
Rápido progreso de la institución.	21
El edificio.	32
Triste historia de varios hijos de presidiarios.	26

	Pág.
Clase ó sección internacional.	28
Sala de los niños nacidos en la Cárcel.	29
La pequeña banda de música.	30
Triunfo definitivo y completo del Hospicio.	31
Testamentos y mandas intestados al Abogado Bartolo Longo, en favor de los hijos de los presidiarios, de las huérfanas y del Santuario de Pompeya.	33
Legados cumplidos en vida de los testadores.	38
Aviso importante.	40
Pía Unión en favor de los agonizantes bajo el Patrocinio de San José, establecida en el Santuario de Pompeya.	41
Beneficios espirituales de que gozan los agregados.	42
Imitación de los devotos de la Virgen de Pompeya y de San José.	44

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UEVO
OTEC